



Vicente Boix

**Fiestas que en el siglo IV de la
canonización de San Vicente Ferrer se
celebraron en Valencia**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Vicente Boix

Fiestas que en el siglo IV de la canonización de San Vicente Ferrer se celebraron en Valencia

Introducción

Vamos a dar comienzo a la relación de las fiestas, con que Valencia ha celebrado el siglo cuarto de la canonización de su ilustre hijo, y especial patrono SAN VICENTE FERRER. Poco interés inspirará sin duda la lectura de esta obra en medio de los multiplicados y graves acontecimientos que llaman de continuo la atención, no sólo de los hombres pensadores sino de todas las clases también que forman la generación actual. Pero el honroso oficio de Cronista nos impone el deber de conservar la memoria de estas fiestas; y la posteridad no desdeñará tal vez ocuparse de ellas, siquiera para tener una idea de lo que hemos sido, y de lo que somos, en medio de las grandes catástrofes que estamos presenciando. Esta relación indica el carácter de nuestras costumbres actuales; y su estudio no dejará de escitar al menos la curiosidad de nuestros venideros. ¿Serán ellos más felices que nosotros? ¿Su condición social será mejor que la nuestra? Difícil es fijar la solución a estas cuestiones; pero cualquiera que sea su existencia política, no podrán menos de reconocer que nuestra generación, sacudida cien veces por tantos y tan contrarios movimientos, ha servido de periodo de transición entre la inalterable raza española del siglo diez y ocho, y la que dará su nombre al siglo veinte. La nuestra, que ha visto a los reyes arrojar sus coronas por las ventanas de sus palacios, para huir avergonzados entre los silbidos de la muchedumbre; que ha visto alzarse y caer al hombre más colosal de cuantos ofrece la historia del mundo y, dispersando al aire todas las antiguas monarquías de Europa, grabar en los muros de los viejos e inaccesibles alcázares de las más grandes familias de la tierra, el nombre nuevo de Napoleón el Grande; que ha oído en todas partes, en los cónclaves de los cardenales, en los consejos de los gobiernos, en las tribunas de los parlamentos, en los clubs del revolucionario, y en la prensa, y en las plazas públicas y en el hogar doméstico, la confusión de las ideas de todos los tiempos, la anarquía de los principios, y la historia invertida de todas las épocas y de todos los pueblos, sin poder fijar por eso la verdad que busca, y el bienestar que necesita; y que, atraída en fin por tantos gritos que llaman su atención hacia mil puntos a la vez, no sabe distinguir al que la ofrece desnuda la razón; nuestra generación, repetimos, que esto ha presenciado, y que sufre tanto, no deja de ser digna de respeto por sus hechos y por sus infortunios. Su mismo saber la ha dañado; y lleva sus lágrimas en la megilla a través de los admirables progresos que ha debido a sus mismos descubrimientos, científicos.

Valencia, cuya importante figura se destaca también en el gran cuadro histórico de España durante el tiempo que contamos del siglo XIX, ha pasado por las mismas vicisitudes que han agitado a los demás pueblos europeos; y ha derramado a torrentes su sangre, sus lágrimas y sus tesoros. Se despertó en 1808 al grito de una guerra universal; luchó con las huestes del primer guerrero de los tiempos modernos; escuchó el paso silencioso de sus hijos que marchaban prisioneros a Francia; vio con júbilo la fuga del águila francesa en 1814; tembló al escuchar las palabras de su rey Fernando VII, que debía olvidar los sufrimientos y hollar las grandes huesas en que yacían millares de sus defensores, para abrir el año 1820; rodeó el cadalso de la Rosa, Calatrava, Rongel y Bertran de Lis, y asistió después a la última agonía del general. Elio, arrojado a las tablas del patíbulo; escuchó el desorden reaccionario de 1823; vio con horror establecido el tribunal de la fe, recuerdo vergonzante de la inquisición; arrastró una vida anómala y violenta por espacio de diez años, para armarse en 1854 sobre el sepulcro de su monarca D. Fernando; vigiló, luchó, sufrió y prodigo sangre y riquezas durante la guerra civil, entre los sangrientos combates del áspero maestrazgo, y las escenas no menos sangrientas de las represalias que conmovieron la vida interior de la capital; vio alejarse con indiferencia en 1840 a una reina que huía de los cantares de un pueblo; se revolvió en 1843; zozobró en 1848, y calló hasta 1854, en que el grito de la revolución lanzado desde el Manzanares, vino precediendo al soplo destructor de una terrible epidemia.

¿Y Valencia ha podido celebrar tranquila y alegre estas fiestas seculares? Así es en verdad: París se divierte y los hijos de Francia mueren a millares lejos de su país sobre los horribles campos de Crimea. Valencia ha tenido sus fiestas. ¿No había llorado bastante? ¿No le quedaba que llorar? Mucha parte de sus flores se agostaron en seguida por el aliento mortífero de la epidemia, que sentada sobre los sepulcros de las víctimas del año anterior, esperaba que se apagase la última voz de las fiestas para dejar escuchar los gemidos de los apestados, repitiendo sus golpes, no fatigada todavía de su aparición en 1834 y su resurrección en 1854.

Y tranquila, reposada, risueña y casi feliz, Valencia ha obsequiado a su patrono, sin volver la vista atrás y sin levantar el velo del porvenir; entre las ruinas de ayer y los temores de mañana; sin lamentar una desgracia; sin escuchar un insulto; sin presenciar un crimen en una población, que la afluencia de forasteros aumentó de una manera asombrosa. Contemos, pues, lo que ha sucedido; así honraremos la memoria de los que han intervenido en este gran suceso secular; y daremos a conocer a la posteridad lo que vale nuestra Valencia, lo mismo en el campo de la política, de la guerra y de la industria, que en el del gusto y la civilización abierto en sus festivas y célebres solemnidades cívicas y religiosas.

Nosotros, que hemos escrito la historia de sus vicisitudes y desgracias, cumplimos también una parte de nuestra misión, formando la de sus alegrías. ¡Ojalá no tuviéramos que lamentar ya más sobre ruinas! ¡ojalá pudiéramos entonar en adelante otros y otros cánticos de júbilo en loor de nuestra bella Valencia! Mientras tales son nuestros deseos y nuestros votos sinceros, procuremos cerrar los oídos al espantoso rumor que se escucha en todos los ángulos del mundo; y distrayendo un momento la atención de cuanto se prepara en todas partes, reservado sólo hasta ahora a los designios de la Providencia, recordemos los

obsequios que Valencia ha dirigido a su adorado hijo SAN VICENTE FERRER en el siglo cuarto de su canonización.

Capítulo I San Vicente Ferrer

A historia del cristianismo presenta en cada una de sus páginas la memoria veneranda, no sólo de aquellos hombres respetables, a quienes las calamidades y la corrupción de los siglos que alcanzaron, les conducían a la soledad, para buscar en el silencio la paz del alma, y la tranquilidad de la virtud; sino la de otros también que, superiores a sus contemporáneos, marearon la senda de la civilización, llevando en la mano la cruz, en el corazón la caridad y en los labios las palabras de la sabiduría y de la persuasión. Cada época ha tenido sus héroes; cada desgracia un consolador. Durante los tiempos anárquicos del despotismo militar de Roma, los hombres pensadores del cristianismo y las almas virtuosas y sencillas, llenaron los desiertos de la Siria y de la Tebaida: la lengua romana hacia oír las alabanzas del Señor en el seno de aquellas vastas soledades; y las sombras de Antonio, de Pacomio, de San Juan Clímaco y de otros mil, derramaban torrentes de luz, de caridad y de dulzura en las profundas guaridas a que se habían acogido, mientras el imperio romano, carcomido por la crápula, el vicio y la tiranía exhalaba sus prolongados gemidos entre las acometidas rudas de los bárbaros y los alaridos del pueblo que moría esclavo, pero alegre en la arena de los circos.

Al caer desplomado ese imperio que había conquistado el mundo y se había apropiado los dioses y los vicios de los pueblos conocidos hasta entonces, el Oriente se sentó para escuchar el fragor, con que el Occidente temblaba al paso de Alarico, de Atila y Teodorico, cuyas hordas arrancaron hasta los cimientos del vasto sepulcro en que yacían las generaciones pasadas, arrojaron al viento sus cenizas y se embriagaron y tendieron sobre sus ruinas. El suelo de Europa fue sulcado por sus carros de batalla; un diluvio de sangre ahogó los restos del mundo antiguo. La fuerza brutal se constituyó en centinela del inmenso osario que acababa de abrir; pero el cristianismo le hizo frente; llamó a los pueblos que no osaban levantar la vista delante de sus dominadores de hierro; y Casiodoro primero, y después San Bernardo y San Bruno enseñaron la soledad de los bosques, como único asilo para pensar, para vivir y para salvar el corazón. Y los pueblos se alegraron; y la edad media, envuelta en tantas sombras, respiró por la palabra de tantos santos, que hablaron el lenguaje de la caridad y de la razón. Domingo de Guzmán y Francisco de Asís alientan con su presencia y con su ejemplo a los moradores de los pueblos, fatigados por siglos de combates; y la caridad abre los hospicios; cada dolor halla un consuelo; se multiplican las instituciones religiosas, a medida que crecen las necesidades. El sacerdote cristiano suple lo que no sabían hacer los reyes; la tiranía no se curaba de los lamentos que arrancaba a sus víctimas, pero la religión abría para ellos numerosos asilos. Luchaba con los poderosas y levantaba a los esclavos. ¿No era esto digno del testamento de Jesucristo? ¿No se cumplía así con los preceptos del Señor? Los reyes amenazaban, peleaban, destruían, pero la religión venía en pos, para reparar los inmensos estragos que su dominación dejaba por todas partes. La religión provocó las cruzadas. así se acallaron los odios eternos de las

sangrientas rivalidades monárquicas; se miro a los pueblos como un elemento necesario; el peligro unió al señor con el vasallo; el peligro creó las órdenes militares, consagradas a la defensa del débil; se contuvo el poder gigante de la raza árabe que, si hubiera avanzado en aquella época sobre la Europa, hubiera sido la Europa una vasta región musulmana; se creó el comercio; se dio vida a la industria y a la navegación; en una palabra, principió por las cruzadas la verdadera civilización de Europa. Las cruzadas hicieron dar un gran paso hacia la libertad del espíritu, un gran progreso hacia ideas más amplias y más libres. El Egipto y Constantinopla vinieron a ser las fuentes de nuestros conocimientos: aquel relativamente a las ciencias naturales y exactas, y sobre todo en la medicina, pues prestó a los árabes el tratamiento de ciertas enfermedades y específicos misteriosos; y Constantinopla, por lo que toca a las artes. Algunos cruzados introdujeron en Europa preciosos manuscritos árabes, griegos y siríacos, y con esto comenzó a manifestarse una fuerte tendencia hacia el estudio, la instrucción y los descubrimientos útiles, se honró el talento, y no se hizo ya un alarde de ignorancia, como de una noble cualidad; los romances caballerescos de los trovadores dieron nueva vida a la poesía, y hasta los grandes la cultivaron; en suma, las relaciones continuas entre los pueblos que siempre habían estado separados, y el mutuo cambio de conocimientos, contribuyeron al desarrollo de las luces y favorecieron la civilización general.

El alma, pues, de estas célebres y ventajosas expediciones militares, fueron los ministros de la religión. Pedro el Ermitaño y Urbano II; San Bernardo de Claraval y Eugenio III, Urbano III, Gregorio VII, Inocencio III y Honorio III, Gregorio IX y Urbano IV, confunden sus recuerdos con los primeros hombres de aquellos siglos Felipe I de Francia, Godofredo de Bouillon, Esteban de Blois y Huberto de Flandes, Raimundo de Tolosa, Conrado III de Alemania, Nuredino, Soldan de Alepo, Felipe Augusto, Ricardo (Corazón de León), Federico Barbarroja, Guido de Lusignan, Saladino, Soldan de Egipto, Malek Adel, su hermano; dándolo, dux de Venecia, Tancredo, San Luis y otros cien héroes de la antigua caballería. Así se abría el camino a los grandes cambios políticos que de siglo en siglo debían transformar la existencia social de Europa. En el siglo XII se crea en Francia el establecimiento de los Comunes, por Luis VI; la Inglaterra conquista la Irlanda por los esfuerzos de Enrique II; la Casa de Suabia da comienzo en Alemania a los grandes partidos de Güelfos y Gibelinos; se funda el reino de Portugal por Alfonso Enríquez; el reino de Sicilia por Rogerio. II; cambia la constitución de Venecia; renace en Italia el derecho público, y se crean las órdenes de los hospitalarios de Jerusalén, de los caballeros de Malta, del Temple y de los Teutónicos. Este impulso sigue su movimiento en el siglo XIII, en que se tiende y afianza el poder real sobre el feudalismo, Y aparece el pueblo en los negocios públicos. Mientras se establece la Inquisición en Francia, publica la Inglaterra su carta magna, firmada por Juan SinTierra, y se levanta en Alemania la liga anseática, y el Aragón conquista la Sicilia. El siglo siguiente perfección a la nacionalidad; el pueblo adquiere mayor importancia en los negocios públicos, y se manifiesta el espíritu de emancipación y de libertad por medio de revueltas o de asociaciones. Castilla y Aragón celebran sus cortes venerandas; Francia reúne, al fin, sus estados generales; Rienzi hace oír en Roma la voz de los antiguos tribunos de la república de los Gracos; y mientras la Europa asiste al gran cisma religioso, los sabios lanzan al mundo el descubrimiento de la brújula y del papel de trapo, el uso de la pólvora, las armas de fuego, los cañones y el uso de las bombas; y en medio de tanto movimiento material e intelectual a la vez, gimió la Europa en

el siglo XIII por el hambre y la peste, que diezmo sus pueblos de una manera tan rápida como espantosa.

Tal era el siglo en que nació nuestro ilustre paisano San Vicente Ferrer, enviado por la Providencia para representar las antiguas virtudes del cristianismo, y los adelantos de la inteligencia en la senda de la moralidad y de la civilización, y llevar la paz al seno de tantos pueblos, sedientos de reposo y de bienestar.

Nació este gran bienhechor en Valencia en 23 de Enero de 1350 en la que es ahora capilla, situada en la calle del Mar, esquina a la de la Gloria. Fue hijo de Guillem Ferry de Constanza Miguel y Revert.

Vicente nació en una de las épocas más turbulentas que ofrece nuestra historia patria.

D. Pedro IV (el Ceremonioso) reinaba en Aragón, cuando por una disposición poco meditada de este monarca confió el gobierno general del reino a la infanta Doña Constanza, su hija primogénita, relevando de aquel cargo al infante D. Jaime, y manifestando de este modo que declaraba a la princesa sucesora en los estados de Aragón. Zaragoza se opuso a esta medida del soberano; y Valencia secundó el movimiento, formando aquella célebre coalición, que se conoce en la historia, con el renombre de Guerra de la Unión, que tuvo principio en 1341. Durante el largo período de esta lucha de Valencia con el rey, apareció en 1348 la terrible peste que se denominó Fuego de San Antonio, que causo en nuestro país estragos espantosos. La guerra de la Unión terminó con la entrada del rey D. Pedro en Valencia el día 10 de Diciembre de 1348, y con la sangrienta y cruel ejecución de D. Juan Ruiz de Corella, D. Ramón Escorcía, D. Jaime de Romaní y D. Ponce Soler, decapitados en la plaza de la Seo, o de la Constitución. Al día siguiente de la muerte de estos, fueron arrastrados y ahorcados doce artesanos; y en el mismo día murieron de una manera horrorosa otros seis individuos, a quienes dispuso el rey se diese de beber, fundida y ardiente, la campana que los coaligados tenían en la casa de la ciudad para llamar a sesiones públicas. El letrado Juan Sala, los caballeros Bernardo Redon y Blaseo de Suhera; los doctores Antonio Zapata y Juan Vesach, y los particulares Gonzalo de Roda, Guillem Destorren, Vicente Solanes y Bernardo Tafino aumentaron las víctimas que las disensiones civiles arrojaron al cadalso. Esta sangre no mancilló por eso el manto de la libertad foral de Valencia: la infanta Doña Constanza fue separada del gobierno: los fueros se salvaron, humillando el amor propio del monarca.

Tales fueron los acontecimientos que precedieron al nacimiento del gran pacificador de Valencia. El mismo día en que nació fue bautizado en la iglesia parroquial de San Esteban, llamada iglesia de Ntra. Sra. de las Virtudes, durante la permanencia en esta capital del famoso Ruy Diaz de Vivar, apellidado el Cid. Fueron sus padrinos Ramón de Oblites, Jurado en cap o primero de los caballeros; Guillem de Espigol y Domingo Aragonés. Y la madrina fue Doña Ramoneta de Encarrós y de Vilaragut, señora de Rebollet, y de la villa y lugares que, por real privilegio, se denominan la villa y honor de Corbera, noble ascendiente del Excmo. Sr. marqués de Mirasol. Fue bautizado por el cura de la misma iglesia, llamado En-Perot (D. Pedro) Pertusa. A los siete años de su edad recibió ya Vicente las primeras órdenes, entrando pocos años después en la posesión de un beneficio en la iglesia de Santo Tomás Apóstol y capilla de Santa Ana. Estudioso, sencillo, de admirable comprensión y de,

una aplicación prodigiosa, se dedicó desde muy niño a los estudios de la gramática, artes y teología, en que se distinguió extraordinariamente, atendidos los adelantos que estas ciencias tenían en aquella época, y al estado de guerra en que se encontraba Valencia en ese mismo tiempo. Era en 1363. D. Pedro I de Castilla, apellidado por unos el Cruel y por otros el Justiciero, declaró la guerra al de Aragón, y con la rapidez del águila invadió las costas de Guardamar, fondeó delante de Valencia y siguió por tierra su campaña hacia Cataluña. Volviendo, empero, sobre sus pasos cayó sobre Teruel, se apoderó de Segorbe y Almenara, y acampó en Murviedro, dominando desde este punto los pueblos de Chiva, Buñol, Macastre, Benaguacil, Liria y diferentes otros pueblos de nuestra huerta. En 24 de Mayo se presentó delante de Valencia y se alojó en el palacio del Real, cuya hermosa fachada de jaspe hizo quitar para trasladarla al alcázar de Sevilla. Mandaba en Valencia D. Pedro Boil, apellidado el caballero Sin-Paz, fundador de la suntuosa aula capitular, situada en los claustros del que fue convento de Santo Domingo. El rey D. Pedro de Aragón refiere en su misma crónica que no pudo contener las lágrimas al leer la descripción que, del estado lamentable de la capital, le hizo su obispo D. Vidal de Blanes. La batalla del Puig que se dio en 29, de Abril, arrojó a los castellanos de nuestro territorio, dejando sangrientas huellas de su paso, pero valiendo a Valencia el título de Leal y el uso de la corona, que le concedió D. Pedro en premio de su bizarría y fidelidad.

Tres años después de estos grandes acontecimientos, recibió Vicente el hábito de la orden de Predicadores en el convento de Santo Domingo, de manos de su prior el P. Fr. Berenguer Gelasio, contando 18 años de edad. Desde los primeros años de su retiro se dedicó a la meditación, al estudio y a la práctica de todas las virtudes, como los antiguos solitarios del Líbano y de la Tebaida, y como no puede apreciarse debidamente en este siglo de positivismo y de existencia maternal. ¡Cuán poco se conoce en el día el encanto de la soledad religiosa! ¡Quién encuentra hoy en el retiro la armonía dulcísima, que sólo era dado percibir a las almas privilegiadas, para quienes el tráfigo del mundo es un perpetuo tormento! La sociedad actual exige imperiosamente la sonrisa en todos los labios, el halago en todas las miradas y la dulzura en todas las palabras, aunque sea preciso mentir: y en cambio nos prohíbe la publicidad del dolor y la comunicación de los sentimientos aflictivos. En el gran teatro actual, en que todos somos ya actores o comparsas, el público reclama siempre la alegría del semblante; ni aun queda el consuelo, de que el pobre actor se retire al hogar doméstico a llorar, porque hasta allí le persigue la sociedad. Y es que la vida doméstica se ha transformado en vida pública; se vive en todas partes menos en el seno de la familia. Por eso no es fácil en el día comprender la calma que el claustro inspiraría al joven Vicente, cuando resuelto a continuar en la vida religiosa, renunció al beneficio en 27 de Abril de 1367, para pronunciar los votos solemnes en 6 de Febrero del siguiente año. Instruido en los estudios de filosofía y teología, apenas profesó, le encargaron la enseñanza de la lógica y filosofía en el convento mismo de Valencia, contando sólo 19 años de edad. Tres años desempeñó con lucimiento esta cátedra, en su propia patria, cuando, por orden de sus superiores, pasó a Lérida a continuar, la misma enseñanza, en Setiembre de 1370. Dos años después se trasladó a Barcelona, para estudiar sagrada escritura; curso que duró tres años, bajo la dirección de Fr. Bernardo Coll y Fr. Bernardo Castellet. En 1375 fue nombrado lector (catedrático) de la asignatura de física, y durante el año que desempeñó esta cátedra escribió un tratado, con el título «De las Suposiciones dialécticas» y otro «de la naturaleza, del Universal.» No ha llegado hasta nosotros resto alguno de estas obras; de modo que no podemos formar concepto de la extensión de conocimientos que poseía

Vicente en aquella época en que las ciencias físicas se hallaban en su curia. Concluido el curso de física, volvió a Valencia, y apenas comenzó a dedicarse a la predicación recibió la orden de pasar a la universidad de Tolosa para estudiar más ampliamente la teología, y desde allí a París, donde recibió el grado de doctor. La fama de su elocuencia y del influjo que su palabra ejercía donde quiera que se presentaba, llamó la atención de la corte de Roma, que le llamó para oírle; pero Vicente no pudo detenerse mucho en aquella capital, por las circunstancias que comenzó a travesar la Europa debidas al denominado gran cisma de Occidente, que principió con la elección del papa Urbano V en 1378 y concluyó en 1418. Durante este largo período de cuarenta años, la anarquía y la guerra civil asolaron la Italia: los concilios y los papas se sucedieron rápidamente hasta que el concilio de Basilea restituyó definitivamente la paz a la Iglesia, eligiendo a Nicolás V. De modo que San Vicente alcanzó en la época de su misión los tiempos más agitados que ha tenido Europa. La corona de Aragón acató constantemente la autoridad de los papas, que, desde Urbano VI se sucedieron en Aviñón, donde habían fijado su residencia, Urbano continuó en Roma, pero Clemente VII se trasladó a Francia. La Alemania, la Hungría, la Inglaterra, con Bohemia, Polonia, Dinamarca, Suecia, Flandes y casi toda la Italia obedecieron a Urbano; Francia, España, Escocia, Nápoles y Chipre se declararon por Clemente, a quien sucedió Pedro de Luna, con el nombre de Benedicto XIII; mientras a la muerte de Urbano eligieron en Roma a Bonifacio IX. Ambos papas se escomulgaron a la vez; Benedicto quiso transigir; pero la muerte de Bonifacio interrumpe los tratos de una avenencia: es elegido Inocencio VII, que vivió poco y le reemplazó Gregorio XII, y cuando todo parecía próximo a conciliarse, varios cardenales eligen un tercero con el nombre de Alejandro V, que muerto poco después en Bolonia da lugar a la elección de Baltasar Costa, que tomó el nombre de Juan XXIII; de modo que existieron tres pontífices a la vez. El concilio de Constanza primeramente, y el de Basilea después terminaron este gran cisma, que causó grandes estragos en el mundo católico.

Retirado Vicente a Valencia, se ordenó de presbítero, cumplidos ya los 30 años de su edad. Desde entonces dio comienzo a su predicación con aquel éxito asombroso, cuya memoria no se ha perdido todavía; usando el lenguaje sencillo y natural del pueblo con pasmosa facilidad en un tiempo, en que la elocuencia tenía apenas representantes, era escuchado con aplauso y profunda admiración. Seguíanle las gentes, deseosas de aprender; el pueblo, víctima de eternas guerras, de infortunios sin cuento y de un malestar continuo, escuchaba sus palabras, porque hallaba en ellas su consuelo; y le amó, porque calmaba sus dolores. Donde quiera se hablaba de él; y los príncipes solicitaron su amistad y sus consejos. Doña María de Luna, duquesa de Montblanch y de Segorbe, muger del infante D. Martín, hijo del rey D. Pedro IV de Aragón, el conde de Jérica, el duque de Montblanch, senescal de Cataluña y primer condestable de Aragón, le dispensaron su más íntima confianza hasta el punto de que este príncipe le nombrara su albacea en unión con Nicolás de Proxita, señor de Almenara Galceran de Centelles y Jaime Escrivá.

En medio de los trabajos del púlpito y de las consultas de todas clases a que tenía que satisfacer, el cabildo de Valencia y su Obispo D. Jaime de Aragón le encargaron la cátedra magistral establecida en la iglesia catedral, que desempeñó por espacio de seis años. Deseosa Valencia de premiar los afanes de su ilustre hijo, le concedió un subsidio de 200 florines de oro, para costear el viage. y demás gastos que ocurrieron, con el objeto de

recibir el grado de maestro en la universidad de Lérida, fundada por Don Jaime II y con decreto de Bonifacio VIII en 1300 para estudio general de la Corona de Aragón.

Por este tiempo, se verificó el famoso robo de la judería, que tuvo lugar el día 9 de Julio de 1391, y no el 5 de Agosto, según afirma el P. Mariana. En el lugar que, ocupa hoy el Convento de monjas de San Cristóbal de la calle del Mar, existía desde antiguo un estenso bazar o almacenes de comercio, de la propiedad de diferentes casas de judíos opulentos.

Sus riquezas, habían escitado ya antes en Castilla la codicia de una buena parte de gente perdida, y este ejemplo encontró imitadores en Valencia. Al efecto, y a pesar de las medidas adoptadas por los jurados, se reunieron en la plaza del Mercado algunos grupos de muchachos, y desde allí se encaminaron a la plaza de la Higuera, hoy de Santa Tecla, gritando y amenazando. Algunos, más atrevidos, penetraron en los almacenes, donde hubieron de perecer a manos de los dueños, que se defendieron lo posible. El asalto fue entonces general, y derribadas las puertas saquearon y destruyeron los bazares, llevándose cuanto contenían, sin que pudiera impedirlo el duque de Montblanch, hermano del rey D. Juan I, que acudió a contener el motín a la cabeza de algunos caballeros.

San Vicente acudió al consuelo de los judíos, a quienes redujo al cristianismo, continuando después su misión a Cataluña, adonde se dirigió, siguiendo como consejero y limosnero mayor al rey D. Juan. Muerto este príncipe en 1395, le sucedió el pacífico monarca D. Martín, pudiendo por esta circunstancia pasar el Santo a desempeñar el cargo que le confió el papa Benedicto XIII, que le llamó a Aviñón, elegido para confesor suyo. Dos años permaneció Vicente en aquella corte, sin que se pudiera conseguir de su humildad que admitiera los obispados de Lérida y de Valencia que se ofrecían con instancia.

Ni su permanencia en la corte de un soberano, ni su trato con los reyes, cambiaron jamás la vida frugal que siguió constantemente. No comía carnes jamás; no desayunaba hasta después de medio día; comía sólo de un plato, aun en las mesas de los magnates; le leían, durante la comida, alguna lección de escritura; ayunaba todos los días, excepto el domingo, y su colación favorita era una lechuga: dormía vestido, teniendo por almohada una piedra o un ejemplar de la Biblia, y no escedía de cinco horas su descanso; por espacio de veintidós años caminó siempre a pie, recorriendo, en su misión apartadas distancias, y sólo admitió una cabalgadura humilde a los 58 años de edad, por no permitirle otra con una lacra que, se le abrió en una pierna. Cantaba la misa, acompañada de órgano y capilla de músicos, y en seguida predicaba. Era de mediana estatura, pero de hermoso talle; de voz clara, sonora y vibrante, y una mirada penetrante e inteligente; afable, tranquilo en su trato, su semblante revelaba siempre la suavidad de su espíritu. Encaneció muy pronto y quedó calvo. en su ancianidad.

En 1399 dio principio el Santo a la predicación, que continuó sin interrupción hasta 1419 en que murió. La voz civilizadora y cristiana de Vicente precedió a las grandes transformaciones que cambiaron la faz de Europa en el siglo XV. En 1410 se descubre la pintura al óleo; y desde aquella fecha en adelante aparece la imprenta, la brújula, el grabado en cobre, la primera manufactura de seda, la primera operación del cálculo, el uso del álgebra y los grandes descubrimientos del Cabo de Buena Esperanza y la América. Durante el período de esta misión el cisma dividía la iglesia de Occidente: Juana d'Arc, llamada la

doncella de Orleans, arrojaba de Francia a los ingleses; la Gran Bretaña se preparaba para la sangrienta guerra de las dos Rosas; los Husitas derramaban en Alemania la semilla, que debía reaparecer bajo la mano de Lutero; la corte de D. Juan II de Castilla aplaudía a su gran trovador Juan de Mena, en tanto que se aprestaba el patíbulo para el mayor favorito de aquellos tiempos D. Álvaro de Luna; y D. Martín de Aragón dejaba vacante y sin sucesión el trono de Jaime I. Vicente salió de Aviñón en compañía de Fr. Pedro de Moya, Fr. Jofré de Blanes, Fr. Juan de Alcoy y Fr. Pedro Cerdan. Recorrió la Cataluña, la Provenza, el Delfinado; predica en Marsella, cruza el Monferrato, y los ducados de Milán, Ferrara, Mántua, Módena y Parma, Cremona Mirandula, Bérgamo y Brescia. Se hizo oír en Génova y Pádua, y se detuvo cinco meses en la Saboya. Desde Saboya pasó a Francia, predicando en Chambery, Lyon, el ducado de Lorena, el Artois, y, desde Saint Omer regresó a Niza, donde se hallaba Benedictino XIII, y predicó la cuaresma en 1405 en Clermont. Pasó otra vez a Génova, y en este punto recibió la invitación del rey Enrique IV para pasar a la Gran Bretaña, dirigiéndose desde allí a Escocia, a instancias de Roberto III de la casa de Stuart, y últimamente a Irlanda.

Concluida esta vasta peregrinación volvió a Valencia en 1406, donde, se detuvo algún tiempo, trasladándose en seguida al reino árabe de Granada, Sevilla, Écija, Toledo, Guadalajara, Vizcaya, Guipúzcoa, Galicia, y por Cataluña pasó a Perpiñán, para predicar a los padres del concilio que Benedicto XIII había convocado. Llamado por el rey D. Martín volvió a Barcelona, y después de una larga misión regresa a su país, donde en 1410 promovió la creación de esta universidad, dando primer impulso a una de las escuelas más célebres de Europa.

Vicente, que pasaba del estudio a la cátedra; de la oración al consejo; del claustro a los palacios y que se multiplicaba, digámoslo así, para acudir a las necesidades de las familias, y a la paz de los Pueblos, llevó a cabo también el grande, humanitario, y evangélico pensamiento de recoger los niños pobres que vagaban por la capital, huérfanos unos de padres cristianos y otros de mahometanos. La población de Valencia era numerosísima; porque además de la masa cristiana existían muchas, familias judías, numerosos esclavos africanos, y barrios enteros de musulmanes, que poblaban además la mayor parte de los lugares de la huerta.

Escitando la caridad pública Vicente confió al principio los pobres huérfanos al cuidado de algunas piadosas mugeres, y a unos ermitaños o solitarios, llamados Beguines, que tenían su establecimiento junto al convento (hoy presidio) de San Agustín. Tal fue el principio del colegio imperial de Niños huérfanos de San Vicente Ferrer.

Un año antes, esto es, en 1409, dio comienzo a la fundación del hospital general el P. Fr. Gilaberto Jofré, secretario que fue del Santo, religioso de la orden de Mercedarios y una de los ascendientes más ilustres de la casa de los condes de Alcadia. Así comunicaba el Santo a cuantos le oían y admiraban de cerca ese espíritu de caridad y de progreso, que se nota en sus escritos y sus acciones.

Entretanto no descansaba el Santo en sus tareas de predicación; recorrió todo el antiguo reino de Valencia de villa en villa, y de aldea en aldea, recibiendo felicitación es de reyes, príncipes, obispos y cuerpos populares; y al penetrar otra vez en Castilla, salieron a

recibirle de orden del rey, el adelantado D. Alonso Tenorio y D. Juan Hurtado de Mendoza, predicando con aplauso del monarca. «Esta doctrina, les dijo en un sermón a los grandes, se dirige a vosotros, los de la corte del rey y de la reina, que por conservar la gracia de estos príncipes, obráis varias vejación es e injurias: y por eso mismo quiere Dios, que estos soberanos os aborrezcan.»

Hallábase en Salamanca, cuando en 1410 murió el rey Martín sin dejar sucesión a la corona, concluyendo en él la línea directa de los reyes naturales de Aragón, que había comenzado en 809 por Iñigo Arista, electo rey de Pamplona y de Sobrarbe, cuyo hijo García Iñiguez, casando con Doña Urraca, nieta y heredera de Galindo Aznar, conde de Aragón, unió su estado a la corona de Sobrarbe: su tercer nieto Ramiro I tomó el título de rey en 1034.

Presentáronse al momento varios pretendientes, y Valencia, poco unida en esta cuestión, se dividió en dos partidos contrarios dirigidos por D. Pedro de Vilaragut y Don Bernaldo de Centelles. El primero, a quien representaba D. Berenguer Arnau de Bellera, apoyaba las pretensiones del conde de Urgel, y el segundo al infante D. Fernando de Castilla. Centelles, con sus parciales, abandonó la capital y se estableció en Paterna y allí formó la reunión o Parlamento de fuera; mientras Vilaragut y Bellera se fijaron en el palacio del real, y después en Vinaroz, y se llamó Parlamento de dentro. La suerte de las armas condujo más adelante al de fuera a la villa de Traiguera en 1411.

Los representantes de los diferentes partidos que se formaron en los estados de Aragón se reunieron varias veces, sin poder llegar a un arreglo amistoso; y entonces fue cuando se creyó necesaria la intervención de Vicente Ferrer. El Santo consiguió de pronto que se entendieran al fin los dos Parlamentos, de Valencia, y en Enero de 1419 se acordó que se eligiesen nueve jueces, tres por cada reino, los cuales deberian hallarse en la villa de Caspe en 29 de Marzo; y los estados aceptaron este acuerdo. Los jueces elegidos fueron D. Pedro Zagarriga, arzobispo de Tarragona, Domingo Ram, obispo de Huesca, Bonifacio Ferrer, gran dom de la cartuja, Guillem de Valseca, doctor en leyes, Vicente Ferrer, Berenguer de Bardaji, señor del lugar de Zaidí, Francisco Aranda, lego o donado del monasterio de Porta-Coeli, Bernardo de Gualbes, doctor en ambos derechos, y Pedro Bertran, doctor en decretos. Llegado el día de la gran conferencia, y después de examinados los derechos que cada uno de los pretendientes alegaba para la adquisición de la corona, proclamaron los jueces al infante de Castilla D. Fernando, denominado de Antequera. Escluidas las hembras se presentaron como candidatos Luis, conde de Guisa, D. Alonso de Aragón, duque de Gandía, el conde de Urgel, D. Jaime de Aragón, D. Juan II de Castilla, D. Fadrique de Sicilia, y el que fue proclamado, D. Fernando de Antequera.

Después de haber terminado Vicente esta cuestión de tanta importancia para la corona Aragonesa, se dirigió a Lérida, y de allí regresó a Valencia, donde fue recibido con la misma pompa que se dispensaba a los monarcas. En la historia antigua de nuestro país no se conoce otro personaje, fuera de los príncipes, a quien más haya aplaudido el pueblo valenciano.

En 1413 salió el Santo de Valencia en dirección a Mallorca, para no ver más a su querida patria. De aquella isla se trasladó a Tortosa, siguiendo durante dos años una

correspondencia íntima con el rey Fernando. Predicó luego en Zaragoza, Calatayud, Daroca y Morella, donde conferenció con el rey y con Benedicto XIII sobre los medios de terminar el cisma. En Cataluña y Perpiñán recibió nuevas cartas del rey, y Vicente declaró la obediencia al concilio de Constanza, reconociendo en 1415 por nula la autoridad de Benedicto XIII.

Vicente continuó su misión por el Langüedoc, la Borgoña, Bretaña y Normandía, llegando a Vannes a últimos de Febrero de 1417. Hizo su entrada pública el día 5 de Marzo, recibéndole en procesión el obispo Mauricio de la Nothe, al frente de su cabildo, con asistencia de Juan VI, duque de Bretaña. En Vannes enfermó por fin; los príncipes, los eclesiásticos y el pueblo todo sintió esta calamidad. Pero el sacerdote del Señor, el gran ministro del Evangelio, el bienhechor de la humanidad, el reformador de las costumbres y el padre de la patria, tranquilo, risueño, humilde, lleno de fe, de caridad, de unción y de bendición es murió en el Señor entre tres y cuatro de la tarde del día 5 de Abril de 1419, a la edad de 69 años, dos meses y trece días.

¡Cuántos monumentos ha levantado la adulación o la cobardía a hombres, no solamente inferiores al Santo de Valencia, sino manchados también con sangre del pobre o con las lágrimas de los pueblos! ¿No puede contarse Vicente, entre los más insignes bienhechores de la humanidad, aun considerándole fuera del círculo de su vida ascética y penitente y de la altísima esfera de su oración y sus prodigios? ¿Qué circunstancia faltó a su útil y benéfica existencia, para ser reputado entre los más distinguidos personajes que han honrado la virtud? ¿Es extraño por consiguiente que en cada pueblo, en cada templo y en cada hogar distingáis la imagen de este Santo tutelar a quien invoca el Pobre, el rico, el grande, el pequeño, la madre, el huérfano y el desgraciado? Permitid donde quiera los retratos de los grandes destructores de los pueblos, llamados conquistadores; pero dejad también que la desgracia, la gratitud, el amor o la aflicción invoquen en el silencio la memoria de esos pacíficos héroes, a quienes sólo ha faltado para ser grandes, según la vanidad humana, un monte de huesos destrozados para escabel, un vasto sepulcro por, trono, y los alaridos de mil pueblos degollados, por ecos de sus victorias.

Capítulo II

Canonización de San Vicente Ferrer. -Fiestas seculares consagradas a su memoria.

EL fallecimiento del Santo causó una penosa sensación en el mundo católico; pero los pueblos, que conservaban aun el eco de sus palabras y recuerdo de su caridad, le aclamaron Santo, sirviendo su opinión de estímulo, si cabe decirlo así, para que la santa sede le colocara muy pronto en el catálogo de los escogidos del Señor. Ocupaba la silla de Roma el papa Calixto III. Llamábase antes D. Alonso de Borja, y era natural de la Torre de Canals, aldea vecina a la ciudad de Játiva, donde nació en 1378. Estudió en Lérida el derecho canónico y civil, y dedicado al sacerdocio fue canónigo de la misma iglesia, viniendo luego a Valencia para desempeñar el cargo de rector en la iglesia parroquial de San Pedro Mártir y San Nicolás Obispo. En 1429 fue elevado a la silla episcopal de esta diócesis, por concesión del papa Martino V. Eugenio IV le creó cardenal del título de los Santos cuatro

coronados; y a la edad de. 77 años, y corriendo el año 1455, fue aclamado Pontífice, en competencia con el cardenal Besarion, que un tiempo perteneció a la iglesia griega, por nacimiento y comunión.

Calixto, pues, que era valenciano, que había conocido a Vicente durante su niñez, y le oyera con asombro mientras se hallaba estudiando en Lérida, fue el que canonizó a su ilustre paisano; si bien la muerte le impidió publicar la bula, que está autorizada por su sucesor Pío II en 1.º de Octubre de 1458.

Treinta y siete años después de la muerte del Santo, esto es, en 1456, uno después de su canonización, celebró Valencia tan fausto acontecimiento en 1.º de Febrero por medio de una procesión general, que fue desde la catedral al convento de Santo Domingo, llevando en triunfo la capa del mismo Santo, por no tener otra reliquia.

No poseemos otros pormenores de esta primera fiesta, que el consejo de la ciudad declaró secular, disponiendo que se celebrase suntuosamente de cien, en cien años en el día 29 de Junio, que fue el de la canonicación de su insigne Patrono.

Cumplíase, por fin el primer centenar, que fue en 1555, época de la mayor grandeza de Valencia que, a una numerosísima población cristiana, añadía la de 19,301 familias o casas moriscas, que ocupaban una buena parte. de este territorio; época en que honraban su patria, o con su presencia o sus recientes recuerdos, Bernardo Fenollar, émulo de Ausias March, Narcis Vinyoles, Luis Crespí de Valdaura, Serafin de Centelles, el gran Luis Vives, Gerónimo de Ledesma, Juan Fernández de Heredia, Juan Oliver, Gilabert de Centelles, el historiador Pedro Antonio Deuter, Juan Bautista Agnesio, Juan de Celaya, Andrés Martí Pineda, Gaspar Antist, Alonso Giron de Rebolledo, Gaspar Gil Polo, Tárrega el trágico, el soldado poeta Rey de Artieda, y otros muchos, cuyas escritos formaron la hermosa corona literaria de aquel siglo.

También fue aquel primer centenar precedido, como el cuarto, de graves acontecimientos. La célebre guerra civil, llamada de la Germanía, la estancia en este capital del rey prisionero de Pavia Francisco I de Francia, diferentes años de pestes desoladoras, la sublevación de los moriscos en la sierra de Espadan a las ordenes del bravo Zelim Almanzor, el Tuerto de Benaguacil, apellidado el Tagarino por los valencianos, y la resistencia de los musulmanes a abrazar violentamente la religión cristiana, según lo mandado por el rey D. Felipe I de Valencia, II de Castilla, y los sangrientos combates en la sierra de Espadan, de Bernia, de Guadalest y de Confrides; he aquí los grandes sucesos que anunciaron el primer siglo de la canonización de San Vicente Ferrer. Era a la razón arzobispo de Valencia Santo Tomás de Villanueva, natural de Fuen-llana, que murió el mismo año 1555; siendo virey D. Bernardino de Cárdenas, duque de Maqueda, marqués de Elche.

Esta gran solemnidad, cuya memoria no se publicó, se redujo a una lucida procesión general, que se verificó el día 2 de Julio, por unas lluvias que acaecieron en el día 29 anterior. Consta sólo que formaron parte de la procesión los gremios y oficios, llevando sus estandartes, y acaso también el gremio de los negros esclavos, que en aquella época eran numerosos.

Tal vez no fueron estas fiestas tan espléndidas como era de esperar del gusto y entusiasmo valenciano; porque, esencialmente militar en aquella época, y sin tantas corporaciones religiosas como tuvieron los repletantes del siglo siguiente, tomaba parte en las grandes guerras, que provocó la rivalidad entre Francisco I de Francia y Carlos I de España. El siglo XVI, como época de regeneración y desarrollo del espíritu humano, había presenciado las cuatro grandes guerras entre Francia y España, que comenzaron en 1521 y concluyeron en 1544; y la vasta revolución provocada en 1511 por Lutero, había asistido a las grandes obras de los Médicis de Italia; al espectáculo de la tiranía de Enrique VIII de Inglaterra; a la toma de Rodas por los turcos; al primer viage del atrevido Magallanes, a la conquista de Méjico y del Perú, y finalmente, a la abdicación de Carlos I, que en 1555, o sea en el mismo año de las fiestas seculares de Valencia, abandonaba su poder gigante en manos de su hijo Felipe, que debía continuar los sucesos hasta la conquista de Portugal.

Mas suntuosa fue la fiesta secular en 1655, siendo arzobispo D. Fr. Pedro de Urbina y virey D. Luis de Moncada, príncipe de Paternó, duque de Montalto, y en el mismo año en que el famoso Oliverio Cromwell, protector de Inglaterra, imponía a la Europa con su bastón de general, desde el cadalso en que el año 1649 había rodado la cabeza de Carlos I.

Hubo tres días de iluminación general; numerosos carros triunfales decoraban la procesión, siendo notable el que conducía figurado el Miguelete, cuyas campanas volteaban por medio de un aparato que las hacia sonar durante la marcha. En aquellas fiestas llamó mucho la atención el pórtico de Santo Domingo, en que se veían numerosos nichos con diferentes bultos que representaban las principales escenas de la vida del Santo. Entre otros de sus objetos curiosos fue el espectáculo de un pobre demente, a quien vistieron con un traje de rey árabe de Granada, sentado bajo dosel, y delante en púlpito un muchacho de 16 años, casi idiota, y que tenia la monomía de predicar. Los disparates del mozo y la gravedad estúpida del loco debieron escitar, sin duda, la hilaridad de las gentes, pues el P. Vidal elogia mucho este espectáculo. que no se vería hoy con paciencia.

Celebró de pontifical el Sr. arzobispo Urbina, y predicó en idioma valenciano el paborde D. Buenaventura Guerau, predicador de la ciudad. La relación de estas fiestas se debe al entendido escritor D. Marcos Antonio Ortí.

Mas tranquilo se hallaba el reino de Valencia en 1755, bajo el cetro del bondadoso y apacible monarca D. Fernando VI, de buena memoria. Después de las sangrientas guerras de sucesión que nos preparó la ambición de Luis XIV de Francia, y la ineptitud del último príncipe austriaco Carlos 11, y después de la destrucción de Játiva y abolición de los venerables fueros del reino que devoró el despotismo de Felipe V, Valencia respiró, por fin, a la sombra benéfica de Fernando VI, que hizo olvidar la tiranía de su antecesor.

Olvidada de la política, del ruido y de las armas, y próspera en su comercio e industria la ciudad del Cid celebró el tercer siglo de la canonización del Santo con una pompa, que sólo es comparable con la riqueza de aquel tiempo. La describió el R. P. Tomás Soriano, de la Compañía de Jesús, y su relación se publicó en 1762 en la imprenta de la viuda de José de Orga, junto al colegio del Patriarca. El estilo de esta obra es una imágen fiel de la calma de aquella generación, entregada a las dulzuras de la paz doméstica. Hubo adornos en toda la

carrera de la procesión, y levantaron altares, además de los cleros y comunidades de ambos sexos el colegio de boticarios, el de corredores, los practicantes de cirugía, los gremios y oficios y los particulares D. José Ribera, D. Vicente Pueyo, D. Luis Fos, D. Pascual Ruiz de Corella, antes Vergadá, D. Mauro Oller y Bono, el conde de Castrillo, el conde de Almenara, y sobre todos D. Joaquín Valeriola y Próxita, cuya casa fue la más notable por el lujo de sus adornos y la profusión de 7,698 luces.

El ayuntamiento regaló a este caballero un azafate de plata, en que se hallan grabadas sus armas y la imagen de San Vicente, en premio de la magnificencia con que correspondió a la invitación general. Heredero de este alto personaje de nuestra antigua nobleza, es nuestro apreciable amigo el Sr. conde de Almodóvar. Ofició de pontifical el Sr. arzobispo D. Andrés Mayoral, cuya munificencia ha quedado perpetuada en el magnífico edificio de la casa-enseñanza, obra que levantó a sus espensas; en el colegio Andresiano de las Escuelas-Pías, cuya construcción protegieron el conde de Carlet y el célebre D. Joaquín Fos. Asistieron de capas D. Francisco Mayoral, arcediano mayor y canónigo de esta iglesia, y D. Alonso de Milán, marqués de San José, chantre y canónigo, de la misma. De diácono y subdiácono los canónigos D. Pedro Dolz y Don Francisco Casamayor; y de capas con cetros los canónigos D. Salvador Sanz, marqués de Mascarell, y D. Pedro Mayoral. Pronunció el panegírico del Santo el canónigo magistral D. José Climent. Hubo una concurrida y costosa naumaquia, y un gran torneo que dio el cuerpo de la real maestranza, bajo la dirección del cuadrillero mayor el conde de Villa-Gonzalo. Se dieron numerosas limosnas; la procesión fue una de las más brillantes que se han hecho en Valencia, tanto por el número de luces, como por la variedad de los carros triunfales y la multitud de religiosos de diferentes ordenes, que de dentro y fuera de la capital acudieron a la festividad. Metió mucho ruido en aquellas fiestas un famoso sacristan de las monjas de Santa Ana (hoy casa-galera), natural de Vinaroz, y cuya estatura no alcanzaba más de cuatro palmos y medio de alto, y casi la misma dimensión en lo ancho, por la obesidad que le distinguía a los 50 años. De este personaje hace el historiador de aquellas fiestas una larga conmemoración, sin duda para perpetuar las gracias y la donosura del célebre Domingo Pablo, enano de Santa Ana, cuyo recuerdo se conserva todavía, y que nosotros, llenando los deseos de su biógrafo, lo transmitimos al siglo V, en gracia, al menos, de lo que nos ocurrirá tal vez pedirle a nuestra vez.

Tales son en globo los obsequios seculares que se han tributado en los siglos anteriores a la memoria del más grande de los hijos de Valencia, sin que necesitemos recordar ahora su festividad anual con sus célebres autos sacramentales o milacres. Tan profunda y arraigada está la veneración a nuestro Santo, tan inmensa es la fe que se tiene en su invocación.

Capítulo III

Siglo IV de la canonización de San Vicente Ferrer.-Circunstancias difíciles que precedieron a su celebración.

Una de las circunstancias que quisiéramos poseer en este momento era la de tener el ánimo suficientemente tranquilo y no percibir el tumultuoso rumor de guerra y de

convulsiones políticas, que se escucha al rededor de nosotros, para dar comienzo a la relación de las fiestas del cuarto centenar, contestando a una epístola, con que el cronista de las del siglo tercero encabeza su obra voluminosa. Invoca en ella el pacífico historiador la indulgencia de compañerismo del que haya de escribir la festividad secular del siglo diez y nueve, para que éste a su vez la encuentre en el del siglo veinte. Hénos aquí, pues, llamados a cumplir este encargo del R. P. Tomás Soriano, de la Compañía de Jesús; y ciertamente que no esperábamos el caso honroso de representar a tan piadoso y apacible escritor. Por nuestra parte no sólo hemos leído sus memorias con fraternal indulgencia, que desde luego invocamos nosotros con mucho mayor motivo. por nuestra insuficiencia y pequeñez, sino que hemos admirado y envidiado también y deseáramos estender sobre esta memoria el colorido suave de apacible sencillez, que hermosea la obra de nuestro antecesor. Inferiores a él en unción, en virtud y en carácter bonancible, escribimos como se escribe y como se vive en el día; marchando por caminos de hierro; tropezando en los teatros, en los paseos y en las calles con la sociedad entera, que se lanza fuera del hogar doméstico, para ocuparse de la cosa pública; y gastando con afán la mísera existencia sobre la tierra, para llegar ciegamente al día de mañana, no contentos jamás con el día de hoy, y contando el de ayer, como una época de la más remota antigüedad. Poco favorables son por cierto estas condiciones para escribir meditando; y escribir, sobre todo, sobre un asunto alegre y en un país tan bello, tan poético y tan inspirador como el de Valencia.

Ni aun nos queda el consuelo de esperar que este pobre escrito llegue a las manos del historiador de las fiestas seculares del siglo XX: son tantas las vicisitudes que sufre el nuestro, tan sombría es la perspectiva, que al menos por ahora se presenta, que no podemos asegurar cuáles serán las creencias, las opiniones y las situaciones políticas de nuestro sucesor. Cualquiera que sean, apelamos sin embargo a su buen juicio, y para seguir el ejemplo del P. Soriano, nos permitiremos dirigirle también nuestra epístola de confianza, para que conozca al menos las circunstancias difíciles que han precedido a estas últimas fiestas, pero de tal modo que nuestra relación esté conforme en lo posible con lo que la historia política le dará mejor a entender.

Al historiador de las fiestas seculares del siglo V de la canonización de San Vicente Ferrer.
El cronista del siglo IV

Mi futuro amigo: Cumpro con el honroso cargo de mi antecesor el R. P. Tomás Soriano, trasladando su buena memoria a tu cariño (perdóname esta franqueza de hermano); por si no llega a tus manos la obra que escribió, lo cual no sería imposible. De este modo habremos estrechado una estraña amistad de doscientos años, tres personas que no se han conocido; una desde el fondo de su ignorado sepulcro, otra cuyo nacimierito está reservado a los tiempos y otra que se ha encargado de unir lo pasado al porvenir. ¿Quién serás tú, mi respetado amigo? ¿Tu siglo seguirá las huellas del nuestro, y celebrará como nosotros la quinta fiesta secular de San Vicente? ¿Será una nuestra opinión religiosa, una nuestra tendencia política? ¿Qué seréis vosotros entonces? ¿Os llamaréis españoles y valencianos? ¿Conservaréis nuestra fe, y algún respeto a nuestra historia actual? ¿Os pareceremos bárbaros, o impíos, o fanáticos, o destructores, o civilizadores, buenos o malos? ¿Tendréis

nuestros mismos u, otros mejores templos? En fin, futuro amigo, ¿seréis más felices o más desgraciados que nosotros? ¿Nos habréis adelantado, en el saber, o estaréis más atrasados que nosotros? He aquí unas preguntas, cuya contestación me es sensible no poder recibir, aunque me llamaran el Matusalén o el Enoch del siglo XIX, y tuviera una barba más luenga y blanca que los viejos magos de los árabes cuentos.

No soy tan egoísta, amigo mío, que llegue a serme indiferente la suerte tuya y la de tus contemporáneos; pero ya que no me será dado saber, ni aun presumir cuál sea vuestra fortuna, te referiré sin embargo la nuestra, para que te rías, si es mejor que la de vuestro tiempo, o nos tengas compasión, si sois más bienaventurados.

Para que sepas desde luego quién soy, te diré que en ninguna parte me puedes conocer mejor que leyendo, si llegan hasta ahí, mis pésimas obras en prosa y verso, con que he ayudado a desacreditar la literatura de la época actual; que he sido revolucionario, y conspirador y periodista, y he sido todo lo que quieras, menos cosa buena. Merezco los muchos enemigos que tengo; porque no soy digno de aspirar al aprecio y menos a la consideración de mis contemporáneos. Lo único en que no cedo a nadie, es en el amor a Valencia, cuyas glorias, ya en verso ya en prosa, he contado, en multitud de escritos; y mi sentimiento es ver actualmente a nuestra bella capital aherrojada en su existencia material al impulso que le quiere imprimir la villa de Madrid, cuya dominación absoluta y muchas veces, corruptora va devorando silenciosamente la vida de los demás pueblos de la península.. Pero estas son cuentas que en estos momentos se están liquidando; y la historia te dirá el resultado.

Sepas, empero, lo que conviene saber por ahora, ya que, conociéndome, debes tener confianza en mi narración imparcial. Entremos en materia.

En otra parte de este escrito hallarás trazada a grandes rasgos la historia de los sucesos principales, que ha atravesado hasta el día nuestra patria; pero es preciso que con respecto al año 1854 y la mitad del presente 1855, época de la festividad centenaria, tengas una idea más completa, para que comprendas cuán difícil se presentaba la celebración de fiestas, y cuantas dificultades ha sido necesario superar para que llegaran a realizarse.

Leerás también en la historia del reinado de Doña Isabel II, entre innumerables vicisitudes políticas, el terrible drama que principió en Julio de 1854. Fue precisa una revolución sangrienta para derribar el arraigado poder, de que disponían los anteriores consejeros de la corona. Se derramó sangre de valientes en los campos de Vicálvaro; sangre también de hermanos en las calles de Madrid; la madre de la Reina huía temblando de las iras del pueblo, levantado en masa contra ella, para buscar un asilo en país extranjero; la España se fraccionó en provincias, y se conmovió hasta sus más profundos cimientos, de cuya convulsión no se ha librado todavía en los momentos en que te escribo. El erario se había encontrado exhausto, y la terrible epidemia del cólera empezaba a devastar diferentes zonas de la Península.

Como debes suponer, no fue Valencia la que menos parte tomó en estos acontecimientos. Murmuró, se indignó, se levantó y se armó: pero se había apenas establecido el nuevo gobierno, y escasamente había transcurrido un mes, desde que se oyó en

Manzanares el primer grito de la revolución, cuando la epidemia, a que nosotros hemos dado el nombre de cólera-morbo-asiático, principió a fines de Agosto a mostrar su lívida megilla bajo el hermoso azul de este cielo tan puro y trasparente. De día en día fue redoblando sus golpes destructores; y hubieras temblado al contemplar la precipitada emigración de numerosas familias, que huían del vasto cementerio que se abría a sus pies. Veíanse donde quiera casas y habitaciones cerradas; las calles desiertas; la atmósfera nebulosa, y derramando un calor sofocante; los facultativos corriendo en varias direcciones; los eclesiásticos llevando misteriosamente los sacramentos a los lechos de los moribundos; vigilantes y activas las autoridades; hogueras durante las noches para desinfectar el aire; literas o parihuelas cerradas conduciendo a los hospitales a los pobres enfermos; y sobre todo esto era mucho más terrible el espectáculo de centenares de jornaleros y artesanos sin trabajo, hambrientos, ociosos, avergonzados, pero resignados y pacíficos recoger la limosna diaria, con, que la caridad pública y los esfuerzos de autoridades y celosos patricios procuraban socorrerles. Marcábase en todos los semblantes un terror ostensible, que nada bastaba a ocultar; y no faltó un amago de trastorno político y religioso a la vez por la imprudencia de un sacerdote poco cauto, que se presentó amenazando con las iras del Señor, como un antiguo profeta, sin calcular los peligros que su imprevisión podía ocasionar, y sin estudiar la diferencia de los tiempos y de las circunstancias.

En el mes de Noviembre respiró Valencia, y acabó de contar el año 1854, sino tranquila, reposada al menos de los golpes con que durante cuatro meses habia sentido maltratado su corazón.

Durante este tiempo Inglaterra y Francia se hallaban ya empeñadas en la lucha de gigantes que sostienen en las regiones de oriente contra los hijos de Rurick, procurando destruir el estenso pedestal de granito, que parece sostener al imperio moscovita. El antiguo ponto Euxino, o mar Negro, ha ido devorando a millares a las intrépidas la república romana ha procurado y casi ha conseguido ya doblegar al oriente. Los alaridos de muerte que allá en aquellas regiones lanzan los combatientes conmueven a todo el mundo; los ecos de sus cañones hacen retemblar a todos los pueblos y a todos los tronos, porque todos ignoran su porvenir.

El año 1855 se presentó a Valencia cubierto con el mismo manto negro que le había legado el anterior: el ayuntamiento se quedó de súbito privado de los recursos, que le rendían los productos de las puertas. En tu tiempo, futuro amigo mío, acaso no existirán murallas que encierren a los ciudadanos como en un redil, y no sabrás tal vez el sistema de contribución que regía en nuestros tiempos, para tener la libertad de llevar a los mercados y al hogar doméstico lo que producían los campos y lo que conducía el mar a nuestras playas. Pero sepas, que sin esta contribución, nuestros antepasados construyeron inmensos palacios públicos y suntuosas catedrales. Pero, en fin, a falta de otros medios la autoridad municipal sacaba de éste los que eran suficientes para cubrir con sobras todas las obligaciones.

¿Cómo podía atender a la celebración de fiestas, cuando debía crecidas sumas a los que le habían facilitado recursos, para asegurar la subsistencia de los pobres en la epidemia anterior; y cuando le era indispensable añadir a su presupuesto, otro no menos grave del sostenimiento de sus ciudadanos armados? Lamentábase, además, la carestía en los víveres, la pérdida de la cosecha de seda, que amenazaba hundir otra vez en la miseria a millares de

operarios; el temor de la reaparición de la epidemia; el aspecto político que se presentaba y sigue sombrío en toda Europa; y, en fin, donde quiera que volvíamos los ojos, no veíamos más que un malestar profundo, y más adelante un porvenir mucho más encapotado. Los particulares no se hallaban en mejor situación para responder al llamamiento de unas fiestas, cuando tantos motivos tenían para llorar. Se habían aumentado los tributos; se les exigía un anticipo voluntario o forzoso, pero que bajo cualquier concepto de los dos, era otro impuesto también; y ya ves que todo conspiraba para que los representantes del siglo XIX dejáramos olvidada la memoria de San Vicente Ferrer.

A pesar, pues, de tanto cúmulo de dificultades, las fiestas se han celebrado, sin embargo, si no con la prodigalidad de oro y de riquezas que ostentaran los del siglo pasado, con el lujo, al menos, que un buen gusto ha revestido de cierto aparato y esplendidez, como vas a leer en seguida.

Te he dado noticia de las situaciones que hemos atravesado: si eres tú más desgraciado, te parecerán pocos nuestros males; y si eres más feliz, no comprenderás la extensión de nuestras amarguras. Dejaré, empero, detalladas todas estas fiestas seculares, para que nos escedais en pompa, si sois ricos; pero no os olvideis de socorrer a los pobres, que han sido nuestro objeto más sagrado.

He cumplido con el encargo del P. Tornás Soriano; así tendrás memoria de él: no te recomiendo la mía, porque no vale tanto; pero bueno será que digas algo a tu sucesor del siglo XXI, si las cosas siguen el orden político y religioso que tienen en el día. Quisiera conocer, entre la multitud de niños que tropiezan conmigo en todas partes, al que debe ser tu abuelo; en este caso le haría algunas advertencias, que suplicaría las trasmitiese hasta su nieto; pero privado del don de conocimiento, que San Vicente tuvo al encontrar a Calixto III envuelto en pañales, me veo en la triste necesidad de callar cosas, que no sentirías saber, para que fuera más íntima nuestra amistad.

Adiós, pues, futuro historiador. No te deseo nuestros males, pero sí la tranquilidad y el orden que yo he observado en las pasadas fiestas; y si, como yo, recorres la capital mirando, anotando, y solazándote también, recuerda que nada existirá de este pobre escritor, que pide al cielo conceda a tu siglo la paz, de que no ha disfrutado el nuestro. Compadece nuestras desgracias; y sin afanarte por buscar mi sepulcro, honra con un recuerdo la fraternidad de tu muerto amigo

VICENTE BOIX.

Capítulo IV

Asociación de fiestas. -Trabajos preparatorios.

Visto habrán nuestros lectores contemporáneos en la carta anterior la verdad, de cuanto hemos espuesto, para dar a conocer las dificultades que se ofrecían al celebrar el cuarto siglo de la canonización de San Vicente Ferrer. No hemos exagerado los obstáculos; pero

no hemos rebajado tampoco los colores de ese cuadro sombrío, que todos teníamos delante de los ojos. Antes que todo la verdad. Pero Valencia, cuyo genio creador tanta semejanza tiene con el de la antigua Grecia, ha sabido siempre levantar su vuelo sobre los sucesos; y lanzada en su carrera, lucha y triunfa. Así sucedió en esta solemne e importante ocasión. El impulso no procedió de la autoridad; vino de los particulares. Se empeñaron, y todo se venció.

Hallábanse reunidos varios; amigos en la noche del 126 de Marzo en la casa núm. 10 de la calle de Zaragoza., y piso tercero, que ocupaba D. Ramón Coll, del comercio, de esta ciudad, cuando se promovió la conversación sobre la proximidad de las fiestas seculares, de San Vicente, que parecía imposible realizar. Patente estaba a esta amistosa o íntima reunión el estado que poco antes hemos procurado bosquejar, con otras circunstancias que podían explicarse sólo en el retiro del hogar doméstico. ¿Cómo exigir al ayuntamiento actual los 40,000 rs. que el anterior había ya designado para este caso, si las calamidades públicas los habían absorbido todos? Y estuvo bien hecho; antes que responder a la risa del que goza, es más sagrado enjugar la lágrima del que llora. Se habían, empero, consignado 10,000 rs.; pero esta cantidad era aun insegura por las atenciones apremiantes, que aumentaban cada día.

Nuestros amigos no desistieron, sin embargo; lo discutieron y analizaron todo, y escogitaron todos los medios que podían conducir a la realización de sus deseos, y del empeño de no dejar interrumpida en el siglo XIX la continuación de unas fiestas que los tiempos habían consagrado. El recurso que les pareció más asequible fue el de suponer que, invitada y escitada la población de la capital, se podría esperar, por término aproximado, que cada vecino contribuiría por vía de limosna con la cantidad de cuatro reales, arrojando de este modo una suma de 64,000 rs., cantidad suficiente para celebrar función es religiosas y elvicas, y aun destinar una parte no despreciable a los actos de beneficencia. Admitido el cálculo y aceptada su posible realización, se encargó de formular las bases del programa D. Salvador Albert, ex-secretario, y. ahora oficial único de la junta de comercio, redactándolo aquella misma noche y presentándolo en la reunión, que volvió a celebrarse en 31 del mismo mes. Dominó el pensamiento de formar una estensa asociación de personas, que debían ser valencianas, o cuando mas, establecidas en Valencia desde tiempos anteriores, y donde radicasen sus intereses. Justo es, empero, añadir que el principal promovedor de este pensamiento fue el citado D. Ramón Coll, que era catalán, pero que establecido hacía largos años en esta capital, ama a Valencia como a su misma patria, y cuenta en ella numerosas relaciones de íntima confianza, de aprecio y de merecido respeto.

Discutidas y aprobadas las bases presentadas por Don Salvador Albert, se procedió a indicar los nombres de las personas que ocurrieron de pronto a la memoria de la reunión, y que en su concepto apoyarían el notable proyecto que les ocupaba. Para invitarlas se comisionó a Don Baltasar Settier, sombrerero, habitante en la calle de San Vicente; persona activa, infatigable, y dispuesta siempre a tomar parte en cuantos trabajos reclamen la conveniencia o la caridad pública. Hállasele en todas partes, y su impulso es decisivo en cuantas comisiones se le confían.

De casa en casa, y presentándose una y otra vez, Don Baltasar Settier fue recogiendo la conformidad de las personas en quienes se había confiado, y que correspondieron de una

manera tan espontánea como galante. En una misma lista se confundieron hombres de todas las posiciones sociales y de todas las opiniones políticas: al pie de San Vicente no hubo más que valencianos y patricios. La política y las distinciones, que fraccionan la sociedad, desaparecieron ante la sombra sagrada de Vicente, a quien todos aman he aquí uno de los prodigios que presenta su recuerdo.

El proyecto de asociación para las fiestas que presentó el Sr. Albert, y que todas las personas invitadas suscribieron, fue el siguiente: «La penuria en que se encuentran los fondos municipales por consecuencia de las circunstancias, ha sido causa, sin duda, de que el Excmo. ayuntamiento de Valencia no consigne más cantidad que la de 10,000 rs. para celebrar la conmemoración del siglo IV de la canonización del apóstol valenciano San Vicente Ferrer, que debe efectuarse el día 29 de Junio del corriente año 1855. -Un valenciano, que no cede a otro en amor a su país y en deseos de rendir el justo homenaje al que en épocas también tormentosas dio gloria a su patria, ha pensado el medio de subsanar el vacío que dejaran las funciones seculares del presente dedicadas al santo sabio y eminente político Vicente Ferrer, honra y gloria de Valencia; porque por las razones arriba indicadas, deben ser las fiestas del ayuntamiento bien reducidas, por cierto, atendida la limitada cantidad asignada en su presupuesto para ellas.-No es posible que el vecindario de esta capital deje de acudir voluntariamente a una suscripción para objeto tan laudable, destinándose sus productos a celebrar la solemnidad, después de verificada la de la municipalidad. Ésta será la que celebre la misma en nombre de la ciudad, y aquella la que como particulares dedican los vecinos de la misma.-Los fondos que arroje la suscripción reducirán o aumentarán los festejos que deban hacerse bajo las bases religiosas y de beneficencia, que van a detallarse, sin perjuicio de variar el pensamiento a mayor ilustración de las personas que se pongan al frente de esta patriótica manifestación; y para su mayor conocimiento se presupone su coste aproximado, calculando, por término medio, entre grandiosas, medianas o reducidas funciones. -Parte religiosa: Solemne misa en la capilla del suprimido convento de Sto. Domingo, dedicada a San Vicente Ferrer, con completa orquesta, incluyendo el coste de ésta y demás de pie de altar, 3,000 rs. vn.- Iluminación de dos mil luces en dicha capilla, 3,000 rs.- Adornista en la parte superior de la capilla y multitud de arañas de cristal en toda ella, adornar el atrio, etc., 4,000 reales. -Procesión: Por consumo de cera en dos mil doscientos cincuenta cirios para corporaciones civiles y militares, clero, gremios y cofradías, 7,000 rs. -Por doscientos ramos de flores artificiales comunes, 800 rs. -Por otros ciento mayores, 700 rs. -Músicas para la procesión, 2,000 rs. -Danzas, atabales y demás, incluyendo algún carro triunfal, 4,000 rs. -Distribución a los sacerdotes que concurran a la misma; calculándose sobre doscientos, a seis reales, 1,200 rs, Enarenado y enramada de la carrera y 500. -Función pública: Iluminaciones de vasos o de gas en el frontis y torre de Sto. Domingo, por tres días, 4,500 rs. -Músicas en dichas plazas y en la de las Barcas, o en la de San Francisco, por tres días, 2,400 rs- Castillo de fuegos artificiales en la citada plaza de Sto. Domingo, o más bien en el Miguelete, 7,000 rs. -Actos caritativos. -Al santo Hospital y casas de Misericordia y Beneficencia, a razón de quinientos reales cada una, 4,500 reales. -Una olla pública a los pobres vecinos de la ciudad y arrabales, bien condimentada y con su ración suficiente de pan, calculándola de dos mil raciones, 5,000 reales. -Raciones en especie a familias pobres vergonzantes, a juicio de curas y fabriqueros de las parroquias y de la Real Asociación de Ntra. Sra. de los Desamparados, estimándolas en quinientas raciones, 1,250 rs. -A los pobres presos en las cárceles de San Narciso y Serranos, para una olla en el día de la fiesta, 500 rs. -Diez y seis

dotes de mil reales cada uno, distribuidos por medio de la suerte a otras tantas doncellas pobres, cuyo capital se impondrá en la caja de ahorros con el interés de costumbre, cuyo capital y réditos percibirán las agraciadas al contraer matrimonio o entrar en religión, o a falta de estos casos al cumplir la edad de cincuenta años, bajo el concepto que las que se inscriban no han de bajar de doce, ni pasar de veinte años, 16,000 rs. -Calculando, pues, que los diez y seis mil vecinos de esta capital concurren, unos, con otros, con la pequeña suma de cuatro reales cada uno, nos dará la cantidad aproximada que se presupone (64,350 rs.). Pero ¿cómo es posible que la religiosa Valencia no se esceda a sí misma, tratándose de obsequiar a su patrón y conciudadano en una fiesta secular, y que no consignaran un recuerdo a los venideros de lo que es susceptible el amor de la patria y de la religión de sus mayores? No cabe la desconfianza en el presente caso, por más que se alegue la calamidad de los tiempos. -Para que no salgan fallidas tan fundadas esperanzas, es conveniente que las personas de valer de esta ciudad, sin distinción de clases, se pongan al frente de esta patriótica y religiosa empresa, y no hay que dudar que sus nombres inspirarán la debida confianza en el público; porque formada la dirección, según va dicho, con la publicidad de sus disposiciones y con la de las cuentas de recaudación e inversión de los fondos, a alejará toda sospecha. -Al que ha tenido el anterior pensamiento se le ha ocurrido indicar, para formar aquella, las personas que al pie se notan, personas a las cuales, en su generalidad, no conoce más que por los buenos antecedentes que merecen en el público, (no obstante que en la primera reunión que haya de celebrarse por los que prohíben la idea, podrán variarse o adicionarse, según el mejor parecer); en el concepto que, en las que se proponen, se ha procurado figuren de todas las parroquias y de todas las clases y gerarquías. -Al que esto escribe no le impulsa otro interés que el de puro amor a su patria Valencia; no siendo sus deseos otros, que la ciudad dé en el siglo XIX una muestra de que las virtudes de su patrón San Vicente Ferrer, no se han borrado de la memoria de sus conciudadanos, para que el Santo continúe siendo, como ha sido, su constante intercesor ante Dios en las calamidades y tribulaciones que pueden sobrevenir al reino, y en particular a la capital, patria de tan gran Santo.

Valencia 27 de Marzo de 1855. -Salvador Albert.»

Tal fue el proyecto que circuló la reunión de amigos de la calle de Zaragoza, y que se apresuraron a suscribir cuantas personas fueron invitadas, a saber: El Excmo. señor marqués de la Romana; Excmo. Sr. barón de Santa Bárbara; Sr. conde de Almodóvar; D. Francisco de Llano, del comercio; D. Antonio Ripollés, diputado provincial y del comercio; D. Manuel Benedito, abogado y diputado provincial; D. Domingo Capafons, también diputado provincial y farmacéutico; D. Miguel Vicente y Almazan, abogado y catedrático de la universidad; D. Francisco Saurí, escribano; Excmo. Sr. conde de Olocau; D. Juan Manuel Clavero, prior del tribunal de comercio; D. Juan Cebrian y Bouhabent, cónsul del mismo tribunal; D. Fausto Miranda, vocal de la junta de comercio; D. Vicente Orduña, fabricante de tejidos de seda; D. Salvador González, del mismo arte; D. Matías Sanz, dignidad de maestrescuela; D. José Ortiz, canónigo doctoral; D. José Luis Montagut canónigo magistral; D. Bernardo Fenollosa, canónigo lectoral; D. Francisco Peris, canónigo prebendado, D. Ramón García, lo mismo; Sr. marqués de Cáceres; Don Joaquín Borrás; D. Juan Castillo, maestrante; D. José Vallterra, lo mismo; Sr. marqués de Montortal; D. Santiago García y Clavero, del comercio; D. Jesús de la Cuadra y Galán, del comercio; D. Ramón Dorda, del comercio, D. Mariano Royo y Aznar, del comercio; D. Tomás Rubio y

Almenar, abogado, D. Ramón Díaz, escribano benefical; D. Félix Gallac, del comercio y diputado provincial; señor conde de Ripalda; D. Joaquín Casañ, médico y catedrático de la universidad; D. Franco de Sena Chocomeli, abogado; D. Luis Ferrer, presbítero y decano de los religiosos esclaustrados de la orden de Predicadores; D. José Lacal, presbítero, de la misma orden; los catorce curas de las parroquias de la capital; los catorce fabriqueros de las mismas; D. Baltasar Settier, fabricante de sombreros; Don Francisco Mora, maestro hornero; y además suscribieron también, a pesar de no hallarse indicados, D. Matías Martínez, antes Llopis; D. Matías Llopis y Domínguez; y habiendo sido uno de los designados el Excmo. Sr. conde de Cervellon, se le ofició a la corte, y en su contestación se adhirió completamente al pensamiento.

Éstas fueron las personas que formaron la gran asociación; las había de todas edades, de todas condiciones: era un verdadero cuadro de sociedad actual; pero sus esfuerzos fueron simultáneos, y unánime el sentimiento que presidió a sus resoluciones. Sólo dos personas no contestaron a la invitación.

Satisfechos los autores del proyecto por un resultado que prometía mayor ventura en su realización, se buscó local para reunir este respetable número de asociados, y se impetró el permiso de la, autoridad superior política de la provincia. Se obtuvo lo, primero, facilitando, con la galantería y con la vivacidad que le distingue el Sr. barón de Santa Bárbara, en uno de los salones de la Sociedad Económica de Amigos del país, de que es actual director. Se consiguió el permiso del Sr. gobernador civil (sin cuya autorización, según las ordenes vigentes, no pueden reunirse en un punto más de veinte personas), por medio de D. Baltasar Settier, mediando la recomendación de los diputados provinciales D. Antonio Ripollés y D. Domingo Capafons. El Sr. gobernador, no sólo accedió a permitir la reunión, sino que ofreció su eficaz cooperación para llevar a cima este proyecto.

Conseguido tino y otro objeto recibieron los asociados una atenta invitación, redactada en los términos siguientes:

«En el día 13 del corriente, a las cinco de la tarde, debe instalarse la junta que ha de entender en la dirección de las fiestas que se han de celebrar en Junio próximo, con motivo del siglo IV de la canonización del apóstol valenciano San Vicente Ferrer, y costearse por medio de una suscripción voluntaria del vecindario y arrabales de esta capital; hallándose V., pues, entre los firmantes en el programa provisional circulado, se suplica su asistencia a la casa de la Sociedad de Amigos del País, sita en la plazuela de las Moscas, donde ha de verificarse la primera reunión; nombrar presidente, vice-presidente y secretarios, y acordar lo demás que se tenga por conveniente. Valencia 12 de Abril de 1855. -La presente se exhibirá a la entrada.»

Puntual y numerosa fue la concurrencia, y las disposiciones que en ella se adoptaron se hallan comprendidas en la siguiente acta de instalación de la Asociación para solemnizar el IV siglo de la canonización de San Vicente Ferrer. -Reunidos en el día trece de Abril del año mil ochocientos cincuenta y cinco, con el correspondiente permiso de la autoridad superior de la provincia, y previa convocación a domicilio del día anterior, en la casa de la Sociedad de Amigos del País los Sres. Excmo. Sr. marqués de la Romana; Dr. D. José Luis Montagut; D. Ramón Dorda; Excmo. Sr. barón de Santa Bárbara; D. Santiago García y

Clavero; D. Francisco de Llano; D. Manuel Benedito, diputado provincial; D. Vicente Orduña; D. Francisco Mora; D. Manuel Clavero, prior del Tribunal de Comercio; D. Faxisto Miranda; D. Matías Martínez, antes Llopis; D. José María Llopis y Domínguez; D. Ramón Díaz; Don Juan Castillo; D. Francisco Peris, canónigo; D. Vicente Luis Ferrer, presbítero, decano de la orden de Predicadores, por su representante D. José Lacal, de la propia orden; D. Atanasio Checa, fabriquero de San Pedro; Don Francisco Blay, cura párroco de San Martín; D. Baltasar Settier, fabriquero de la misma parroquia; D. Antonio Ballester, fabriquero de San Andrés D. Vicente Hernández, cura ecónomo de San Esteban; D. Miguel Casto Cabellos, fabriquero de la misma; Dr. D. José Cervera, vice-rector de los Santos Juanes; Dr. D. Pedro Ariño, vice-rector de San Nicolás, por su representante el Dr. D. Salvador Gay; Dr. D. Vicente Martí, cura párroco de Santa Cruz; D. Vicente Olmos, fabriquero de la misma; Dr. D. Vicente Ripoll, extra de San Valero, y D. Salvador Albert; y habiendo manifestado varios de los señores presentes la anuencia y conformidad de otros ausentes, a lo que se determinase, y escusado su falta de asistencia, el Sr. Settier hizo presente que el objeto de la reunión, a la que habían sido convocados todos los que habían firmado el programa de fiestas para solemnizar el cuarto centenario de la canonización del ilustre valenciano San Vicente Ferrer, ideado por algunos celosos valencianos, amantes de las glorias de su país y devotos del Santo, era el instalar una junta compuesta de los mismos, para que tratase de realizar el dicho programa o aquel que se determinase, para celebrar de un modo digno y solemne tan plausible y memorable acontecimiento. - Aceptada la idea con el más vivo y general entusiasmo, se pasó a constituir la junta, haciendo el nombramiento de los respectivos cargos; y habiéndolo sido para presidente el Excmo. Sr. D. Vicente de la Encina, barón de Santa Bárbara, por unanimidad, ocupó la presidencia, dando caballerosamente las gracias por la honrosa distinción que había merecido; en iguales términos quedaron nombrados para vice-presidente D. Francisco de Llano, que ocupó su puesto, significando igualmente su gratitud; para depositario D. Ramón Dorda, y para secretario y vice-secretario D. Franco de Sena Chocomeli, Don José María Llopis y Domínguez, el cual pasó a ejercer su encargo por hallarse ausente el Sr. Chocomeli. Quedando definitivamente constituida la junta con todos los señores firmantes el programa provisional y en los siguientes términos: Presidente, vice-presidente, depositario, secretario y vice-secretario los señores referidos y vocales el excelentísimo Sr. marqués de la Romana; el Sr. conde de Ripalda; el Sr. marqués de Cáceres; el Sr. D. Matías Sanz y Sever, dignidad de maestrescuela de esta santa iglesia; el Sr. D. José Luis Montagut, canónigo magistral; el Sr. Don Ramón García Antón, canónigo; el Sr. D. Antonio Ripollés; el Sr. D. Félix Gallac; el Sr. D. Manuel Benedito; el Capafons; el Sr. D. Francisco Peris, canónigo; el Sr. D. José Ortiz, canónigo doctoral; el Sr. Don Vicente Luis Ferrer, presbítero decano de la orden de Predicadores; el Sr. D. José Lacal, presbítero, de la propia orden; el Sr. D. Bernardo Fenollosa, canónigo lectoral; el Sr. D. Juan Castillo; el Sr. D. Joaquín María Borrás; el Excmo. Sr. conde de Olocou; el Sr. marqués de Montortal; el Sr. D. José María Vallterra; el Sr. conde de Almodóvar; D. Jesús de la Cuadra; D. Vicente Orduña; D. Santiago García y, Clavero; D. Francisco Mora; D. Salvador González; D. Juan Manuel Clavero; D. Fausto Miranda; D. Mariano Ramiro; D. Matías Martínez, antes Llopis, Don Ramón Díaz; D. Miguel Vicente y Almazan; D. Francisco Saurí; D. Juan Manuel Cebrian; D. Joaquín Casañ; D. Tomás Rubio y Almenar; D. Salvador Albert; D. José María Gamborino, vicario de San Pedro y D. Atanasio Checa, fabriquero de la misma; D. Francisco Blay, cura y D. Baltasar Settier, fabriquero de San Martín; D. Joaquín Andreu, cura y D. Antonio Ballester fabriquero de San Andrés; Don Vicente Hernández, cura-

ecónomo y D. Miguel Casto Cabellos, fabriquero de San Esteban, D. Joaquín Hernández, cura; D. Jorge Chisvert, fabriquero del Salvador; D. José María Montoro, cura y D. Vicente Tudela, beneficiado y fabriquero de Sto. Tomás; D. Simón Vidre, cura y D. Lamberto Teruel, fabriquero de Santa Catalina; D. José, Cervera, vice-rector de los Santos Juanes; D. Pedro Ariño, vire-rector de San Nicolás; D. Mariano Royo y Aznar, fabriquero de la misma; D. Andrés P. Blasco, cura y D. Juan Bautista Berenguer y Ronda, fabriquero de San Bartolomé; D. Mariano Fayos, cura y D. Julián Arazo, fabriquero de San Miguel; D. Vicente Ripoll, cura y el fabriquero de San Valero, y D. Francisco Bellver, cura de San Lorenzo.

Acto continuo manifestó el Excmo. Sr. presidente. que se estaba en el caso de nombrar una misión del seno de la junta, para que examinase el programa provisional, discutiera y propusiera el que creyese más acertado, se ocupase de los medios más a propósito para reunir fondos, y entendiéndose principalmente en todo lo relativo a las fiestas y actos de caridad, con que se desea, según el pensamiento de la junta, celebrar el cuarto centenario de San Vicente Ferrer. Aprobada por la junta tan natural y oportuna indicación, fueron nombrados para dicha comisión: presidente, el Sr. marqués de Cáceres; vice-presidente, el Sr. D. Juan Castillo; secretario, D. Tomás Rubio y Almenar; vice-secretario, D. Ramón Díaz, y vocales los señores conde de Almodóvar; D. Manuel Benedito; D. Antonio Ripollés; D. Francisco Peris; D. José Luis Montagut; D. José Ortiz; D. Vicente Luis Ferrer; D. José Lacal; Don Jesús de Lacuadra; D. Fausto Miranda; D. Santiago García y Clavero; D. Vicente Ripoll; D. Matías Martínez, antes Llopis; D. Antonio Ballester; D. Baltasar Settier; D. Salvador Albert, y D. Francisco Mora. -Leída por el vice-secretario una moción presentada por el celoso patricio D. Santiago García, en unión de otros distinguidos valencianos, no menos amantes del país, para que siguiendo los elevados ejemplos de San Vicente Ferrer, especialmente en la fundación del imperial colegio de Niños Huérfanos, que lleva su nombre, y con el fin de perpetuar con un recuerdo útil, a la par que beneficioso, la memoria del presente centenario, se procure establecer una escuela de Párvulos, bajo la invocación de tan caritativo y eminente Santo en esta ciudad, fue recibido con general y unánime aceptación tan digno y laudable pensamiento, y se mandó pasar desde luego a la comisión de fiestas. -Con el fin de aumentar el lucimiento de las mismas, se acordó invitar a los electos de los cuarteles, estramuros de la capital, para que por su parte, y en sus respectivas demarcaciones, procuren contribuir con sus esfuerzos y donativos, en unión de la ciudad, para tan plausible objeto. -Asimismo se acordó me pusiese en conocimiento del Excmo. ayuntamiento la instalación y objeto de la presente junta, como igualmente publicase el vice-secretario una reseña de éste en el Diario Mercantil y periódicos de la capital; y acordado quedase ya a tratar y dar principio a sus tareas la comisión de fiestas, se levantó la sesión de la Junta general, de que certifico. -José María Llopis, vice-secretario.

Desde este día principian las frecuentes sesiones de la activa, celosa e inteligente comisión de fiestas; y ya que sus individuos son bien conocidos en Valencia, quisiéramos poder transmitir a la posteridad, no sólo los detalles de sus trabajos, sino también los retratos morales de todos sus individuos. Digno era de ello esta reunión de personas de galantería, de educación y de excelente trato social; y eso que había entre ellos eclesiásticos, nobles, artesanos, labradores, abogados, literatos, escribanos; de todas edades, de todas opiniones políticas; separados en otros días por la encontrada posición en que les colocaran sus ideas de gobierno; unidos ahora con unos vínculos de amistad, que tarde podrán olvidar.

Conocida, pues, la instalación de la asociación de fiestas, nos ocuparemos sólo de los trabajos de su comisión de fiestas, a la que muy pronto se añadió la del excelentísimo ayuntamiento, para llevar unánimes adelante el gran pensamiento que se les había confiado para su realización.

Capítulo V

Reseña de las actas de la comisión de fiestas.

Para dar una idea ligera de los trabajos de la comisión de fiestas, no podemos encontrar un campo más abundante que la colección de sus actas, redactadas por el secretario D. Tomás Rubio y Almenar. En ellas se hallan perfectamente comprendidos hasta los pensamientos de la comisión, y escrito todo con un estilo grave, estenso, florido y galante con los individuos que hablaron, o escribieron, o desempeñaron comisiones subalternas, o estuvieron en relación con la misma comisión, o en algún modo se mencionan en las mismas actas. Estas actas que, encuadradas, se han entregado, por el que esto escribe, a la Sociedad de Amigos del país, que las conserva en su archivo para perpetua memoria del centenario y honra del secretario que las redactó, serán un verdadero monumento que el siglo próximo consultará y que manejará con admiración. Sólo nuestros venideros sabrán apreciar debidamente este manuscrito; porque su método, su claridad y su inalterable orden cronológico, les dispensará hasta de la lectura de esta memoria impresa, al paso que tendrán una complacencia en haber a las manos las correspondencias oficiales y de confianza de grandes personajes del día en todas las carreras del Estado, y sobre todo de los que tomaron parte directa o indirectamente en esta festividad secular. ¿Quién había de sospechar, siquiera, que el que anunciaba en 16 de Julio la alegre despedida de la comisión en su última sesión, había de sucumbir poco después bajo el azote de la epidemia? Joven, lleno de esperanzas, de apuesta figura, y rodeado de amigos el secretario D. Tomás Rubio y Almenar, al concluir sus trabajos literarios se reclinó en el sepulcro para descansar. Fue el único de la comisión a quien arrebató la epidemia... Así lo dispuso la Providencia. ¡Triste deber el del historiador, que, aun en una crónica de fiestas, tiene que comenzar poniendo el pie sobre el sepulcro! Pero no pasará adelante sin recordar el sentimiento que causó a sus compañeros y amigos el fallecimiento del Sr. Rubio, que se había merecido el más justo aprecio de todos. Su memoria queda, empero, en las actas de que nos ocupamos: entretanto dejemos, aunque con amargura, la huesa del buen amigo y honrado ciudadano, y prosigamos aprisa nuestra narración, pues tampoco sabemos si la muerte nos espera en algún punto, para no dejarnos concluir la historia principiada.

Diez y ocho fueron las sesiones que celebró la comisión de fiestas, a saber: en los días 13, 20, 27 y 30 de Abril; 5, 8, 11, 18 y 25 de Mayo, 1.º 8, y 25 de Junio, y 11 y 16 de Julio.

Trece de Abril Se leyó el programa provisional que sirvió de base para la formación de la asociación, y se nombró para su examen al canónigo magistral Sr. Montagut, y al diputado provincial Sr. Benedito, pero manifestando estos señores, que antes sería conveniente calcular los fondos con que se podía contar, se acordó redactar y distribuir

profusamente, en número de seis mil ejemplares esquelas invitatorias para que los señores curas y fabriqueros las repartiesen entre el vecindario. asociando a este trabajo algunos individuos de la comisión.-Se dio cuenta del proyecto de establecimiento de la Escuela de Párvulos, bajo la invocación de San Vicente Ferrer, y se acordó oír antes a la comisión que fue del mismo instituto, que había existido en los años anteriores, bajo el título de Asilo de Egaña.-Se acordó que la comisión se reuniría todos los viernes en sesión ordinaria; y que, se invitase, por medio de los Sres. Settier y Albert, a los electos de los cuatro cuarteles para que formasen parte de la comisión.

Veinte de Abril. Se acuerda la formación del expediente general de las operaciones de la comisión. -La junta directiva que fue del asilo de párvulos, con el título de Egaña, contesta con un brillante informe a la consulta de la comisión; se acepta su cooperación para plantear la nueva escuela, y son agregados a la misma junta los señores Benedito y Ripollés. -El que esto escribe, el más inútil de los cronistas de Valencia, ofrece su cooperación y es aceptada, entrando a formar parte de la comisión encargada del programa de fiestas. -El pirotécnico D. Joaquín Minguet presenta dos proyectos de castillos artificiales, para ser examinados a su tiempo. -El conde de Ripalda presenta un ejemplar de las fiestas del siglo anterior, para que sirva de guía en las que se preparan. -Los electos de los cuatro cuarteles, presentes ya en esta sesión, ofrecen contribuir a los esfuerzos de la comisión, que los acepta con reconocimiento. -Se acuerda invitar a los redactores de los periódicos de la capital, para que se ocupen de proteger con sus escitaciones los trabajos de la comisión. -Para auxiliar a los curas y fabriqueros de las parroquias en la cuestación que se iba a practicar, se nombrarán los siguientes comisionados: Para la parroquia de San Pedro, D. Atanasio Checa y Don Ramón Díaz. Para la de San Martín, Sr. marqués de Cáceres, Sr. conde de Ripalda y D. Vicente Orduña. Para la de S. Andrés, Sr. D. Juan Castillo, y D. Joaquín María Borrás. Para la de Sta. Catalina, D. Salvador Albert, D. Ramón Coll, y D. Juan Manuel Cebrian. Para la de San Juan, D. Santiago García, D. Ramón Dorda, D. Jesús Lacuadra, D. Félix Gallac, y D. Matías Martínez, antes Llopis. Parala de Sto. Tomás, Sr. conde de Almodóvar, D. Miguel Vicente y Almazan, y D. Francisco Saurí y Sirera. Para la de San Esteban, Sr. marqués de Montortal, Sr. marqués de la Romana, y D. Fausto Miranda. Para la de San Nicolás, Sr. barón de Sta. Bárbara, D. Francisco de Llano, y D. Manuel Benedito. Para la de San Salvador, D. Mariano Ramiro, y D. Juan Manuel Clavero. Para la de San Lorenzo, D. José Vallterra, y D. Tomás Rubio y Almenar. Para la de San Bartolomé, Sr. conde de Olocau, y Don Franco de Sena Chocomeli. Para la de Sta. Cruz, D. Domingo Capafons, y D. Francisco Mora. Para la de San Miguel, D. José María Llopis; y para la de San Valero de Ruzafa, D. José Caplliure. -Los señores curas y fabriqueros quedan facultados para asociar a su cometido a los individuos de las juntas parroquiales que crean más celosos e influyentes. -Se acuerda invitar a todas las autoridades, corporaciones, personas notables, curas y alcaldes de todas las ciudades, villas y pueblos del antiguo reino de Valencia, para que concurren a estas funciones solemnes con voluntarios donativos y designación de representantes en esta festividad. -Se autoriza al secretario para que se proporcione un oficial, auxiliar.

Veintisiete de Abril. Se sabe que se hallaban reunidos los más notables feligreses de la parroquia de San Esteban, para tratar de obsequiar al Santo, como hijo de su pila; y la comisión, que estaba designando una diputación para que se entendiera con aquellos, quedó agradablemente sorprendida al recibir la visita inesperada de los parroquianos de San

Esteban, Sr. marqués de Montortal, Don Vicente Frígola, y D. Bernardo Morera, que venían a ponerse de acuerdo con la comisión: y quedan nombrados para conferenciar los Sres. canónigos Montagut y Ortiz, y los Sres. Miranda y conde de Almodóvar. -Se acordó remitir las invitaciones a los pueblos de fuera de la provincia actual por conducto del Sr. gobernador civil. -El cronista Vicente Boix queda encargado de redactar todas las circulares, comunicaciones e invitaciones que se hubieren de dirigir a las autoridades, corporaciones y personas notables, y las que hubieren de insertarse en los Boletines y periódicos oficiales. -Se acuerda invitar a los pueblos de la antigua corona de Aragón, para que envíen sus representantes en la próxima festividad. -El pirotécnico Vicente Llorens, alias Ponent, solicita dirigir los fuegos artificiales y se acuerda tener presente su instancia. -Se nombra una comisión para que proponga la función religiosa, y otra para los festejos públicos: la primera se confía a los canónigos Montagut, Ortiz y Peris, y al presbítero Lacal; y la según da a los señores Lacuadra, García y Clavero, Settier, Albert y Díaz.

Treinta de Abril. El Excmo. ayuntamiento anuncia que se preparaba a solemnizar esta fiesta secular; que había nombrado una comisión de su seno para que propusiera lo conveniente, y pedía la reunión de individuos de la comisión para conferenciar y proceder de consuno; y se delegan para ello a los Sres. barón de Sta. Bárbara; señor canónigo Peris; Benedito, y Settier. -La parroquia de San Esteban ofrece apoyar la invitación de la comisión, sin perjuicio de atender también a sus festejos particulares. -D. Pedro Elosúa presenta un donativo a la comisión, que lo acepta con gratitud.

Cuatro de Mayo. La Sociedad de Amigos del país acoge el pensamiento de amparar bajo su nombre la nueva Escuela de Párvulos. -La comisión de festejos públicos presenta el proyecto de la construcción de cuatro carros de triunfo, y es aceptado el pensamiento. -Se dispone que los pirotécnicos Minguet y Llorens preparen dos castillos de fuegos, cuyo valor no esceda de cinco mil reales, premiando al que fuere más acertado en su ejecución. -Se acuerda que la comisión de la función religiosa prepare para la sesión inmediata los antecedentes necesarios para determinarla, agregándose a la comisión el secretario. -Se invita a todos los poetas a tomar parte en la festividad.

Ocho de Mayo. El señor gobernador civil aprueba la cuestación que deban verificar los electos de los cuatro cuarteles y ofrece su eficaz y poderosa protección para llevar adelante el objeto de la asociación. -El obispo dimisionario de Avila remite sesenta reales, sintiendo que su posición no le permita ser más generoso. -La academia de San Carlos anuncia que aceptaba el ofrecimiento que su presidente el Sr: conde de Ripalda se había dignado hacer al proponer y ofrecer por sí un premio para batir una medalla que perpetúe la festividad secular. -La comisión encargada de conferenciar con la del ayuntamiento, da cuenta de su primera y satisfactoria entrevista: se suspende la discusión abierta sobre la construcción de una roca en sustitución de los carros de triunfo. -Se anuncia que los pirotécnicos Minguet y Llorens se ponían de acuerdo para trabajar los castillos de fuegos artificiales. -Se debate sobre el punto en que debían dispararse los castillos, y queda pendiente la resolución. -Se autoriza el coste de diez mil reales para la construcción de un sólo castillo de fuegos. -Se aprueba la construcción de los carros de triunfo. -Se resuelve distribuir por cantidades a los establecimientos de caridad el valor de lo que se proponía para una comida pública a dos mil pobres. -Se acuerda, oyendo a la comisión especial, celebrar la función religiosa en la iglesia Catedral, poniéndose de acuerdo con el cabildo y ayuntamiento. -Circula la noticia

de la supresión de la universidad; el que esto escribe suplica se haga una esposición al gobierno; pero el Sr. Benedito calma la justa alarma, indicando que las autoridades habían tomado ya la iniciativa. -Se-acuerda tener presente para las limosnas a una anciana de 108 años que existía en la ciudad, según noticia de los Sres. Lacuadra y Settier. -Se agrega a la comisión al presbítero D. Antonio Marco, que durante muchos años había sido capellán de la ciudad.

Once de Mayo. La parroquia de San Martín anuncia que celebrará dignamente el centenario de la consagración y dedicación de su iglesia y la canonización de San Vicente. - El Sr. D. Gaspar Dotres, diputado a las cortes constituyentes por esta provincia, ofrece su cooperación en los trabajos de la comisión. -El Sr. cura de Sta. Catalina participa haber recaudado 5,485 rs.; y el de San Miguel 1500. -El depositario D. Ramón Dorda da cuenta de haber recibido hasta la fecha 22,448 rs. 17 mrs. -El Excmo. e Ilmo. Sr. D. Pablo García Abella, arzobispo de esta diócesis, se adhiere a la gran solemnidad, y presenta su donativo, notable asaz, para que sirva de limosna, único objeto que más podía realzar las fiestas: el venerable prelado con la cantidad de 24,300 rs. distribuidos en esta forma; 8,800 para ocho dotes a favor de huérfanos, a saber: cuatro para dos niños y dos niñas del colegio imperial de San Vicente Ferrer, a razón de 1,100 rs. cada dote; 2,200 para otros dos dotes a un joven y una joven de la casa de Beneficencia, a 1,100 rs. cada uno; y otros 2,200 en igual forma de dotes, para dos jóvenes de ambos sexos de la casa-hospicio de Ntra. Sra. de la Misericordia, debiendo aplicarse dichas dotes a los que merezcan más por sus especiales circunstancias, previos los oportunos informes y correspondientes propuestas de sus juntas respectivas, y resolviendo la suerte entre las que reunieran iguales condiciones. Concedía además 2,000 rs. para los niños expósitos; 4,200 con destino a los pobres de las catorce parroquias de la ciudad, a razón de 300 por parroquia; 9,000 para las diez y ocho comunidades de la capital y sus arrabales, a 500 rs. por convento; y 300 para el de las Arrepentidas de San Gregorio. Se, acordó un solemne voto de gracias por un acto de caridad, tan digno de los mejores tiempos de la Iglesia, y de un prelado venerable por su edad, sus virtudes y saber. -Juana González y Broset, sirvienta honrada, ofrece un donativo de 19 rs. -El ayuntamiento accede a que se encargue del panegírico de San Vicente en el solemne día de la función religiosa, el Ilmo. Sr. D. Fray Domingo Canubio, obispo de Segorbe, y religioso que fue de la orden de Predicadores. -Se acuerda anunciarlo así al cabildo de la iglesia Metropolitana, suplicándole designase un individuo de su seno para pasar a Segorbe, en compañía de los que fueren nombrados por el ayuntamiento y comisión de fiestas, que por su parte nombró al Sr. conde de Almodóvar. -Preséntase un nuevo proyecto de carros de triunfo por los Sres. Albert y Settier, y se designa hasta la suma de 4,500 rs. para su construcción. -Se desecha el pensamiento de dar el baile de Torrente, y se acuerda se invite a la junta del Hospital general para que lo acoja por su parte, destinando para ello la plaza de toros, y percibiendo en beneficio de la casa el producto de las entradas. -Para el fin de formular el modo de proceder en la distribución de las dotes, se nombra para que presenten las bases a los señores cura de San Valero, Benedito, Ballester, Díaz y Boix; fijándose desde luego en la necesidad de que en todo se tuviera en cuenta la suerte, para no incurrir en la nota de parcialidad y de favoritismo.

Diez y ocho de Mayo. Se desecha el pensamiento de construir el castillo de fuegos artificiales sobre la fuente monumental del Mercado. -El impresor D. José Rius ofrece, con la mayor amabilidad, galantería y desinterés, imprimir con la más severa economía, las

poesías que debían esparcirse por el público. -Se aprueban las inscripciones que debían llevar los carros de triunfo, según lo propuesto por el Sr. Montagut y el Sr. Benedito. -El cronista, que esto cuenta, propuso que en el altar de la plaza de Sto. Domingo se inscribieran los hechos más notables de San Vicente; y se aprobó el pensamiento, encargándole al mismo su redacción. -El Sr. Benedito anunció que la diputación provincial llena de patriotismo había destinado 4,000 rs. para las atenciones de las fiestas. -El Sr. arzobispo de la diócesis cede generosamente los patios de su palacio para la construcción de los carros de triunfo. -El Excmo. Sr. duque de Híjar; marqués de Orani, y el Señor D. Vicente Bertran de Lis, contestan a las invitaciones que se les habían dirigido, ofreciendo sus donativos. -El Señor marqués de Villoris participa que en la parroquia de Sta. Cruz se habían recaudado 2,858 rs.; D. Francisco Bellver, cura de San Lorenzo, hace saber que había recogido 2,011 rs., y D. Atanasio Checa y D. Ramón Díaz presentan la recaudación de la parroquia de San Pedro, hasta la suma de 4,238 rs. 10 mrs. -El depositario da cuenta de los fondos recibidos desde el 12 a 18 de Mayo, importantes 20,980 rs. 22 mrs. -A propuesta del Sr. Díaz se acuerda invitar a la Sociedad de Amigos del país, con el objeto de que destine parte de su Boletín oficial para la publicación de la Memoria de las fiestas actuales, y que impresa se remita un ejemplar al ayuntamiento, otro al cabildo eclesiástico, otro a la biblioteca de la universidad, y otro a la del palacio arzobispal. -Se lee el pliego de condiciones que han aceptado el pintor D. José Vicente Pérez, y el maestro carpintero D. Miguel Santa-María para la construcción de los carros. -Se aprueba la licitación pública para verificar la iluminación de la Catedral. -Se ofrece un premio de 100 rs., o un objeto de igual valor y un ejemplar de estas Memorias, al que presentase en el acto de la procesión la cruz parroquial mejor adornada; otro a la corporación o particular que presentara la iluminación más completa, variada y elegante, y otro al gremio, hermandad o cofradía, que se distinguiese en su lucimiento con alguna novedad. -Se aceptó el pensamiento del Sr. Lacuadra, que propuso la colocación, en un punto conveniente, de una lápida monumental. -El Sr. conde de Almodóvar es nombrado vice-presidente.

Veinticinco de Mayo. Se acuerda un voto de gracias al malogrado secretario D. Tomás Rubio y Almenar por la forma, estilo y precisión con que redactaba las actas de la comisión. -El cabildo eclesiástico aplaude la designación del Sr. obispo de Segorbe, y nombra al Sr. deán para pasar a aquella ciudad en compañía de los representantes del ayuntamiento y de la asociación. -La comisión de fiestas de San Esteban remite el programa que había aceptado. -El depositario presenta el estado de fondos, que ascendían a la cantidad de 10,375 rs. 30 mrs., recogidos desde 19 a 25 de Mayo. -La comisión encargada de formular la distribución de las dotes presenta su dictamen, que es aprobado. -El Sr. conde de Almodóvar participa haber regresado de su viaje a Segorbe. -Se aprueban las dimensiones de la lápida monumental, y el pliego de condiciones impuesto a los licitadores en la iluminación de la Catedral.

Primero de Junio. El Excmo. e Ilmo. Sr. obispo de Barcelona D. José Domingo Costa, catedrático que fue de esta universidad, remite 1,000 rs. vn. para invertir en actos caritativos. -El Excmo. Sr. duque de Villahermosa remite también 320 rs. -El Sr. conde de Almodóvar da cuenta de la grata acogida del Sr. obispo de Segorbe. -Se sabe la próxima habilitación de local para la escuela de Párvulos, situado en el colegio de Niños de San Vicente Ferrer, presupuestando la obra en 9,500 rs., y la comisión acuerda ausiliarlos con 4,000. -El depositario presenta el estado de recaudación desde 25 de Mayo a 1.º de Junio en

cantidad de 6,060 rs. -Se acuerda la colocación de la lápida monumental en la pared exterior de la capilla de los Reyes del suprimido convento de Santo Domingo. -El Sr. Albert y demás colegas de comisión presentan el presupuesto de todos los gastos de los carros de triunfo, trages, danzas, altar, fuegos artificiales músicas y otros objetos, y es aprobado por una unanimidad. -Queda encargado Vicente Puchades de la iluminación de la Catedral por pública licitación.

Ocho de Junio. Circunstancias particulares separan al Sr. marqués de Cáceres de la comisión de fiestas de que era presidente, trasladándose a Barcelona. -La junta de comercio de esta capital ofrece el altar asirio, de su propiedad, para colocarlo en la plaza de Santo Domingo. -Programa de las fiestas que prepara la Universidad literaria. -La sociedad de Amigos del país anuncia su gran sesión pública para el día 9 de Julio. -El Sr. conde de Olocau y D. Franco de Sena Chocomeli, recaudan en la parroquia de S. Bartolomé 2,364 rs. 14 mrs.-La hermandad del Santo celo solicita algún socorro para el objeto de su instituto. - El Sr. D. Manuel Centurión, diputado a cortes por la provincia, remite 60 rs.; y el arte mayor de la seda 300 rs. con destino a la escuela. de Párvulos. -Se aprueba el presupuesto de la litografía que ha de representar los carros de triunfo. -Programa de la parroquia de San Nicolás.-A propuesta del Sr. Díaz, se acuerda que se celebren dos sesiones semanales. -El depositario presenta el estado de ingresos desde 1.º de Junio, y suman 990 rs. 25 mrs.

Doce de Junio. Se obtiene que varios niños del colegio de niños huérfanos de San Vicente Ferrer tomen parte en algunas alegorías de los carros de triunfo. -Se apoya a los electos de los cuatro cuarteles, en la circulación de esquelas invitatorias, y para ello se impetra, por medio del Sr. Settier, la autoridad del Sr. alcalde. -Se agregan a sus, respectivas parroquias, para la aplicación de las dotes, algunos distritos del cuartel de Ruzafa, que no pertenecían a San Valero. -El depositario presenta el estado de fondos recaudados desde el 9 al 12, en la suma de 990 rs. 25 mrs. -Propone el Sr. Settier la celebración de una corrida de caballos, y se le autoriza para llevarla a efecto. -El que esto escribe presenta el proyecto de un programa de las funciones, y se aplaude el preámbulo que le precedía.

Quince de Junio El Sr. gobernador civil anuncia que la cuestación practicada en las dependencias de su autoridad había producido 1,300 rs. vn. -Se hace saber, que los profesores de música de esta capital disponen también sus obsequios especiales al Santo. - La recaudación de fondos de 12 a 15, asciende a 2,300 rs. -Se conceden 160 rs. a Vicenta Garrido y Tormo, natural de Albaida y vecina de la parroquia de San Bartolomé de esta capital, que había cumplido 105 años de edad. -Se acuerda que se incluyan en el sorteo de las dotes a todos los pobres de los establecimientos de piedad, bien sean huérfanos o no lo sean, tanto de dentro como de fuera de la capital, mientras no escedan de 20 años de edad. - Se autoriza la impresión del programa de fiestas.

Diez y nueve de Junio. El Sr. D. Francisco de Paula Baquer, valenciano, regente de la audiencia de Madrid, remite 100 rs. para contribuir a los gastos de la festividad. -Igual cantidad se recibe del Sr. D. Domingo Mascarós, diputado a Cortes constituyentes por esta provincia. Recaudado desde.16 al 19 de este mes 3,005 rs., 17 maravedís. - Se leen, para su impresión y circulación, varias octavas reales, escritas por el joven poeta D. Francisco Monforte. -Un eclesiástico desconocido ofrece, por conducto, del Sr. barón de Sta. Bárbara,

la cantidad de 2,000 reales, procedentes de cierta testamentaría, con el objeto de distribuirlos por sorteo de veinte porciones de a 100 rs. cada una, a otras tantas viudas o huérfanas de la ciudad y sus arrabales. -Cubierto el presupuesto de gastos, se ausilia a los profesores de música con una cantidad, para que pudieran llevar adelante su programa.

Veintidós de Junio. El Sr. director de la escuela Industrial facilita el claustro del establecimiento para armar las piezas que formaban el castillo de fuegos artificiales. El Instituto médico valenciano remite 500 rs. vn. para contribuir a la solemnidad: la academia de Medicina y Cirugía no puede tornar parte en los donativos por las sagradas atenciones que debía cubrir. -D. Antonio Lacuadra ofrece generosamente su cochero y tronco de caballos a disposición de la comisión. -Recaudado del 20 al 22, 3,538 rs. -Vistos los fondos sobrantes, se acuerda que se entreguen 3,200 rs. a los curas de las catorce parroquias, a saber: 300 a las de San Martín, San Juan, San Andrés y San Valero, y 200 a las restantes; 1,000 al santo Hospital; 1,000 a la asociación de Ntra. Sra. de los Desamparados; 600 a la casa hospicio de la Misericordia; 500 a la de Beneficencia; 300 al colegio de Niños Huérfanos de San Vicente Ferrer; 300 al convento de arrepentidas de San Gregorio; 200 a la hermandad del Santo Celo; 800 a la Asociación de las cárceles de San Narciso y de Serranos, con destino a la adquisición de ocho camas, que sirvan para los enfermos, y 800 para una comida extraordinaria a los confinados en el presidio y casa-galera. -Se acuerda que el acto del sorteo de las dotes concedidas a los pobres de los establecimientos de caridad, se verifique en sus mismas casas y en presencia de sus juntas, comisionándose para este acto a los señores siguientes: D. Juan Castillo y D. Tomás Rubio y Almenar al colegio de Niños de San Vicente; el Sr. conde de Almodóvar y D. Ramón Dorda a la Misericordia, y el Sr. barón de Sta. Bárbara y D. Ramón Díaz a la Beneficencia; y para el sorteo general y público de las demás dotes a D. Francisco de Llano; D. Santiago García y Clavero; Sr. canónigo magistral; D. Salvador Albert; Sr. conde de Olocou y D. Franco de Sena Chocomeli. -Se comisionó para formar parte con el Excmo. ayuntamiento en los actos públicos que debían verificarse, a los Sres. barón de Sta. Bárbara; conde de Almodóvar; Chocomeli, Settier; Rubio y Almenar; Dorda y Llopis. -Para examinar y proponer el premio de los que más se distinguiesen en adornos, iluminación y demás a los Sres. Rubio y Almenar, Settier y Díaz.

Veinticinco de Junio. Recaudado desde 23 al 25, 1,759 reales 24 mrs. -Para la revisión y examen de las instancias presentadas para aspirar a las dotes, se nombra a los Sres. cura de Ruzafa, García y Clavero, y Albert. -Se aumenta la comisión que ha de acompañar en todos sus actos al ayuntamiento, con los Sres. Llano y Díaz. -Se conceden 200 rs. a los tres cuarteles de Patraix, Benimaçlet y Campanar, por sus particulares servicios prestados en esta solemnidad. -Se concede una de las dotes extraordinarias a las parroquias que presenten solicitudes en número desde 16 inclusive, hasta 25 también inclusive, y 2 a las que escedan de este número. -A propuesta del señor Díaz se acuerda la iluminación de la torre del Miguelete, colocando en ella la bandera nacional; y se comisiona para ésta a los Sres. Ballester, Albert y Settier. A propuesta del Sr. Martínez, antes Llopis, se conceden 100 rs. a las hermanas del beaterio de la Tercera Orden de San Francisco.

Hasta aquí las sesiones preparatorias para la organización de las fiestas: en su lugar extractaremos las del 11 y 16 de Julio, en que se adoptaron varias disposiciones para terminar completamente los trabajos de la comisión..

Capítulo VI

Comisión principal de fiestas. -Reseña de sus actos

Justa es la admiración que, durante esta festividad secular, debió producir en los hombres pensadores la unión de todos los verdaderos patricios, para llevar adelante tan importante acontecimiento en nuestros fastos religiosos.

Desde el momento en que el excelentísimo ayuntamiento, haciéndose superior a las circunstancias desagradables en que le había colocado la falta absoluta de recursos, tomó parte activa en la celebración de las fiestas, se puso de acuerdo con la gran asociación, y se formó una comisión mixta en la forma siguiente: por el cuerpo municipal los señores D. José Escrivá, alcalde primero, presidente; D. Vicente Piñó y Ansaldo, también, alcalde; D. Vicente Oliag; D. Vicente Sanz; D. Vicente Moreno, regidores, y D. Fernando Hervás, procurador síndico; y por la asociación, el Excmo. Sr. D. Vicente Rodríguez de la Encina, barón de Sta. Bárbara; el Sr. D. Vicente Noguera, marqués de Cáceres; el Sr. canónigo D. Francisco Peris; D. Baltasar Settier, el que esto recuerda, Vicente Boix, en representación de D. Manuel Benedito, y el secretario de la municipalidad D. Timoteo Liern. Hacemos notar, que tanto el ayuntamiento como la asociación procuraron delegar a los individuos que llevaban el nombre del Santo. Esta reunión tomó el título de Comisión. principal de fiestas.

Sesión del día 4 de Mayo. El Sr. alcalde espuso los sentimientos que animaban al cuerpo popular, y el estado apurado de sus fondos: la comisión le escuchó con religioso respeto, y aceptada la mutua cooperación de todos, una fue desde entonces la voluntad y uno el impulso, que se imprimió a los trabajos preparatorios. -Se fijan las bases generales de las fiestas: función de iglesia, procesión, corridas de toros, limosnas a pobres y huérfanos, comida a los presos, limosnas a las casas de piedad, iluminación general en el paseo de la Glorieta, fuegos artificiales, un día de gran parada (que no tuvo lugar), ollas a los pobres de las parroquias (se sustituyeron con limosnas), construcción de carros de triunfo, y convite a los poetas. -Se invita a las autoridades, corporaciones, gremios y oficios para que manifiesten la parte que deseen tomar en los festejos y remitan una nota a la comisión. -Se encarga la redacción de estas invitaciones al cronista, historiador de estas memorias. -Se anuncia al Sr. arzobispo la instalación de esta comisión, y también al Sr. gobernador civil para que permita la inserción en el Boletín oficial de las circulares que emanen de la misma. -Se invita a los ayuntamientos de Barcelona, Zaragoza y Palma de Mallorca, para que manden sus representantes. -Se promueve la cuestión de adquirir el cuerpo de San Vicente, mueve la cuestión conservado en Vannes (Francia), impetrando el apoyo de la Emperatriz de los franceses, por ser española; y al mismo tiempo se manifiesta el deseo de poseer los restos del rey D. Jaime I el Conquistador, guardados en la Catedral de Tarragona. La primera cuestión quedó sin resolver, por la segura oposición que opondrían los vecinos de Vannes, según noticias adquiridas ya; y la segunda no pudo tampoco tener efecto, porque el pueblo de Tarragona levantaba un digno monumento sepulcral en honor del gran Rey, según lo prevenía la Real orden de concesión. Este deseo se llevó tan adelante, que

quedaron nombrados para pasar a Tarragona los Sres. marqués de Cáceres, D. Fernando Herbás, y el cronista Vicente Boix, para investigar si en aquella capital se había dispuesto lo prescrito en la Real orden de 14 de Mayo de 1853.

Sesión del 10 de Mayo. Una comisión de la junta directiva del Hospital general, compuesta de los Sres. Don Gaspar Dotres, D. Mariano de Cabrerizo y D. José Santamaría, obtiene en una amistosa conferencia el permiso de celebrar las corridas de toros en los días 3, 4 y 5 de Julio. -Se acuerda por ahora la carrera de la procesión. Se invita a la junta del Hospital para que dé una función de baile de Torrente en la plaza de toros.

Veintinueve de Mayo. El Sr. alcalde da cuenta del viage hecho a Segorbe en el día 25 por la comisión encargada de visitar al Sr. obispo de aquella diócesis y confiarle el panegírico del Santo. -El Sr. arzobispo ofrece el alojamiento en su palacio para el prelado de Segorbe. -Volvióse a agitar la cuestión sobre la carrera de la procesión y queda definitivamente acordada. -El Sr. barón de Santa Bárbara propone y queda resuelto que se redacte la Memoria de estas fiestas, y se imprima en parte de los pliegos que forman el Boletín de la Sociedad de Amigos del país, abonándose el mayor gasto que produzca.

Nueve de Junio. Se acepta el pensamiento de ofrecer, en nombre de Valencia, un cáliz de plata dorada al señor obispo de Segorbe, contribuyendo el ayuntamiento con una tercera parte de su importe. -Se acuerda la iluminación general en las casas de la carrera, para hacer más brillante la procesión en las primeras horas de la noche, y que doce niños de San Vicente acompañaran con hachas la imagen del Santo. -Se consulta a la asociación el pensamiento de construir una roca, cuyo dibujo presentó el Sr. D. Vicente Piñó y Ansaldo. -Se aprueba el adorno de las fuentes públicas.

Trece de Junio. A propuesta del Sr. D. Vicente Moreno se aprueba la salida de la imagen colosal de San Cristóbal, perteneciente al gremio de Pelaires, el cual contribuía con 2,000 rs. para esto. -Se dispone la iluminación de la puerta de San Vicente. -Se invita a los jardineros de la ciudad y arrabales, con el fin de que contribuyan a solemnizar la función. -No fue posible verificar la iluminación, por la luz eléctrica del paseo de la alameda y cauce del río en la noche en que debía dispararse el castillo de fuegos artificiales.

Quince de Junio. Se aprueba el programa de las fiestas, reservando su completa sanción al ayuntamiento y a la asociación.

Para complemento de estos trabajos quedaron nombradas las comisiones que debían intervenir en el arreglo de todas las funciones, nombrándose para esto a los señores D. José Escrivá, alcalde; D. Vicente Piñó y Ansaldo; D. Vicente Moreno, regidores; Barón de Sta. Bárbara; D. Baltasar Settier; D. Francisco de Llano; D. Ramón Díaz; D. Vicente Suay; al secretario del ayuntamiento, y al cronista.

Capítulo VII

Disposiciones de la autoridad. -Invitaciones. -Programa de fiestas.

La autoridad local, secundada y facultada completamente por la superior de la provincia, y contando con la eficacísima cooperación del Excmo. Sr. D. Juan de Villalonga, marqués del Maestrazgo, capitán general de este distrito, dictó cuantas providencias podían, en su concepto, asegurar no solamente el mayor brillo de las funciones, sino el orden también y la tranquilidad pública, tan necesaria en días de tanta concurrencia y confusión. Para conseguir lo primero invitó a los cleros, corporaciones, gremios, oficios, cofradías, hermandades y aun a los particulares, a contribuir con demostraciones especiales al mejor lucimiento de la solemnidad; y todos, sin distinción, aceptaron estas atentas invitaciones de digna de su celo; a pesar de la presión que las circunstancias hacían sentir sobre sus intereses.

Se dispuso, además, que las escuelas públicas disfrutaran de vacaciones durante las fiestas; se invitó a los cleros, corporaciones y personas convidadas a asistir a la procesión con velas, propias, teniendo en consideración los apuros pecuniarios del cuerpo municipal: los macipes de las parroquias quedaron encargados de dirigir la marcha de la procesión en su larga carrera; y hasta el mismo cuerpo de Artillería se prestó galantemente a facilitar, como así sucedió, un sólido carretón de cuatro ruedas para conducir la imagen colosal de San Cristóbal. Para todo esto las autoridades eclesiástica, civil y militar, apoyaron admirablemente al ayuntamiento, cuyo presidente adoptaba además otras medidas, encaminadas a la más completa conservación del orden público.

Dispuso que las puertas de la ciudad quedaran abiertas, dirigiendo, para conseguirlo, el siguiente oficio al Excmo. Sr. capitán general. -«Excmo. Sr. -La numerosa concurrencia, que tanto de los pueblos limítrofes como de los partidos rurales atraerán a esta ciudad las próximas fiestas seculares y la duración de algunas de ellas hacen casi preciso el que algunas puertas de la ciudad permanezcan abiertas, durante las noches, hasta hora más avanzada que de ordinario; y a este fin tena el honor de dirigirme a V. E. suplicándole se digne disponer que en los días en que aquellas fiestas tienen lugar, permanezcan abiertas hasta las doce de la noche las puertas del Real, de San Vicente, Serranos y Cuarte; así como que en las noches en que se disparen en la Alameda vieja la cuerda y castillo de fuegos artificiales,, dejen de cerrarse las de la Trinidad, Real, Mar y Ruzafa, hasta que hayan regresado a la ciudad las personas que acudan a las citadas diversiones; cuyas medidas juzgo indispensables para la comodidad y buen orden en los espesados días.»

Al presidente de la comisión permanente de salubridad pública decía lo siguiente: - «Próximas las fiestas del cuarto siglo de la canonización de San Vicente Ferrer, deber es de la autoridad local procurar a toda costa la comodidad posible de los concurrentes a aquellas. Para conseguir este fin, y evitar, cuanto sea dable, las consecuencias que pudiera ocasionar a la salud en general de esta ciudad la falta de vigilancia en los establecimientos públicos, me atrevo a encargar a V. S. y a los demás señores componentes esa comisión, se sirvan girar las visitas que crean oportunas a las casas, fondas, posadas y otros establecimientos análogos, haciendo a sus dueños, en nombre de la autoridad, cuantas observaciones juzguen del caso, para conseguir el objeto que me propongo. -Al buen celo de V. S. deja confiado este servicio el alcalde que suscribe, con la seguridad de que será atendido, como su importancia reclama.»

A los alcaldes de barrio se les dirigió la siguiente circular:-«Uno de los principales deberes de las autoridades en los días en que el pueblo se regocija en funciones públicas, es el de vigilar no sólo por la conservación del orden en ellas, si que también por la seguridad del resto del vecindario, que se abstiene de concurrir, y por la de los intereses de los que, concurriendo, abandonan sus casas. -Bien convencido de lo penetrados que se hallan VV. de esta verdad, y admirador, como el que más, del celo e interés que en todas ocasiones han desplegado por el mejor servicio, espero fundadamente que durante los días en que tendrán lugar las próximas fiestas seculares, se dedicarán constantemente, auxiliados de los respectivos serenos, a vigilar la demarcación de sus barrios, y con especialidad aquellos puntos en que cualquier caso de diversión atraiga mayor concurrencia, aun cuando se hallen fuera de su demarcación, dando parte con la mayor premura a los señores alcaldes constitucionales de cualquiera novedad que ocurriese, procurando siempre auxiliar, antes que castigar.»

A los abastecedores de todas clases de carnes se les decía lo que sigue: - «Las fiestas del siglo cuarto de la canonización de San Vicente Ferrer han de atraer muchísimas gentes; y como mi autoridad debe velar por el bien general y prever cualquiera incidente desagradable, he creído deber consultar a VV. y preguntarles, si cuentan con el ganado necesario para el abasto de la ciudad, y me digan categóricamente si puedo descansar tranquilo en que no faltará la carne. -Réstame sólo suplicar, en nombre de Valencia, que no se aumente el precio de dicho artículo en los días de público regocijo, aun cuando hubiese causas para ello, porque los forasteros formarían una idea poco honrosa de los valencianos, que antes que todo son caballeros y celosos por el buen nombre de su país. Sírvanse VV. contestarme a la mayor brevedad posible para mi descanso y gobierno.»

Al gremio de horneros. -«Las próximas fiestas en celebridad de la canonización de San Vicente Ferrer es de esperar que atraigan una concurrencia numerosa. Las leyes me imponen deberes grandes que cumplir, y siendo entre ellos el ramo de abastos, me dirijo a V. con el fin de que, a la mayor brevedad posible, se sirva manifestarme categóricamente, si el gremio que V. representa se compromete y obliga a tener el depósito necesario de harinas para el abasto del pan en esta ciudad, ya por lo que respecta a sus habitantes, ya también para las gentes que, en gran número, pueden concurrir a la festividad, cuya duración, lo será de muchos días, y en ellos tendrán lugar las corridas de toros de muerte. El gremio conoce el gran compromiso que podíamos correr, si llegara a faltar tan preciso alimento; y si bien no lo espero, ni es de esperar tampoco, que se aumente el precio del pan, suplico al gremio una contestación pronta y satisfactoria que tranquilice a la autoridad del alcalde en asunto de tanto interés.

Al mismo gremio se le volvió a encargar lo siguiente. -El decoro de Valencia por una parte y el deber de la autoridad local por otra, está interesado en precaver un accidente desagradable en la gran reunión y concurrencia de gentes, que precisamente ha de atraer la festividad del siglo cuarto de la canonización de San Vicente Ferrer. La falta de pan sería un mal grave, un conflicto de mucha trascendencia, y colocaría a la culta Valencia en una posición desventajosa. Para que no suceda, se servirá V. prevenir en tiempo oportuno a

todos los oficiales del gremio de horneros el deber en que se bailan de contribuir por su parte a que no suceda, ni ocurra incidente alguno que perturbe la común alegría de los valencianos. -Si contra mis esperanzas y la buena opinión que me merecen los individuos de ese gremio, hubiese alguno que, por extravío o mal consejo, faltase a su deber, mi solicitud de autoridad local, protectora de las personas e intereses del vecindario, no podrá menos de proceder contra los culpables con todo el rigor de las leyes.»

A estas y otras disposiciones, tan importantes como necesarias, se añadieron otras secundarias, encontrando el alcalde presidente del ayuntamiento constitucional, en cuantas autoridades, corporaciones y particulares a quienes se dirigió, una pasmosa cooperación en apoyar las medidas que adoptaba en beneficio del público.

Con este motivo anunciamos con todo el noble orgullo, de que es capaz nuestro entusiasmo por Valencia, que durante los días de las fiestas, y ocupando la capital una población casi doble de la que contiene, no faltaron las subsistencias, ni se encarecieron los artículos de consumo, ni se verificó un robo, ni hubo heridos, ni asesinatos, ni otros crímenes de los que ordinariamente y aun en pueblos menos numerosos que el de Valencia, suelen cometerse de ordinario. A este propósito, decía el Sr. obispo de Segorbe con una profunda admiración, dirigiéndose a la comisión que fue a visitarle, para darle gracias por el panegírico que pronunció del Santo: «Durante la procesión, San Vicente no ha debido estar en el ciclo; porque ha pedido permiso al Señor, y ha bajado a la tierra para vigilar de cerca por sus país anos. Nosotros no lo vemos, pero él estaba en todas partes. ¡Tan admirable es el orden que he observado!»

Y nosotros podremos añadir el hecho siguiente que vimos referir. Presentóse al Sr. Juez de primera instancia de uno de los cuarteles más populosos de la capital un individuo forastero, quejándose de que creía haber sido robado en cantidad de sesenta reales, sin poder sospechar por quién. El juez le dirigió varias preguntas que esclarecieron el hecho, pero no la prueba de que hubiese sido violentamente robado el querellante; y sacando de su gaveta la cantidad desaparecida, se la entregó al forastero, diciéndolo: «Tome V.; porque sentiría que fuera ésta la primera causa que se formara en unos días en que nada ha tenido la justicia que castigar.»

Esto es mucho más sorprendente, si se tiene en cuenta que las fondas, posadas y casas de huéspedes estaban atestadas de forasteros; y que durante las noches se quedaron a dormir muchísimos de ellos en plazas. y soportales de iglesias y palacios, cuyos bajos quedaron a su disposición por invitación de la autoridad local. Es el mayor elogio que pudiéramos hacer de la galantería, docilidad y cordura del pueblo valenciano.

En medio de tanto cúmulo de atenciones no olvidó el alcalde a los poetas, temeroso de que esta corporación alegre y bulliciosa, le exigiera un recuerdo, como los bardos de las fiestas del siglo anterior. Así es, que antes de esperar ninguna clase de petición, se les dirigió la siguiente invitación. -Próximo a celebrarse el cuarto siglo de la canonización de San Vicente Ferrer, y siguiendo el egeemplo de los bellos tiempos de Vives, de Tárrega, de Rey de Artieda, de Gil Polo y otros tantos poetas de nuestro antiguo Parnaso, he creído embellecer la solemnidad secular que se dispone, invitando a V. para que se sirva escribir una poesía en loor del más ilustre de los hijos de este país de virtudes, de gloria y de

armonía. El claro ingenio de V. sabrá apreciar los altos hechos que caracterizan a nuestro gran patrono, como Santo y como patricio; porque en todos ellos hallará la poesía religión, caridad y patriotismo. -Persuadido, pues, de los buenos sentimientos que concurren en V., espero se servirá corresponder a esta invitación, dejando a la posteridad una prueba del estado brillante que tienen las letras en nuestro siglo, y facilitándome la composición que trabajare para el día 8 del próximo Junio.

Los poetas invitados, valencianos todos, fueron los siguientes: D. Antonio Aparici Guijarro; el P. Victorio Giner de las Escuelas-Pías; D. Peregrin García Cadena; D. José María Bonilla; D. Juan Bautista Ortiz y Maiquez; D. José López Enguidanos; D. José de Castells; D. Benito Altet y Ruate; D. Francisco de Paula Gras; D. Teodoro Llorente; D. José Vicente Fillol; D. Sabas Trapiella, presbítero; D. Juan, Reig; D. Antonio Garcés de Marcilla, barón de Andilla; D. Juan Antonio Almela; D. Tomás Villaroya; D. Pascual Pérez; D. José Bernat y Baldoví; D. Francisco Monfort; D. Joaquín Cervino; Excma. Sra. D^a. Vicenta Palavicino de Correa y D. Jacinto Asenjo, único que no era valenciano, pero que como distinguido poeta latino y catedrático de retórica y poética de esta universidad, se creyó justo invitar; D. José Zapater y Ugeda; D. Jacinto Labayla; D. Vicente Querol; D. Manuel Benedito; D. Tomás Solanich; D. José Iranzo y Presencia; D. Rafael María Liern; D. Cristóbal Pascual y Genís; D. Miguel Vicente Roca, y D. Vicente Ruiz y Orberá. Falta a este largo catálogo de poetas el nombre del cronista, que se quedó al pie del Parnaso, por no poder seguir el consejo de Ovidio, cuando decía, en medio del bullicio de Roma:

Carmina secessum scribendis et otia quæerunt.

Muchos de los nombres anteriores gozan ya de una distinguida reputación literaria; otros principian a adquirirla; y a todos les deseamos la celebridad que se merecen por su ingenio y aplicación. Y todos trabajaron; todos fueron puestos a prueba en numerosas improvisaciones; porque no hubo calle, ni gremio, ni altar, que no arrojara profusamente versos de todas clases.

Dispuesto todo lo necesario para dar comienzo a las fiestas, tan ansiosamente esperadas, se redactó y publico el siguiente programa:

Fiestas seculares

que se han de verificar en Valencia en los días 29 y 30 de Junio, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7 y 8, de Julio, para celebrar el cuarto siglo de la canonización de SAN VICENTE FERRER, patrón de esta ciudad y reino.

Siguiendo el laudable ejemplo de nuestros mayores, y comprendiendo el respetuoso cariño, la inmutable fe y la gratitud inmensa que el pueblo valenciano ha conservado siempre a nuestro esclarecido paisano y bienhechor San Vicente Ferrer, algunos celosos patricios iniciaron en conferencias amistosas el pensamiento de celebrar el cuarto siglo de la canonización de nuestro Santo. Su proyecto, tan digno de su religiosidad como de su patriotismo, halló inmediata y entusiasta acogida en las personas a quienes se comunicó, y bien pronto se provocó una numerosa reunión. En ella se recibió con aplauso el proyecto de esta festividad secular; se formó una gran asociación, respetable por su número y por las circunstancias especiales de sus individuos; y de esta asociación salio la comisión que ha

llevado a cabo un pensamiento tan honroso para los que lo concibieron, como para el pueblo de Valencia que ha contribuido a realizarlo.

Las dignísimas autoridades eclesiásticas, civiles y militares, cuya protección y apoyo se invocó desde el principio de los trabajos preparatorios, han correspondido con eficacia, con celo, con desinterés y con una decisión inolvidable. Los gremios y corporaciones, los empleados públicos y los particulares de todas clases y condiciones, han correspondido a cuantas escitaciones se les han dirigido; y esta estensa cooperación ha facilitado por consiguiente la realización de un proyecto, cuyas proporciones debían ser mezquinas, si se tenía en cuenta la presión de los tiempos que atravesamos y las consecuencias de los años calamitosos que acaban de transcurrir.

Alentada por todas partes la comisión de fiestas, se encontró desde luego y para complemento de su mayor satisfacción, con la benévola, general y espontánea cooperación del Excmo. ayuntamiento constitucional que, según le compete, había tomado ya con anticipación la iniciativa en este asunto, y se ocupaba, a pesar de su angustiosa situación, de los medios de solemnizar la conmemoración de este grande acto, si no con la pompa y lucidez del último siglo, y con la suntuosidad que se requiere y cumple a sus deseos, a lo menos del mejor modo posible que permitan las actuales circunstancias. La corporación municipal, pues, asoció a su seno la comisión, prestándole su alta influencia y mediación para una obra tan honrosa para la capital que dignamente representa. Uno fue ya desde entonces el pensamiento de todos los encargados de dirigir esta solemnidad, una su voluntad, y constante, eficaz y decisivo el impulso que recibió el proyecto en las repetidas sesiones que con este objeto se han celebrado y cuyos detalles verán en su día la luz pública.

Al anunciar, pues, el resultado de su cometido la comisión principal de fiestas, no ha podido presentar el conjunto de obsequios que hicieron célebre el siglo anterior, por la inmensa diferencia que distingue estas dos épocas en sus condiciones políticas y sociales; pero merced a la decisión del pueblo valenciano, cuyo amor y gratitud al Santo patrono, no cede en nada a sus antepasados, ha conseguido reunir todas las condiciones necesarias para solemnizar este gran acontecimiento secular, sirviendo de fundamento la beneficencia y la instrucción. Sus esfuerzos quedarán escesivamente recompensados, si ha sabido interpretar dignamente los sentimientos religiosos y patrióticos del ilustrado pueblo a quien la comisión ha tenido el honor de representar en esta ocasión solemne.

Día 28. A las tres de la madrugada se sacarán las rocas para situarlas en la plaza de la Constitución; ésta y la calle de Caballeros estarán entoldadas.

Al amanecer de este día un vuelo general de campanas anunciará a Valencia y su vega la solemnidad de los siguientes días: acto continuo en las inmediaciones de la casa natalicia del Santo se hará una salva diurna por 500 cohetes, llamados vulgarmente masclets, quemándose enseguida una traca, cuyo obsequio costean los pirotécnicos Minguet y Ponent.

Las dulzainas de la ciudad y provincia reunidas romperán a la puerta de la casa natalicia la marcha Real, dirigiéndose con el toque de albada a la parroquia de San Esteban; de allí a

la de Sto. Tomás Apóstol, de donde fue beneficiado el Santo, después a la capilla de Sto. Domingo, en cuyo convento recibió el hábito, pasando al palacio arzobispal en celebridad de haber sido nombrado obispo y cardenal (cuyas dignidades no quiso admitir) siguiendo sus toques por la carrera de la procesión.

A las doce saldrá del palacio de la audiencia el bando anunciando las fiestas y dando conocimiento de las disposiciones de buen gobierno adoptadas por las autoridades para la seguridad y confianza del público: este acto se verificará con la solemnidad de costumbre.

A las cinco de la tarde se hallarán reunidos en las plazas del Arzobispo y Almoina los carros de triunfo dispuestos por la gran asociación de valencianos, los respectivos de los gremios y oficios y otras corporaciones y una roca de nueva construcción que ofrece el ayuntamiento en nombre de Valencia a los siglos futuros, en recuerdo del cuarto siglo que se celebra: la elegancia de aquellos y la riqueza exquisita de ésta, serán objeto de la memoria histórica que se publicará. Una y otros serán tirados por arrogantes mulas y briosos caballos lujosamente enjaezados.

Principiará la solemne invitación: romperán la marcha los batidores de los cuerpos del ejército y milicia: seguirán las danzas ya conocidas y las nuevas de catalanes, aragoneses, mallorquines y valencianos; marcharán en pos dos bandas de música con los gastadores del tercer batallón y de la brigada de zapadores. En seguida los carros de triunfo de los gremios y oficios: otra banda de música con los gastadores del segundo batallón: a éstos y acompañados de una música militar seguirán los cuatro cuarteles de la antigua vega representados por parejas de labradores y labradoras a caballo con ricos trages del país: la corporación de vergueros o heraldos del ayuntamiento a caballo, vestidos de gramalla y con mazas de plata; los dos capellanes de honor, con hábitos talaes, montados también en caballos perfectamente aparamentados; continuarán los carros alegóricos de la asociación: otra música militar con los gastadores de artillería del ejército, artillería de la milicia nacional y del primer batallón de la misma arma marcharán delante de la roca nueva que, para esta solemnidad, llevará la espada del invicto rey D. Jaime I de Aragón, el pendón de la Conquista y el histórico Estandarte de los tercios antiguos de Valencia durante los tiempos forales.

La roca irá escoltada por los oficiales de caballería de la milicia nacional y la compañía de subtenientes veteranos custodiará las enseñas. El ayuntamiento y comisión delegada de la gran asociación acompañarán en carretelas descubiertas la nueva roca, que lleva las insignias de la ciudad: cerrando esta procesión cívica piquetes de caballería del ejército y milicia.

Al llegar la nueva roca con las enseñas de la ciudad al palacio de la audiencia hará alto la comitiva, y el excelentísimo Sr. arzobispo de esta diócesis, acompañado de su cabildo, bendecirá la roca y las enseñas, honrando esta religiosa ceremonia la presencia del Ilmo. Sr. obispo de Segorbe.

La carrera será la siguiente: plaza de la Constitución, calle de Caballeros, Tròs-Alt, Bolsería, Mercado, calle de Flasers, Porchets, S. Vicente, Sangre, plaza de S. Francisco y calle y plaza de las Barcas, calle de la Universidad, Comedias, Cullereta, Mar, Sto.

Domingo, Congregación, tomando de nuevo la calle del Mar, plaza de Sta. Catalina, calle de Zaragoza a la plaza de la Constitución. En este punto se disolverá la comitiva, y con la precisa escolta serán conducidos los carros y la roca a la plaza de Santo Domingo, donde se situarán a derecha e izquierda del altar, que se levanta delante de la puerta de la iglesia, que fue de Sto. Domingo.

Por la noche se colocará una banda de música en las rocas y otra en los carros, que tocarán hasta las doce de la misma noche.

A las nueve se disparará una doble cuerda de fuegos artificiales al estilo del país en el salón de la alameda vieja, que sirve de malecón al río; cuyo coste se hace por suscripción entre determinadas personas aficionadas a esta clase de espectáculos.

Día 29. Desde una hora oportuna se situarán en las puertas de la santa iglesia Metropolitana piquetes de compañías de preferencia de la milicia nacional, para impedir la confusión y procurar se guarden las disposiciones que dicte sobre el particular la autoridad local.

A las nueve y media la Excma. diputación provincial, el ayuntamiento y comisión de la asociación, saldrán del palacio de la audiencia, llevando delante las danzas, timbales y maceros, y se dirigirán a la. santa iglesia, donde se hallarán reunidas las autoridades, corporaciones, gefes y oficiales del ejército y milicia, francos de servicio, los individuos de la asociación de fiestas y demás personas invitadas para concurrir a este acto religioso.

El Excmo. e Ilmo. Sr. arzobispo de esta diócesis Don Pablo García Abella, oficiará de pontifical, y pronunciará el panegírico del Santo el Ilmo. Sr. D. Domingo Canubio, de la orden de predicadores, obispo de la iglesia de Segorbe, a cuya amabilidad se debe esta prueba de inolvidable deferencia.

Concluida la misa regresarán a la audiencia la diputación, ayuntamiento y comisión con el mismo ceremonial que antes salieron, y se dará por concluido el acto.

Por la tarde circularán las danzas por la ciudad; y de nueve a doce de la noche habrá músicas en los puntos referidos en el día anterior, y además en la iglesia de la parroquia de San Juan del Mercado, junto al altar del Santo que se levanta en dicho sitio y en la plaza del cementerio de San Esteban, donde estará colocada la escena histórica que representa el bautismo de San Vicente Ferrer, conocida con el nombre de los Bullos.

Otras músicas tocarán en los altares del Santo que de inmemorial se levantan en la calle del Mar y Tròs-Alt.

El paseo de la Glorieta estará abierto e iluminado por aparatos de gas, y otra banda de música militar tocará en el casino del mismo paseo.

Día 30. Por la mañana solemne función religiosa en la iglesia parroquial de San Pedro Mártir y San Nicolás Obispo, en celebridad de haber sido rector de la misma iglesia D. Alonso de Borja, valenciano, después papa Calixto III, que canonizó en 1455 a San Vicente

Ferrer, oficiará de pontifical el Ilmo. Sr. obispo de Segorbe, sirviéndose de los ornamentos que, según tradición, usó el citado papa en el acto de la canonización del Santo.

Habrán iluminación en la fachada y torre de la iglesia. Un bienhechor de la parroquia ofrece un dote de 1,000 reales para la huérfana más aproximada a los 24 años y un mes. Se coloca además para que permanezca constantemente en el capítulo un retrato de Calixto III.

Por la tarde a las cinco se verificará en la plaza de Sto. Domingo el sorteo para las dotes concedidas por la asociación con la solemnidad que se requiere.

Por la noche gran función en el Liceo literario, cuya corporación ha destinado la mitad del producto para los pobres de la parroquia de San Esteban, y otra mitad para la asociación de nuestra Señora de los Desamparados.

Se repetirán las músicas en los mismos puntos y horas que en la noche anterior, la de los Bultos será costada por los feligreses de la parroquia de San Esteban.

Día 1º de Julio. Solemne función religiosa en la antigua iglesia parroquial de San Esteban, que tiene la gloria de conservar cuidadosamente la pila en que el Santo recibió el agua bautismal, bajo el patronato de los doce notarios.

El templo y sus puertas, estarán completamente adornadas para este acto solemne, e iluminadas vistosamente para el tránsito de la procesión.

En la tarde de este día los toques de asamblea llamarán a formación a la milicia nacional, con el objeto de cubrir la carrera y hacer conservar el orden, tan necesario en una Concurrencia tan extraordinaria.

A las tres moverán las rocas, que harán la misma carrera que la procesión cívica del día 28.

Así que las rocas hayan llegado a la casa donde se custodian, principiará a salir la procesión por el orden siguiente: batidores de caballería, pendones de la ciudad, enanos y gigantes, carros de triunfo, y el que conducirá a San Cristóbal, niños de las casas de Misericordia y Beneficencia, cofradías y hermandades por su orden, la del venerado Cristo de la Agonía, establecida en la iglesia del santo hospital, cuya imagen conserva el antiguo privilegio de no descansar jamás en el suelo, sin peligro de que si así se verificara, lo reclamaría la parroquia en cuyo territorio descansara; irá acompañada además de sus individuos, de una sección de inocentes con su antiguo trage y vara, en recuerdo de haber sido el ilustre fundador del santo hospital el venerable Gilaberto Jofré, de la orden de la merced, secretario que fue de nuestro gran San Vicente. Seguirán los gremios y oficios con las andas de sus Santos patronos, y sus estandartes, que representaban la antigua enseña militar de cada gremio. A continuación los pueblos de la provincia por el orden de prioridad foral, que se les designara al tiempo de la salida; cada pueblo llevará una bandera en que estará escrito el nombre de la población: seguirán los niños del colegio imperial San Vicente Ferrer, el clero parroquial con cruces levantadas, y las andas de sus titulares o patronos: los veintiséis ciriales, llevados por los veintiséis ancianos que representan los del

Apocalipsis, interpolados los doce apóstoles: los alcaldes de barrio, señores convidados, la asociación de fiestas, corporaciones y altos funcionarios, el clero catedral con sus andas de plata, el Ilmo. cabildo, interpolado con el real cuerpo maestranza, oficiales generales, grandes de España, la imagen y reliquias del Santo. S. E. I. de preste, la comisión de la asociación, ayuntamiento y diputación provincial, Excmo. señor capitán general y el Sr. gobernador de la provincia; gran escolta competente de compañías de preferencia con bandas de tambores y músicas.

Doce niños de San Vicente alumbrarán al Santo; la iglesia catedral estará iluminada en el acto de entrar la procesión por 3,500 luces.

Las rocas y carros de triunfo de grandes dimensiones harán la misma carrera de la procesión cívica del día 28.

La carrera designada para la procesión religiosa de este día lo será la siguiente: plaza de la Constitución, calles de Caballeros, Tròs-Alt, Bolsería, a la plaza del Mercado, calles de Flasaders, Porchets, San Vicente y de la Sangre, plaza de San Francisco, calle y plaza de las Barcas, Universidad, Comedias, Cullereta, calle del Mar a la casa natalicia, donde hace estación, plaza de Sto. Domingo, calle de la Palmereta, plaza de San Bult, calles de En-Blanch, Horno del Vidrio, del Conde de Faura, a la iglesia parroquial de San Esteban, donde hace estación, (según acuerdo que se tomó en 1595 por el Sr. Patriarca, cabildo y jurados a solicitud del venerable Domingo Anadon), plaza del Cementerio de San Esteban, calles de este nombre. Palau, Trinquete de Caballeros, plaza de la Congregación, calle del Mar, plaza de Sta. Catalina, calle de Zaragoza a la Catedral.

Por la duración de esta procesión solemne tendrán lugar en la noche siguiente las músicas.

Día -9. El colegio de escribanos, poseedor de los objetos alegóricos de los personajes que representan el bautizo de San Vicente Ferrer, y que es al público en estos días, celebrará en la mañana de este día solemne función religiosa en la parroquia de San Esteban. La fiesta anual que celebra en la capilla y pila del Santo, se atribuye al mismo Santo, porque viviendo celebraba en ella misa y la visitaba, dando de continuo gracias al Todopoderoso por el beneficio de haber renacido en aquella piscina saludable. El colegio restaura y renueva la capilla, y distribuye limosnas a viudas y huérfanas pobres de escribanos colegiados.

En la misma mañana se verificará la solemne inauguración de la hermosa iglesia nueva del colegio imperial de niños huérfanos de San Vicente Ferrer, con procesión solemne de traslación de su Divina Magestad desde la parroquia de San Andrés, por la calle de la Garrofera, Abadía de San Martín, calle de San Vicente, bajada y plaza de San Francisco, calle y plaza de las Barcas, calle del Empedrado al colegio.

La iglesia parroquial de Sto. Tomás, de la que fue beneficiado San Vicente Ferrer, solemniza este día con misa a toda orquesta y sermón, por la tarde procesión por toda la parroquia, con asistencia de los feligreses de dentro y fuera de la ciudad; adorna la fachada, levanta altar e ilumina la fábrica exterior del templo.

Por la noche solemne sesión pública en el teatro de la Universidad literaria para la distribución de premios de la Sociedad de Amigos del País; figurando entre ellos una medalla acuñada espresamente para memoria de este acontecimiento secular. Durante todas las fiestas habrá en el claustro del Carmen exposición pública de todos los productos que son el objeto de la solicitud de aquella patriótica corporación.

La academia de artes facilitará también en los mismos días la entrada pública en el museo de pinturas.

Día 3. Por la mañana función religiosa en la iglesia del convento de Sta. Catalina de Sena por los religiosos dominicos esclaustrados, existentes en esta ciudad y reino, religiosas del citado convento, y la venerable orden tercera. Oficiará de pontifical el Ilmo. Sr. obispo de Segorbe, como hermano de religión, siendo el orador el Sr. canónigo doctoral D. José Ortiz.

La cofradía de nuestra Señora del Rosario, establecida en la misma iglesia, adornará con un arco de mirto y un trasparente alusivo, la puerta de entrada al gran patio del convento.

Por la tarde primera corrida de toros.

Día 4. La parroquia de San Esteban sorteará en la mañana de este día las dotes que tiene señaladas, y distribuirá raciones a los pobres de la misma parroquia.

Por la tarde segunda corrida de toros.

Por la noche fuegos artificiales en el Tròs-Alt, por la asociación de los vecinos devotos del Santo.

Se ofrecerá al público el hermoso espectáculo de trasformación de los juegos de agua de la fuente monumental, situada en la plaza del Mercado, en juegos de fuego de hermosa chispería y de variados colores, con alguna que otra luz de Bengala, oportunamente colocada.

Día 5. Principian las funciones de la Universidad literaria esponiendo al público desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde el jardín botánico, la biblioteca, y los gabinetes de física, química, medicina e historia natural, que estarán abiertos tres días.

En la misma mañana el gremio de carpinteros dispondrá solemne misa y sermón en la iglesia de su casa-gremio, en memoria de que en la misma predicó el evangelio el invicto patrono San Vicente Ferrer, y distribuirá limosnas entre los pobres del gremio.

Por la tarde tercera corrida de toros.

Día 6. Por la tarde gran baile de Torrente en la plaza de toros, a beneficio del hospital, a la hora y por el precio que se designe en los carteles.

Por la noche se disparará el gran castillo de fuegos artificiales, trabajado por los pirotécnicos D. Joaquín y Minguet y D. Vicente Llorens (Ponent); anunciándose con anticipación la hora y el punto que designará la autoridad.

Día 7. Por la mañana a las diez se celebrará en la capilla de la Universidad literaria una misa rezada acompañada de orquesta; se pronunciará un corto discurso en alabanza del Santo, como promovedor de esta escuela, por el catedrático D. Vicente Boix, cronista de la ciudad, se leerán por algunos profesores y discípulos diferentes poesías, y se distribuirán premios de libros magistrales entre los alumnos sobresalientes a quienes quepa la suerte.

A las doce se inaugurará la escuela de Párvulos, bajo la invocación de San Vicente Ferrer, en su casa-colegio, con asistencia de las autoridades, Sociedad de Amigos del País, la junta administrativa de la casa, y asociación autora del pensamiento.

Por la tarde a las cinco saldrá el ayuntamiento de la casa-enseñanza, donde se hallan las dependencias municipales, con la comisión de la asociación precedida de sus vergueros dirigiéndose a la plaza de Santo Domingo para inaugurar la colocación de una lápida conmemorativa que recuerde a la posteridad la celebración del siglo 4.º de la canonización de San Vicente Ferrer.

A las seis de esta misma tarde habrá corridas de caballos en el paseo de Alameda.

La noticia de las numerosas limosnas concedidas con motivo de estas fiestas seculares por la asociación, por otras corporaciones y diferentes particulares, la descripción de los altares que se levantarán en varios puntos, de los adornos de templos y otras casas religiosas, de los carros de triunfo y de la nueva roca, del castillo de fuego, de las danzas y otros objetos, y la colección de elegantes poesías escritas al efecto, pertenecen a la memoria histórica que se publicará en su día, donde quedarán consignados los nombres, los hechos y la cooperación de cuantas personas hayan contribuido al mayor lucimiento de esta solemnidad, dedicada por el siglo XIX al más grande de los hijos de Valencia, transmitiendo de este modo a la posteridad la fe y los sentimientos religiosos y patrióticos que heredó de sus mayores.

Valencia 15 de Junio de 1855. -De acuerdo y con anuencia de las autoridades militar, eclesiástica y política del distrito, diócesis y provincia. -La comisión principal de fiestas. - José Escrivá, alcalde 1º. Vicente Piñó y Ansaldo. -Vicente Oliag. -Vicente Sanz. -Vicente Moreno, regidores. -Fernando Herbás, procurador síndico. -Vicente Rodríguez de la Encina, barón de Santa Bárbara. -Francisco Peris, canónigo. -Baltasar Settler. -Vicente Boix, cronista. -Timoteo Liern, secretario.

A continuación se anunciaron las siguientes demostraciones de regocijo:

La iglesia parroquial de San Martín Obispo y San Antonio Abad, ha dispuesto para los días 6 y 7 y 8 del mismo mes de Julio sus particulares fiestas religiosas con el objeto de celebrar la dedicación de su magnífico templo, la renovación del mismo en el siglo anterior y la canonización de San Vicente Ferrer.

En los tres días habrá solemne función religiosa, distribuyendo en el primero una limosna extraordinaria a los necesitados que están inscritos; se sortearán doce dotes de a 500 rs. cada una a huérfanas y naturales de la misma parroquia, y otro sorteo de cien limosnas de a 20 rs. cada una para igual número de pobres: en la noche del segundo día se disparará en la torre de la misma iglesia un castillo de fuegos, verificándose el día 8 por la tarde la solemne procesión en unión con la del Corpus que debió celebrarse en su día. La carrera se anunciara en los periódicos.

El Excmo. e Ilmo. Sr. arzobispo ha entregado 24,300 reales para su distribución en la forma siguiente:

8,800 rs. para ocho dotes a favor de huérfanos, a saber: dos niños y dos niñas de la casa de San Vicente Ferrer, a razón de 1,400 rs. cada dote: 2,200 rs. para otras dos de la casa de Beneficencia, a 1,100 rs. cada uno: otros 2,200 rs en igual forma para la Misericordia.

2,000 rs. para niños espósitos.

4,200 rs. con destino a los pobres de las catorce parroquias, a razón de 300 rs. cada una.

9,000 rs para las 18 comunidades religiosas de la ciudad y sus arrabales, a razón de 500 rs. para cada una.

Y 300 m. para las arrepentidas de San Gregorio.

El Ilmo. cabildo tomará parte en las fiestas, en unión con el Excmo. ayuntamiento, según costumbre inmemorial; adornará el templo, y con especialidad la capilla del Santo y el púlpito donde predicó, e iluminará el exterior de la iglesia en la parte que se titula obra nueva.

El clero de San Andrés iluminará la fachada y torres de la iglesia.

El de los Santos Juanes, con la junta parroquial, ha dispuesto, adornar las fachadas de su iglesia de una manera no vista por su elegancia, buen gusto y riqueza, con una iluminación por las noches de mil quinientas luces. La cruz parroquial y los candelabros de los acólitos saldrán, adornados en la procesión. La torre tendrá iluminación particular y extraordinaria.

La parroquia de San Miguel adornará la fachada de su iglesia.

La del Santísimo Cristo del Salvador, de la que es patrono especial San Vicente Ferrer, santificada con su presencia y frecuente predicación, adornará su iglesia, iluminará la frontera, celebrará función religiosa, costeará un día de comida a los presos de San Narciso, y por suerte se dará una dote de 30 libras a la pobre, virtuosa hija de labrador, nacida y bautizada en la parroquia.

Las religiosas del convento de San Cristóbal adornarán la parte exterior de su iglesia según costumbre.

Las de Santa Tecla celebrarán una función religiosa en acción de gracias, como, igualmente las de la Encarnación.

Las del Pie de la Cruz celebran triduo en los días 29, 30 de Junio y 1.º de Julio, con misa solemne y sermón.

El colegio de abogados destina 4,000 rs. para distribuirlos entre los huérfanos y viudas pobres de abogados.

El gremio de sastres entregará 1,000 rs. a la sociedad de socorros mutuos del gremio: costeará tres magisterios, entregando el título gratis al agraciado: dará cinco limosnas de 200 rs. cada una a maestros pobres del gremio llevará en un carro de triunfo la imagen del Santo, vestido a la española, arrojándose versos, flores y piezas de ropas útiles para el viso.

El de molineros concurre a la procesión, construye un carro, triunfal con máquina que molerá el grano y arrojará la harina y versos alternativamente.

El de torneros y silleros ha construido andas nuevas y un carro triunfal, desde donde se arrojarán objetos del gremio y repartirán en uno de los días, abundantes ollas para los pobres necesitados.

El de sogueros adorna la fachada del huerto de Ensèndra, presenta un carro triunfal, tirado por cuatro arrogantes mulas, colocando en la cúspide del carro a San Juan Bautista, patrono del gremio: se repartirán versos y juguetes propios del oficio.

El de horneros construye un carro triunfal, tirado por cuatro mulas ricamente enjaezadas. Representa un horno de pan cocer con un oficial y aprendices, y cuatro niños vestidos de ángel arrojarán versos y pan de todas clases. El gremio y el brazo de oficiales acompañarán al ayuntamiento en la procesión con sus andas, estandartes, música militar y del país.

El de zapateros vestirá doce pobres del oficio, y dotará tres huérfanas, hijas del gremio, con la calidad de 200 reales cada una. Concurrirán a la procesión con sus andas de plata San Crespín y San Francisco de Asís, música militar, otra del país, una danza y los estandartes del gremio.

Presenta además un carro triunfal tirado por seis briosos caballos; ninfas, ángeles y guerreros formarán el grupo alegórico: se arrojarán versos, y zapatos de pequeñas dimensiones.

El colegio del arte mayor de la seda entregará 300 reales con destino a la escuela de Párvulos.

La Real cofradía de nuestra Señora de los Desamparados adornará la fachada principal de la iglesia, colocando la santa Imagen titular, y a sus lados la de San Vicente Ferrer y otro santo valenciano, con iluminación de vasos de colores y transparentes alusivos.

Las antiguas asociaciones de los altares de las calles del Mar, Tròs-Alt y Mercado, solemnizan de una manera extraordinaria el siglo cuarto de la canonización Vicente Ferrer: músicas, procesiones, autos sacramentales o milagros, funciones religiosas, árboles de cucaña, fuegos artificiales y distribución de raciones, ocuparán a los clavaros en los días de fiestas.

Los jardineros se ocupan de construir un carro, y ramos con abundancia.

Las fuentes públicas estarán decoradas de la manera que permita su construcción con nuevos juegos de aguas.

Fueron, sin embargo, tantas las adiciones que sufrió el programa anterior, que se convino en anunciar diariamente en los periódicos las funciones que debían celebrarse cada día, para dar noticia al público de los puntos donde debía concurrir para divertirse.

Capítulo VII

Principian las fiestas-Paseo por Valencia. -Adornos

Amaneció, por fin, la deseada aurora del 28 de Junio. Bañaba apenas su áurea luz las cúpulas de nuestros templos, descendiendo débilmente hasta el fondo del intrincado laberinto de nuestras plazas y calles; cuando la inmensa población de vecinos y forasteros comenzó a circular en diferentes direcciones. La masa compacta que afluyó a la calle del Mar, se iba engrosando con las oleadas que cada calle contigua arrojaba hacia el mismo punto: medio dormidos unos, bulliciosos otros, y presurosos todos, levantaban a su paso, entre el menudo polvo que se arremolinaba sobre aquella superficie agitada y revuelta, unas veces un murmullo sordo y prolongado como la sucesiva caída de las olas sobre una costa de rocas, y otro un estruendo imponente que solía dominar la vocería de los muchachos, las risotadas estrepitosas de las mozas juguetonas, el terno de algún mal genio, los gritos de los que se llamaban para no perderse en aquellos turbillones, y el ladrido de algún perro o perdido o juguetero, o pisoteado por el atolondrado transeúnte. Veíanse semblantes atezados, fisonomías traviesas, rostros picarescos; y en todos ellos esa lánguida palidez de los que madrugan contra su costumbre, o que habían pasado la noche en la calle. ¿A dónde se dirigía aquella multitud de prisa y con afán? A la calle del Mar, para concurrir a la salva de 500 masclets, que debía dispararse delante de la casa natalicia de San Vicente Ferrer, casi al mismo tiempo que atronaba los oídos el vuelo general de campanas. Plácele a nuestro pueblo ese inmenso ruido de nuestras grandes fiestas; y disputa al estampido de los cañones, a los grandes golpes de música y al estrepitoso vuelo de sus campanas la ventaja en el bullicio, arrojando sus gritos y carcajadas con una alegría, que eléctricamente se transmite por las apiñadas corrientes de su apretujada muchedumbre. ¡Ay del que dispute o riña en el seno de su alegría omnipotente! ¡Fuera! le gritan cien voces a un mismo tiempo, y nunca falta una agudeza sarcástica, que acaba por sacar la sonrisa en los labios pálidos de los mismos combatientes. ¡Buen pueblo, por vida mía!

Y todos corríamos, y hablábamos, y vagábamos, y entretanto se dispararon los cohetes; y los que estuvieron cerca oyeron mejor el disparo, y volvieron sobre sus pasos, y las corrientes del pueblo chocaron, y se impelieron, rompiéndose en cien brazos. Unos contaron 400; otros 300; quién había apuntado 50 menos; éstos decían que eran pocos; otros que estaban completos; algunos aseguraban que habían producido el verdadero estrépito que era de esperar; y casi todos echaron de menos en el fragor de cien cañones disparados a un tiempo. Pero la salva había pasado; el humo de la pólvora se perdía en una atmósfera polvorosa y pesada, cuyo calor aumentaban los primeros rayos de un sol de Junio, bajo un cielo del Mediodía.

A otra cosa: la multitud se precipitó hacia la calle de la Congregación, por donde se oía el estrépito de las dulzainas de la ciudad y provincia reunidas. Los muchachos aseguraban que serían en número de mil; otros, más moderados, las suponían cincuenta; y fueron pocas, pero bastantes para producir corridas y pisotones, llevando delante y detrás una multitud de niños y mozos que acompañaban con su vocería a la llamada « música del país,» y que recuerda la existencia en otros tiempos de aquella valiente raza árabe-africana, cuya sangre circula aun por nuestras venas, y cuya memoria queda todavía perpetuada en muchas de nuestras costumbres.

Y las dulzainas, después de romper a la puerta de la casa natalicia del Santo, continuaron la carrera que se les tenía señalada en el programa; y la muchedumbre madrugadora se confundió con la que llegó más tarde; y parte mohína, parte cansada, parte risueña siempre, se desmembró, dispersó y tomó varias y encontradas direcciones. Era aun muy temprano; había mucho de nuevo que ver y admirar; aun no era la hora del desayuno, y las calles estaban pobladas por lindas jóvenes de dentro y fuera de la capital, que eran dignas también de que no se les hiciera el desaire de dejarlas solas en presencia de tantos objetos que estaban ya espuestos al público desde antes de amanecer.

Estas consideraciones, que millares de personas harían a un mismo tiempo, nosotros también las tuvimos presentes, y así nos resolvimos a dar un paseo por la ciudad, observando, anotando, riendo, criticando y aplaudiendo. El deber de cronistas nos imponía esta deliciosa obligación, y todo lo vimos, y lo vamos a referir todo de la manera, que mejor podamos recordar en estos momentos; porque ¡han sido tan lúgubres los días que han mediado desde que espiró el último grito de júbilo de las fiestas, hasta la hora en que escribimos esto! ¡se han abierto tantos sepulcros! ¡han desaparecido tantos amigos queridos y tantas jóvenes hermosas que en aquellos días eran la alegría de los que estimaban! Pero la historia de este segundo imperio del cólera no pertenece a esta crónica: hemos saludado al paso los féretros que llevaban los restos de los que rieron con nosotros; les hemos deseado un reposo eterno.... ¿qué más podemos desear? Cumplimos como cristianos y como amigos. Sigamos la narración.

No olvidaremos, sin embargo, en presencia de los objetos que vamos a describir, que circulaba en voz baja, y en el seno de la confianza, la horrible noticia de que la epidemia del cólera volvía a arrojar sobre nosotros su soplo de muerte.

Penetremos en la plaza de Sto. Domingo, y sobre el mismo punto, que fue una ancha y pedregosa rambla en los tiempos de la dominación romana, goda y árabe, se veía levantado

el suntuoso altar de gusto asirio, propiedad de la junta de comercio de esta capital. Ocupaba el ángulo derecho del famoso convento de Predicadores, fundado a espensas del ínclito y gran rey D. Jaime I de Aragón, en recompensa de los servicios prestados por el P. Miguel Fabra. La gente afluía a orar en la suntuosa capilla dedicada al Santo; capilla que sirvió para primer refectorio de los Predicadores hasta el año 1460, donde Vicente Ferrer haría sus austeras colaciones, convertido después en mezquino oratorio, mejorado por Jofré de Blanes, albacea del célebre y desventurado trovador Ausiàs March. Se renovó en 1664. y entonces pintó Vicente Salvador los dos grandes lienzos históricos que decoran sus muros. Su última renovación se verificó en 1772, exornado con mármoles del reino, y los frescos. del inmortal Vergara. Al pie del altar yacen los restos de los padres del Santo; también descansan los del gran poeta March.

El altar asirio tenía delante un estenso tablado, destinado para el sorteo público de las dotes; y al pie dos lienzos, de fondo blanco, donde en caracteres de notable dimensión se leían las siguientes inscripciones, cuya redacción se debió al pobre cronista:

En lo alto del altar y a la parte derecha:

EN HONOR Y GLORIA

DEL EMINENTE VALENCIANO SAN VICENTE FERRER.

La de la izquierda decía así:

LA ASOCIACIÓN CREADA

PARA CELEBRAR EL IV SIGLO DE SU CANONIZACIÓN.

Al pie se leían éstas:

VICENTE FERRER NACIÓ EN 29 DE ENERO DE 1350: ENTRÓ EN LA ORDEN DE PREDICADORES EN 5 DE FEBRERO DE 1367; REGENTÓ CÁTEDRAS EN LÉRIDA, BARCELONA, FRANCIA, ROMA Y VALENCIA: CONSEJERO Y LIMOSNERO MAYOR DEL REY D. JUAN I DE ARAGÓN; LLEVA LA PALABRA DE DIOS POR LOS PUEBLOS DEL MEDIODÍA DE EUROPA, Y LA EUROPA ENTERA ADMIRA SUS VIRTUDES. LOS REYES, LOS PAPAS, LOS PRÍNCIPES LE CONSULTAN, LE COLMAN DE HONORES. MURIÓ EN 5 DE ABRIL DE 1419, Y FUE CANONIZADO EN 29 DE JUNIO DE 1455 POR EL PAPA CALIXTO III, VALENCIANO.

En otra decía así:

PROMUEVE LA REUNIÓN DE LAS ESCUELAS MAYORES Y ESTUDIO GENERAL EN 1411; RECOGE LOS NIÑOS HUÉRFANOS POBRES Y FUNDA UN HOSPICIO, BAJO LA DIRECCIÓN DE LOS BEGUINES, Y DA ORIGEN AL COLEGIO IMPERIAL DE NIÑOS DE SAN VICENTE FERRER; DECIDE EN CASPE LA ELECCIÓN DE FERNANDO I DE ARAGÓN; CONCLUYE EN ESTE REINO, POR SU

CONSEJO, EL CISMA DE OCCIDENTE VALENCIA NO OLVIDA JAMÁS LA MEMORIA DE SU APÓSTOL.

El palacio del Sr. conde de Cervellon, que recuerda tantos sucesos políticos de este siglo desde la muerte del barón de Albalat, hasta la renuncia que hizo de la regencia de España Doña María Cristina de Borbón, situado enfrente del antiguo convento de Predicadores, ofrecía sus balcones, adornados tan sencilla como elegantemente. Constituían este adorno unos tapices blancos, cruzados por un caprichoso festón de flores artificiales de diferentes colores, que embellecían la graciosa fachada del edificio. Esta decoración mereció los honores del premio, concediendo al Sr. conde una medalla de plata, acuñada para perpetuar la memoria de esta cuarta centuria.

Desde la plaza de Sto. Domingo, y cruzando el paseo de la Glorieta, se dirigían los curiosos a la calle del Mar, cuya entrada se veía adornada con un gigantesco arco de mirto y arrayan, como los antiguos arcos de triunfo de los romanos. En lo alto del cornisamento se leía la dedicatoria de los vecinos del Santo patrono.

Abierta la capilla de la casa natalicia del Santo, dejaba ver en sus altares una profusa iluminación, y una concurrencia siempre creciente de fieles que iban a invocar la protección del gran patrono de los valencianos. Encima de la puerta y en un ancho targetón de mármol blanco se grabó, para perpetuar las fiestas, esta inscripción:

CASA-NATALICIA DE SAN VICENTE FERRER.

Los balcones de esta hermosa calle entre las numerosas banderas que la cruzaban, se ofrecían colgados caprichosa y vistosamente, y la multitud obstruía de continuo el altar que se coloca en la misma calle, en todas las fiestas anuales del Santo, para representar los autos sacramentales, conocidos vulgarmente por Els milacres, (los milagros). El que se representó, escrito espresamente para estas fiestas, se titula, El Diable pres, debido al actual decano de los poetas valencianos D. Pascual Pérez. Las paredes de todos los edificios contiguos se veían decoradas con elegantes tapicerías y grandes cartelones con poesías alusivas.

El magnífico toldo que cubría este delicioso trozo de la calle permitía al sol inundar suave y dulcemente las fisonomías de la apretujada muchedumbre, puesta en continuo movimiento de las oleadas de los que engrosaban o disminuían aquella masa inquieta y oscilante.

La lindísima fuente de mármol que adorna la plaza de, la Congregación, construida a expensas de la benemérita y patriótica Sociedad de Amigos del País, estaba graciosamente vestida de festones de flores; pero cuya belleza mayor la formaba la admirable iluminación de gas que la decoraba por las noches. Algo nos reservamos para más adelante cuando hablemos de la iluminación en general.

Estensas y bien combinadas cuerdas con numerosos faroles de colores cubrían la suntuosa fachada de la iglesia de la Congregación de S. Felipe Neri, hoy parroquia de Sto.

Tomás, obra principiada en 1654, y concluida por el célebre matemático y religioso de la orden el P. Vicente Tosca en 1736.

Era agradable el conjunto de aquellos flotantes globos, de papel de colores, que hacían resaltar las bellezas de las preciosas esculturas de la fachada, sobre la que se destacaba esbelta y ligera la torre coronada de numerosas banderas.

Continuábase por la calle del Mar, y la vista, se detenía en la sencilla decoración. que presentaba la pared exterior del convento de monjas canongesas de San Agustín, bajo la invocación de San Cristóbal. Se levanta este monumento religioso sobre las ruinas de los antiguos bazares de los judíos, cerrados en 9 de Julio de 1391; se llamó convento desde 1409 y se reedificó en 1791. Consistía el adorno en una tapicería que corría toda la extensión de la fachada con algunos cuadros históricos.

Más adelante, y cerrando la callo de las Gallinas, se veía una grata formada de mirto, y en ella la estatua del dios Baco. De su pedestal, y cayendo en una taza, manaba por un grifo a propósito abundante cantidad de vino, que se atraía de continuo una multitud de gentes de todas clases, que iban a apagar su sed en esta fuente maravillosa, donde se repartía gratis el celebrado licor. Mil que hubieran aparecido de esta clase, no hubiesen satisfecho tanto gáznate abierto para recibirle, en unos días en que el calor y la alegría avivaban la sed de la gente de taco, que obstruía este punto de la calle del Mar. Era preciso que un centinela de la Milicia Nacional guardara de un asalto este regalo, que hacía al público su inventor nuestro apreciable amigo D. Manuel Tio. Hubo apretones, codazos, rasguños de ropa, pisotones, ternos y tacos exhalados por bebedores y transeúntes: pero no hubo a las consecuencias que después de probado el mosto describe Quevedo:

Hubo mientes, como el puño,
Y hubo puños, como el mientes;
Diluvio de sombrerazos,
Granizada de cachetes.

Se atravesaba, por fin, la multitud que, aun siendo cristiana y católica, iba a brindar por el alegre Baco, y se llegaba jadeando al convento de religiosas de Sta. Tecla, establecidas en este sitio desde el año 1555, según otros desde 1560, o 1568. Ocupa este monasterio el solar de la casa donde nació el beato Nicolás Factor, y parte de la calle donde vino al mundo nuestro inmortal Luis Vives. A espaldas del edificio se hallaba la célebre fábrica de moneda conocida en nuestras memorias, con el nombre de la casa de la Seca. ¡Antiguallas! ¡Ruinas de los tiempos forales! La fachada estaba cubierta de excelentes tapices, donde había colocado el gremio de tundidores un retablo con la Santa Cruz en el mismo sitio que existía antiguamente, y que según tradición fue escogido para esto por el mismo Santo.

Cerraba la salida de la calle del Mar, entre Sta. Tecla y la plaza de Sta. Catalina, otro arco magnífico de mirto, de igual altura que el de la entrada por la parte de la Glorieta.

Los vecinos de toda la calle costearon estos adornos siendo clavario del altar de San Vicente D. Manuel José de Riambau, y comisionados de la fiesta D. Juan Díaz de Brito; el conde de Almodóvar; el barón de Sta. Bárbara; D. José-Ballester; D. Manuel Martín; D.

Carlos Catalá, y. D. Vicente Bañuls. ¡Bien por estos patricios! Mostraron celo y gusto, y nada dejaron que desear, aun a los valencianos más exigentes.

Con igual entusiasmo los vecinos de la plaza de santa Catalina, que contribuían de antiguo con sus limosnas para culto público de la Virgen del Rosario, adornaron con esquisita elegancia la fachada de la casa que se levanta enfrente de la calle de Zaragoza; y colocaron, bajo rico dosel, la imagen de San Vicente y la de la Virgen, venerada hoy en la iglesia parroquial de Sta. Catalina. El altar ocupaba el mismo punto donde existía en otros tiempos un retablo de la citada Virgen que, según tradición, fue colocado donde estaba durante la vida del ilustre Patrono de Valencia.

Desde esta plaza se descubría la elegante y querida torre del Miguelete, coronada de banderas, ostentando una de ellas sobre fondo blanco los atributos que distinguen a nuestro Apóstol. La espaciosa y lindísima calle de Zaragoza, colgada vistosamente y adornada con pinturas de la propiedad de sus vecinos, ofrecía un aspecto lindísimo; y mientras servía de paseo a nuestra brillante juventud, circulaba por ella la apresurada muchedumbre que se dirigía a la plaza de la Constitución, donde se hallaban situados los históricos carros, llamados las rocas.

Grato era el panorama que presentaba esta plaza, célebre en nuestros anales. La Real cofradía de Ntra. Señora de los Desamparados, tan bienhechora de la humanidad por su noble instituto caritativo, había exornado la pared exterior de la suntuosa capilla con magníficas colgaduras de ropa de seda, y un lujoso pabellón en el centro, que servía de dosel a la venerada imagen titular, y a sus lados la de San Vicente Ferrer y otro santo valenciano.

Enfrente se veían las gigantescas rocas; y la vieja casa de la Ciudad, ostentando la bandera nacional sobre aquellos muros, hoy medio demolidos, que encierran la historia patria de seis siglos, y los tesoros de las artes y del buen gusto del siglo XV y XVI. El palacio del antiguo Consejo de Valencia se derrumba; ¿cómo se reemplazará?... Pasemos adelante; no hay tiempo para ocuparse de las ruinas de los tiempos forales, que hallamos a cada paso. Son días de fiestas: ¡adelante!

Crucemos la calle de Caballeros y lleguemos al Tròs-Alt. ¡Magnífica perspectiva! En la esquina de la nueva calle del Moro Zeit, y casi en el mismo punto que ocupaba parte de la iglesia del antiguo monasterio de la Puridad, hoy convertido en las espaciosas calles de la Conquista, del Rey D. Jaime y del Moro Zeit, se levantaba el altar de San Vicente, destinado, desde inmemorial, para la celebración de los milacres (milagros), con un vistoso toldo que se prolongaba por toda la calle de la Bolsería, a espensas de sus mismos vecinos. Había ricas colgaduras, y buenas pinturas y retratos, abundancia de iluminación, y se representó un auto sacramental, en idioma valenciano, como todos los milacres, escrito espresamente, con el título de Els bandos de Valensia, o la paraula de Sen Visènt Ferrer, por el cronista que esto vio y escribió. Leíanse en grandes targetones poesías alusivas, y era bello detenerse en estos grandes centros de alegría y pasatiempo; pero la gente empujaba, y, arrebatados por su corriente, llegamos al otro altar del Santo, levantado en el Mercado, antiguo cementerio morisco, junto a la estensa y sólida galería de la iglesia de los Santos Juanes. El altar era de un gusto admirable, al par que de una sencillez arquitectónica de la

mejor armonía, obra de la sociedad de artistas valencianos, bajo la dirección de D. Luis Tellez; era grandioso, esbelto, rico y magestuoso; su elevado tablado le sirve de base, y sobre él un noble basamento en el principio y pie de los elegantes machones que sostienen el templete que termina después de sus cornisamentos por un tronco de pirámide: los machones además de sus retornos y otros trabajos contienen altas ventanas de arco con transparentes en el primer cuerpo, y sobre sus arquivadas otras elípticas con transparentes también: el arco elevado del centro y continuación de los postes con el sostén del cornisamento, sobre el cual se elevan pequeñas pirámides que terminan los graves; la pirámide del centro, también, es florada con transparentes. Los relieves en los planos y frisos sobre mármoles son todos alegóricos al Santo, y entre los adornos, que son dorados, también, figuran las armas de la casa de San Vicente, y se hallan colocadas sobre la llave del arco: dos fachadas laterales, bien ordenadas, siguen la decoración y cierran la obra, y por ellas se da paso a la representación de los milagros. Representóse un milagro, escrito por un joven, y hasta entonces desconocido poeta, llamado D. Eduardo Escalante. Es una obra de excelente poesía, y está escrito con soltura y gala, y con una facilidad asombrosa, atendida las circunstancias del autor, joven artesano, de tanta humildad como talento.

La vista recorría a un tiempo la esbelta fachada de la casa-lonja con sus molduras, sus escudos, sus adornos afiligranados, sus bellas ventanas ojivas, y los viejos, pero riquísimos tapices, que en todas las grandes solemnidades decoran los sólidos muros; la extensión de la hermosísima plaza del Mercado que destaca la graciosa fuente monumental, adornada en estos días con lujo admirable, de flores, de luces y fuegos de agua; la entrada del mercado cubierto; las colgaduras y toldos de las casas de este vasto perímetro, y venía a detenerse en la pintoresca fachada de la iglesia de San Juan. Los balcones de su estensa galería estaban cubiertos de lienzos, pintados con finura y capricho: en el remate de cada pilastra había un grande jarro de alabastro mármol, que sirvieron de noche para las flámulas de la iluminación: en los intermedios se colocaron catorce cuadros, que representaban las siete virtudes y los siete pecados contrarios, corriendo por la parte superior de éstos una guirnalda o festón de hojas y flores naturales.

Sobre el plano y en el centro de la gran fachada se levantaba un magestuoso altar, formado de un grande y vistoso pabellón de ropa nueva de seda, con franjas y adornos de plata, en donde se colocó sobre un esplendente trono de nubes plateadas la imagen del Santo Patrono, a cuyos pies habla dos ángeles de escultura, sosteniendo las insignias arzobispales y cardenalicias, y sobre la cabeza un grupo de ángeles también de escultura, con coronas y colgantes de flores. A los dos extremos de la mesa del altar las hermosas imágenes, de estatura natural, de San Esteban y San Vicente Mártir; en la parte superior del pabellón otros dos ángeles que sostenían una grande y magnífica corona de flores; y toda esta decoración se veía aumentada con otros adornos, arañas de cristal, canastillos y ramos de flores, en una extensión de 48 palmos de altura, sobre 24 de latitud. Lo restante del plano de la frontera se hallaba cubierto de ropas, cuadros y festones y guirnaldas de hojas y flores naturales. La iluminación consistía en 1622 luces, armoniosamente colocadas. Así mostró el reverendo clero su entusiasmo por el gran patricio valenciano, que se hizo notable además por la cruz parroquial que llevó en la procesión, y cuya descripción dejamos para otro lugar. Compitiendo con el clero su junta de fábrica, iluminó la torre con 312 luces entre bolas y faroles y colocó cinco banderas, una grande blanca con los emblemas del santo, y que fue colocada tres días antes de San Pedro, siendo la primera que flojó al viento,

anunciando la gran festividad; y cuatro más pequeñas en ángulos, de color encarnado y caña, con las insignias de la Parroquia.

El conjunto de toda esta decoración, la primera de su clase que ofreció Valencia en estos días, mereció los honores del premio de una medalla de plata; y eran dignos el clero y la junta de fábrica de que se les concediera tamaña distinción. La plaza del Mercado se embellecía con este adorno extraordinario; y nada faltó por las noches para presentarla, como veremos, bajo un punto de vista tan animado y poético, como los sueños de las Mil y una noches.

Desde la plaza del Mercado cruzamos la calle de San Fernando, antiguo cementerio parroquial de San Martín, y en la plaza de Cajeros nos detuvimos a contemplar un sencillo adorno de serios y elegantes tapices, que formaban un altar modesto, pero de mucho gusto, que decoraba un balcón de la casa del Sr. conde de Ripalda, a cuyas espensas se había colocado.

Desde allí, y atravesando la calle de San Vicente y plazuela de San Gregorio, entramos en la calle de la Sangre. Ocupando la entrada de la de Renglons, se elevaba un vistoso altar de mirto, en cuyo casilicio en forma de fresca gruta, se veía la magnífica imagen de San Gerónimo, de bellísima escultura y al natural, patrón del colegio del arte mayor de la seda, cuyo gremio hizo otras demostraciones públicas, como veremos más adelante. Algunos jarros contenían diversas fórmulas, y colgando delante del Santo elegantes arañas de cristal. Este altar era sencillo, pero de un gusto sorprendente.

Desde la calle de la Sangre se distinguía ya la torre del telégrafo, adornada con lindísimos faroles de colores y hermosos trasparentes, cuya iluminación en aquella altura debía ofrecer desde lejos un efecto maravilloso.

La calle de las Barcas, y a la entrada de la plaza del Teatro principal, se levantaba un lujoso arco, vestido de ropas de seda, adornado con versos,

producción del apreciable actor D. Ramón Medel, y encima una pequeña imagen de San Vicente.

Los balcones del teatro se veían adornados con colgaduras de seda y arañas de cristal, haciendo resaltar la sencilla y hermosa fachada del coliseo.

Cruzábase la ancha plaza de las Barcas, embellecida con sus espaciosas aceras y arbolado, y en la pared del colegio de Sto. Tomás se notaba un altar de vastas dimensiones con la imagen del Santo, completamente iluminado.

La puerta del gran patio de las monjas de Sta. Catalina de Sena se veía vestida de mirto y arrayan, formando un arco gracioso asaz, con un trasparente encima, macetas con hortensias, y de una sencillez digna de las venerables religiosas que habitan aquella antigua morada monacal.

Volviendo atrás, y dirigiéndose hacia la plaza de las Comedias, se notaba esta plaza y la calle de la Cullereta vistosamente engalanadas. En el centro de la plaza se elevaba un altar, costeadado por los vecinos, adornado de ricas telas de seda y raso, con franjas de plata y oro; en el centro una hermosa imagen de Vicente, primorosamente vestida, teniendo a la derecha la de San Cristóbal y a la izquierda la de San Sebastián. Cubría este adorno y el tablado, que se levantó para la música, además de raros tapices, un toldo de buen gusto. En la entrada de la calle de la Cullereta y la salida de la plaza de las Comedias se construyeron dos arcos de ropas de seda con franjas vistosísimas. Los balcones de todas las casas se veían lujosamente colgados, presentando una agradable perspectiva; siendo de notar una especie de farol, de singular invención, que pendiente sobre el centro de la plaza, se abrió al paso de la procesión, y se desprendió de su seno multitud de versos y pajarillos entre la sorpresa, la admiración y los vivas de la muchedumbre que asistió a aquel espectáculo. En los días anteriores dejaban también desprender los mismos objetos de las cavidades del farol, con gran contentamiento de los transeúntes y curiosos. Esta plaza ofrecía uno de los puntos de vista más sorprendentes de la carrera de la procesión; mereciendo sus vecinos los aplausos de las personas entendidas.

Dentro mismo de la carrera se hallaba comprendido el arco del Cid, que une el torreón de los templarios a la iglesia del convento de caballeros de Ntra. Sra. de Montesa. Este arco de tan notable anchura se hallaba todo completamente vestido de mirto, formando una espaciosa gruta tan fresca, como sencilla y poética. El gremio de roperos que lo adornó, añadió además grandes festones de flores, que se destacaban maravillosamente sobre el estenso tapiz verde que cubría aquellos muros de piedra, y numerosos vasos de colores, colocados convenientemente. Este adorno, que atraía la atención, recordaba, por el punto donde se hallaba, el famoso torreón donde enarbolaron los moros de Valencia la célebre enseña de paz ante el poder bizarro de Jaime el Conquistador en 1238. ¿Dónde están los caballeros templarios que tomaron posesión de aquella torre veneranda? La historia conserva sus hechos; los que saben sentir y admirar, los guardan en la memoria.

Antes de penetrar en la iglesia de San Esteban, término de la procesión, cruzamos la calle del Gobernador viejo para admirar de paso la suntuosa tapicería que adornaba la frontera del palacio del Excmo. Sr. marqués de la Romana, cuya familia posee preciosos objetos de esta clase, escelentes pinturas y escogida biblioteca.

Penetremos, por fin, en la antigua iglesia de nuestra Sra. de las Virtudes, llamarla hoy de San Esteban, que tiene la honra de conservar la pila en que el Santo recibió el agua bautismal; y de haber sido un tiempo gobernada por el ilustrado cronista Gaspar Escolano. Esta iglesia, pues, debió distinguirse, y lo consiguió. Después de ausiliar a la gran asociación con una cuestación especial, practicó otra particular, reuniéndose para ello las personas más notables, que se dividieron en dos secciones; llamada una comisión de recursos, y la otra comisión de fiestas. Componían la primera el cura-ecónomo D. Vicente Hernández, el Excmo. Sr. marqués de la Romana; D. Miguel Casto Cabellos; D. José María Mayans; D. Gaspar Dotres; D. Vicente Frígola; los presbíteros, D. Vicente Lloret; D. Francisco Morell; D. Juan Arguedas, y D. Francisco Miralles; D. José Lerena; D. Francisco Sauri; D. Bernardo Morera; D. José Lopez y Benito; D. Nicolás Mayans; D. Manuel de Riambau; D. Juan Díaz de Brito y D. Vicente López. La segunda comisión estaba formada de los Señores, citado cura-ecónomo, D. José Luis Montagut, canónigo magistral; D. José

Ortiz, canónigo doctoral; Sr. marqués de la Romana; D. Miguel Casto Cabellos; D. Vicente Frígola; D. Tomás Caro y Alvarez de Toledo; D. José Lerena; D. Bernardo Morera; D. Bartolomé Leocadio Poveda; D. José de Lafiguera; Don Narciso Inglés; D. Julián Carbonell; D. Vicente Ferrer; D. Juan Díaz de Brito; D. Manuel de Riambau D. Mariano Antonio Manglano, y D. Vicente Pueyo.

El adorno de las fachadas estuvo dirigido por el pintor D. José Vicente Pérez. En la que sale por los pies de la iglesia y a espaldas de la pila del Santo, y en medio de los retratos de medio cuerpo, que representaban los hijos de la misma pila, se leía lo siguiente:

LAS VIRTUDES Y EL EGEMPLO DE VICENTE FERRER SE PERPETUARON POR MUCHOS TIEMPOS EN LA NUMEROSA Y DISTINGUIDA FAMILIA QUE TUVO LA GLORIA DE ESTAR UNIDA AL SANTO EN LA TIERRA, POR LOS LAZOS DE PARENTESCO, Y CUYOS RETRATOS SE CONSERVAN PARA MEMORIA.

Las dos inscripciones siguientes se colocaron entre los cuadros en la parte de la plaza del Cementerio de San Esteban:

A LA GLORIA DEL GRAN SANTO, DEL ILUSTRADO PATRICIO SAN VICENTE FERRER, NACIDO Y BAUTIZADO EN ESTA PARROQUIA EN 23 DE ENERO DE 1350, REINANDO, EN CASTILLA PEDRO I EL JUSTICIERO; EN ARAGÓN D. PEDRO IV EL CEREMONIOSO; SIENDO OBISPO DE ESTA DIÓCESIS, D. HUGO DE FENOLLET, Y CURA DE LA MISMA IGLESIA D. PEDRO PERTUSA: EL CLERO Y FELIGRESES DE LA PARROQUIA, EN PRUEBA DE RELIGIOSIDAD, DE CARIÑO Y DE GRATITUD.

La otra inscripción decía así:

EL CLERO Y FELIGRESES DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE SAN ESTEBAN A SU ILUSTRE HIJO VICENTE FERRER, AMADO POR SU PUEBLO, QUE, EN LAS GUERRAS, PESTES Y CALAMIDADES PÚBLICAS Y PRIVADA, ENCUENTRA LA ESPERANZA Y LA SALUD EN SU PROTECCIÓN: SEA ENSEÑANZA PARA LOS SIGLOS VENIDEROS LA PIEDAD, QUE EL SANTO HA CONSERVADO DE SIGLO EN SIGLO EN EL PUEBLO DE VALENCIA.

En la fachada de la plaza de las Moscas se cubrieron las paredes de mirto, formando vistosos templetes, dentro de los cuales había magníficos jarrones de adorno.

En el arco de la puerta, y cubriendo un viejo y casi perdido lienzo, se pintó la siguiente inscripción:

BRILLA POR SU PALABRA EL CRISTIANISMO: JUDÍOS, MAHOMETANOS, HEREGES, PECADORES ESCUCHAN, APRENDEN Y VUELVEN DIOS: LOS PRÍNCIPES Y LOS PUEBLOS LE RESPETAN: SU JUSTICIA CONCEDE LA CORONA A FERNANDO I DE ARAGÓN: SU CELO SALVA A LOS NIÑOS HUÉRFANOS, BAJO EL AMPARO DE LA CARIDAD: SU INGENIO PROPAGA LAS

LUCES, LAS CIENCIAS Y LA CIVILIZACIÓN, CONTRUYENDO LA CREACIÓN DE ESTA UNIVERSIDAD: MURIÓ VICENTE EN EL SEÑOR EN 5 DE ABRIL DE 1419.

Cubría todo el ámbito de la entrada un elegante toldo de colores, con franjas de plata y oro, formando un bellissimo atrio desde la plaza hasta el arco de la puerta. Las flámulas destinadas para la iluminación imitaban a jarros de bronce: la torre estaba decorada con una gran bandera, con las palabras célebres del Santo Apóstol: Timete Deum, y las campanas, hermosamente plateadas, a espensas del Sr. canónigo D. José Ortiz y Pérez. La iglesia estaba magníficamente adornada con multitud de arañas de cristal, nuevas y de esquisito gusto, colocadas bajo la dirección del adornista Vicente Puchades, premiado por esta obra y la del altar mayor, donde se veía un suntuoso pabellón de telas de seda, recamadas de oro y plata. Elevábase, entre fondo de plata, la imagen del Santa; y los intercolumnios laterales, las de San Luis Bertran y del Beato Nicolás Factor. Mil doscientas luces inundaron de claridad el templo al paso de la procesión general. Esta decoración interior fue sorprendente, admirable: la parroquia ha perpetuado con razón la memoria de estas fiestas, acuñando una medalla, que esplicaremos en su lugar y con infinitas obras de caridad, de que daremos noticia en otra parte.

No concluiremos esta ligera descripción sin dejar consignado el hecho siguiente. El día 26 de Junio se hallaban diversos operarios trabajando en el adorno del templo; uno de ellos, llamado Juan Bágüena y Fenollosa se hallaba precisamente sobre la cornisa de la iglesia y encima de la que se destaca sobre el arco de la capilla, en que está la pila de San Vicente. De repente, pues, y sin que precediera incidente alguno, se desprende un gran trozo de la cornisa bajo los pies del operario. La masa de escombros se precipitó con fragor y al caer rompió un ángulo de una de las gradas de mármol, que dan subida a la capilla. ¿Y el operario? Admiraos: cayó en toda su longitud, de espaldas a la pared; pero se quedó apoyado sobre ambos codos en los dos extremos del trozo de cornisa, que se acababa de demoler. Un grito de terror sucedió a esta caída, veíasele pálido, vacilante, tembloroso, suspenso entre la bóveda y el pavimento, y recelando que su peso derribara los puntos en que se apoyaba. Acudió otro operario, llamado Rafael González; y a pesar de la dificultad de sostener el peso de aquel cuerpo, casi exánime y con peligro de rodar los dos, hizo un esfuerzo supremo y le levantó y le dejó desmayado sobre la cornisa. ¡Dios sólo sabe lo que el infeliz caído debió sufrir! Esto sucedió a la vista de muchos testigos: nosotros examinamos los escombros; medimos la altura. ¡Allí intervino la Providencia! Vicente salvó al desgraciado.

En la plaza del Cementerio y bajo un toldo conveniente se hallaba la grande escena, que representa el bautizo del Santo, conocida con el nombre de Los Bultos, a cargo del colegio de escribanos.

Saliendo fuera de la carrera de la procesión visitamos la iglesia parroquial de San Pedro Mártir y San Nicolás Obispo, de la que fue rector el Papa Calixto III, que canonizó a San Vicente. La fachada exterior se adornó para memoria con la siguiente inscripción:

LA IGLESIA PARROQUIAL DE SAN PEDRO MÁRTIR Y SAN NICOLÁS OBISPO A CALIXTO III, PONT. MÁX., ANTES ALFONSO DE BORJA; VALENCIANO, RECTOR DE ESTA IGLESIA EN 1420, OBISPO DE VALENCIA EN 1429,

CARDENAL DE LA SANTA IGLESIA ROMANA EN 1444, Y SUMO PONTÍFICE EN 1455: EN EL CUARTO CENTENAR DE SAN VICENTE FERRER, A QUIEN CANONIZÓ EN 29 DE JUNIO DE 1455. AÑO 1855.

Se ha perpetuado además esta cuarta festividad secular con un cuadro, pintado por D. Vicente Castelló, representando al papa Calixto en el acto de entregar la bula de la canonización a los peticionarios valencianos.

La fachada de la casa-hospicio de nuestra Sra. de la Misericordia se hallaba adornada con un vistoso lienzo de mirto, con dos arcos pequeños laterales que cerraban las salidas de los dos callejones contiguos. Algunos vasos de colores completaban esta decoración, digna de un establecimiento modelo por su caridad, su disciplina, su aseo y su excelente régimen administrativo. Sencillo, pero lindo, era el adorno de la contigua parroquia de San Miguel. Su clero no pudo hacer más.

Los doce devotos de San Vicente del Palau adornaron la fachada de la casa-confitería de la plaza del Arzobispo, esquina a la calle del Palau, colocando entre ricas telas de seda y raso la imagen del Santo, en memoria de haber sido éste uno de los puntos que con frecuencia escogía el Apóstol valenciano para dirigir sus instrucciones al pueblo que le seguía.

La gigantesca imagen de San Cristóbal, colocada sobre un carretón de artillería en el centro de la calle de la Corona, donde está su ermita, dejaba admirar bajo un toldo, formando una capilla, las estensas proporciones de su escultura, iluminadas por la noche con algunos faroles. Su ropaje era nuevo, y estaba vestido con propiedad y buen gusto en los colores.

El colegio de Niños huérfanos de San Vicente Ferrer, recuerdo el más bello de la ilustrada caridad del Santo, ofrecía la novedad de su nueva iglesia, que era el más digno de los objetos de ornato religioso, y después decorada la fachada del nuevo templo y la de la puerta principal del colegio, con elegantes dibujos de mirto, con vasos de colores. En el centro de la plaza había una columna. trasparente y giratoria de lindísimo efecto por su iluminación, que atraía por las noches una numerosa concurrencia, deseosa de gozar de aquel espectáculo y de la música.

El colegio de cereros y confiteros adornó la fachada de su casa-colegio, situada en la calle de San Vicente, estramuros, con ricas colgaduras y abundante iluminación.

La fachada del huerto de Ensèndra tenía también su adorno especial que mereció ser visitado y admirado.

Tales fueron en globo los adornos públicos y particulares que pudimos observar en diferentes puntos. En todos ellos notamos en general una sencillez elegante; y donde quiera fue de ver la afluencia de gentes que en unas tardes apacibles, bajo un cielo azul, y respirando un aire tibio y perfumado iban de espectáculo en espectáculo, admirando no sólo los objetos que se esponían al público, sino la rapidez con que se habían ejecutado.

Si desde el centro de las plazas y calles subíais a la alto de una azotea, sorprendían vuestra vista las caprichosas banderas que flotaban en lo más elevado de las torres parroquiales, meciéndose sobre sus cruces de hierro, ora pegadas a los mástiles, ora cerniéndose por el soplo de una brisa y ora ondeando ligeras al impulso de una ráfaga más fuerte arrojada desde la superficie del vecino mar. Descollaba sobre tantas torres, parecidas a los minaretos del Oriente, el coloso del Miguelete, cuyo ancho cuerpo, sin cabeza, se destacaba sobre el fondo azul del horizonte, como el genio gigante que recuerda la historia patria. Cuelga de su cintura la ciudad, y aquellos días estaba hermoso con las banderas que ostentaba en la elevada región de su altura. De noche, sobre todo, era mágico el espectáculo de esas moles de piedra, cubiertas de sombras, hasta los arcos de las campanas, y que escondiendo invisibles sus cabezas en el seno de la oscuridad, mostraban, como suspendidas en el aire, numerosas luces de colores cuyo brillo ocultaba con frecuencia la tela de las banderas, como velos perdidos de un genio misterioso. Durante el vuelo de las campanas, veíanse éstas girar sobre sí mismas a través de la iluminación interior de las torres, como las caprichosas figuras de un sueño de fantasmas, sujetas a una mano invisible, que las hacía arrojar al viento esos sonidos, ya melancólicos, ya alegres, ya agudos, ya sonoros; pero siempre gratos.

¿Os parece que en esta descripción entra una buena parte de poesía? Así parece; pero cuantos lo vieron, se explicarían mejor, si todos hubieran estudiado, más que nosotros, el lenguaje de los trovadores.

Falta deciros, que por la noche y hora de las nueve, se disparó en la Alameda vieja una doble cuerda de fuegos artificiales, con gran número de cohetes voladores o borrachos, satisfaciendo así la afición de la multitud de personas, para quienes este espectáculo tenía un irresistible atractivo. La gente gozó y la halló bien hubo espectáculos para todos.

Capítulo IX.

Rocas.- Roca nueva.- Carros de triunfo.

Como es costumbre, ocupaban su puesto en la plaza de la Seo, de la Catedral, o de la Constitución, los viejos y veinte veces renovados carros triunfales, a quien el pueblo da el nombre de rocas. No hay un valenciano que no las salude con alegría todos los años la víspera del Corpus; no hay un molinero, carretero, cochero o tartanero que no espere con interés el día de la procesión anual

del Corpus, para examinar los tiros de mulas que deben arrastrar esas inmensas moles de madera. Cada año parecen una novedad; pero en las fiestas, que torpemente describirnos, se suscitó una rivalidad amistosa en el gremio de molineros, a quienes está confiada de antiguo la conducción de las rocas; y fue preciso que se reunieran en conferencia, ante el Sr. alcalde, presidente del ayuntamiento, y se levantara un acta del tenor siguiente: «En la ciudad de Valencia, a los 23 días del mes de Junio de 1855, bajo la presidencia de Sr. alcalde presidente del ayuntamiento y comisión especial de fiestas comparecieron los molineros Ramón Codoñer, Mariano Codoñer, Vicente Muedra, Viuda de Llopi, Mariano

Donderis, Vicente Martí y Francisco Pedrés, y después de una larga conferencia en orden al modo y manera como debe ser conducida la Roca nueva (objeto de la cuestión), de común acuerdo se convino que en el día 28, señalado para la bendición, la arrastren las mulas a cargo del molinero de la Esperanza Vicente Martí; y pasando a verificar el sorteo para el día 1.º en que ha de tener lugar la procesión, dio el resultado siguiente: Ramón Codoñer, encargado de la roca la Valenciana, Mariano Codoñer, de la de la Fe; Vicente Muedra de la de San Miguel; Viuda de Llopis-, de la Diablera; Mariano Donderis, de la de San Vicente; Vicente Martí, de la de la Purísima; y Francisco Pedrés, de la de la Trinidad. -Y se dio por terminada la reunión con muestras de público regocijo. Y lo firmaron los que supieron, de que certifico. -Siguen las firmas.- Timoteo Liern, secretario.

Arreglada esta cuestión, a placer de los interesados, se prepararon a lucir, más que en otras ocasiones, los magníficos arreos de seda, plata y oro, con que engalanaron las arrogantes mulas de gran valor, que debían arrastrar las rocas. Pero aquellos días llamaba sobre todo la atención el nuevo carro monumental. Obra de pocos días emprendida y acabada por los esfuerzos de D. Vicente Piñó y Ansaldo, alcalde, y por el activo e inteligente secretario municipal Don Timoteo Liern, no por eso dejaba de ofrecer tanta novedad, como mérito artístico; y ha sido digna de perpetuar esta gran solemnidad secular. Se trabajó bajo la dirección. de D. Luis Tellez, profesor de la academia...de artes de San Carlos, pintor del Excmo. ayuntamiento y director de la sociedad de artistas valencianos. La roca es un conjunto de preciosos restos originales de la edad media, llena de entallamientos de aquella época, que en su primitiva colocación sólo representaban danzas, festines y torneos, bajo una forma completamente caprichosa, egecutada puramente en relieves. Su primer cuerpo está compuesto de un excelente friso de la misma clase sobre una grandiosa moldura de encina, tallada con igual gusto y delicadeza: se halla además guarnecido de una elegante barandilla, en cuyo frente quedan agrupados diferentes objetos, que manifestaban los honores que despreció Vicente en su apostólica humildad. El cuerpo principal lo forma un magnífico pedestal, ricamente exornado: la decoración posterior contiene el escudo de España; y los dos laterales, los cuatro que, según sus épocas, fueron el blasón de nuestra querida Valencia; destinándose la fachada anterior para la colocación del Ángel tutelar y patrón del ayuntamiento, y que presidía, bajo regio solio, los antiguos e históricos pendones de la ciudad con la espada del ínclito Rey Conquistador, poéticamente agrupados, y que junto con el rico escudo del ángel formaban el lindísimo objeto de la composición. Cuatro mancebos con escudos, y bajo igual número de coronas, representaban los antiguos heraldos, ocupando los ángulos estremos, que terminan en el cornisamento, sobre el cual descansaba la estatua de Valencia con una espléndida bandera, donde se leía lo siguiente:

VALENCIA EN EL CUARTO SIGLO

DE LA CANONIZACIÓN DE SAN VICENTE FERRER.

La roca está tintada de maderas; la estatua que la corona y demás objetos que lo requieren, son dorados, con fondos y reverses de los colores propios del caso y con arreglo a la época a que se refiere, como un verdadero policrómato. Para su construcción se emplearon diferentes fragmentos de tabla antigua, que con suma dificultad debieron arreglarse a la decoración de un cuerpo de dimensiones, forma, carácter y objeto dados y de no poca solidez. La academia de San Carlos, a quien se sometió su examen, aprobó el

proyecto en todas sus partes, honrando, como debía, el mérito distinguido del Sr. Tellez. La escultura es obra de D. Antonio Marzo, profesor de la misma academia a quien se confió igualmente la estatua y grupo de alegoría: la obra de talla es de D. José Puchol, el dorado y colorido a D. Benito Leonart, otro de los buenos amigos a quien el cólera ha hecho desaparecer después de las fiestas; el trabajo de carpintería a D. José Gil y D. Ramón Monzó, y la parte de carruagería a D. Vicente Balader.

Pocas obras de esta clase se han ejecutado tan rápida y brillantemente; fue el objeto de la admiración y del aplauso universal; y todos a porfía, propios y estraños, dieron a este monumento la más amplia, completa y satisfactoria aprobación. Se propuso el pensamiento de la construcción de una roca, se admitió con entusiasmo; se improvisaron los medios y el ayuntamiento de 1855 deja una memoria notable al siglo XX. El pensamiento del cuerpo municipal se hallaba encerrado en esta fórmula:

VALENCIA AUTORIZA LA SOLEMNIDAD DE SUS FIESTAS, OSTENTANDO SUS NOBILÍSIMAS INSIGNIAS DE VALOR, HONOR Y GLORIA, LEALTAD Y RELIGIOSIDAD, CON LO QUE CORONA Y COMPLETA LA OBRA EN MEMORIA DE LA SANTIFICACIÓN DE SU HIJO PREDILECTO Y PATRONO SAN VICENTE FERRER.

Es un recuerdo digno de los adelantos. artísticos de nuestra época; si los venideros hacen más, buena señal será; es que serán más ricos.

Junto a este soberbio carro de triunfo se hallaban los cuatro costeados por la asociación y los tres de los demás gremios y oficios. Daremos una idea de cada uno de ellos, principiando por los de la benemérita asociación de valencianos, cuyos sentimientos fueron tan fielmente interpretados por sus comisionados y colegas D. Salvador Albert y D. Baltasar Settier, que desempeñaron en estas solemnidades honrosas y continuas comisiones, de que fueron el alma y el impulso.

Carro primero. Representaba a Valencia por medio de una matrona elegantemente vestida, con el escudo de sus armas en la mano izquierda y el cuerno de la abundancia en la derecha. Se veía sentada en un pedestal, dominando a cuatro ninfas, que en lindos canastillos ostentaban los frutos principales de su fértil suelo, a saber: en uno diferentes de sus ricas frutas; en otro sus bellas y fragantes flores; en otro las espigas de arroz y trigo, y en otro el capullo de su gran cosecha de arroz. En ambos lados del pedestal se veían los ríos Turia y Júcar, fertilizadores de sus hermosas vegas, significados por dos ancianos recostados sobre su respectiva cántara, por cuyas bocas afluía el manantial: había además dos genios alados que arrojaron multitud de llores, ramos y poesías alusivas. En los tres costados del pedestal se leían las siguientes inscripciones:

1ª

VALENCIA SOLEMNIZA EL SIGLO IV.

DE LA CANONIZACIÓN DE SU HIJO VICENTE FERRER

2ª

EL TURIA Y EL JÚCAR SE REGOCIJAN EN ESTE DÍA.

3ª

OSTENTA LA FERTILIDAD DE SU SUELO.

El carro imitaba en sus adornos a bronce, y fue tirado por cuatro briosos caballos.

Carro segundo. La Religión católica y virtudes teologales, que siempre fueron el distintivo de los hijos de la ciudad del Cid y que singularmente resplandecieron tanto en su patrono San Vicente Ferrer. La primera se representaba por una hermosa joven, colocada sobre la piedra angular, teniendo la cruz de la Redención en la diestra, y la siniestra en el libro de los Evangelios: su talar blanco demostraba la pureza del dogma, la cruz su enseña, y el libro su creencia: su cabeza estaba coronada de azucenas. Al pie de la piedra angular se veían las tres virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad. La primera vestía también trage blanco, con los ojos vendados: en su mano derecha llevaba el cáliz con la hostia, y en su izquierda el libro de los Evangelios y una verde palma: sobre su cabeza reposaba una ardiente llama, emblema de su santo celo, coronada de siemprevivas, y se hallaba sentada a la derecha de la Religión. A la izquierda se veía la Esperanza coronada de lilas, empuñando el ánora, su símbolo; y en el centro, algo más elevada, la Caridad, cubriendo con su anchuroso manto a dos niños, que tenía a sus pies en demostración de su amparo; sobre su cabeza llevaba corona de rosas de color de fuego. A continuación figuraban dos genios que arrojaban poesías. En cuatro targetones se leían las inscripciones siguientes:

1ª

LA RELIGIÓN CATÓLICA ES LA CIVILIZACIÓN DEL MUNDO,
Y LA GRANDEZA DE LA HUMANIDAD.

2ª

LA FE NOS HIZO GRANDES EN EL MUNDO ANTIGUO
Y SEÑORES DE UN MUNDO NUEVO.

3ª

LA ESPERANZA, DULCE COMPAÑERA DEL HOMBRE
LE SONRÍE HASTA EL BORDE DEL SEPULCRO.

4ª

LA CARIDAD, COMO EL SOL AL MUNDO FÍSICO,
VIVIFICA AL MUNDO MORAL.

El carro estaba pintado sobre color de lila claro, sus filetes y adornos imitados a bronce, cobre y dorados; y fue conducido por cuatro caballos.

Carro tercero. Figuraba la fundación por el Santo del colegio imperial de huérfanos, y el asilo de pobres párvulos, que inauguró estos días la caridad valenciana del siglo XIX, y cuarto de la canonización de Ferrer.

Sobre una robusta base descansaba un grandioso medallón con el retrato de San Vicente, circuido de una brillante auréola de oro, en cuya parte posterior estaban sus atributos y sobre ella la llama del Apóstol: en el zócalo se veían dos niños y dos niñas de los que abriga el referido colegio imperial. En el centro un anciano decrepito demostraba el siglo presente, que transmite a los venidero los sentimientos de la religiosidad de Valencia: allí mismo se veían cuatro parvulitos del nuevo asilo, establecido en el local del mismo colegio, vestidos con su traje ordinario: dos genio arrojaban poesías; y a la testera otro anciano figuraba el tiempo con sus alas y reloj de arena, emblema de su fugacidad, demostrando que, según está escrito, por más que se sucedan los siglos, prevalecerá hasta su consumación la Iglesia de Dios. En sus lados y parte posterior se leía lo, siguiente:

1.º

EL SIGLO PRESENTE OYE LA VOZ DEL PASADO Y LA TRASMITE AL,
VENIDERO: TEMED Y HONRAD A DIOS.

2.º

LOS SIGLOS PASARÁN, PERO NO LA PALABRA DE DIOS: ES LA ROCA EN QUE SE SIENTA SU IGLESIA: LAS PUERTAS, DEL INFIERNO NO PREVALECERÁN CONTRA ELLA.

3.º

A EGEMPLO Y EN MEMORIA DE SAN VICENTE FERRER, LA CARIDAD VALENCIANA ABRE UN ASILO A LOS POBRES PÁRVULOS.

El carro era de color de manteca con sus relieves y adornos dorados, tirado por cuatro caballos.

Carro cuarto. Este representaba las cortes que en 1412 se celebraron en el castillo de la villa de Caspe, donde San Vicente Ferrer concilió las encontradas opiniones de los representantes de la corona de Aragón, con motivo de la sucesión al trono, vacante por fallecimiento del rey Don Martín, proclamando a Fernando I de Antequera.

Este carro era el más suntuoso, el más regio. En elegantes escaños se veía representada aquella asamblea: el rey D. Fernando ocupaba un magnífico sillón; y a derecha e izquierda los diputados fray Vicente Ferrer, dominico, fray Bonifacio Ferrer, cartujo, y Pedro Beltrán por el reyno de Valencia; D. Domingo, obispo de Huesca, Francisco de Aranda, donado de la cartuja, y Berenguer de Bardaji, por el de Aragón Sagarriga, arzobispo de Tarragona, Guillem de Valseca y Bernardo Gualde, por el principado de Cataluña; el conde de Urgel y el duque de Anjou, otros de los pretendientes, y el pontífice Benedicto XIII, que asistió, según varios autores, a aquellas conferencias. Dos heraldos con sus dalmáticas y mazas de oficio arrojaban poesías, análogas a tan grande acontecimiento.

La magnificencia del carro, la profusión de sus dorados relieves, sobre un fondo azul imperial, la riqueza, en fin, de sus asientos aterciopelados, así como la propiedad y la elegancia de los trages de todos los personajes, sorprendía al espectador, dando una idea del asunto alegórico, que es el hecho más culminante de la vida de nuestro Santo. Tiraban de este soberbio carro triunfal seis hermosos caballos, lujosamente enjaezados, guiados por un entendido tronquista y correspondiente número de palafreneros.

Cuatro eran las inscripciones que se hallaban en ambos costados, redactadas en la forma siguiente:

1.^a

D. FERNANDDO DE ANTEQUERA ES PROCLAMADO REY EN LAS CORTES DE CASPE: 30 DE JUNIO, DE 1412.

2.^a

JÚNTANSE EL OBISPO Y EL MAGNATE: LA SABIDURÍA Y LA NOBLEZA;
DESCUELLA LA VIRTUD: VICENTE FERRER.

3.^a

UN FRAILE HUMILDE DA UNA CORONA A FERNANDO DE ANTEQUERA Y LA
PAZ AL REINO DE ARAGÓN.

4.^a

DESPUÉS DE LA TEMPESTAD Y DE LOS TORBELLINOS PASADOS, SE
ABONANZA EL TIEMPO, Y SE SOSIEGAN LAS OLAS BRAVAS DEL MAR, CON
QUE NUESTRA NAVE, BIEN QUE DESAMPARADA DE PILOTO, FINALMENTE,
CALADAS LAS VELAS, LLEGA AL PUERTO DESEADO.

(Exordio del discurso de San Vicente Ferrer en la proclamación del rey D. Fernando.)

La invención de estos carros fue presentada a la comisión de fiestas por un individuo de su seno, y la ejecución se debió a D. José Vicente Pérez, académico de mérito de la de San Carlos, y la parte de carpintería a D. Miguel Santamaría. En esta obra laboriosa, y en la que se empleó un tiempo escaso, había gusto, novedad, propiedad y riqueza, y atrajo la justa admiración de propios y extraños.

Las inscripciones fueron redactadas por el Sr. canónigo Montagut y el distinguido letrado D. Manuel Bedito.

Los carros se litografiaron para perpetua memoria; y desde ellos se arrojaron versos, escritos, por el joven poeta D. Francisco Monforte.

Seguían a estos carros de la gran asociación de valencianos, el del gremio de los zapateros, construido por Don Luis Tellez para las fiestas del centenario de la conquista en 1838, y recompuesto y renovado en casi su totalidad para la festividad actual. Formaba una taza griega de elegantes contornos, llena de adornos dorados y coloridos alears.

Un grupo de ninfas y mancebos, ricamente vestidos, esparcían versos y objetos en miniatura de la fábrica del gremio, reservando un lugar principal para una matrona, que llevaba un guión en el que estaban pintados los Santos Francisco y Vicente; el primero,

como patrono del gremio, y el segundo, como objeto de la solemnidad: al pie se leía esta inscripción:

EN EL CUARTO SIGLO DE LA CANONIZACIÓN DE SAN VICENTE FERRER, EL GREMIO DE ZAPATEROS.

Todos los estandartes y banderas del gremio agrupadas al rededor de su escudo de armas, formaban el respaldo de la matrona, presentando una bella y armoniosa composición. Cuatro caballos, que apelaban graciosamente, constituían el soberbio tiro de este lindo carro triunfal.

También fue obra de la sociedad de artistas valencianos el carro del gremio de molineros, construido por el Sr. Tellez en la misma época que el anterior; pero renovado completamente. Su forma era la de una fuente; y sobre ella y dentro de una concha se hallaba sentado el Turia, distribuyendo sus aguas en varias direcciones, como el motor principal de los molinos del gremio de Valencia. La estatua se veía armada de una pala, señalando al molino, al que directamente daba movimiento, y que existía sobre el plano de la roca o carro, con los objetos que se requieren, siendo en movimiento y efectos el verdadero aparato de una máquina de esta especie. Dos niños de ambos sexos representaban otros tantos operarios con lujosos trages de exacta propiedad, arrojando versos, y harina del molino.

Elegante y esbelto este carro estaba tinteado de colores claros, y fue conducido por un robusto y rico tiro de mulas, vistosamente enjaezadas.

El gremio de sastres presentó otro gracioso carro, llevando la imagen de San Vicente, vestido con el traje de su siglo, y una matrona de notable belleza, representando a Valencia con sus armas. De tres genios, poéticamente vestidos, uno guiaba los cuatro leones que arrastraban el carro, y los otros dos arrojaban profusión de versos, flores y hasta 150 piezas de ropa, buena para el uso. Es increíble el tropel de gente que acometía a un tiempo a las piezas que se desprendían del carro. Hubo chaqueta que disputada por cuatro a la vez, fue rota en otros tantos pedazos para satisfacer el derecho de la agilidad de cada uno.

El gremio de silleros y torneros mereció el premio señalado por la asociación, por su caprichoso y lindo carro triunfal. Representaba un espacioso canastillo, cuyas paredes las formaba un elegante entretegado de flores de diversos matices; y en el testero una hermosa niña, vestida con esquisito primor: dos ángeles arrojaban versos y objetos del gremio. La dirección de este precioso carro se debió a D. Mariano Martínez, del mismo gremio; y mostró en ello mucho gusto y aun se puede añadir, mucha poesía.

El de hojalateros y cerrajeros, obra de D. Pedro Luis Brú, contenía un pedestal de mármol, con adornos de oro, de gusto egipcio. Adheridas a él se veían dos elegantes columnas, imitadas de mármol, con capiteles de bronce, serpeadas por cintas de plata bruñidas, con esta inscripción: GREMIO DE CERRAJEROS Y HOJALATEROS. Encima de los capiteles se elevaban dos ángeles de mármol blanco, sosteniendo una ancha cinta de plata, con virete azul, y esta inscripción: AL CUARTO CENTENARIO DEL APÓSTOL

VALENCIANO SAN VICENTE FERRER. De encima de las columnas partía un enrayado de oro, y en el centro de éste los atributos del Santo. Las barandillas y demás obras imitaban al hierro. Encima del tablado, y bajo de las columnas, iba un yunque, donde se dieron caldas con fuego natural; un banco de cerrajero y otro de hojalatero, de un peso de siete a ocho quintales, y alrededor seis figurones, trabajando unos, y arrojando otros versos y objetos de estos oficios. Al respaldo se notaban, sostenidas por dos leones, las armas de estos gremios. Este carro fue construido en veinticuatro horas, con admiración de cuantos pudieran contemplarle de cerca.

El del gremio de carpinteros, del mismo Brú. Sobre un basamento de nueve palmos de ancho, con diez canes egipcios, compuestos de unos grandes mascarones dorados, a más de los demás adornos, se dejaban ver unas medallas de mármol blanco con adornos dorados, campo azul; y en el centro, también dorados, trofeos y grupos figurados de las herramientas del referido gremio. En el medallón que formaba la trasera se dejaba ver un elefante, como símbolo de castidad. Los diez canes indicados sostenían un magnífico friso de mármol con varillas doradas, en donde se alzaba una hermosa barandilla, compuesta de medallones y adornos de oro: en los medallones de los lados se veía con letras doradas Siglo IV, y en los del frente la inscripción siguiente: EL GREMIO DE CARPINTEROS AL CUARTO CENTENARIO DE SAN VICENTE FERRER. En el respaldo estaba el escudo de armas del gremio, compuesto de una corona ducal; y bajo, sobre un medallón de campo azul, una cruz de Jesús a nudos, una sierra y una azuela. Desde este punto, y encima del friso, se levantaba una repisa de mármol y oro, que servía de pie a un hermoso púlpito, de idea gótica, a imitación del que conserva el gremio en su iglesia, como reliquia por haber predicado en él San Vicente Ferrer. En dicho púlpito, y además de sus adornos dorados, se dejaban ver los rótulos siguientes: SANTIDAD, CARIDAD, SABIDURÍA, PATRIOTISMO. Dentro del púlpito se veía la efigie de San Vicente Ferrer en ademán de predicar, de estatura natural; siendo de advertir que entre el púlpito y escudo se veía una puertecita, de la que salía de cuando en cuando una figura viva, vestida de motilón, que hacía callar a la gente, y les decía que estaba predicando el Santo. En el tablado se veía otra figura viva con traje del siglo I, representando al oficial de San José (San Amador), trabajando de carpintero; a sus lados ángeles, dos que le ayudaban a trabajar, y los otros que arrojaban al público décimas y objetos del oficio, de unos canastillos con flores que al efecto llevaban preparados. En los extremos del carro, en el centro, ondeaba el pendón del gremio, de raso carmesí, con letras de plata, y la siguiente inscripción: GREMIO DE CARPINTEROS: TUVO VOTO EN LAS CORTES DEL REINO DURANTE LOS TIEMPOS FORALES DESDE 1283. Este carro iba tirado por seis briosos caballos, lujosamente aparamentados. Sus medidas resultaban 9 palmos de ancho, 16 de largo y 24 de alto.

Gremio de horneros. -En este carro se levantaba un basamento octógono, con cuerpos avanzados, con florones, mascarones y adornos de oro sobre campo azul y mármol, en cuyos extremos iban colocados cuatro ángeles con canastos de flores, de los cuales tiraban al público décimas y objetos de este oficio. Sobre este basamento se levantaba un pedestal, trabajado con elegancia y gusto; en el centro de éste se veía el horno ataviado de todo lo necesario, y a su puerta, y sobre el tablado, dos niños trabajando que figuraban el Paler y el Ceñedor. Encima del ya dicho pedestal, que por sus canes y adornos figuraba una idea romana, se levantaba una silla de la misma orden, de oro, donde iba sentada una matrona

figurando la diosa Ceres. En el respaldo se dejaban ver las armas del gremio, compuestas de una corona, y sobre campo azul un rollo y dos trenzas. Este carro iba tirado por cuatro mulas ricamente enjaezadas. Las medidas de este carro eran once palmos de ancho, diez y nueve de largo y veintiséis de alto.

El oficio de sogueros presentó otro carro, obra, como las otras anteriores, del mismo pintor D. Pedro Brú. Sobre un basamento de mármol blanco y relieves bronceados se veían seis mascarones con festones de laurel, oro y bronce, sosteniendo un friso que, elevando pedestales de mármol, se entrelazaba de oro: en el centro algunos cartelones con la cruz de los caballeros de Malta. En la testera otro cartelón de oro sobre campo azul y en letras doradas se leía lo siguiente: El gremio de Sogueros al cuarto centenario de San Vicente Ferrer. Desde aquí se levantaba un pedestal de mármol, con canes, sosteniendo un templete con ocho columnas, con su cornisamento y cúpula, y al fin la cruz de Malta, de plata: el templete estaba vestido de cáñamo en hoja y en rama, atado todo con cintas de oro, teniendo en el centro la imagen de San Juan Bautista. En medio del pedestal, y sentada en silla dorada, iba una ninfa con la bandera del gremio, de seda verde, con adornos de plata, y en el centro la dicha cruz de Malta. Dos ninfas tiraban versos y objetos; otros dos genio iban trabajando.

Los jardineros y hortelanos, no sólo adornaron a sus espensas la fachada de la casa natalicia del Santo, sino que llevaron también otro carro vistosísimo, formado todo de flores, del que arrojaron multitud de versos e infinita profusión de flores, recordando al forastero la naturaleza de este país, llamado con razón el jardín de España.

El conjunto de estos grandiosos objetos, con sus variados colores, su abundancia de adornos y de flores, la situación, trages y propiedad de sus figuras, la preciosa colección de los caballos y mulas destinadas para conducirlos; y los gritos de aplauso, de admiración que su vista arrancaba a los espectadores, y el confuso torbellino de gente traviesa que iba a caza de los efectos que se arrojaban desde los carros, merecían una descripción tan poética, como animada; pero el tiempo urge; la mañana se acaba y es preciso descansar, para acudir en la tarde del mismo día 28 a la gran cabalgata de la invitación.

El día es bello, poco caluroso; Valencia está llena de gente. No se ha lamentado una sola desgracia. ¡Bien por la cordura de mi pueblo!

Capítulo X.

Gran cabalgata de convite.-Iluminación general.

Dieron las doce del día 28. Un vuelo general de campanas anunció, como a la salida de la aurora, la víspera de la gran festividad. Los artesanos y las modistas salían de sus talleres, los niños estaban dispensados de la escuela, los elegantes y los ociosos discurrían por los puntos céntricos de la carrera. Los forasteros vagaban sin dirección ; pero a oleadas, cogidos del brazo hombres y mugeres, Y chiquillos colgando de sus vestidos: las horchaterías y los cafés llenos de gente; criados llevando recados a sastres y modistas;

carros y cabalgaduras que entraban conduciendo nuevos forasteros; ruido, vocería, pasos precipitados, requiebros, ternos, sonrisas, un sol de Junio, el cielo azul, Valencia alegre y feliz.

Y salió la comitiva que acompañó la publicación del bando. ¡Creíamos que era otra cosa! exclamaban los que esperaban ver en este sencillo acto oficial alguna lección de figurones y danzas. Y el bando se cumplió; porque la autoridad no intervino en ningún asunto desagradable. Carácter de los valencianos, siempre bueno y dócil; digan lo que quieran los que no le han observado, ni estudiado, ni analizado. En esos momentos de expansión olvida la política, la miseria, el día de ayer y el día de mañana: ¿por qué calumniar a un pueblo, que así es feliz?

Si el bando no era cosa, algo más era lo que se esperaba de la gran cabalgata.

Dos horas antes de la salida, que era a las cinco de la tarde, ofrecía un cuadro animado, ruidoso, pintoresco y sorprendente el gran patio del palacio arzobispal.

Figuraos al rededor de la bellísima estatua de Santo Tomás de Villanueva la escena, que torpemente vamos a describir; y tendréis una idea de sus figuras y animación. A la derecha, y ocupando el segundo patio interior los cuatro carros de la asociación, y entre ellos tronquistas y palafreneros arreglando y disponiendo los tiros;

hablando de las calidades de sus caballos, y en torno los amigos y aficionados; los niños y niñas que componían las danzas; San Vicente y el papa Benedicto XIII, y la Fe, la Esperanza y la Caridad, y los representantes de la corona de Aragón, y el Turia, y el Júcar, y el Tiempo, y los párvulos y los niños de San Vicente y los genios, mezclados con el pintor y los carpinteros, charlando, gritando, engullendo caramelos, y ensayándose, y arrojando voces, chillidos, risotadas, y los relinchos de los caballos sobre el gran patio, donde se veía desplegado el cuadro principal.

He aquí los nombres de las jóvenes que representaban los personajes alegóricos de los carros: ninfas, Teresa Almenar y Montesinos, de Benimaclet; Josefa Navarro y Pastor, de id.; N. Biguer, de Campanar; Dolores Martí y Sabater y Leonor Babiloni, de Ruzafa; Carlota Nacher y Ralbela Broseta, de Patraix.

A medida que se aproximaba la hora, aumentaba la confusión. Las bandas de música y gastadores de todos los cuerpos de la guarnición y milicia nacional cubiertas de lujosos uniformes, formadas aquí y allá; los caballos inquietos y fogosos de los batidores y oficiales de la milicia piafanando y relinchando, al lado de las pacíficas e inmutables cabalgaduras destinadas a los maceros de la ciudad, tartanas, que entraban, conduciendo a los personajes de los carros; jacas, bien enjaezadas a la andaluza y a lo árabe, llevando sobre sus ricas mantas a los robustos labradores y a las preciosísimas labradoras con sus lindos guardapues o sayas de damasco, lujosos pendientes y collares, hermosos corpiños, y ojos vivaces, como las hourís de los orientales, cuya belleza conserva muchos tipos en nuestra estensa huerta; alguaciles y agentes de protección y seguridad recibiendo y transmitiendo órdenes; chiquillos que se deslizaban a través de los centinelas; y los concejales y los señores de la comisión de fiestas discurriendo, circulando, obsequiando, y

Albert, y Settier, y Liern, y Sta. Bárbara, y Díaz, y los Sres. alcaldes Escrivá y Piñó en todas partes en todos los grupos, atendiendo y remediando faltas, y el calor, y el humo de los cigarros, y en lo alto de la galería y en algunos balcones varias cabezas con bonete, o solideo, o pelonas, de domésticos o pages del venerable Sr. arzobispo, inmóviles, contemplando el bullicioso cuadro que se agitaba a sus pies.

Fuera del palacio crece el murmullo; ha sonado la hora de las cinco; se multiplican los aprestos; trepan las figuras históricas a los carros; montan los ginetes el secretario municipal, con la lista de orden de la procesión cívica en la mano, grita, arregla, empuja, señala a cada uno su lugar; y se da la señal de partir: los carros salen por la puerta que mira a la puerta de la catedral; los demás por la puerta principal.

¡Fuera! ¡fuera! gritaba el observador; es preciso ver desde un punto conveniente esta imponente procesión. El cronista la vio en conjunto, revuelto y confuso dentro del palacio; pero he aquí el orden que siguió:

Rompían la marcha, empujando una inmensa masa de gente, los batidores de los cuerpos del ejército y milicia nacional: en pos marchaban alegres, juguetonas y perfectamente vestidas, las danzas de catalanes, aragoneses, mallorquines y valencianos, en representación de la antigua corona, y las ya conocidas en otras solemnidades. Seguían a estos grupos bulliciosos dos bandas de música, con los gastadores del tercer batallón y la brigada de zapadores de la milicia. En seguida venían los carros triunfales de los gremios y oficios: otra banda de música con los gastadores del segundo batallón de la milicia; a éstos, y acompañados de una música militar, seguían los cuatro cuarteles de la antigua vega representados por las lindísimas parejas de labradores y labradoras, cuyas bellas fisonomías llamaban la atención de niños y viejos: iban dos grupas de Benimaclet; una de Campanar; otra de Patraix, y otra de Ruzafa. Venía en pos la respetable corporación de vergueros o heraldos, vestidos de gramalla y con mazas de plata, recordando a los heraldos del célebre consejo de la ciudad; los dos capellanes de honor con hábitos talaes y montados en escolentes caballos, precediendo a los magníficos carros de la asociación: otra música militar con los gastadores de artillería del ejército y los de igual arma de la milicia y los del primer batallón de la misma milicia marchaban delante de la roca nueva, donde se ostentaba la espada del más grande de los reyes de Aragón, el pendón de la conquista y el estandarte de los tercios antiguos de Valencia, durante los tiempos forales. La roca iba escoltada por los oficiales de la milicia nacional; y la compañía de subtenientes veteranos custodiaban las enseñas. En varias carretelas descubiertas venían finalmente las comisiones reunidas del ayuntamiento y asociación, y cerraban la cabalgata diversos piquetes de caballería del ejército y milicia.

¡Bravo! ¡bravo! esclamaban mil voces a un mismo tiempo, desde aparecía esta vistosa procesión.

Al llegar la roca nueva delante del palacio de la antigua diputación foral del reino, hoy palacio de la audiencia, se detuvo y fue bendecida por el Excmo. e Ilmo. señor arzobispo, cuya figura anciana, venerable y apostólica se destacaba entre la silenciosa multitud que asistía al acto, y cuyo rostro, tranquilo, sonrosado y benévolo estaba radiante de júbilo y de satisfacción.

La cabalgata brillaba mucho más en las calles de Caballeros y Bolsería, plaza del Mercado, calle de San Vicente y calle y plaza de las Barcas, donde se desplegaba en toda su extensión.

-¡Bien! ¡bien! gritaba la gente al dispersarse.

-¡Magnífico! decían los forasteros.

-¡Soberbio! repetían los entusiastas.

-¡Admirable! murmuraban los que habían viajado y visto mucho.

Y era magnífica, soberbia y admirable esta procesión cívica, que unía a la novedad, la elegancia, la magestad, el orden y la hermosura. Vista desde una altura y a lo largo de la plaza del Mercado o de las Barcas, presentaba un gracioso conjunto de objetos, que la distancia óptica hacía más ricos, formando una corriente de colores, entre los que brillaba profusamente el oro. No puede darse cosa más poética, más encantadora. Sin disputa ninguna fue el espectáculo más regio de cuantos se ofrecieron en las fiestas actuales.

Si su vista satisfacía completamente el gusto más delicado, aun de las personas que más han observado en las solemnidades de otros países; no era menos agradable el movimiento de la concurrencia inmensa, que llenaba plazas, calles, balcones, ventanas, azoteas y hasta las grietas del más elevado zaquizamí. Apilada, apretujada, y prensada aquella multitud flotante dejaba apenas un canal estrecho al paso de la procesión; canal que se ensanchaba o estrechaba, según el movimiento de los caballos de los tiros; y que sufría estrañas ondulaciones, citando caía sobre aquella masa movable una lluvia de versos y de flores. Veíanse destacadas, sobre el fondo de aquel mar, fisonomías graves, alegres, picarescas, inocentes; rostros de angeles; ojos vivaces y seductores; labios risueños; o caras severas pero tranquilas; y en todas o la curiosidad o la admiración: en ninguna el desdén. Así como en la calle, se veía también en los agujeros de todas las casas la misma perspectiva; de modo que la vista vagaba de un punto a otro, sin poderse fijar, por el confuso cúmulo de objetos, que escitaban la atención. Cien mil bocas aplaudían a un mismo tiempo la novedad de la procesión, todos los ojos describían la misma línea; y a pesar de tantas bellas, hubo momento en que no fueron ellas solas las que atrajeron las miradas de la multitud.

La procesión siguió las calles siguientes: plaza de la Constitución, calle de Caballeros, Tròs-alt, Bolsería, Mercado, Flasers, Porchets, San Vicente, Sangre, plaza de San Francisco, calle y plaza de las Bareas, calle de la Universidad, plaza de las Comedias, Cullereta, Mar, Santo Domingo, Congregación, otra vez a la calle del Mar, plaza de Santa Catalina, calle de Zaragoza, a la plaza de la Constitución. Fue preciso marcar esta carrera, algo variada de la que siguió la procesión religiosa, por la dificultad de conducir los carros por los callejones, que se estienden desde el Arco del Cid a la iglesia de San Esteban.

Desde la plaza de la Constitución fueron conducidos los carros y la roca nueva a la plaza de Santo Domingo que era el lugar destinado para ellos.

A medida que pasaba la procesión cívica se desleía la masa que había formado el muro de la carrera, filtrándose por las calles contiguas y derramándose por toda la capital; y en todas partes, en todos los grupos se oía esta expresión: «Magnífica procesión.»

La asociación de Valencianos, su comisión de fiestas, y el Excmo. ayuntamiento tuvieron razón para quedar satisfechos. Valencia muestra siempre un genio privilegiado; ora levante su cabeza para sonreír, ora la incline para consolar: es admirable cuando se divierte y cuando socorre, en sus fiestas y en sus calamidades. Todo lo improvisa, y en todo es inimitable. Bulliciosa, jovial y hospitalaria en los días de la solemnidad; tranquila, celosa y caritativa en la epidemia, que la asaltó pocos días después. Dejádla vivir con su, propia vida, y será la primera ciudad de España.

La carrera de la procesión cívica no fatigó más que a los que tornaron parte en ella: la muchedumbre buscaba más distracción, y la noche se la ofreció. ¿A dónde acudir? Música en los tres altares del Mar, Tròs-alt y Mercado; música en la plaza de la Constitución; música en otras partes. Bella estaba la iluminación de la fachada de los Santos Juanes; bellísima la de la fuente monumental del Mercado, cuyas luces de gas formaban un juego fantástico entre la corona de agua, que circundaba el pedestal de la estatua de Valencia; sorprendente, admirable la de la fachada y torre de la iglesia de las Escuelas-Pías; graciosa la de la parroquia de, Santo Tomás y fuente de la plaza de la Congregación; grave y numerosa la de San Esteban y San Nicolás; caprichosa, nueva y variada la de los señores Kreysler y Compañía, figurando varias estrellas y rosetones, formados de piedras transparentes de un efecto asombroso; pintoresca la serie de faroles de colores que coronaba la galería o azotea de la iglesia de las monjas de Santa Catalina de Sena; y bien ordenada y escogida en el altar de la plaza de Santa Catalina, del Palau, de la plaza de las Comedias, calle de la Sangre y de las Barcas; severa y bien combinada en las fachadas del cuartel de caballería de Carabineros de la Reina, 2.º de Lanceros, y en el de infantería del Inmemorial del Rey, núm. 1.º; agradable en los faroles y transparentes de la torre del telégrafo; risueña y de bellissimo efecto en el altar de la plaza de Santo Domingo; y en el patio de nuestro amigo el Sr. conde de Almodóvar; modesta, pero muy propia, en la Sociedad de Amigos del País y en la fachada de la Universidad literaria; magestuosa en la del conde de Cervellon, y en otros mil puntos a la vez; y en todos los balcones y ventanas o lujosos faroles, u humildes farolillos, o pobres candilejas, y alguno que otro candil, preparado por la mano de una venerable vieja, devota del Santo.

Vista Valencia desde fuera y en aquellas noches de luna, y desde el puente del Real, donde salimos para observar, ofrecía un punto de vista de un efecto fantástico. La luna saliendo por entre los viejos árboles de la Alameda, rielando en la corriente tranquila del Turia, bañaba con su luz de plata diferentes grupos de nubes, tendidas hacia la partes del Sur, y las altas torres y cúpulas de las iglesias, cuyas tejas de azul o de oro, reflejaban aquel brillo mórbido y delicioso: las luces de las torres se destacaban en aquel momento desde el fondo de la atmósfera iluminada; mientras siguiendo el curso del río, hacia su origen, sol prendía la vista la iluminación del convento de monjas de la Trinidad, que se distinguía entre el ramage de los árboles, que sombrean las orillas del río; hasta que la mirada se perdía en el vasto horizonte que se estiende hacia las montañas de Chiva.

En fin, fije agradable y dulcísimo el paseo por Valencia, durante aquellas noches de iluminación; se caminaba entre regueros de luz, sobre un suelo enarenado y entre un ambiente perfumado por las flores, y por las esencias y el aliento de tantas bellas, que nos recordaban las figuras de los encantados países del Oriente,

Capítulo XI.

Día de San Pedro.-Bautizo singular.

Comenzaron las fiestas religiosas: la santa iglesia Catedral estaba cubierta con la luz de un sol esplendoroso. En todas sus cornisas, y colgando de sus bóvedas y en la galería del cimborio, se veían cirios y arañas, dispuestas para la entrada de la solemne procesión. El presbiterio se había prolongado: abierto el altar mayor, dejaba ver los soberbios cuadros de Pablo de Areggio: en el nicho la bellísima imagen de la Virgen, y sobre el altar la riquísima estatua de San Vicente Ferrer y las otras imágenes, también de plata, que posee la iglesia Metropolitana. Lujosos bancos de terciopelo para la diputación, ayuntamiento y comisión de asociación. Dos sitaliaes distinguidos, con reclinatorio de almohadones, para el Sr. capitán general y el Sr. gobernador de la provincia; desde el coro al presbiterio y en numerosos bancos la alta nobleza de Valencia, empleados y funcionarios públicos, generales, gefes y oficiales del ejército y milicia nacional, y comisiones de todas las corporaciones de la capital, y alrededor y ocupando las estensas naves del templo una multitud confusa de gentes de todas clases. En vano se había destinado una puerta para la entrada de las autoridades y convidados; en vano se habían colocado centinelas en las tres puertas; la multitud invadió la iglesia, arremolinada y atropellándose. Hubo momentos en que parecía inevitable el peligro de infinitas desgracias por la presión de la muchedumbre; momentos en que los gritos y la confusión interrumpieron la gravedad silenciosa de aquel sagrado recinto; pero merced a la distribución de algunos centinelas, colocados de trecho en trecho, se evitaron escenas desagradables, y no hubo que lamentar ningún incidente desgraciado. Viéronse allí en confusión nobles, propietarios, artesanos, labradores, militares, ricos y pobres; entorchados, fajas, uniformes, cruces de distinción, trages de seda, chaquetas humildes, hábitos eclesiásticos, zaragüelles: en fin, todas las clases, todos los pueblos de la provincia y fuera de ella tenían allí sus representantes.

Y principió la función: oficiaba de pontifical el simpático y venerable Sr. arzobispo, asistido por numeroso acompañamiento, con ese aparato, solemne y único, que la santa iglesia de Valencia sabe dar a sus grandes ceremonias. Asistieron a este y los demás actos al Sr. arzobispo los canónigos siguientes:

FIESTA DEL DÍA DE S. PEDRO.-Capas de honor: Señor Dr. D. Manuel Lucía Mazparrota, deán; Sr. Dr. D. Calixto Castrillo, tesorero. -Diáconos de honor: D. Joaquín Carrascosa, canónigo prebendado- Dr. D. Manuel Dieguez, penitenciario. -Diáconos de oficio: D. Francisco Peris, canónigo prebendado; Dr. D. Francisco Mateu, id. -Capa y cetro: Dr. D. José Matres, canónigo prebendado; Dr. D. José Luis Montagut, magistral.

BAUTIZO. -Sres. deán, tesorero, Carrascosa y Dieguez.

PROCESIÓN. -Capas: Sr. Dr. D. Manuel Lucía Mazparrota, deán; Sr. Dr. D. Calixto Castrillo, tesorero. -Díaconos: Sr. D. Joaquín Carrascosa; Sr. Dr. D. Manuel Dieguez. - Capas y cetro: Dr. D. José Luis Montagut, magistral; Dr. D. José Ortiz, doctoral.

Grave e imponente fue la sagrada ceremonia: allí el grande y el pequeño, el sacerdote y el lego, la vejez y la infancia, la belleza y la deformidad, propios y estraños, bañados por la luz que descendía por entre los vidrios del pintoresco cimborio, inundados de melodía religiosa, circundados por el inmenso ruido que producía la multitud en la parte exterior del templo, invocaban recogidos la protección del fraile humilde, por medio del anciano prelado, venerable como un apóstol, sencillo como un monge, y bondadoso como el ángel de la caridad. Hubo momentos, en que sentimos en el corazón el olvido de todas las penas, el apaciguamiento de todos los dolores, y en los ojos esas preciosas lágrimas, que deposita en ellos la suavidad de la religión. Y aquella muchedumbre prosternada esperaba escuchar la palabra evangélica, y el elogio del Santo de los labios de un elevado personaje. Inteligente, conocedor y de buen juicio el pueblo de Valencia, vio aparecer con gusto en el púlpito, decorado competentemente, al Ilmo. Sr. D. Fr. Domingo Canubio, religioso que fue de la orden de Predicadores, obispo dignísimo de Segorbe. Por elección suya escogió el púlpito destinado a los demás presbíteros, a pesar de las galantes muestras de cariño y deferencia que recibió de continuo, tanto del venerable metropolitano, como de su ilustrado cabildo. La magestuosa y simpática presencia del Sr. obispo, su mirada serena y afable, su porte decoroso y fino a la vez; su lenguaje franco, amistoso y paternal, y hasta el acento gracioso de la lengua que habló el P. Granada, hijos los dos de la bella Andalucía, habían cautivado a cuantos tuvimos la honra de conocer de cerca al distinguido orador, cuya celebridad le había precedido a la capital. Se hospedó en el colegio de las Escuelas-Pías, rehusando humildemente la generosa hospitalidad, con que le brindó el Sr. arzobispo; y vino a este acto solemne en virtud de real licencia, impetrada en tiempo oportuno por nuestro Excmo. ayuntamiento constitucional.

Tal era el alto personaje encargado del panegírico de Vicente, en el cuarto siglo de su canonización. Y apareció en la cátedra del evangelio. la multitud se estrechó y calló: recogimos todos la atención, y principió el discurso. Sonora y vibrante era su voz: su presencia llenaba aquel punto, digno de él. Con gusto y por obligación debíamos insertar aquí, la oración que pronunció: pero sentimos privar de su lectura a la posteridad, porque el Sr. obispo no la escribió; meditó, estudió, y habló de repente. Así lo aseguró en algunos pasajes de su peroración. Hednos, pues, en el caso difícil de no poder juzgar su discurso con la justicia de la más severa crítica; tanto por la dificultad de conservar en memoria, después de cuatro meses, en que esto escribimos, los pensamientos y las formas de su discurso, cuanto por la pequeñez de nuestra inteligencia. Nos atreveremos sin embargo a indicar, protestando nuestra incompetencia en este y otros ramos de la elocuencia, que el exordio fue brillante, elevado, lleno de unción, de respeto al público, y cautivó, no sólo la benevolencia del imponente auditorio, sino que previno dulcísicamente a favor del apreciable orador. Después de esta elegante introducción, adoptó el lenguaje sencillo y natural de una homilía, como padre que habla a sus hijos, como prelado hablando a su pueblo. En esta parte de su discurso, estuvo al alcance de todas las clases y de todas las inteligencias, usando el lenguaje más acomodado a las más pequeñas capacidades, y haciendo ver a todas las categorías sociales, los deberes que deben cumplir, desde el

guerrero hasta el pobre labriego. Describió con ligeras pinceladas las circunstancias del mundo político, y defendió el catolicismo de España con la energía de su elevado ministerio. Habló con elogio de los valencianos, cuyo ingenio le arrancó alguna frase de expansión, y se glorió una y otra vez de ser en aquella solemne ocasión el intérprete de los sentimientos de nuestro pueblo, valiéndose de continuo de los hechos y palabras de Vicente, aplicándolos al pensamiento general de su discurso. El epílogo y la última deprecación, espresaron la mayor ternura, y el más profundo cariño a Valencia, sobre cuyas autoridades y pueblo invocó con fervor y con fe, las bendiciones del Señor, por mediación del Santo patrón de la ciudad y reino.

A pesar de la duración del discurso, no se halló fatigado el auditorio, que en cada frase esperaba un nuevo pensamiento: pues no fueron pocos los que por su originalidad y viveza de imaginación escitaron la atención.

El eco de las palabras del Sr. obispo, llenas de dignidad y de paternal solicitud, se confundió con las armonías que continuaron con la misa y los pasos de gran parte del público, que había acudido a escuchar al ilustre orador.

Concluida la misa, el Sr. arzobispo entregó las libretas a los niños y niñas de las casas de caridad, que contenían las dotes, que era donativo suyo, y regresó el Excmo. ayuntamiento con la comisión de la asociación al palacio de la audiencia, precedido de las danzas y música del país.

No debía terminar este día solemne sin otro espectáculo, que ocupó plenamente en aquella tarde la espectación pública.

El colegio del arte mayor de la seda, tan importante en Valencia por su número y sus riquezas, no sólo levantó a sus espensas el altar, que decoraba la esquina de la calle de Renglons, sino que aparte de obras de caridad y de beneficencia, que reservarnos para otro lugar, dispuso, de acuerdo con las autoridades, celebrar solemnemente el bautizo de un niño, hijo de maestro a oficial del colegio, que naciere en la hora más inmediata a las cuatro de la madrugada del día 28. El niño, que mereció esta honra, nació a las diez y media de la noche del 24, hijo de Juan Belenguer y López, de 23 años, y de Josefa Peiró y Martín, de 27, que vivían en la calle del Triador, núm. 13, piso principal; natural el padre de la parroquia de San Martín, y la madre de la de San Pedro de esta ciudad. Su matrimonio se verificó el día 7 de Setiembre del año anterior 1854 en la iglesia- parroquial de San Martín.

El bautizo, según el programa, debía recordar el de San Vicente, con los mismos personajes, en la parte que tuvieran alguna analogía con las dignidades actuales.

El Excmo. Sr. D. Juan de Villalonga, marqués del Maestrazgo, capitán general de este distrito militar, y su señora, habían de ocupar la alta dignidad de virey y de vireina, que en el siglo XIV desempeñaban los infantes de Aragón. Y ocupando el puesto de Doña Ramoneta Carroz, madrina del Santo, una señora de la esclarecida y apreciable familia. del excelentísimo señor D. Vicente Palavicino, marqués de Mirarol, como heredero de la noble casa de Guillem Carroz, el conquistador de Cullera, en tiempo de Jaime I de Aragón. La comisión encargada de formular el programa de esta función extraordinaria tuvo presente,

que el Sr. marqués se hallaba de luto por el reciente fallecimiento de su señora madre política, la excelentísima Sra. marquesa de Zambrano; y respetando, como debía, su situación doméstica, solicitó esta honra de la muy ilustre Sra. Doña Josefa Palavicino, baronesa de Cortes, hermana del marqués. A este fin, la dirigió el Sr. alcalde la siguiente comunicación. - «Entre las fiestas dispuestas por el colegio del arte mayor de la seda tendrá lugar el bautismo del niño, que nazca en la hora más próxima al 28 del corriente. Esta ceremonia religiosa se verificará con la asistencia de las autoridades civil, eclesiástica y militar, y con la pompa que exige acto tan piadoso, que debe recordar el que presencié Valencia, al recibir el agua, del bautismo nuestro patrono San Vicente Ferrer. Entre los personajes que figuraron en aquel grande acontecimiento, la historia conserva el nombre de la Sra. Doña Ramoneta Carroz, de la distinguida familia de V. S. -Para representar a tan ilustre dama, ninguna otra puede ser más digna que V. S., descendiente de tan esclarecida familia y digna también, por otras mil circunstancias, de tomar parte en tan plausible festividad. Al dirigirme, pues, a V. S. con el objeto de merecer su anuencia para este acto, me cabe la satisfacción de creer que los deseos del colegio del arte mayor de la seda, la importancia de la ceremonia y la mediación de mi autoridad hallarán en V. S. la honrosa acogida que es de desear.» -La Sra. baronesa de Cortes, cuya gentileza ha sido la admiración de los valencianos, aceptó tan caballeresca invitación con la amabilidad que distingue a la familia de Palavicino.

El Sr. gobernador civil debía representar al antiguo gobernador general del reino; y, los Sres., alcaldes, al venerable justicia civil y jurados. Habían de honrar este, acto el Sr. arzobispo de la diócesis y el Sr. obispo de Segorbe, y los grandes y títulos de Castilla, que tuviesen a bien asistir. Fueron padrinos Félix Colom, maestro del arte, de 93 años de edad, y Vicenta Garrido y Telmo, de 105; el primero natural de Valencia, y ésta de Albaida; y tanto estos ancianos respetables, como el recién nacido habían de ser conducidos a la iglesia de San Esteban en la regia carroza antigua, que se conserva en la casa del Sr. marqués de Dos-Aguas carruaje que, además de sus soberbias molduras doradas, lleva pinturas del inmortal Vergara, y que fue tirado por seis mulas y los conductores montados a la española.

Llegada la hora pasaron las autoridades y demás personas respetables de la comitiva en carretelas descubiertas al palacio del Sr. arzobispo, y de allí a la casa del recién nacido, adornada con gusto. Una guardia correspondiente, situada en la referida casa, hizo los honores de ordenanza al Sr. capitán general; y poco después se veía la aseada y modesta habitación de los afortunados padres obstruida por tan distinguidos personajes. El recién nacido llevaba sobre ricos pañales una soberbia capa de alama de oro. Colocado en la carroza en compañía de los ancianos padrinos, la comitiva guardó el orden siguiente: Abrían la marcha batidores de caballería del ejército y de la milicia: seguían dos maceros a caballo, con mazas y gramalla; D. José Merelo, como maestro del colegio, vestido de ceremonia, a caballo también, llevando el pendón histórico del oficio y a su lado los macipes del colegio: venían en pos diferentes maestros del mismo colegio, vestidos igualmente, de ceremonia; detrás la magnífica carroza con el niño y los padrinos, tirada por seis mulas con riquísimos atalajes; luego varios coches con una comisión del gremio, los señores alcaldes: constitucionales; la Sra. baronesa de Cortes, en compañía del Sr. gobernador civil D. Ramón de Keyser, el Sr. arzobispo de Valencia, Sr. obispo de Segorbe y algunos prebendados, y últimamente el Sr. capitán general con su señora.

En otra carretela se llevaban, para arrojar, a cargo de otra comisión del colegio, confites, medallas y versos. Cerraba el acompañamiento una numerosa escolta de caballería del ejército y milicia.

La comitiva siguió la carrera que la estaba señalada.

Es indecible el afán, las corridas y la impaciencia con que la muchedumbre se agolpó a las calles del tránsito, para presenciar aquel espectáculo nuevo, original, desconocido y dignísimo del ilustre colegio del arte mayor de la seda. Unos admiraban la carroza; otros se apretujaban, prensaban y pateaban por ver al recién nacido; otros buscaban con la vista a los venerables padrinos; y todos los de la comitiva fueron objeto de curiosidad. Las dignas autoridades civil, eclesiástica y militar veían con satisfacción tranquilo, unido y risueño al numeroso pueblo que les circundaba; la gentil baronesa de Cortes dio mayor realce a su belleza seductora con un traje tan elegante, como nuevo, y gracioso por el magnífico velo del corte del siglo XVI, con que cubría su lindo talle: la Señora del Excmo. Sr. Capitán general, de aspecto dulce, afable y espresivo vestía también un traje de esquisita delicadeza; y en fin el colegio del arte mayor de la seda se mostró esplendido, noble e ilustrado. ¡Mil veces enhorabuena a este gremio benemérito!

Otra guardia, con música, hizo los honores a la puerta de la iglesia de San Esteban, que mira a la plaza de las Moscas, al llegar el capitán general mientras otra comisión del mismo colegio de la seda, y otra de la de fiestas de la parroquia y el clero, recibían galantemente a los personajes de la comitiva. Testigos de la entrada de esta lujosa comitiva, contemplamos con asombro la afluencia de una muchedumbre compacta, que obstruía la citada plaza y las avenidas de las calles contiguas. Fue precisa la presencia de algunos soldados de caballería, para facilitar el ingreso en la iglesia, ocupada por las personas convidadas y una gran porción de Señoras, vestidas con la más esquisita elegancia. El Excmo. e Ilmo. Sr. arzobispo bautizó con la solemnidad, que el ceremonial de nuestra iglesia metropolitana prescribe, para los actos pontificales de sus ilustres preladados, recibiendo el niño el nombre de Vicente. Concluida la ceremonia, volvió la comitiva, observando el mismo orden, a la modesta casa de la recién parida, cuya joven y graciosa fisionomía estaba radiante de una dulcísima satisfacción, de la que participaba su honrado esposo y su buena familia, en presencia de los altos personajes, que honraban su morada. Éste fue un acto único en su clase, que Valencia no ha presenciado en algunos siglos; pues fuera de los desposorios del Rey D. Felipe III, no se halla memoria de un acontecimiento más honroso, no sólo para una familia particular, sino también para los hijos de los poderosos vireyes antiguos. Cuando este niño afortunado llegue a una edad competente, y lea o por curiosidad o por recuerdo de interés, los detalles de la gran pompa, con que la piedad, la religión y la sociedad misma le rodeó al venir al mundo, en medio de la modesta, pero honrada condición en que acababa de nacer, debe tener presentes los deberes que ha contribuido para con la religión, con sus bienhechores y con su mismo pueblo; de corresponder dignamente a las honras que se le dispensaron. ¡Ay de él, si su conciencia desconociera estas obligaciones de honradez y de gratitud! ¡Ay de él, si o miserable, o vicioso, o indolente, o criminal ocultara en el cieno los títulos, que recibió en el bautismo! ¡Ha de ser bueno por deber, por gratitud, por religiosidad! Acaso el cronista del siglo próximo sabrá, si este niño ha dejado o una página de oro en la historia de la industria o del saber, o ha perecido oscuro, como las hojas

desprendidas de su tronco en el fondo de los desiertos. Recomendarnos a sus buenos padres su mejor educación: tienen este deber también : en ello se halla interesado el decoro de Valencia y el recuerdo perpetuo de la solemnidad que acabamos de describir. ¡Que sea así! ¡Y sea este niño el hijo predilecto de la patria de Vicente en el siglo XIX!

Después de bautizado, recibió el recién nacido el título de Maestro; y además el dote que se designará al hablar de los actos de beneficencia.

La joven madre salió a misa el día 44 de Julio, y acompañada de una comisión del gremio devolvió las visitas a las autoridades, oyendo la misa, que celebró el excelentísimo Sr. arzobispo en la capilla, confirmandole al mismo tiempo, y sirviéndole en este acto de padrino D. Juan Mustieles.

¡Esta honrada madre debió tener momentos de suprema, felicidad! ¡Dios bendiga, haciendo bueno a su hijo, a estos padres afortunados!

Capítulo XII.

Funciones religiosas.

Immensa fue la alegría pública de estas fiestas: tenía por base la religión; por objeto la caridad. Del templo a los espectáculos decorosos, no se cometió un crimen. ¿No es esto digno de recordación y de aplauso?

El día 30 celebró su gran festividad secular la parroquia de San Pedro Mártir y San Nicolás Obispo. En 1238 era este local una mezquita: el rey D. Jaime la cedió, convertida en ermitorio, al religioso fray Miguel de Fabra, de la orden de Predicadores: aún quedan restos del primitivo convento de la casa contigua, que es de la familia de Danvila. La ermita pasó después al cuidado de un sólo sacerdote, cuando los dominicos tuvieron convento en el lugar que hoy ocupa, consagrado a otro objeto, y elevada después a iglesia parroquial, figura en este rango desde antes del año 1245. Es notable por la elevación y solidez de su bóveda ogival, oculta ahora por los magníficos frescos, debidos al pincel de Dionisio Vidal, discípulo de Palomino. En celebridad, pues, de haber sido rector de esta iglesia D. Alonso de Borja, después papa Calixto III, que mereció la honra de haber canonizado a San Vicente, dispuso el reverendo clero una función solemne. Ofició de pontifical el Ilmo. Sr. obispo de Segorbe, sirviéndose de los ornamentos que, según tradición, usó el citado papa en el acto de la canonización del Santo.

La función fue magnífica, y la hizo más solemne el aspecto, augusto por sus dilatadas sombras, de esta antigua iglesia consagrada tantos siglos ya al culto católico.

Distinguióse en el día 1.º de Julio la iglesia parroquial de San Esteban Proto-Mártir, como antigua y venerada madre de nuestro Santo Apóstol.

La tarde anterior se cantaron vísperas solemnes con numerosa y escogida música, oficiando el apreciable y entendido Sr. canónigo doctoral D. José Ortiz y Pérez. El día siguiente fue digno de la alta celebridad de que disfruta esta santa iglesia. La función principió a las once: la orquesta estuvo dirigida por el excelente y joven profesor D. Onafre Comellas, director de la del teatro principal, y celebró el mismo Sr. canónigo doctoral, beneficiado que había sido de esta parroquia Concurrieron a este acto religioso el Sr. obispo de Segorbe, un representante del Excmo. Sr. capitán general; y otros del cuerpo de la Real Maestranza, el cabildo de curas párrocos de las iglesias de la ciudad, y comisiones del colegio del Sr. Patriarca, del seminario conciliar, de Santo Tomás de Villanueva, de los padres de las Escuelas-Pías, del ilustre colegio de escribanos, de las corporaciones existentes en la misma capital y la junta de la misma parroquia. Pronunció el panegírico del Santo D. Sabas Galiana, cura-ecónomo de Alcira, de la orden de Predicadores, y persona altamente recomendable por la gala y elocuencia de sus discursos. Sirvióle de tema el siguiente texto del Evangelio: Ecce Filius meus, in quo mihi bene complacui. El público hubiera aplaudido al orador, si le hubiese sido posible, porque digna fue de aplausos la magnífica oración panegírica.

El templo estaba radiante de luz: profusas arañas de cristal, riquísimos candelabros, y gusto en todos los adornos. Fue una función, de que quedará una memoria perpetua en la generación que tuvo la dicha de asistir.

Al día siguiente celebró en la misma iglesia de San Esteban otra función solemne el ilustre colegio de escribanos, poseedor de los objetos alegóricos que representan el bautizo de San Vicente Ferrer, cuya capilla restauró y renovó para esta solemnidad. La fiesta anual, que se celebra en la referida capilla y pila del Santo, recuerda la tradición de haber celebrado en ella San Vicente algunas veces el sacrificio de la misa.

La venerable iglesia parroquial de San Salvador, adornada en sus fachadas, y siempre embellecida con la santísima imagen del Salvador, celebró también una función solemne; porque bajo aquellas bóvedas, hoy renovadas, se oyó muchas veces al apóstol valenciano, que profesaba a esta iglesia una devoción especial.

La mañana del día 3 fue-solemne en la iglesia de las religiosas de Sta. Catalina de Sena, de la orden de Predicadores; función que consagraran a su ilustre hermano los religiosos esclaustrados de la misma orden. Como individuo de la misma religión, ofició el Sr. obispo de Segorbe, siendo el orador el espresado Sr. canónigo doctoral Don José Ortiz y Pérez. El acto fue tierno; reuniéronse aquellos venerables individuos que en otro tiempo, vistiendo el mismo hábito, habían vivido unidos y hermanos, para morir en los brazos de su mutua caridad. Las circunstancias y los tiempos les arrojaron lejos de su mansión pero en el día son útiles también y la sociedad les agradece sus servicios apostólicos.

Bajo el tema «Natus est homo princeps fratrum, stabilimentum populi,» basó dicho señor su elocuente discurso, manifestando en el exordio, el enlace de la religión con la sociedad, y presentando a San Vicente Ferrer, como un hombre eminente, que mereció bien de la religión y de la patria.

En la primera parte de su discurso dio una rápida ojeada sobre las principales glorias del orden de Predicadores, demostrando que Vicente, con razón, se le consideraba como el hijo esclarecido de tan ilustre familia, por su celo, ciencia y virtudes y en la segunda, después de fijar en qué consistía el verdadero amor patrio, trazó un cuadro de los grandes beneficios que Valencia debió a San Vicente Ferrer: El panegírico fue digno en todas sus partes, tanto del objeto a que estaba dedicado, cuanto del apreciable orador que lo pronunció.

Las religiosas de Sta. Tecla y las de la Encarnación celebraron con la humilde pompa, que las distingue, otras funciones análogas, orando desde el retiro de sus inviolables asilos por la paz de sus hermanos. ¿Qué más podían hacer en su posición actual? El cielo conceda resignación a esas almas vírgenes, consagradas a la soledad!

También el gremio de carpinteros, tan numeroso como honrado y antiguo, celebró un oficio solemne en la capilla de su casa-cofradía, donde Vicente dejó escuchar alguna vez su palabra. ¿Sería en los tiempos tumultuosos del interregno, después de la muerte del buen rey D. Martín? He aquí el grande hombre instruyendo en un lugar humilde a la masa de pobres artesanos, que aprendían de sus labios la virtud y la moral. Este hecho honra al Santo Apóstol tanto, como la gloria de haber predicado delante de los príncipes de la tierra.

Las mismas funciones celebraron los vecinos que costean las solemnidades anuales de altares de la calle del Mar, Tròs-Alt y del Mercado, llevando en procesión, según costumbre, la imagen del Santo pero añadiendo en estas fiestas seculares mayor pompa de luces, de acompañamiento y de músicas.

Señalóse también, como era justo, un lugar en el programa general para la inauguración de la nueva iglesia del colegio imperial de niños huérfanos de San Vicente Ferrer.

Mientras la iglesia parroquial de Sto. Tomás, establecida hoy en el templo que fue de los religiosos de San Felipe Neri, obsequiaba en la mañana del día 2 a nuestro gran patrón en memoria de haber sido beneficiado de la misma, con solemne misa y sermón; la junta directiva del citado colegio imperial de San Vicente abrió al público una iglesia lindísima, costeada por la caridad y por los esfuerzos de la referida junta, y sobre todo, por el celo, actividad y conocimientos del director de la casa el presbítero D. Sabas Trapiella.

La iglesia está pintada con severidad y buen gusto; las paredes estucadas de una manera completa; hay gusto en el repartimiento de las luces; en la arquitectura del magnífico altar mayor, y acierto en la colocación de las puertas. Esta obra sencilla, pero elegante, si cabe esta espresión, es un verdadero milagro, si se recuerdan los esfuerzos que ha sido preciso poner en ejecución, para su acabamiento en los tiempos tristísimos, que estamos atravesando ¡Honor a la junta directiva de la casa! ¡honor a su celoso director el Sr. Trapiella! ¡respeto a la caridad del pueblo de Valencia! Así, pudo espresarse con su acostumbrada elocuencia el orador D. Joaquín Hernández, cura dignísimo y benemérito de la iglesia del Salvador. El templo, la concurrencia y el aire de caridad que respira esta santa casa, inspiraron magníficos rasgos al ilustrado orador, que en estos momentos estuvo sublime.

Las últimas funciones religiosas tuvieron lugar en la iglesia parroquial de San Martín, en los días 6, 7 y 8, celebrando el doble objeto de la canonización del Santo, y la fiesta secular de la dedicación de esta santa iglesia. No olvidaremos, que al reparar, en el vestíbulo del templo, la lápida que sirvió de piso a un púlpito, donde predicó el Santo, se descubrió que era mucho más grande, con una orla floreada, del gusto, y del tiempo en que vivía el apóstol de Valencia. Estas tres funciones religiosas fueron solemnes, como lo son todas las de esta importante parroquia, y como Valencia presenta al mundo católico, para su egemplo y admiración.

Los cofrades existentes de la Celda del Padre San Vicente Ferrer, solemnizaron, finalmente, la canonización de su Padre y Patrón, con una fiesta religiosa celebrada a sus expensas, en la capilla del Santo, en el estinguido convento de Sto. Domingo, con misa cantada, y asistencia de música, y sorteo de dos medallas, el día 6 de Julio de 1855. Dijo el sermón el Dr. D. Vicente Tudela, catedrático del Seminario conciliar y beneficiado de Sto. Tomás.

Esta antigua y distinguida congregación establecida en lo interior del convento, poseía la misma celda que habitó el Santo, convertida en capilla y renovada en 1825, donde celebraba cuarenta y ocho fiestas anuales, por un número igual de cofrades, admitidos por votos secretos.

Una plaza se proveía en un escribano, hijo de la ciudad, en memoria de la familia de su patrón. Una de las fiestas, era la anual del día de la canonización del Santo, su toma de hábito y otras.

Todas, sin excepción, las funciones religiosas fueron tan brillantes, como era de esperar de la piedad y del buen gusto de los valencianos: todas fueron dignas del alto objeto a que se consagraron, a pesar de la premura con que se activaron los medios de llevar a cabo éstas y las demás solemnidades seculares.

Capítulo XIII.

Universidad literaria.-Inauguración del Asilo de Párvulos.-Sesión pública de la Sociedad de Amigos del País.-Liceo.

Mientras los templos recogían entre las más escogidas melodías, los votos de gratitud y de esperanza de la muchedumbre fiel, que acudía a implorar la misericordia del Señor, por mediación del Santo Apóstol de Valencia; abría la Universidad literaria los tesoros que posee, para que el público pudiera admirarlos; y celebraba también, como en el siglo anterior, su función solemne en memoria de su ilustre fundador. La fachada de este imponente y sólido monumento y renovado por completo en 1840, estaba adornada con la sencillez propia de la sabiduría: numerosos faroles de cristal, y colgaduras en sus balcones; he aquí el adorno exterior. El atrio del gran teatro estaba decorado con un magnífico cartelón, donde se leía escrita una composición latina,

producción del Sr. Don Jacinto Asenjo, catedrático de retórica y poética de la misma Universidad.

Ocupando el gran púlpito o cátedra de los solemnes actos oficiales, se ostentaba el retrato de cuerpo entero de San Vicente Ferrer, rodeado de un pabellón de ropas de seda. A derecha e izquierda los retratos de algunos de los muchos profesores o discípulos de esta escuela; y el piso de todo el edificio y calle que le circuye, inundado de mirto y arrayan. Los ricos, numerosos y bien dirigidos gabinetes de Física, Química, Medicina, Cirugía e Historia natural y la suntuosa Biblioteca estaban accesibles al público que se precipitó en tropel y confusión durante ocho días, para admirarlos; lo mismo sucedía en el jardín botánico, y nuevo y grandioso anfiteatro anatómico. Fue precisa la colocación de centinelas de la milicia nacional, para impedir, un desorden; y no bastaron los ocho días para satisfacer la ansiedad de propios y estraños, que tuvieron la ocasión de visitar este establecimiento, el primero de su clase, que acaso existe en España.

Principió la función con una misa rezada, pero acompañada de orquesta, que celebró el Sr. canónigo y catedrático de la facultad de jurisprudencia Dr. D. Francisco Villalba, vicerector de la misma Universidad.

Concluida la misa y reunidos los profesores, doctores, y personas convidadas y diferentes señoras que ocuparon las galerías, se trasladaron al espacioso teatro, tomando la presidencia el Sr. rector y doctor D. Mariano Batlles, catedrático de medicina y diputado por esta provincia a las cortes constituyentes. Después de una corta sinfonía, tocada por la orquesta, abrió el acto el Sr. rector con un corto discurso, que indicaba el objeto, y acto continuo pronunció la oración panegírica el más pequeño de los profesores actuales, y el que menos merecía esta honra. Lo digo con la más profunda sinceridad de mi alma: fui yo el elegido; pero suplió a mi pequeñez la bondad, con que fui escuchado; porque los numerosos aplausos que recibí, los debí al cariño de mis discípulos. Eran una muestra de estimación y de estímulo; no un premio al mérito del orador. Debo, no obstante, otra prueba de deferencia a mis respetables maestros y comprofesores, y es la instancia que me hicieron, para que publicase este discurso, escrito, como todas mis obras, con precipitación y por lo mismo sin corrección, y lo que es peor, sin verdadero talento. Cumplo, pues, con los deseos de mis respetados compañeros, insertando a continuación el discurso que pronuncié: es un elogio humilde del Santo; pero no una obra digna del claustro actual de la Universidad de Valencia. Sentiría, que la posteridad juzgara, por esta producción, del estado de las letras que hoy tiene nuestra escuela.

Discurso que pronunció el día 7 de Julio en la Universidad literaria de Valencia en celebridad del cuarto siglo de la canonización de San Vicente Ferrer, Don Vicente Boix, catedrático de geografía e historia, etc. etc.

Potens in opere et sermone.

M. I. S.

En medio del entusiasmo, con que Valencia ha celebrado en estos días al gran sabio, al celoso patricio, al ilustre Santo Vicente Ferrer en el siglo cuarto de su canonización; entre esos gritos de júbilo, con que un gran pueblo recuerda las glorias del más distinguido de sus hijos, no debía ciertamente la antigua, sabia y veneranda Universidad tener cerradas sus puertas, sin responder al aplauso universal, que de todos los ángulos del reino exhala la gratitud y la fe religiosa del país. No podía, no debía el respetable cuerpo, a quien tengo el honor de dirigir mi humilde y desautorizada voz en este instante, permanecer impassible, sin abrir las páginas de su historia literaria y señalar a Vicente Ferrer, como el alma que presidió a esta escuela, honra de España, resto precioso de las grandes instituciones, que nacieron en los gloriosos tiempos de la antigua corona de Aragón . El mundo católico admira, con razón, las apostólicas virtudes de uno de sus más ilustres ornamentos y egemplos, y con razón afluye al templo para implorar la protección del gran Santo, favorecido de Dios; pero el mundo literario y político, tiene un deber en reconocer los títulos que, como ilustrado patricio, le hacen digno de ocupar un lugar elevado entre los genios, que impulsaron a la Europa por el camino de la civilización. Las almas piadosas hallan en la vida del Santo un manantial fecundo de caridad, de fe, de amor a Dios y de todas las virtudes en fin, que ilustraron los días más brillantes del cristianismo; y justa y merecida es la solemne ovación secular, con que Valencia renueva la memoria veneranda del escogido del Señor. Mientras el pueblo, pues, tributa al Santo ese culto religioso, que una verdadera piedad presenta más digno de nuestras creencias; y el sacerdote hace oír bajo las bóvedas de nuestros templos, la palabra sagrada en elogio del admirable apóstol de Valencia, justo es, que este cuerpo universitario consagre también su recuerdo a la memoria de Vicente, cuyas luces y patriotismo contribuyeron a la creación de esta escuela, en época ya remota, anunciando al mundo literario nuestra gratitud a tan elevado fundador.

Sensible es, sin embargo, que sea el intérprete de tan distinguido sentimiento el más pequeño de sus representantes; pero suplirá a la elocuencia, que le falta, la sincera admiración, con que el historiador procurará despertar en vuestra memoria el recuerdo de la creación de esta Universidad, por la mediación y la influencia de San Vicente Ferrer. Escuchad:

Cuando Valencia inclinó en el siglo XIII su brillante cabeza ante la cruz del Salvador, que levantó sobre sus minaretos el brazo gigante de Jaime I de Aragón , ni se despojó de su manto oriental, ni ahogó a las plantas de los conquistadores cristianos el genio poético, que la raza árabe había importado desde el Asia central. El pueblo africano de Juzuf, al ocupar al lado de los árabes las riberas fértiles y tranquilas del Turia, no hizo más que revestir con la rudeza de sus desiertos el carácter caballeresco de sus hermanos de religión; y el pueblo árabe, confundido con el de los almohades, dejó sentar entre los dos al pueblo cristiano, que proyectó orgulloso su sombra, cubierta de hierro, para dominar con su mirada este paraíso del soldado musulmán. El vencido no olvidó jamás el recuerdo de su independencia: la espada del cristiano le impuso silencio; pero no le hizo esclavo, en tanto que el pueblo vencedor, masa informe, compuesta de diferentes nacionalidades y lenguas, conservó siempre impreso el sello de sus cunas respectivas, que se habían mecido en los bosques de la Germanía, de la Armórica, de la Escandinavia, y en las crestas de los Pirineos. Valencia, poblada de este modo, presentaba tipos del Norte, del África y del Asia; el árabe, el moro, el judío, vagaban recelosos entre los caballeros y soldados de la Provenza, de Italia, de

Cataluña y de Aragón ; y el lenguaje bíblico de los hijos del Oriente se confundió ante la sonrisa glacial de los cruzados. Sobre esta población de tan encontradas procedencias, de tan variados caracteres, de intereses tan contrarios y de tendencias tan estrañas, dominó la figura colosal del Rey conquistador, cuyo genio superior, apoyado en la superioridad de su valor, supo amalgamar todos los elementos y tuvo la alta felicidad de establecer una forma de gobierno, donde cada nacionalidad encontró sin resistencia un recuerdo, una garantía y un trozo de su libertad.

Desde aquel momento todas aquellas masas se replegaron a sus hogares; porque hubo para todos; para todos independencia. Más que la espada del soldado ha apreciado el mundo el genio del legislador; y los fueros de Valencia son el verdadero monumento de la gloria del Rey D. Jaime. Así se sucedieron las generaciones; y el pueblo árabe adornó con flores nuestras cruces, mientras el soldado cristiano, respirando bajo un cielo de poesía, lejos de ostentar el feudalismo germano, fue, por el contrario, un caballero oriental. Domina, por consiguiente, en las primeras instituciones cristianas de Valencia el espíritu religioso de los cruzados, el orgullo caballeresco de los nobles de Aragón, y la independencia espartana de los vasallos de Sobrarbe. Para asentar, empero, las bases de la futura nacionalidad, consagró el legislador, entre las demás libertades políticas, la libertad de enseñanza, y abrió escuelas, para propagar con la lengua de Océano el gusto, la aplicación y las letras de la Provenza, único punto de sus reinos donde el saber pacífico conservaba un altar. Pero el estrépito de las armas que Roger de Lauria hizo resonar al pie del Etna, sobre el Cabo Miseno y en las costas de la atrevida Cataluña; las guerras civiles de la Unión, que ahogó entre sus manos Pedro el Ceremonioso, y las contiendas del mismo monarca con Pedro el Justiciero de Castilla absorbieron entera la atención de los reyes y de los pueblos; porque la guerra en aquellos siglos medios era una ocupación; pelear era vivir, y vivir armado era un deber. Bajo la presión de estas circunstancias prosperó apenas en la espartana población del Cid la instrucción pública, hasta que a mediados del siglo XV, apareció como el representante de la inteligencia y del desarrollo de la razón, entre las masas militares de nuestros mayores, el genio privilegiado, que Valencia ha colocado justamente entre sus primeros y más grandes bienhechores, el ilustre Vicente Ferrer, a quien los siglos han levantado un monumento de gloria, aún acatando en la misma senda a Rogerio Bacon, Alberto el Grande, Tomás de Aquino, Scotto y Vicente de Beauvais, que fueron las eminencias de las edades de hierro que encadenan la espada de Carlo Magno con el báculo del peregrino Cristóbal Colón. Vicente vino a ennoblecer a su patria en los momentos en que la historia de Aragón ostentaba toda su magestad bajo el cetro de Pedro IV el Ceremonioso; y vino a completar en Valencia la grande obra de la civilización que principiaba a aceptarse, crecer y circular en Europa. Entreveíase la inmediata perfección de la nacionalidad; adquiría importancia el pueblo en la cosa pública anunciábase el espíritu de emancipación y de libertad, manifestado por medio de asociaciones; y el siglo XIV hizo ya grandes ensayos de organización; pero abortaron todos, porque la sociedad no estaba adelantada para prestarse a la unidad, y porque todo era demasiado local, demasiado social, demasiado estrecho, demasiado diferente en las existencias y en los entendimientos. Ni había intereses generales, ni opiniones capaces de dominar los intereses y las opiniones particulares. Los talentos más atrevidos no tenían idea de administración, ni de justicia verdaderamente pública. Y a pesar de esta situación, produjeron aquellos siglos la bula de oro de Carlo IV, de Alemania; la fortuna de Rienzo, último tribuno romano, que resucitó

por un día la república democrática de los gracos, y la libertad de los helvecios, por el caprichoso lujo de la tiranía germánica.

En medio de ese movimiento intelectual y político a la vez, Vicente Ferrer, con el doble carácter de sacerdote y de hombre de estado, reúne a las virtudes del Apóstol y del anacoreta el tacto, la prudencia, la sangre fría y la habilidad del político; y su alma elevada descendía de las regiones de la contemplación, para hacer marchar a la humanidad por la senda de la ilustración, del saber y del bienestar material.

Permitidme pasar en silencio las obras del Santo y del escogido del Señor; la iglesia ha trazado ya su elogio, y el sacerdocio es el encargado de hacer resaltar las virtudes del noble Apóstol, que marchó por las vías de Dios.

¿Y no es grande también Vicente a los ojos del hombre pensador, cuando se le contempla descendido de la silenciosa región del claustro, para confundirse con el pueblo y tornar parte en sus amarguras, y alentarle y empujarlo a un tiempo por el camino de la felicidad y del saber? Filósofo y sacerdote predica la virtud y el santo temor de Dios y vistiendo la túnica de los dolores del pueblo, se consagra a conservar su bienestar social, derramando los consuelos espirituales y asegurando sus bienes materiales con la defensa de las mejores leyes protectoras. Es el honrado ciudadano que ama a su patria, vigilando la observancia de sus leyes en una época en que la fuerza material, dueña todavía de la suerte de los pueblos de Europa, aspiraba también alguna vez a sacudir el espartanismo de los fueros de Valencia, y ahogando con su merecido prestigio las desmedidas pretensiones de los bandos de los Centellas y Solers. Hace triunfar la ley, porque la ley era la libertad de Valencia: y el pueblo acató a su Apóstol, porque su palabra era el producto de la verdad, y la verdad destruyó la tiranía de los ambiciosos.

La sombra de Vicente veíase aparecer, no sólo bajo las espléndidas techumbres de los castillos de los señores feudales, para enseñar la moderación y el imperio de la justicia, sino también en el taller del artesano, en la choza del morisco y en la cueva del esclavo, para dejar oír en todas partes el acento de la caridad y del consuelo, siempre persuadiendo, y consolando siempre; y llevando en una mano el Evangelio y en otra el código de la ley, era a la vez el representante de Dios y de la más elevada filosofía. Mientras la ciega intolerancia arrojaba a los pies de la tiranía tantos millares de cabezas en Europa, Vicente, celoso defensor de los fueros libres de su patria, recogía a los pobres niños huérfanos de los moriscos, para educarlos en la fe católica, confiando su salvación eterna a la religión, por medio de los hermanos Beguines, y su bienestar temporal a unas buenas señoras: a la caridad y al amor. Para socorrer al hombre, no le preguntaba al esclavo, al judío, ni al morisco, de dónde procedía; las leyes del reino les aseguraban su existencia política, y Vicente, esclavo de la ley, hizo sólo valer su ardiente caridad: pero hablaba, y creían; obraba, y tenían fe; su ejemplo realizó su conversión. Nada de amenazas; nada de un celo indiscreto; respetaba a los que debían respetarse, por justicia y por ley, sin que jamás hubiera aprovechado su influencia omnipotente, para desvirtuar el sello de la tolerancia completa, que respiraban los fueros venerandos del país.

Su patriotismo y su ilustración avanzaron mucho más: el pueblo se había endurecido durante las desastrosas guerras civiles, llamadas de la Unión y en las continuas luchas con

Castilla y con la Francia: nuestros artesanos eran todos soldados; del campo de batalla volvían a los talleres y abandonaban, sin aflicción, el retiro de su hogar para llevar el célebre pendón al seno de la Francia meridional, o a las costas de Italia. El orgullo militar y la fiereza de las leyes suntuarias, que formaban parte del régimen foral, daban a Valencia el aspecto de un campamento dispuesto siempre a combatir. Almugábares, moriscos y cristianos eran hermanos de armas; se toleraban por tradición, por costumbre, por afinidad de pensamientos y porque cada raza tenía su parte de interés en la conservación mutua de la libertad foral. ¡Espectáculo grande, dado a la Europa por el pueblo poético, que se duerme, entre las flores del Guadalaviar! Espectáculo grande, que, nuestro siglo, ávido de tolerancia y de garantías sociales, ha podido apenas presentar. ¡Allá! ¡allá en aquellos tiempos, en que con más o menos razón el orgulloso siglo XIX ha llamado bárbaros y oscuros, ofrecía Valencia el aspecto de un pueblo militar, protegiendo bajo la cruz de su estandarte de guerra a las razas orientales y africanas, que lo restante de Europa y España arrojaba a los pies de los caballos de batalla del altivo vasallo feudal! Educado Vicente a la sombra benéfica de unas instituciones tan bellas, y humano por caridad, por voto y por corazón, dio un paso más en la senda del bien, que sus afanes abrían a su patria. Era precisa la instrucción pública, para dirigir hacia el progreso intelectual aquellas masas, a quienes las circunstancias inclinaban esencialmente a la guerra. En ella se empeñaban con frecuencia reyes y vasallos; y era necesario poner un dique a aquel empuje, que el instinto de la época daba a un pueblo, cuyo carácter belicoso no se atemperaba todavía a la suavidad del clima, con que estaba favorecido. Roma debía despojarse de su casco de guerra, para discutir pacíficamente, como Atenas, en el Pórtico del Partenón. La ciencia debía suavizar el ardor de la raza africana y de la segunda descendencia de la generación conquistadora del país. Al tumulto de las armas debía suceder el suave murmullo de los consistorios de la gaya ciencia y de las escuelas tranquilas, en los momentos en que el célebre marqués de Villena renovaba en Barcelona los certámenes y la memoria de Pedro Rogieres, Pedro Remon de Tolosa y Aimeric de Péguilain, de Hugo de Saint Cyr, Azemar el Negro, Pons de Barba y Raimundo de Miraval. Cataluña, pues, lo mismo que Aragón, oía con austo la armonía de las arpas de sus trovadores, y las discusiones de sus poetas e historiadores; y Valencia arrullada por sus brisas, decorada con el brillante azul de su cielo, no podía dejar de convertirse en una Atenas, a quien tanto se parece en genio y vivacidad. Era preciso para ello influencia en el país, dominio sobre el severo consejo de la ciudad, y gran fuerza de voluntad para atraer la multitud, quebrar el instinto militar de las costumbres forales y disipar antiguas preocupaciones. Las disposiciones de Jaime I respecto a la enseñanza se habían ya casi olvidado; y el espíritu, puramente teológico, que había dominado hasta entonces pudría resistir la aparición de otras ciencias, que se miraban por el vulgo como inspiración satánica. Nada de esto fue bastante para detener el plan de instrucción, que Vicente había trazado allá en su mente creadora. ¡Ardua era, Señores, esta empresa; y hubiera sido imposible llevarla a término, a no haber reunido Vicente a su alta importancia política el carácter sagrado de que se hallaba revestido. Vicente marchaba delante de su siglo; los contemporáneos le obedecieron, tal vez sin comprenderle le acataron porque le amaba; no penetraban en su espíritu, pero abrazaron ciegamente sus planes ilustrados. Tal vez sea el único hombre de la antigua corona de Aragón, que haya dominado sólo con su palabra este reino de soldados. Sólo así se comprende el respeto con que se guardó su decisión, cuando hizo reconocer la deposición de Benedicto XIII, aclamado Papa en estos reinos antes del fallo del concilio de Constanza. Sólo así se comprende la autoridad, con que decidió en Caspe la elección de Fernando de Antequera. ¿Por qué? porque en aquellas

tiempos de fuerza material, sorprendió su valor apoyado sólo en la caridad; porque en aquellos siglos de ambiciones tan osadas, admiró la abnegación y el desinterés del primer hombre de la monarquía aragonesa.

Como ochenta años después, Cristóbal Colón ante el consejo de Salamanca, Vicente, que no tuvo necesidad del auxilio del religioso de la Rápita, dirigiéndose al célebre senado o consejo de Valencia, debería mostrarles en lontananza las ventajas de reunir las diseminadas escuelas de la ciudad, para formar con ellas un estudio general. ¿Cómo hacer comprender a aquellos hombres, elegidos casi todos de la masa de honrados ciudadanos, militares todos, la conveniencia de la nueva institución, y desplegar a su vista atónita el porvenir de gloria, que esa institución ofrecerla en adelante? Allí, allí y les diría, estará el saber, estará la inteligencia, estará el genio, que volará a formar parte de los grandes pensamientos que harán cambiar la faz del mundo? ¿Veis tantos poderes, anidados en sus castillos de granito, caer, como los cuervos, sobre las aldeas, para abrir un cementerio en cualquiera parte donde levantan ahora sus tiendas de pieles? Todo eso desaparecerá; se medirán los espacios; se investigarán las entrañas de la tierra y la profundidad de los mares; la voz del cristiano sorprenderá desiertos y bosques desconocidos; toda la raza humana se levantará de sus sepulcros para responder a las preguntas que los sabios la dirigirán; la muerte se pondrá en guardia a la aproximación del hombre investigador; un aparato sencillo derramará la misma palabra y el mismo pensamiento de un mortal por todos los ángulos del globo; el mando rejuvenecerá; se escudriñarán los secretos de la tempestad y de la calma; se medirá la marcha del huracán; un aparato, sencillo también, guiará al viajero por mares desconocidos, y el océano no será una soledad el mundo viejo va a concluir; principiará una nueva existencia... allí allí, honrados Señores, estará también la cruz, y por ella todos los pueblos, y todas las lenguas se entenderán.... ¿Cómo se verificará esto? Dios lo tiene reservado en sus recónditos arcanos yo los entreveo también : siento nacer en mi mente una esperanza desconocida.... Creedme; descansad sobre el escudo, y mandad aprender. Dios lo quiere; Dios es justo; haced lo que place a Dios. -¿Qué podía responder aquella grave asamblea? No te comprendemos, dirían, no podemos seguirte, Vicente; pero cúmplase la voluntad de Dios, y hágase lo que tú dices. -No, no estaba compuesto de sabios aquel congreso; acaso la sabiduría le hubiera llamado loco; allí había honradez y corazón: y creyeron por que eran buenos y porque les hablaba el sacerdote. Cristóbal Colón, Galileo y otros tantos pensadores, fueron insultados por los sabios, porque a los sabios se dirigieron; Vicente habló al pueblo; y el pueblo le creyó. Vicente no había engañado jamás y por ello se le dio fe, no importaba a aquellos íntegros jurados, que el lenguaje del hombre grande envolviera una idea altísima, que sólo una mente privilegiada podía descubrir; lo decía Vicente, y esto les bastaba para obrar. ¿Cuál es ese porvenir de la humanidad? Lo ignoramos. ¿Qué hay más allá? Tampoco lo sabemos: ¿pero lo quieres? sea. Lenguaje de un pueblo seguro de sí mismo; si ellos no, su descendencia al menos vería descender el velo al arcano que envolvían las palabras de Vicente. Más feliz que Cristóbal Colón, no hubo de señalar un término a sus días, si pasado ese plazo, no se descubría un nuevo mundo. Vicente no era tenido por loco; y el consejo creyó, obró y esperó. La santidad del sacerdote tuvo un prodigio; la fe del ciudadano lo realizó, y de este doble estímulo nació la Universidad. ¡Época admirable, en que la mano de Vicente levantaba a su voz sola los espíritus, para conducirlos hasta las alturas, que no podían, distinguir! Cuanto le rodeaba producía bienes sin cuento: su dedo señalaba una nueva faz a la humanidad, en la marcha futura de los siglos, mientras su sabio y noble compañero de misión fray Gilaberto Jofré, a

la cabeza de unos humildes artesanos, abría el asilo venerable del hospital general. ¿Qué más se pudo exigir del enviado del Altísimo, del hombre pensador y del honrado patricio? ¿Qué faltaba ya para completar sus obras de caridad y de ilustración? Mucho son esos altares levantados por doquiera a la memoria veneranda de Vicente; no hay un hogar donde el anciano, la madre, la virgen, el niño y el hombre no invoque sin cesar la protección del Apóstol de Valencia; pero si el orgullo del sabio, la tenacidad del filósofo y la audacia del político pasaran, cubierta la cabeza, por delante de la multitud, postrada ante esos altares, podría también llamarles un momento y decirles al oído: ese sacerdote hizo respetar el fallo de una asamblea popular, legalmente elegida, al poderoso conde de Urgel; recordad los tiempos y comprenderéis su valor. Ese sacerdote recogió los huérfanos de los moriscos, enemigos de su religión, de sus leyes y de su patria; examinad las opiniones de aquellos siglos, y comprenderéis su tolerancia. Ese sacerdote, desde el silencio del claustro, invoca los poderes públicos, para atraer las ciencias al seno de una sociedad de hierro; recordad la época y comprenderéis su ilustración.

No, no sonriáis, espíritus altivos, al contemplar la piedad, el entusiasmo y el cariño con que venera a su patrono este pueblo alegre, bullicioso, inteligente y activo, como el pueblo de Solon. Cada nación, cada tribu, cada familia tiene su genio de gloria, desde el egipcio hasta las tribus aztecas de la laguna mejicana. ¿Dónde hay un pueblo de algún valor en la historia, que no tenga un altar, donde se halle inscrito el nombre de un bienhechor? Si concedéis que la humanidad avanza y se perfecciona, preciso es confesar que esa perfección y ese progreso descende de la larga cadena de hombres respetables que, con más o menos fortuna, han conducido, conducen y conducirán a esta gran familia, hasta su completo bienestar. Tal vez sea el martirio el premio de esos altos trabajos; no importa, es más gloriosa esa corona de espinas, que el sangriento trono de los conquistadores del mundo. Si Jaime I de Aragón no hubiera sido legislador, no sería más que un Rey de valor y de fortuna; Valencia casi le adora: ¿por qué? porque le dio una verdadera libertad; olvidó la sangre que vertió como soldado, para acatar el bien que le dio como legislador.

No fueron precisas tantas consideraciones para resolver al consejo de Valencia; y en el memorable día 7 de Octubre de 1411 se decretó la reunión de los estudios. El objeto estaba conseguido; su organización dependía del tiempo y de las circunstancias, como así se verificó en el primer reglamento, publicado por el consejo en 30 de Abril de 1499, con tal amplitud en los estudios, que, a petición de los jurados, el célebre papa Alejandro VI, distinguido valenciano, espidió en 20 de Enero de 1500 las bulas correspondientes, creando la Universidad; bulas que el rey D. Fernando II el Católico aprobó en 16 de Febrero de 1502.

Desde la primera instalación de los estudios, marcha la ciencia en nuestro país a pasos de gigante; acumúlanse aquí los hombres pensadores en todos los ramos del saber; de su seno salen príncipes para la Iglesia; genios para la política y el gobierno del mundo; reciben los profesores privilegios extraordinarios, y la Universidad de Valencia envía sus doctores y sabios a representar la inteligencia en las universidades extranjeras. Valencia se pone en contacto con todos los sabios de Europa. Volved la vista en rededor; esos graves personajes, cuyos retratos adornan los muros de este imponente recinto, forman una pequeña parte del vasta catálogo de hombres eminentes para el mundo científico. Jaime Pérez; el cardenal Despuig; el orientalista Zaguntino; el comentador Belluga; Alonso de

Borja, papa Calixto III; Ferriz, profesor de Bolonia; el astrónomo y médico Torrella, y el célebre médico Jaime Roig, Palma, doctor en el concilio de Trento; el primer historiador valenciano Pedro Beuter; Egea, profesor de Montpellier; Frígola, apellidado el Santo, vicescanciller del supremo de Aragón ; Pedro Gimeno, padre de la ciencia médica de Valencia; Ledesma, traductor de Avicena y comentador de Galeno; Collado, el descubridor del hueso stapes; el político Rocafull; el orientalista Guerau; Rey de Artieda, jurisconsulto, filósofo, poeta y soldado; el hombre de Estado Crespí de Valdaura, gobernador de España durante la menor edad de Carlos II; el célebre Lorenzo Mateu, comentador de los fueros; el botánico Melchor de Villena; García Salat y Vicente Gil; Vilaroig; Cabadés; Andrés Piquer; Juan Sala; Benavente; Simón Rojas Clemente Gabriel Ciscar; Tomás Manuel Villanova; el gran matemático Tosca; el abate Andrés, Gimeno; Garellly; Liñan; Orfila; Ortolá; Falcó; Galiana; Borrull... Vosotros los conocéis a todos, sabios doctores y venerables maestros míos: cada uno en vuestra ciencia sabe la historia de esos hombres eminentes, y entre ellos no olvidaréis a Juan Nuñez, a Vicente Antist, a Diego Mas, al primer filósofo y humanista de su tiempo Juan Luis Vives, a Lorenzo Palmireno, Corachan, Martí, Muñoz, Cabanilles... Todos os son conocidos... todos ellos constituyen el congreso de hombres grandes, que han ilustrado esta escuela, o como discípulos o como profesores. En lo alto de este olimpo científico brilla la figura humilde y evangélica de Vicente Ferrer. ¿Concluirá un día la obra que su genio comenzó? ¿Habrá una mano profana, que sea capaz de recoger tantas memorias venerandas para arrojarlas al fuego? ¿Sería posible que el impetuoso siglo XIX arrastrara en su corriente una institución que marcha con él, y marchó con los demás? ¿Servirían de juguetes a los niños o a los ignorantes esa soberbia y magnífica biblioteca, esos completos y bien ordenados gabinetes de física, de química, de medicina y cirugía, e historia natural, nuevo anfiteatro anatómico, y ese jardín botánico, pintoresca miniatura de la vegetación universal? ¿Desaparecería bajo las plantas profanas este edificio colosal, este santuario del saber? No, no; eso no puede suceder en nuestro siglo, o sería un espantoso anacronismo. Valencia perdería una de sus joyas más brillantes semejante catástrofe levantaría hasta las conciencias. Eso no puede ser, no, no será.

Bien hacéis por lo mismo, señores, en hallaros en este sitio, para rendir en este día un culto de gratitud a la memoria de nuestro ilustre y primer favorecedor. Vuestra presencia recuerda aquí todas las glorias pasadas, que tan bien sabéis conservar y aumentar. Sois todavía el sostén de la grande obra principiada por Vicente; sois todavía, a pesar de vuestra humildad, los continuadores del gusto que el ilustre Blasco introdujo en nuestra escuela; sois dignos del profesorado. Vuestras obras, y vuestro ejemplo, forman el más bello elogio de los adelantos de nuestra Universidad; y siempre, siempre conservaréis incólume el honor, la dignidad y la altísima reputación de este antiguo cuerpo científico, que si alguna sombra le oscurece en este momento es sin duda la presencia mía, en un lugar que ciertamente no merezco. Adelante, señores, en la grande obra en que nos hallamos empeñados; así lo reclaman nuestra misión, el porvenir de la juventud confiada a nuestra dirección, el honor de esta distinguida escuela, y el empuje del siglo que marcha a realizar los grandes pensamientos, que Vicente Ferrer, en armonía con los bienhechores de la humanidad, concibió allá en su mente creadora. ¡Perseverancia y valor! Vicente Ferrer nos confió el sostenimiento de su obra; esta obra constituye un monumento universal, del que huye sonriendo la ignorancia; guíenos por su ejemplo a esa juventud que nos sigue con fe y con voluntad, para que al retirarnos apoyados en el báculo de los viejos, para sentarnos al borde del sepulcro, nos diga nuestra conciencia: Habéis llenado vuestro deber Valencia no

ha perdido su nombre; la Universidad es digna de su fundador; dejad en paz esta senda de peregrinación, para vivir en la inmortalidad. He dicho.

Terminado el discurso, se procedió al premio de los alumnos sobresalientes, que por suerte, podían aspirar a esta distinción. El premio consistió en un ejemplar de las obras del célebre filósofo valenciano Luis Vives, edición lujosa; ocho tomos en folio; en otro de la obra de Marco Tulio Cicerón, titulada De Officiis, en un tomo en 4.º, y otro en uno de las obras de D. Agustín Silvela. Las de Luis Vives para las facultades de medicina, jurisprudencia, y de filosofía; la de Cicerón para los tres años del instituto; y la de Silvela para los tres de latinidad y humanidades. En esta clase fueron comprendidos los alumnos del colegio de las Escuelas-Pías y de enseñanza doméstica; pero en todos se exigía, para entrar en el sorteo, la nota de sobresaliente. Obtuvieron la suerte en jurisprudencia, D. Bienvenido Oliver y Esteller y D. Juan Sorní y Villarrasa; en medicina, D. Juan Gómez Andrade y D. Juan Sevilla y Melo; en la facultad de filosofía, D. Cecilio Alegre y Renau; en filosofía elemental, D. José Moya y Soler; en latinidad, D. Antonio Tarazona y Blanch, alumno de las Escuelas-Pías, y en enseñanza doméstica, D. Francisco Cubells y Cubells.

Terminóse el sorteo; y la estensa duración de este acto sólo permitió la lectura de tres poesías, una la una, y dos castellanas sobre las muchas que se presentaron. La primera fue escrita por el citado profesor D. Jacinto Asenjo, y leída por el Dr. D. Miguel Payá; y las segundas por los alumnos D. Rafael María Liern y D. Miguel Vicente Roca. Escribieron también otras poesías análogas el profesor D. Pedro Romero, catedrático de literatura latina, D. José Peris y Pascual, D. José Zapater y Ugeda, D. Francisco Genovés Y Burguet, D. Filiberto Díaz y Donderis, Don Teodoro Llorente, D. Antonio Ruiz, D. Joaquín Serrano, D. Tomás Solanich, D. Vicente Querol, D. Carmelo Calvo Asensio, D. Félix Pizcueta, D. José Iranzo y D. Jacinto Labaila, jóvenes dignos de estima, esperanza de las letras, y conocidos ya muchos de ellos por otros ensayos felices en la literatura.

El Sr. rector concluyó este acto, dando las gracias a las personas distinguidas que le habían honrado con su asistencia; acto que mereció el aprecio público por la gravedad, el noble aparato y escogida concurrencia, con que se presentó. La Universidad ha dejado en los anales de estas fiestas un señalado recuerdo de distinción; ha ocupado dignamente su lugar, como lo ocupan en la sociedad los sabios profesores, que hoy constituyen su mayor progreso.

Casi a la misma hora y en el mismo día 7, en que la sabiduría congregaba bajo las venerables bóvedas universitarias a tantas notabilidades científicas, concurrían las autoridades a la inauguración del humilde asilo, consagrado bajo la invocación de San Vicente Ferrer, a la guarda y educación de los párvulos pobres.

Abierta por la iniciativa y por los primeros recursos facilitados por la asociación, en el local que hasta estos días había sido iglesia del colegio imperial de niños huérfanos de San Vicente Ferrer, y acogida a la protección de la patriótica Sociedad de Amigos del País, la nueva escuela se inauguró antes de terminar las obras, que ahora la embellecen. Presidía el acto el simpático Sr. Vilar de Vidaurreta, secretario y gobernador interino de la provincia, y vimos en aquel humilde recinto, exornado modestamente, al Sr. general segundo cabo, al Sr. alcalde, presidente del Excmo. ayuntamiento, los Sres. canónigos Carrascosa, López y

Montagut, Sr. conde de Almodóvar, y al de Ripalda, al Sr. marqués de Someruelos, y al de Montortal, a los ilustrados redactores del Diario Mercantil y del Valenciano, al Excmo. Sr. conde de Cervellon, y al de Creixells, a las Sras. religiosas del distinguido colegio de Loreto, y los Sres. de la comisión de párvulos D. Juan Castillo, presidente; D. Francisco Pujals, vice-presidente; D. Santiago García, D. Tomás Rubio y Almenar, D. Ramón Dorda, Don Matías Llop, D. Ramón Díaz, D. Antonio de Lacuadra, D. Antonio Quilis, y D. José María Llopis, el P. provincial de las Escuelas-Pías D. Vicente Borja y el P. Sebastián, Pedron de Sta. Teresa de la misma orden; los Sres. diputados provinciales D. Félix Gallac, y D. Francisco Ramírez, y el director del colegio de San Vicente D. Sabas Trapiella.

Abierta la sesión, el vocal secretario de la misma comisión de párvulos, y que todo esto escribe, pronunció el pequeño discurso siguiente, que conmovió al público, más por el objeto a que se dirigía, que por la energía, ni la ternura de su elocuencia.

Señores: Me cabe la satisfacción de ser, en estos momentos solemnes, el humilde intérprete de los sentimientos de la comisión de párvulos de San Vicente Ferrer, a la que tengo la distinción de pertenecer. Testigo, empero, del afán con que sus dignos individuos han procurado llegar a este acto de alta importancia moral y política para el porvenir puedo señalar uno por uno los pasos, que ha seguido hasta aquí bajo el amparo de Dios y de las dignísimas autoridades, y con la cooperación de patricios de inolvidable recordación.

La institución de las salas de asilo se halla extendida por Alemania, Francia, Bélgica, Inglaterra, Prusia y en no pocos pueblos de la monarquía española. Su objeto principal es recoger en un punto a los niños de tantos pobres jornaleros que, al abandonar durante el día sus modestos hogares, para buscar un pedazo de pan en el trabajo, puedan llevar la confianza, de que sus inocentes hijos se hallan seguros en brazos de la caridad. Así se ven libres de tantos peligros, que abruma por las calles de los grandes pueblos a esa tierna infancia, cuyo oído delicado deja paso a toda clase de palabras, cualquiera que sea el labio que las pronuncia, y en cuyo corazón queda grabado el ejemplo de cuanto sus ojos ven. Mejor, que yo, comprenderéis, señores, la utilidad de estos asilos, que tienden a morigerar casi desde la cuna a esa numerosísima clase obrera, privada generalmente de medios para recibir instrucción; ella forma la gran masa de nuestras primeras poblaciones, y justo es inocular desde los primeros años en su infancia las grandes ideas de la moralidad, de la religión y del deber, antes de que la necesidad de los padres tenga que conducir a sus hijos al trabajo. Sólo así es posible enlazar las exigencias del siglo que avanza, con los eternos principios de la moral cristiana, que deben servir de base a los grandes cambios sociales que se están verificando. La niñez pertenece a todos; estos asilos la guían por la senda de la moralidad y de la virtud: cuando estos niños sean hombres serán buenos, cualquiera que sea la denominación que adopten los poderes públicos. he aquí por qué los gobiernos de todas formas, y los hombres de todas opiniones han prestado a estas salas la más decidida protección. Es obra de caridad, obra de filantropía, obra de patriotismo, obra de religión.

Así lo entendió hace muchos años la benemérita y celosísima Sociedad de Amigos del País, cuando concibió el proyecto de establecer en Valencia un Asilo de Párvulos.

Para ello nombró una comisión especial; pero circunstancias imprevistas y ajenas a la voluntad de sus respetables individuos dejaron incoado el proyecto, que nunca se echó en olvido, para poderlo realizar en la primera ocasión.

Poco después el gobierno recordó, en medio de sus altas atenciones, la necesidad de abrir estos asilos, dispensando para ello su elevada y poderosa protección. Tan oportuna medida fue secundada, como era justo, por la autoridad superior de esta provincia, y con la rapidez del entusiasmo se inauguró la escuela en los pisos bajos de la casa-enseñanza el día 10 de Octubre de 1853, bajo la dirección de D. Mariano Adúa, y con el nombre de Egaña, que fue el ministro que publicó el decreto. La apertura del establecimiento y el modo con que se había llevado a efecto, mereció el agrado de S. M., como se dignó manifestado en Real orden de 18 de Noviembre del mismo, año.

Para darle mayor extensión e interesar en su conservación a todas las clases de la sociedad, se formó una comisión, bajo la presidencia del Sr. alcalde, se formuló un reglamento de asociación caritativa; se recogieron suscripciones, y el Excmo. ayuntamiento, secundado siempre por la autoridad superior, completó la grande obra que acababa de inaugurarse. Razones de economía y consideraciones de utilidad obligaron en este estado a la comisión a impetrar la cooperación de las señoras religiosas de Loreto, a quienes un voto particular liga a esta clase de obras de instrucción, entre otras de caridad evangélica. La comisión halló pronto y eficaz auxilio en estas apreciables religiosas, y por disposición de la autoridad se encargaron del asilo en 13 de Enero de 1854.

Desde aquella época tomó el establecimiento rápidas y asombrosas proporciones, tanto en su parte material debida a la municipalidad y a su Sr. alcalde D. Juan Miguel de San Vicente, como en su parte moral, confiada a las inteligentes y activas religiosas. Se completó el menage, y concurrieron a la escuela 206 niños y 96 niñas, cuya dirección e instrucción no costaba sacrificio alguno, porque las religiosas prestaban este servicio tan útil, como cristiano, sin estipendio y sin honorario de ninguna clase. El establecimiento atrajo la atención; y la comisión recuerda con gratitud las felicitaciones verbales y por escrito; que se recibieron de las autoridades civiles y eclesiásticas, y de cuantas personas tuvieron la dignación de visitar el asilo, examinándolo hasta en sus menores detalles.

Mayor hubiera sido el progreso de la institución; más abundantes los resultados que se preparaban; y otras escuelas se hallaban próximas a abrirse, cuando los acontecimientos políticos del año último, y sobre ellos la horrible epidemia del cólera, vino a destruir las obras levantadas con tantos sacrificios y tanta abnegación, de los patricios que constituían esta asociación filantrópica.

Pero pensamientos tan humanitarios no mueren jamás, la conciencia pública les da una sanción sagrada; duermen; pero no perecen. La gloria de, hacer reaparecer este asilo se debe a la gran asociación de Valencianos, para celebrar el cuarto siglo de la canonización de San Vicente Ferrer. Guiada por un noble impulso ha hecho bribar en todas sus formas el genio inteligente y creador de nuestro país; pero ha tenido por base principal de su cometido la beneficencia y la instrucción. A manos llenas ha derramado los actos de caridad; y con una ilustración, digna de aplauso, deseó el establecimiento de esta escuela, dándole no sólo la vida, sino recursos también, para renovar su existencia. ¡Dios bendiga a

tan honrados patricios! Estos niños pronunciaran un día sus nombres; cuando los sepan, los bendecirán con más fe. Para no distraer sus urgentes y multiplicadas atenciones tuvo la asociación la bondad de consultar a la antigua comisión de párvulos y de apelar a su filantropía, para que emprendiera de nuevo la obra de este asilo bajo la invocación de San Vicente. Y la comisión se reunió, conferenció, evacuó su informe y aceptó el encargo que con tanta honra se le confiaba. Mientras la comisión se preparaba a los nuevos trabajos, la gran asociación, por consejo de la misma comisión, ponía la escuela bajo el amparo del Santo y bajo la inspección e influencia de la Sociedad de Amigos, a quien se debía el primer pensamiento antiguo. A esta comisión se agregó entonces la que existía de la Sociedad, y desde aquel momento ha sido uno el pensamiento, una la voluntad. La asociación ha dispensado recursos; el Excmo. señor arzobispo los dispensa también; el colegio del arte mayor de la seda no se ha olvidado de los niños; otras corporaciones y particulares, y hasta los escelentes y dignísimos poetas que han formado la corona magnífica a la gloria del Santo, se han acordado también de estos pobres. Los Sres. D. Antonio Ripollés y D. Manuel Benedito, diputados provinciales agregados a la comisión, han prestado servicios, que no olvidarán jamás las almas agradecidas. El Sr. gobernador civil y el alcalde constitucional han impulsado la obra, con esa protección que era de esperar de su ilustración y patriotismo: la junta directiva de este santo hospicio ha estado generosa hasta el extremo, ofreciendo sin dificultad alguna este recinto, que fue su antiguo templo; el director general de las hermanas de la caridad se ha prestado con delicadeza a facilitar la asistencia de dos religiosas de la orden, que vendrán a formar parte de esta comunidad con el objeto de dirigir la escuela. El Sr. clavario del colegio ha secundado a la junta removiendo toda clase de obstáculos; y se espera fundadamente en la caridad del Excmo. Sr. marqués de San José, para adquirir un trozo de su huerto contiguo, que hace falta para el complemento de la escuela. Todo esto ha sido rápido, casi improvisado: en horas se ha trasformado el templo y se han hecho obras importantes; el Excmo. ayuntamiento ha facilitado con una galantería digna de memoria, los enseres de la antigua escuela; se ha vuelto a recoger los niños, y a su instrucción se ha dedicado generosamente el Sr. D. Mariano Tamayo, profesor de la escuela Normal.

El local del asilo está, pues, escogido; las obras principiadas; preparada la instrucción; asegurada la subsistencia de las dos religiosas que la han de dirigir, y todo se ha hecho por momentos, para que llegara esta día. Y este día ha llegado, y San Vicente corona los esfuerzos de la comisión al ver honrado este venerable recinto con la presencia de las dignas autoridades y de personas ilustradas, que vienen a colocar la primera piedra de la obra social que se prepara. ¡Gloria a la asociación de fiestas; gloria a todos los bienhechores! ¿Cómo podré yo espresar toda nuestra gratitud? Hay acciones que no hallan recompensa digna en la palabra del hombre; su premio está en la conciencia. Pero entretanto ponemos esta obra en manos de la Providencia y bajo el amparo del Santo en cuya casa se albergan ahora estos niños; y esperamos que se concluirá, y esperamos que se perpetuará, dando lugar a la habilitación de otros asilos.

Gracias, pues, señores, a todos, en nombre de estos niños que no hablan todavía, pero que reciben el beneficio besando la mano que les acaricia; gracias en nombre de tantos padres de familia, pobres jornaleros, que os cercan por todas partes y os llenan de bendiciones; gracias en nombre de la comisión que, al terminar su obra, llevará el consuelo de que no le ha faltado ni la asistencia de Dios, ni la caridad de Valencia; gracias, en fin,

por mí, que puedo apreciar cuanto habéis hecho por este asilo, y la atenta bondad que habéis dispensado a estos recuerdos de una historia de caridad. Para cuanto habéis hecho, almas benéficas, por estos pobres, no hay recompensa bastante debida en la tierra.... pero sí la hay, señores: la hay en la conciencia de cada uno; y nunca falta un corazón agradecido que se acerca alguna vez al sepulcro del hombre honrado, para derramar una lágrima de bendición a su memoria. He dicho.

El público escogido, que llenaba el asilo, se dignó pero dispensar a este discurso los más lisonjeros elogios mayores los mereció la contestación del Sr. Vidaurreta, que estuvo oportuno, feliz, apasionado, y elocuente en su improvisación. En seguida se presentaron unos cincuenta niños, de uno y otro sexo, y ya por mano del Sr. presidente y de las demás autoridades, ya de otras personas, recibieron dos reales vellón, un ramo de flores, una estampita con la imagen del Santo y una medalla colgada de una cinta que se les puso al cuello. Un niño dio las gracias en dos solas cláusulas, terminando este acto, en que se vertieron lágrimas de ternura, de caridad y de consuelo. La escuela está concluida bajo el amparo de Vicente y de la Sociedad de Amigos del País; la caridad la sostendrá; los buenos patricios la dispensarán su cariñosa, protección.

Antes, empero, de estas funciones, en que el saber por una parte y la caridad por otra marcaban el progreso humano en general, y el carácter filantrópico de estas fiestas en particular, celebró otra la Sociedad Económica de Amigos del País. Desde los tiempos del Sr. rey D. Carlos III, ilustrado fundador de estas patrióticas instituciones, no habrá tal vez celebrado la Sociedad de Amigos otra sesión tan concurrida, tan brillante, tan nueva, tan sorprendente como la que tuvo lugar en la noche del día 2. Figuraos el espacioso patio de la Universidad cubierto con magnífico toldo: el ángulo que corre por la pared del edificio que fue de la academia de San Carlos ocupado por un alto y estenso entarimado, en cuyo centro, bajo regio dosel, se descubría el retrato de nuestra Reina Doña Isabel II, y a sus pies la presidencia, y a un lado y otro suntuosos sofás y sillones de terciopelo un ancho graderío conducía a este puesto de honor, y formando calle dos series de sofás, con asientos de terciopelo, que cruzaba de un extremo a otro del patio hasta el pie del citado graderío: numerosas filas de sillas se extendían por detrás de aquellos asientos; a la izquierda, y detrás de las sillas, una escalinata, destinada para los niños y niñas premiadas. la espaciosa galería del claustro cubierta de sillas, alumbrada con los faroles del establecimiento; la pared que ocupaba la presidencia velada por ricos tapices, y el entarimado por lujosas alfombras; una concurrencia inmensa compuesta de lo más noble, elegante y bello que encerraba la sociedad de Valencia; el profuso lujo de vestidos y adornos, autoridades civiles, eclesiásticas y militares; corporaciones de la capital; poetas, artistas, artesanos, escritores, militares, niños de San Vicente, de la Misericordia, de la Beneficencia, y de los establecimientos todos de instrucción primaria, perfume abundante de flores; iluminado todo por ricos candelabros y caprichosos juegos de luz de gas, colocados entre arcos de mirto; y una noche tranquila, y una orquesta numerosa, y un bienestar dulcísimo; y tendréis una idea imperfecta del aspecto poético, armonioso y mágico que presentaba aquella deliciosa reunión. Quisiéramos ver copiado en un lienzo aquel cuadro, único que hemos visto en su clase, y que fuera de los jardines de Luis XIV o Luis XV de Francia, no concebimos otro espectáculo igual. Teniendo a derecha e izquierda al excelentísimo Sr. capitán general y al Ilmo. Sr. obispo de Segorbe, y tantas y tantas notabilidades políticas, eclesiásticas y militares, presidía dignamente el activo, celoso y apreciable valenciano,

director de la Sociedad, el excelentísimo Sr. D. Vicente Rodríguez de la Encina, barón de Sta. Bárbara. La comisión encargada llenó sus funciones con galantería, con esmero y con eficacia.

Descubierto el retrato de la Reina, y poseído de la más profunda admiración el público escuchó el discurso, que por encargo de la misma Sociedad, pronunció el socio Don Manuel Benedito, cautivando por la manera y por las formas de su oración. Al concluir recibió una salva de prolongados aplausos, seguidos de ese murmullo grato, que anuncia la más completa satisfacción.

El discurso decía así:

En estos momentos en que la paz del mundo parece próxima a ser turbada por el choque de los opuestos principios y de las grandes ambiciones, que han escogido el campo allá en las estremidades de Europa, se ofrece un espectáculo grato y consolador al hombre contemplativo que asiste tranquilo a estos magníficos concursos, donde se ostentan, crecen e impulsan las artes de esa misma paz amenazada. Cuentan los viajeros que la naturaleza niega sus producciones al terreno situado al pie de los volcanes: el mundo moderno, por fortuna, aun en medio de sus continuas agitaciones, y del profundo desasosiego que causa la incertidumbre del porvenir, halla solaz y espacio para consagrarse a importantes descubrimientos, a mejoras utilísimas, a invenciones sublimes, y a empresas colosales, reuniendo después en más o menos vastas exposiciones los productos de su genio y de su industria, para que, siendo conocidos, el bien que de ellos resulte se difunda por todas partes. ¡Quién sabe, si los esfuerzos que se multiplican en este sentido, la rapidez prodigiosa de las comunicaciones, y el instinto de sociabilidad siempre creciente, lograrán al fin hacer refluir en bien del orden moral tantos y tantos progresos, como en el material admiramos cada día! Misterio es éste, que la Providencia esconde en sus profundidades: nosotros somos demasiado humildes, para intentar descorrer el velo; pero demasiado honrados, para dejar de espresar nuestro deseo ardientísimo de ver la paz, la concordia y la felicidad fijando su domicilio entre los hombres.

Involuntariamente me he extraviado de mi propósito; disimuladme. La benevolencia de la Sociedad me ha designado para decir os breves palabras sobre el objeto de este solemne acto. Procuraré ofrecerlo a vuestra consideración bajo dos diferentes puntos de vista; como estímulo poderoso de la industria y de las artes valencianas, como ofrenda a la memoria del más ilustre hijo del país.

Un clima templado, un cielo limpio y sereno, y un sol espléndido, no sirven solamente para dotar el suelo de fecunda vegetación: estiéndese su influjo a producir la viveza de ingenio, el despejo de imaginación que, en medio de una vida activa y laboriosa, dejan ver los felices habitantes a quienes cupo una parte privilegiada de la herencia común. Así favorecidos los valencianos, los faltaba ciertamente espacioso campo donde hacer públicos sus adelantamientos, e inflamar su genio con el eficaz auxilio de una noble emulación, y la Sociedad, primera siempre en acoger los pensamientos útiles, acudió presurosa a llenar la falta, creando las exposiciones. El progresivo alimento de objetos presentados, y de la concurrencia ávida de examinarlos que atraen, dice bien cuánto ha sabido el país conocer y apreciar tan importante mejora.

Pareciera a muchos que nuestra agricultura había llevado a los límites de la perfección, y sin embargo, la abundancia de productos, el mejoramiento de los frutos de antiguo conocidos, y la aclimatación de otros nuevos, vienen cada día a patentizar progresos en el cultivo, y a demostrarnos cuánto pueden avanzar las artes humanas, sin que lleguen a tocar la suspirada meta.

Reina de las flores llamó la poesía a nuestra patria desde muy antiguos tiempos, y con placer observamos los esfuerzos de la jardinería para conservar con brillo este hermoso título; vedla sino cómo engalana a las hijas del país, realzando su belleza, y adorna los altares, aumentando las pompas del culto.

La industria manufacturera, destinada a satisfacer necesidades de la vida, o a acrecentar sus comodidades, merece bien un lugar preferente en este rápido bosquejo de los modernos adelantamientos. No son escasos los que nos ofrece en sus diversos ramos, y tanto más apreciables cuanto debidos a una rivalidad empeñada y fecunda con industrias extranjeras, de cuyo yugo aspira felizmente a emanciparnos: especialmente fijan la atención los progresos de los hilados y tejidos de seda, cuya producción, si malograda dolorosamente en éste y el pasado año, no puede dejar de considerarse como una de las más ricas y espontáneas del país.

Demos también una mirada de complacencia a la juventud que con ardoroso anhelo cultiva las bellas artes: ellas ¡doloroso es decirlo! son las menos favorecidas por la época presente, escasa del espiritualismo que ha inspirado las obras maestras del arte, pero aun así, sobresalen algunas de aplicación práctica, y en otras de más elevado concepto, se advierten destellos luminosos, que recuerdan la patria de los Joanes y Riberas.

La educación y la instrucción, bien lo sabéis todos, han sido siempre objeto preferentísimo de las tareas de la Sociedad: en su amorosa solicitud han encontrado siempre las escuelas primarias sostenimiento o protección, y a sus constantes desvelos se debe la primera fundación de esas enseñanzas de que tanto provecho grangean las ciencias físicas, el comercio y la industria. En breve veréis el tierno espectáculo que presentan jóvenes y niños aproximándose a recibir la medalla de honor que premia y estimula su aplicación, y si los afanes de los amigos del país necesitasen alguna recompensa, veréis también cuán colmada la reciben en la dulce complacencia, que les hace experimentar este feliz momento.

Mas hoy todavía se ofrece otro motivo de gran satisfacción para el pueblo de Valencia. Volved los ojos al colegio de huérfanos de San Vicente Ferrer, y bajo su santa invocación, uniendo caridad a caridad, veréis renacer el asilo de los pobres parvulitos. ¡Ah! tengamos orgullo de este grande acto: el orgullo de hacer bien es tal vez el único disculpable.

Pero, señores, al recorrer la serie de los adelantamientos de nuestros días, debemos precavernos de mostrar injusto desdén hacia los que nos precedieron en el camino. Si nos ha cabido la suerte de vivir en el siglo del vapor y de la electricidad, a otros cupo no pequeña gloria, restaurando la nacionalidad, combatiendo la rudeza del feudalismo, encendiendo la apagada antorcha de las luces, y tras la sublime invención de la brújula, lanzándose a remotos mares en busca de mundos desconocidos. Los períodos de la vida de

la sociedad no se desarrollan aisladamente; para el desenvolvimiento de cada uno, sirve la nutrición de los anteriores. No de otra suerte sería posible reunir el fondo de conocimientos y de esperiencia, que se necesita para perfeccionar los más útiles inventos, estender sus aplicaciones, depurar las ideas, fijar los sistemas, y en lucha incesante de continuados trabajo, y de aciertos y de errores, preparar las conquistas de la civilización.

Agradecido y laudable ha sido, pues, el pensamiento de consagrar este acto solemne a la memoria del eminente patricio, a quien Valencia y el mundo aclaman héroe en la ciencia, en el gobierno y en la virtud. Su figura, humilde y colosal al mismo tiempo, se destaca en la historia de los siglos a que pertenece, como un faro luminoso entre las sombras. Repartió cetros, apaciguó reinos, difundió la caridad, protegió las letras, e inspirado del cielo, predicó la doctrina santa y civilizadora entre las gentes. ¡Cuántas grandezas reunidas en la vida de un sólo hombre! ¡Y cuánta enseñanza ofrece a los que se sientan con fuerzas, para desempeñar el papel de guías y conductores en la marcha de la sociedad.

No se espere, no, que llegue el hombre al límite de la perfección, concedida a la humana naturaleza, ni que florezca la paz, ni que reine el orden, ni que vivifique la libertad al mundo moral, si es que se cree y vive como nacido sólo para los goces de la tierra, reduciendo su alteza y dignidad a tan mezquina circunferencia. No; el hombre, criatura de Dios, debe vivir sobre todo en la esfera amplísima del espíritu, haciendo descender a su inteligencia y a su corazón algunos rayos de la razón divina, de la verdad absoluta y eterna. Así, y sólo así podrá sofocar las tendencias del sórdido egoísmo; conciliará su propio bien con el de los demás; impulsará las grandes creaciones de las ciencias y de las artes: se lanzará a empresas atrevidas; cruzará, si es posible, las regiones del aire; y corona de todos sus trabajos, serán la paz, la armonía, la facilidad del género humano.

Participad, pues, señores, de la fe que alienta mi corazón. En los adelantamientos todos del siglo, contemplad la mano de la Providencia. ¡Que se cumplan sus altos fines!

Un prolongado, repetido y espontáneo aplauso respondió a las últimas palabras del orador, que fue escuchado en medio del más profundo y respetuoso silencio.

En seguida se concedieron treinta y seis premios de medalla y cinta a otros tantos niños que, no escediendo de 8 años, resultaron en los exámenes más aventajados en todo el texto de la doctrina cristiana, leer impreso y escribir en pautado.

Treinta y un premios de medalla de plata y cinta a otros tantos niños que, no habiendo escedido de 10 años, resultaron dignos en los exámenes de doctrina cristiana, leer impreso y manuscrito, escribir en papel blanco y las cuatro reglas simples de aritmética.

Dos medallas de plata dorada y cinta a los dos niños menores de 12 años, impuestos perfectamente en las dos clases anteriores, en historia sagrada y la de España, conocimientos del sistema métrico decimal de pesos, medidas y monedas, gramática castellana y reglas de urbanidad.

Un premio especial de medalla de plata dorada con cinta de segunda clase a Enrique Juan, de la casa de Beneficencia, por haberse distinguido en los exámenes, para obtener el premio de tercera clase de la manera más aventajada.

Una corona de laurel y encina y cinta rotulada a Don José Lluch y Guas, de 11 años, que resultó sobresaliente en los conocimientos anteriores y en las cuatro operaciones de aritmética, en números quebrados y denominados, ortografía, sintaxis y prosodia de la gramática castellana y geografía de España.

Dos premios extraordinarios de medalla de plata de segunda clase y cinta de la tercera a Salvador Montaner y Juan Bautista Lleonart, de la casa de Beneficencia, opositores al premio de la corona.

Un testimonio de aprecio y nueve cartas de estímulo a otros tantos niños, dignos de este premio inmediato, y tres ejemplares del tratado de educación de Mr. Julien, y un oficio laudatorio a otros niños de bastante instrucción para obtener esta honra.

Entre las niñas fueron premiadas treinta de primera clase; veinticuatro de segunda; y dos de tercera que sabían doctrina cristiana, leer, escribir en pautado y en blanco, calceta, coser liso, las cuatro reglas simples de aritmética, coser primoroso, zurcir y bordar en blanco, al pasado y cadenilla, historia sagrada de Fleury, gramática castellana y reglas de urbanidad.

Una corona de flores y cinta a Doña Filomena Fernández, de 12 años, hábil en las clases anteriores y en las materias señaladas para este honor.

Seis ejemplares de las fábulas de Samaniego a otras tantas niñas, dignas de los premios inmediatos.

Se repartieron premios de 500, de 750, de 320 y de 250 a niños y niñas del colegio de niños de San Vicente Ferrer: una medalla de plata dorada, dos de plata con cinta de segunda clase, cuatro de plata y cinta de tercera, cartas de estímulo a otros tantos niños, y los mismos premios a igual número de niñas, que se distinguieron en la escuela gratuita de canto: doce medallas de plata de tercera clase, doce cartas de estímulo a otros tantos adultos y adultas, que merecieron estos honores, por su constante aplicación y aprovechamiento: premios a la preceptora y varias alumnas del Real colegio del Refugio, y al colegio de nuestra Señora de Loreto: premios especiales a diferentes maestros y maestras; una medalla de plata dorada de primera clase a D. Francisco Monforte, autor de la oda a San Vicente Ferrer; un testimonio de aprecio a D. Benito Altet, por un excelente, nuevo y difícilísimo canto en monosílabos valencianos en loor de San Vicente. Se declararon socios de mérito, y con aplauso público, a los excelentísimos Sres. barón de Santa Bárbara y conde de Olocau, a D. José Campo, director-gerente del camino de hierro y al escultor D. José Marzo.

En el ramo de agricultura, fueron premiados D. Pascual Maupoey, D. Vicente Lasala, D. José María Vallterra, Sr. canónigo D. Joaquín Carrascosa, Sr. conde de Ripalda, D. Joaquín Santonja e Hijo, D. Ricardo Stárico Ruiz, Don Luis Bordeore, D. Alejandro Martínez, D. Enrique Rubio, D. Salvador Bodí y D. Vicente Giner.

En exposición de frutos recibieron iguales distinciones D. Mariano de Cabrerizo, D. Vicente Andreu, D. Salvador Galán, D. Manuel Montesinos, D. Luis Corset, D. Andrés Sancho, D. Jaime Larrosa, D. Vicente Martínez y Peris y los Sres. Carreras y Compañía.

En la industria D. Ladislao Chornet, D. José Llorens, D. Gaspar Dotres, D. Antonio Oñate, D. Miguel Anadon, D. José Ramón Bonell, D. Martín Sanz y Rubio, D. Matías Sever y Tena, D. Mariano Garin, Sres. Garin, Ruiz y Compañía, D. Vicente Orduña e Hijos, D. Juan Miguel de San Vicente, D. Vicente Lajara, D. Pascual Martínez y Segarra, D. Joaquín Daroqui, D. José Bas, D. Francisco Seitre y Amorós, D. Ramón Sanchís, D. José Navarro, Don Francisco Malabonche, D. Ramón Gil, D. Rafael Formentin, D. Felipe Asenjo, D. Pedro Izquierdo, Sres. Estellés, Hermanos, D. Luis Reig, D. Jose Albert, la sociedad «La Constante», D. Bernardo Monserrat, D. Francisco Martín, D. Mariano Iborra, D. Juan Masfarner, D. Francisco Masip, Doña Concepción Lleó, D. Tomás Estellés y D. José Ibáñez de Rada, D. Pedro Gómez, D. Rafael Vilar y Psaila, Sres. Graus y Compañía, D. Tomás Miralles, D. José Muñoz, D. Juan Pedro Gaballer, D. Jacinto Quinzá, D. Alejandro Gilardi, D. Miguel Santamaría, D. Carmelo Noguera, D. Federico Larrosa, D. Francisco Larrosa, y al director de la fábrica de cigarros.

En la pintura D. José Gutiérrez de la Vega, D. Rafael Montesinos, D. Miguel Pou, D. Fortunato Bonich, D. Ramón Simarro, D. José Parra, D. José Lafaya, Don Gonzalo Valero y Montero, D. Daniel Cortina, D. José Estruch, D. Antonio Castelló, D. José Gallel, D. Antonio Bergon, D. José Brel, D. Manuel Lavernia, D. Agustín Ramel, D. Francisco Miralles, D. Bernardo Ferrandis, Don Ramón Rocafall, D. Salustiano Asenjo, D. Fausto Sancho y Fornes, D. Juan Antonio Barrera, D. Antonio Morata, D. Vicente Belmon, D. José Ferrandis, D. Carmelo Miquel, señorita Doña Isabel Pascual y Francés, D. José Romá, D. Francisco Venturas Roig y D. Rafael Marques.

En arquitectura D. Antonino Sancho y D. Vicente Alcaine.

En escultura D. Bernardo Llácer y D. Felipe Farinós.

En dibujo D. Agustin Mustieles, D. Juan Porcar, Don José Morell, D. Camilo Burguete, D. Fernando Miranda, D. José Coscollá, D. Joaquín Gimeno, D. Felipe Albiol, D. Ricardo López, D. Ramón Benso, D. Eduardo Amorós, D. José María Mifsut, D. José Ponce, D. Miguel Mollá, D. Pascual Bent, D. José Calvo, D. Timoteo Xarri, D. José Ibáñez y Puchades, D. José Beltrán y D. Vicente Monmeneu.

En fotografía y daguerrotipo D. José Monserrat, Don Francisco Carruana y D. Francisco José Barreda.

En litografía, iluminación y estampación D. Antonio Pascual y Abad, Doña Matilde Pascual y Francés y D. Isidoro Puig.

La distribución de tantos premios ocupó bastante tiempo pero amenizando sus entreactos con escogidas piezas de música y con la recitación de algunas poesías, dichas por niños y

niñas. Pero llamó la atención a aquella escogida concurrencia la soltura, gracia y entonación con que la niña Filomena Fernández dirigió la siguiente alocución:

Excmo. Señor:

«Poseído mi tierno corazón do, los afectos más dulces y encantadores, y embargada mi alma, todavía infantil, con el temor y respeto que la infunde la presencia de esta ilustre Sociedad, no acierta a formular un pensamiento, digno de la muchedumbre y grandeza de los objetos, que hoy tanto interesan a nuestra querida patria. Porque ¿cómo, ni qué puedo yo decir del acendrado celo de la Sociedad por la instrucción y progreso intelectual de la niñez y juventud valencianas? ¿qué del amor con que escita nuestra emulación y premia sobreabundantemente nuestros pequeños adelantos? ¿qué de los asiduos, trabajos con que ha promovido y llevado a cabo esta pública esposición, y del santo entusiasmo con que aspira a imitar las virtudes eminentemente benéficas del primero y más grande de nuestros héroes? En verdad que mi espíritu, de suyo débil, a fuer de pequeñuelo, se anonada ante objetos de tal magnitud, que bastaran a arredrar a ingenios vastos y experimentados en el arte de transmitir, por la palabra, las elevadas concepciones de su mente.

«Y crece aun mi turbación, cuando a todo aquello se añade el peso de esta corona... peso, sí, grave, hasta abrumador; pero corona que es mi orgullo, que hará el encanto de mi vida, que será siempre la joya más preciada de mi corazón, siquier contribuya en la hora a embargar mi lengua y me imponga el nuevo y más arduo deber de testificar la gratitud, que corresponde a la bondad y munificencia, con que después de haberme honrado con otros premios, superiores todos a mis cortos afanes, os dignasteis ceñir mis sienes con la auréola del triunfo, que yo depongo gustosa a vuestras plantas. ¡Oh padres! ¡oh amigos verdaderos de Valencia! Aceptad, os ruego, el homenaje que os rinde toda mi alma; y permitid que mi pensamiento, fluctuante a la vista de tantos objetos, se fije en uno solo, en el que debe hoy, sin duda, absorber toda nuestra atención.

«Que uno es, señores, y culminante sobre todos el que en estos días conmueve a nuestra patria y hace saltar de gozo a los hijos de Valencia. Vicente Ferrer al cabo de cuatrocientos treinta y seis años, que desapareció de sobre la tierra, y al completarse el cuarto siglo de su canonización, en la que fue aclamado, no sólo como otro de los próceres más eminentes en el reino de Dios, sino también como a uno de los primeros bienhechores de la humanidad; Vicente es el que arrebató por entero mi consideración, puesto que en él veo, el único resorte que impulsa y el blanco feliz a que se consagran los afectos, las obras y cuanto de grandioso tiene lugar entre nosotros. A él, pues, la gloria; a él, la bendición; a él, las alabanzas en este día; y toda vez que así lo desean nuestros corazones, séame lícito indicar cuán justos son y en rigor debidos a San Vicente los homenajes, que le tributa Valencia en el cuarto centenar de su canonización. Escuchad, escuchad.

«No se crea, señores, que aspiro yo a tejer el elogio de las virtudes y méritos de nuestro ínclito protector. Vana fuera e imperdonable presunción la mía, si osara pronunciar, con la feble voz de niña balbuciente, una loa que jamás saldrá perfecta de lengua alguna mortal. Ni lo sufren tampoco el fin que aquí nos consagra, ni los actos ya ejecutados, y los que han

de efectuarse en demostración del júbilo que nos domina. Pero ese mismo júbilo me obliga a inquirir cuál es su verdadera causa: ¿por que la memoria secular de los triunfos y glorias de Vicente Ferrer promueven a tan alto grado nuestro entusiasmo? ¿cómo su recuerdo viene a reunir nuestras voluntades y fuerzas, para inaugurar empresas y reproducir hechos muy semejantes a los que en él celebramos? ¡Oh! Ese es el poder de la verdad; esa la gloria especialísima del espíritu, que dirigió al Ángel de Valencia mientras vivió entre nosotros; espíritu de unión y de paz, de sabiduría y de amor; de beneficencia inagotable y de verdadero patriotismo.

«Estas palabras, si bien las notamos, comprenden toda la alabanza que puedo yo tributar a nuestro escelso patrono, y demuestran la estricta justicia que nos obliga a rendirle obsequiosos homenajes. Impulsado Vicente desde su nacer por ese espíritu de paz y de unión, dedica todos sus esfuerzos a unir a sus hermanos con tan dulces lazos, combatiendo por doquiera la discordia, el cisma y todo género de escisiones y revueltas. Notables son, entre otros mil, los inmensos trabajos con que procuró esterminar el gran cisma de Occidente, y logró dirimir en las célebres resortes de Caspe la cuestión dinástica de Aragón. El amor intenso, que profesa a sus semejantes, no se contenta con difundir entre ellos los tesoros de su sabiduría; quiere, a más, perpetuar la verdad y abrir a las generaciones venideras manantiales perennes de ilustración y de ciencia. Por ello, mientras que recorre con pasmosa velocidad las primeras naciones de Europa, atrayéndose los respetos y veneración de todas las clases y países, su grande alma forma vastos proyectos, que sirven a eternizar la verdad, y a propagar su luz por medio de los monumentos que levanta y de las escuelas que establece, cuales son aún de ver después del trascurso de más de cuatro siglos.

«Empero, qué, señores, ¿necesitamos nosotros buscar testimonios del amor de Vicente, y pruebas de su beneficencia inagotable? ¿no fue siempre Valencia, con sus fueros de madre, la ciudad más querida de su corazón? ¿Dónde se nos podrá señalar un momento, que sea comparable con el menor de los muchos que fundó entre nosotros? Colegio imperial de huérfanos; casas de refugio para el arrepentimiento; de consolación y de salud para todo género de males; cátedra sublime de la palabra de Dios; Universidad literaria!!! Señores, dignaos escusar la emoción que me agita... Después de enunciados rápidamente esos títulos inmortales de nobleza, que nos legó el gran Padre Ferrer, ya no me atrevo a proseguir enumerando otros que, aunque en menor escala, no dejan por ello de ser dignos de llamar nuestra atención y merecer nuestros encomios. Ni debo, tampoco atreverme a investigar la grandeza de aquellos beneficios, a describir su naturaleza, a medir su extensión, y a narrar algunos de los prodigiosos efectos que han producido; todos de honor y de exaltación para Valencia; todos de bendición y de gloria para Vicente. Cada uno de ellos puede asimilarse a un venero fecundo, cuya potencia crece, a medida que se le estraen más abundantes y preciosos caudales, o bien a un árbol frondoso, plantado por mano maestra, en tierra feracísima que produce más copiosos frutos, a medida que profundiza sus raíces y estiende sus ramas con el trascurso del tiempo.

«¡Ya nadie puede admirarse de que debiendo tanto Valencia al primero, al más grande de sus hijos, al que no tiene igual, Vicente Ferrer, se esceda a sí misma al tratar de pagarle el justo tributo de gratitud que le es debido. Que así y todo, jamás llegará el obsequio a igualar al mérito, ni la alabanza alcanzará la inconmensurable extensión del heroísmo, ni podrán nuestras solemnidades seculares espresar de lleno la dignidad del objeto a quien se

consagran. Convencida de ello la ilustre Sociedad de Amigos del País, ha juzgado muy acertadamente, que el medio más apto para solemnizar el cuarto siglo de la canonización de nuestro Patrono, es imitar las obras de su patriótica beneficencia, de su celo ilustrado, de su evangélica y heroica caridad. A tan noble fin ha dirigido todos sus conatos, y por ello merece nuestra gratitud, nuestro reconocimiento, los encomios de todos los valencianos, y este pequeño sacrificio de gratitud que nosotras, ¡oh mis queridas hermanas y compañeras! ofrecemos rendidas a los dignos socios nuestros bienhechores. Honor y hacimiento perdurable de gracias os tributamos, ¡oh padres y amigos verdaderos de Valencia! Vuestros nombres serán siempre en bendición, y los votos más fervientes de nuestras almas se dirigirán a obtener de Dios vuestra felicidad y la de la patria, cobijada bajo las alas protectoras de Vicente Ferrer. He dicho.

Fue tal el acento de ternura y de espiritualismo, con que la niña pronunció este discurso que arrancó multiplicados y generosos aplausos, disputándose todos, señoras y caballeros, el honor de acariciar y obsequiar a esta preciosa criatura. Sus padres debieron sentir un noble orgullo; y la niña recibió la ovación más completa, que se puede conceder al genio en reuniones de esta clase.

Los alumnos de la escuela de canto merecieron iguales aplausos al cantar la siguiente composición, poesía del Sr. barón de Andilla, y música del sabio y profundo maestro y director de dicha escuela D. Pascual Pérez.

Primer intermedio.

Coros de niños sin acompañamiento

Qué dones más puros

Te puede ofrecer,
Que el gozo que ostenta
La tierna niñez
Tu férvido canto
Circunde el dosel,
Donde ángeles ciñen
Tu frente, FERRER.

Tú, a cuyos prodigios
Se postra Luzbel;
Que amparas al pobre,
Que avivas la fe;
A cuya elocuencia,
Vencido el infiel,
Adora humillado
De reyes al Rey.

Contempla a la Iberia
Tu patria, que fue

De genios y santos
La cuna también;
Mirar orgullosa
Del Turia el vergel
Que el sol más fecundo
Te viera nacer.

Valencia sus flores
Ofrece a tu sien:
Tus hijos gozosos
Su amor y su fe.
Y el cuerpo que guía
La tierna niñez,
Celebra tu gloria
Premiando el saber.

Segundo intermedio.

Coro de niñas sin acompañamiento.

De amor el puro canto
Se eleve al cielo santo:
Sin sol, ¡qué fuera de la planta y flor!
Del pobre ¡qué la infancia!
¡Qué amarga la ignorancia
Si no velara un genio protector!

Ciñámosle de azahares
En plácidos cantares;
Que vuelen de VICENTE hasta el dosel,
Ardiendo en regocijos
Valencia, al ver sus hijos
Las sienes coronadas de laurel.

Coro de niñas acompañadas por la orquesta.

FERRER, el fértil suelo,
De España rica joya,
Bendíjolo ya el cielo
Porque nacieras tú.
Y a par las sedas de oro
Los frutos y riquezas,
Su más rico tesoro
Que el sol de tu virtud.

Coro de niños acompañados por la orquesta.

Feraz da plantas bellas,
Tapízase de flores;
Que imiten sus doncellas,

Su mágico candor:
Y pues que siempre trajo
Virtud y paz al alma,
Inspírame al trabajo
El más ardiente amor.

Niños y niñas.

Cantemos unidos, de júbilo llenos:
Valencia tributa a VICENTE su palma,
Millares de seres hoy tienen un alma,
Tan sólo que a un tiempo les hace sentir.
Y el Turia orgulloso contando sus glorias,
Mirando en su mente prodigios sin cuento
Ve a Edeta asombrada olvidando un momento
Las glorias sangrientas de Jaime y del Cid.
Llor a VICENTE, al apóstol hispano
Tan grande en virtudes, tan rico en la ciencia;
Así sus ejemplos imite Valencia,
Y arribe al más alto y brillante esplendor,
En tanto él proteja a los nobles amigos
Que sirven al pobre de amparo y de guía.
Y abriendo a las artes y ciencias la vía,
Nos llevan al templo de gloria y honor.

El Sr. presidente terminó este acto dando las gracias con toda la efusión del entusiasmo y del agradecimiento, dejando en el público una de esas impresiones, que no se borran en mucho tiempo. La Sociedad de Amigos se cubrió de gloria; Valencia la considera como uno de sus más bellos adornos.

La ilustrada corporación del Liceo celebró también en la noche del 30 de Junio una función amena de canto y declamación, destinando la mitad del producto para los pobres de la parroquia de San Esteban y la otra mitad para la asociación caritativa de Ntra. Sra. de los Desamparados. La función fue variada, escogida y brillante, como debía esperarse de un cuerpo que reúne tanta galantería, tanto gusto y tan apreciables talentos.

Capítulo XIV.

Función de los profesores músicos.-Procesión general.

Describimos con gusto la función de los profesores músicos de la capital, porque nos place todavía recordar los detalles de aquella fiesta, en que la poesía hallar pudiera una fuente de inspiración. Hermanados bajo la invocación de San Vicente, desearon estos entendidos profesores solemnizar a su ilustre Patrono, compitiendo con los poetas. Resueltos a llevar a cabo su pensamiento, celebraron una reunión parcial, de la que saltó una comisión nombrada para realizar el proyecto. Apoyaron el mismo los Sres. D. Pascual

Pérez y Gascon, organista de esta santa iglesia Metropolitana; D. Vicente Sales, primer sochantre de la misma; D. Pedro Sales y D. Joaquín Armengot, domeros de la referida iglesia catedral; D. Onofre Comellas, director de la orquesta del teatro Principal; D. Juan Bautista Plasencia, organista del colegio del Sr. Patriarca; D. Teodoro Bueno, músico mayor del cuerpo de Artillería; D. José Altamira, del regimiento infantería Inmemorial del Rey, núm 1; D. José Ariño, del de San Fernando, núm, 11; y D. Carlos Llorens, del de Asturias, núm. 31. Con anuencia de la autoridad se verificó otra reunión general de todos los profesores, el día 30 de Mayo, en los salones del Liceo valenciano. Apenas se hizo presente el objeto de aquella conferencia, todos, sin ecepción, aceptaron el proyecto con entusiasta unanimidad, ofreciendo cooperar con sus recursos y sus conocimientos. En seguida se procedió a nombrar la comisión que, intérprete de sentimientos tan dignos, debía entender en la realización del plan convenido; quedando elegidos D. Vicente Sales, D. Joaquín Armengot, D. Rafael Ubeda, D. Salvador Giner, Don Mariano Herbás, D. Vicente Viciá, D. Juan Pinazo, D. Salvador Agosti y D. Vicente Beneito. Los trabajos de esta comisión correspondieron al buen éxito, que obtuvo la gran festividad musical.

Llegó el día 5 de Julio; y a las nueve de la mañana se hallaron reunidos en la plaza de la Constitución todos los profesores, tanto organistas, como de orquesta, cantantes, y maestros de piano, y las tres bandas militares de la milicia nacional, con uniforme de gala y en número de trescientos cincuenta. Acto continuo se llevó la imagen del Santo en solemne procesión desde la referida plaza hasta la iglesia de los caballeros de nuestra Sra. de Montesa, conocida por la iglesia del Temple, debiendo notarse la estraña coincidencia que, sin preceder arreglo alguno, llevaron el anda cuatro individuos de. la familia Beneito, todos primos hermanos, y dos de ellos, llamados Vicentes. La procesión guardó el orden siguiente: rompía la marcha un piquete del 2.º batallón de la milicia nacional; en seguida la música del país en número de veintiocho individuos; los estandartes de la ciudad, llevados por los heraldos; numeroso acompañamiento de profesores con luces; la banda de música del regimiento del Rey, número 1.º; el estandarte con la efigie del Santo, precedido de la banda de música del cuerpo de Artillería: otro acompañamiento, y el anda con la imagen del Apóstol de Valencia; cerrando la comitiva las batidas militares de los regimientos de San Fernando y de Asturias, y dos compañías del 2.º batallón de la milicia nacional. La carrera fue ésta: plaza de la Constitución, calle del Miguelete, a la calle de Zaragoza, plaza de Santa Catalina, calle del Mar, y plaza de Santo Domingo a la iglesia del Temple. Al salir y entrar la imagen en el sagrado recinto, varias señoritas de las familias de los profesores arrojaron multitud de flores y de versos desde lo alto de los balcones, que coronan la fachada. Fue preciso convidar por medio de billetes; y a pesar de esta precaución, la linda y esbelta nave de la iglesia no pudo contener a la muchedumbre, que buscaba ansiosa un punto para penetrar en ella. La iglesia estaba sencilla pero elegantemente decorada, y bajo rico dosel se colocó la imagen del Santo. Celebró la misa el Sr. Don Francisco Villalba, canónigo de esta iglesia, vice-rector, decano y catedrático de la facultad de jurisprudencia, y persona entendida también en los estudios filarmónicos. Se cantó la segunda misa de Cherubini, formando la orquesta treinta violines, cuatro violas, tres violoncelos, nueve contrabajos, cuatro flautas, dos octavines, cuatro oboes, seis fagotes, seis clarinetes, seis trompas, seis cornetines, seis trombones, dos figles, un bombardón, y timbales, bajo la dirección del joven D. Onofre Comellas. Antes de principiar la misa se tocó una gran sinfonía, compuesta por D. Carlos Llorens, músico mayor del regimiento de Asturias, núm. 31, y en seguida se dio principio a la sagrada ceremonia. Formaban el coro los cantantes de

la capilla de la Catedral y la del colegio del venerable Señor patriarca y otros muchos, en esta forma: trece altos, diez y siete tiples, veinte tenores y veintisiete bajos, dirigidos por el respetable profesor D. Pascual Pérez y Gascon. El gradual era obra del malogrado joven y compositor D. Juan Bautista Plasencia, dirigida por el mismo. Al ofertorio se tocó por la orquesta la obertura de la ópera *Il Zampa*. sólo con el conjunto de tantas voces y tan numeroso instrumental, bajo la dirección de personas tan competentes, se pudieron comprender las sublimes melodías de Cherubini, y los excelentes rasgos de las obras de los Sres. Llorens y Plasencia. Tanta dulzura, tan suaves armonías arrancaron más de una lágrima; y no hubo un corazón que no palpitase de júbilo religioso, mezclado de esa plácida melancolía que exhalaban aquellos cantos de este gran concierto religioso, si podemos llamarlo así. Nada extraño es, pues, que inspirado por estas deliciosas armonías estuviera tan elevado, tan elocuente y tan digno de su reputación el orador D. José Ortiz y Pérez, canónigo de esta iglesia, cuando aludía en su discurso a la circunstancia de haber acompañado a San Vicente algunos músicos en sus diferentes misiones. Jamás hemos asistido a una solemnidad de esta clase, tan admirable por el conjunto de melodías y de voces.

Si grande, sublime y patética fue la función religiosa, no fue, menos fantástico, expansivo y grato, el concierto monstruo que se dio por la noche en la plaza del Mercado. Apoyado en el prolongado lienzo del muro, que forma la pintoresca fachada de la lonja de la seda, se levantó un tablado de ciento sesenta palmos de largo, sobre setenta de ancho, adornado competentemente y alumbrado por sesenta hachas de viento. Tomaron parte en este solemne concierto la orquesta referida, las cuatro bandas militares, que contaban más de cincuenta individuos cada una; las bandas de tambores y cornetas, correspondientes a cada uno de los regimientos antes indicados, y los clarines del regimiento de caballería de la Reina, 2.º de Carabineros. El concierto guardó el orden siguiente: gran sinfonía a toda orquesta compuesta por el joven y entendido profesor D. José Vidal, maestro de coros y segundo director del teatro Principal; aria de tiple de la ópera *El Pelayo*, del maestro Solera, arreglada para banda militar por D. José Altamira; introducción de la ópera *Semiramide*, arreglada para banda militar por D. Teodoro Bueno; plegaria y coros, escrita espresamente por el profesor D. Hipólito Escorihuela, organista de la iglesia parroquial de San Martín, letra de D. José Zapater y Ugeda; introducción de la ópera *La Esmeralda*, arreglada para banda de música, tambores, cornetas y clarines, por D. José Ariño; un himno para orquesta y bandas, escrito espresamente por el ilustrado e inteligente profesor D. Pascual Pérez y Gascon, letra de D. Juan de Dios Reig; finalmente, una pieza titulada *La Batalla de Inkerman*, compuesta para bandas de música, tambores, cornetas y clarines, por D. Carlos Llorens, dedicada a Napoleón III, emperador de los franceses. He aquí la letra del himno dedicado a San Vicente Ferrer, por los profesores de música de esta ciudad en el cuarto siglo de su canonización.

CORO.

Salve ¡oh patria! tu plácido canto

Hasta el trono se eleve de Dios:

Nuestros himnos ensalcen al Santo

De tus glorias la gloria mayor.

1.^a

No de Marte los triunfos sangrientos
Hoy el férvido acento proclama;
No del sabio dilata la fama,
Que cual sombra ligera pasó.

Nuestro canto es el eco gozoso,
Que inmortal en los siglos resuena...
De VICENTE la gloria le llena,
Y el Eterno su gloria le dio.
Salve ¡oh patria! etc.

2.^a

Ángel puro de nítida esencia
Le adornaron las gracias del cielo,
Y entre aromas, que exhala su suelo,
Dulce patria su cuna meció.

Astro bello sin lánguida aurora,
Al nacer deslumbrando fulgente,
Dio el Señor viva luz a su mente,
Y radiante la esfera inundó.
Salve oh patria! etc.

3.^a

Si con bárbaro son la discordia,
Ronco grito dio a España de guerra,
Inspirado su labio a la tierra,
De alma paz la ventura tornó.

Si la nave de Pedro vacila
Al embate de viento furioso,
Dobla el mundo su frente piadoso
Al que el santo de Edeta aclamó.
Salve ¡oh patria! etc.

4.^a

A su voz para el huérfano triste
De piedad los raudales brotaron;
A su acento las glorias brillaron
Del saber, que mi patria ostentó.

Nunciador de las célicas iras,
Ángel fue de misterio profundo,
Y aun sus ecos repiten al mundo
«Ensalzad y temed al Señor.»
Salve ¡oh patria! etc.

Pendiente de tan numerosas armonías se veía por toda la extensión de la plaza del Mercado, y en las ventanas, balcones y azoteas una muchedumbre silenciosa y compacta,

que no toda podía disfrutar, por la distancia, de las delicias, de los encantos y de la música. Millares de luces alumbraban este vasto pavimento, hermo­seado con los numerosos árboles que lo cruzan, por los elegantes adornos e iluminación de la fachada de San Juan, del altar de San Vicente, y de la fuente monumental. ¡Cuánto debió gozar el que supo sentir! ¡cuánto podría decir en nuestro lugar, cualquiera de los numerosos poetas que hoy forman en Valencia el Parnaso del siglo XIX! A la mitad del concierto, y para dar treguas a los profesores, se disparó sobre la fuente monumental un vistosísimo castillo de fuegos artificiales, formando un variado y completo juego con los surtidores de agua, que cubrían la gran taza o baño de hierro. La noche suave; el cielo sembrado de estrellas y sin nubes; el murmullo de los árboles y de la caída de las aguas; el reflejo de tanta luz, y las armonías, ya tiernas, ya patéticas, ya belicosas de tanta música a la vez, dejaron en el alma un apaciguamiento delicadísimo, y arrancaron repetidos vítores y aplausos; sobre todo, cuando los grandes golpes de la Batalla de Inkerman escitaron el ardor belicoso de nuestro pueblo, apacible y militar a un tiempo, como el pueblo de Solon. Y concluyó el concierto después de dos horas de armonías, y la muchedumbre se dispersó tranquila, satisfecha, y prodigando a los profesores músicos los elogios que se merecían, y que nosotros les concedemos de justicia y con la más estricta imparcialidad. Todos llenaron su deber; todos correspondieron a la merecida reputación de que disfrutaban, y de que dieron la más insigne prueba en este día.

Para completar el cuadro de las funciones religiosas, nos reservamos para este lugar la descripción de la solemne y extraordinaria procesión general, que se verificó en la tarde del domingo 1.º de Julio.

Durante la mañana entraron millares de forasteros, procedentes de los pueblos de la huerta de la capital, cuya concurrencia fue mucho mayor por ser día de precepto.

Con el objeto de facilitar el tránsito a la gente, se dispuso que no ocuparan indistintamente la carrera la multitud de sillas que, en otras funciones análogas, obstruyen el paso y las avenidas de las calles. sólo se permitió levantar escalinatas en la plaza de San Gregorio y la de San Francisco; siendo notables los tablados de este último punto por su extensión, solidez y elegancia. Para evitar un derrumbamiento de estos anfiteatros, se dispuso que fueran de una altura precisa, a fin de impedir que debajo se colocarán gentes, y que no fuese peligrosa la caída, en el caso desgraciado de desplomarse.

La carrera estaba colgada; el suelo cubierto de arena, mirto y arrayan; y antes de las tres, hora señalada para la salida de las rocas, no había balcón, ventana, azotea, ni zaquizamí, que no mostrara multitud de cabezas. La carrera, en su larga extensión, ofrecía una masa apretada e inmóvil, por la estrechez del recinto que la contenía: trages de todas clases, gentes de toda la provincia y de fuera de ella, y extranjeros no pocos; un sol brillante, una brisa fresca del mar, perfume en los vestidos de las damas, oleadas en varias direcciones, silenciosos los ángulos estremos de la ciudad, he aquí. el aspecto de aquella tarde deliciosa. A las dos se hallaban en sus puestos los tiros que debían conducir las rocas y los carros de triunfo, y principiaban a concurrir al patio del palacio arzobispal los pueblos, que acudieron a la invitación del alcalde constitucional de Valencia. Los cleros, las cofradías, los gremios y oficios iban a tomar el puesto señalado dentro de la Catedral.

Dieron las tres y se disponía a arrancar la roca de la Trinidad; cuando un aficionado que subió al carro, llamado José Ripoll, cayó sin sentido sobre el gigantesco carruaje. Acude al punto el Sr. alcalde D. Vicente Piñó y Ansaldo, levantan al paciente, le bajan de la roca, condúcenle al antiguo laboratorio de farmacia del Dr. D. Miguel Domingo; pero todos los auxilios fueron inútiles. ¡Había muerto! ¿De qué? se preguntaba la gente. De un ataque cerebral, respondían unos; de un aneurisma, replicaban otros. A ninguno se dijo, que era un caso de cólera fulminante. ¿Para qué? La gente nada sabía; y se divertía, y can taba, y vivía alegre; ¿por qué arrojar en sus oídos ese grito de alarma? Bastante había hecho algunos días antes el ilustrado y simpático Dr. D. Joaquín Casañ, con calmar las sospechas públicas marcando los caracteres de una dolencia estacional, que era fácil confundir con los síntomas de una horrible epidemia. El Sr. Casañ hizo un bien; y habló con sinceridad y laudabilísima intención. ¿Hacía, sin embargo, el cólera en secreto algunas víctimas? Hería ya; pero la autoridad, previsora, prudente y sagaz, echaba velos sobre las fosas; pasaba la muerte y ninguno percibía su paso silencioso: habían ya principiado las fiestas; ¿era cuerdo suspenderlas? No, y mil veces no: adelante, pues: las rocas han salido; el pobre aficionado quedó olvidado; sólo quedó un vacío en su familia; la multitud no lo echó de menos.

Y las rocas emprendieron su marcha desde la plaza de la Constitución, por la calle de Caballeros, Tròs-Alt, Bolsería, Mercado, Flasadars, Porchets, San Vicente, Sangre, plaza de San Francisco, calle y plaza de las Barcas, calle de la Universidad, Comedias, Cullereta, Mar, Santo Domingo, Congregación, otra vez a la calle del Mar, plaza de Santa Catalina, calle de Zaragoza, a su casa.

La gente formaba dos muros móviles, que se ensanchaban o estrechaban según la dirección de estos carros colosales, y se prolongaban desde la plaza de la Constitución, siguiendo, sin interrupción alguna, toda la estensa carrera. En las plazas y plazuelas era mucho mayor la afluencia, sin que en tan largo trayecto se lamentara una desgracia, ni una riña, ni un robo, tan común en las grandes reuniones en que pululan los rateros.

Poco se hizo esperar la procesión: Algunos batidores de caballería marchaban delante de los pendones de la ciudad, empujando una multitud. de personas de las que forman en todas las carreras de la procesión su más delicioso paseo. Y en efecto, lo es para el que tiene pretensiones de agrandar, o de ver, o de ser visto. Este es el punto escogido por los que esperan, o por los que desesperados en correspondencia amorosa buscan objetos de recreo o de nueva conquista.

En pos de los pendones venían los enanos y gigantes, precediendo a los carros de triunfo que hemos descrito ya, y cerrando esta larga hilera de objetos grandiosos, el pesado carro que conducía el gigantesco San Cristóbal de los pelaires. Cuatro robustos bueyes, con las astas y pezuñas plateadas, tiraban del imponente carretón, entre el murmullo gozoso de los asombrados espectadores. Seguían los niños de las casas hospitalarias de la Misericordia y Beneficencia, vestidos con ese decoro, aseo y uniformidad, que Valencia admira en sus asilos de piedad, donde se egerce la caridad en su más estensa protección.

Venían después las cofradías y hermandades, entre las cuales recordamos la de nuestra Señora del Rosario de la iglesia del Pilar con su devota y venerable imagen titular, la archicofradía de nuestra Señora del Remedio, con la suya peculiar; la de la Pastora y Ángel

San Miguel, con el guión y su graciosísima imagen; la de nuestra Señora del Carmen, con guión y la imagen titulada la Principal, acompañada de numerosos cofrades y de doce niñas vestidas de blanco, con sus correspondientes adornos, llevando en las manos algunas alegorías, propias de la Virgen, y además la música del batallón de artillería de la milicia nacional; la del Santísimo Cristo de la Agonía, establecida en el Sto. Hospital general, con su sagrada y veneranda imagen de preciosísima escultura, y a quien se rinde una devoción extraordinaria, llevaba un lucido acompañamiento, y treinta y seis dementes, con los trages del hospicio, y como recuerdo de la primera fundación de este magnífico hospital, y con un cirio cada uno, escoltados por un piquete de la milicia nacional: y finalmente, la venerable orden tercera de San Francisco de Paula, con los dos estandartes de la orden numerosa comitiva, alumbrando la hermosísima imagen de Sta. Juana de Valois, el guión y la magnífica y espléndidamente vestida imagen de San Francisco de Patria. Los hermanos llevaban también ramos de flores.

A esta numerosa y devota comitiva seguían los gremios y oficios, que tanto papel representaron en el gobierno foral de nuestro antiguo reino: los sastres con su bandera y andas; los molineros con su bandera y la imagen de la Virgen Morenita; los torneros y silleros con sus ricas andas nuevas, una danza y música; los cerrajeros y hojalateros con su bandera y la imagen de Sta. Lucía; los carpinteros con sus banderas y dos andas; los sogueros con su bandera, la imagen de la Virgen de los Desamparados, y música; los horneros, con su bandera, las imágenes del Salvador y de nuestra Señora de las Mercedes, y música del país y militar; los zapateros con la hermosa reliquia de plata de San Crispín, y la de plata de San Francisco de Asís, patrón del gremio, alumbradas por faroles nuevos de buen gusto, y acompañando una música militar; y los roperos con una danza de etíopes, moriscos y cruzados, el estandarte de la cruz y la imagen de San Jaime Apóstol, llevada por cuatro jóvenes vestidos de turcos; los esparteros y alpargateros con la devota estatua de San Onofre; y, finalmente, los pelaires con la imagen de la Santísima Trinidad.

Imponente, grave y vistosa al mismo tiempo era esta larga comitiva de honrados artesanos, que a pesar de las circunstancias angustiosas que habían atravesado, se esforzaron en corresponder al justo y distinguido concepto que se merecen de los hombres pensadores. Cada oficio ocupaba el lugar que de antiguo vienen guardando en estas solemnidades; y según el orden con que los nombran tal vez los venerables fueros de Valencia.

Seguían después los pueblos de nuestra huerta; no todos, como se esperaba; unos por su larga distancia, otros, como Liria, afligidos entonces por la horrible epidemia del cólera, y no pocos por circunstancias no menos tristes, como la pérdida de las cosechas. Invitados todos, casi todos respondieron; pero no todos tuvieron el gusto de poder concurrir. Esto impidió tener dispuestas las banderas que cada pueblo debía llevar: no todo lo que se pensó, pudo llevarse a efecto. Estas son las condiciones de las cosas humanas. Recordamos, empero, al pueblo de Patraix, llevando la imagen de San Roque, y música militar; el de Manises, con la de San Justo y Pastor, con otra música; el de Burjasot, con la de la Virgen de la Cabeza; el de Picasent, con la de la Virgen de Vallibona; el de Alboraya, con la de San Cristóbal, y que mereció honrosa distinción por el acompañamiento de jóvenes vestidos todos de pana de color igual y llevando hachas de viento; el de Torrente, con su estandarte y San Luis Beltrán; Pula, con la veneranda Virgen de este nombre; Rafelbuñol,

con la Virgen del Milagro; Moncada, con la imagen de Santa Bárbara; Alacuás, con la de la Virgen del Olivar; Chirivella, con la de la Virgen de la Salud; Mislata, con la de la Virgen de los Angeles; Alfafar, con la de la Virgen del Sepulcro; Benimaclet, con los Santos de la Piedra; Albalat, con los mismos Santos; Campanar, con la Virgen que lleva su nombre; Masamagrefi, con San Juan Evangelista; Aldaya, con la imagen de San Miguel; Cuart, con la de nuestra señora de la Luz; calle de Cuarto extramuros, con la de la Virgen de los Desamparados; calle de San Vicente, con las de la Virgen del Rosario, San Buenaventura y el Cristo de la Providencia; y la calle de Murviedro, con el Cristo de la Fe y nuestra Señora de la Merced; y el de la Villanueva del Grao, con lucido y grave acompañamiento de patrones y marinos, llevando las dos grandes y venerandas reliquias de su iglesia, la Cruz y la escalera, conducida en hombros de respetables ancianos, hijos del mar, solitarios del océano, que arrojan sus días a la merced de las tempestades con el valor del marino y la fe y la esperanza del cristiano. Esta sección de la procesión general recordaba el magnifico país donde se asienta Valencia y los pueblos, habitados durante tantos siglos por la raza árabe, cuyo tipo y cuyas costumbres no se han borrado todavía. Descendientes unos de los soldados cristianos conquistadores, y otros de los orientales o africanos puros, conservan todavía nuestros pueblos un cierto tinte original, que sólo se ve en esta provincia. Aun pasarán siglos, antes de que se borren muchas de las huellas de los árabes y almorávides: pero mientras haya agricultura, vivirá la memoria del pueblo musulmíco.

En el siglo anterior y hasta el año 1837 cubrían gran parte de la procesión las comunidades religiosas, con hábitos de todos colores y de diferentes cortes, en que se descubrían restos del traje romano, de los orientales del bajo imperio y de la época de las cruzadas. Muchos de nuestros jóvenes lectores no tienen una idea de aquella estensa comitiva de personas religiosas, cuyos institutos han producido tantos bienes en su día, y sobre, cuya utilidad o por juicio se ha cuestionado, tanto ¡Hoy han desaparecido: la antigüedad va derrumbándose a toda prisa; ojalá sepamos sustituir sis cosas buenas, con otras tan útiles al menos y de tan prodigiosa duración!

Y pasaron los pueblos con sus santos titulares, y las danzas que representaban los antiguos estados de la corona de Cataluña, Aragón, Mallorca y Valencia, perfectamente vestidas y con asombrosa propiedad. Los trages eran buenos; las niñas y los niños agraciados, y los pueblos recibieron con estas danzas el obsequio que se merecían; así como fueron dignos también del galante oficio de gracias, que poco después les pasó nuestro alcalde constitucional.

Venían en pos de los pueblos los niños del colegio imperial de San Vicente y los cleros de las catorce parroquias de la capital, con las cruces y las magnificas imágenes de sus santos titulares. Ancianos venerables por su edad, su virtud y su ciencia, y jóvenes, llenos de celo, de caridad y de resignación formaban la representación de nuestro estado eclesiástico, merecedor del respeto que se debe a su abnegación y virtudes apostólicas.

Como en el siglo anterior, la Asociación había ofrecido también un premio al que presentara la cruz parroquia mejor engalanada. Y este honor recayó en la de los Santos Juanes. He aquí sus adornos. En el remate del mástil, que sostiene la cruz, había un círculo adornado de cristal, y encima de su plano, mirado de frente, aparecía la fachada del convento que fue de monjas Magdalenas (hoy no existe), ante el cual se representaba el

pasaje de la vida de San Vicente Ferrer, en que predicando al pueblo le descubrió la necesidad de socorro que había en cierta casa, junto a la iglesia de Santa Catalina, cuyo pasaje es conocido vulgarmente por el milagro del pañuelo. La imagen del Santo estaba en el antiguo banco de piedra que cubría la fachada del referido convento, predicando a un concurso de gentes de todas clases y condiciones, y el pañuelo se veía volando por el aire; unos estaban en actitud de seguirlo, otros mostrando una estraña admiración, siendo corpóreas todas estas figuras: pero. había además de éstas, otro grupo de perspectiva a la puerta de la iglesia, como representando un gran concurso. Al pie de la misma cruz se veía el globo de la tierra, con el cordero sobre el libro de los siete sellos y al otro lado el águila del Evangelista. Más arriba de estos geroglíficos aparecían enlazados la trompeta, la mitra, el lirio y el libro de San Vicente, con cuatro relicarios de plata de los Santos Juanes Bautista y Evangelista, y otros a los ángulos del centro: en los cabos había tres medallones dorados del Padre Eterno y titulares, rodeándoles en movimiento la siguiente inscripción: EL REVERENDO CLERO DE LOS SANTOS JUANES AL APÓSTOL VALENCIANO EN EL SIGLO IV. Finalmente, por esta parte se veía toda la cruz guarnecida de un dibujo de flores artificiales; y terminaba con la palabra TIMETE, que era de plata. Mirada por la espalda se admiraba preciosamente copiada la fachada y portada principal de la iglesia con su torre y campanas, que tenían movimiento; y en la superficie que figuraba la plaza, había figuras mirando al público, y señalando la puerta, como diciéndose mutuamente: ésta es la parroquia, que se esmera en el ornato. En el centro de dicha fachada estaba la imagen de la Concepción Inmaculada, coronándola el Espíritu Santo. Más abajo de ella un relicario preciosísimo de San Lorenzo, en el acto de su martirio, y terminaba todo con los correspondientes adornos de flores.

En armonía con la cruz se notaban los dos candelabros, que llevaban los acólitos, formando cada uno de ellos un Jardincito, cercado por un enverjado plateado y dorado, en medio una fuente artificial, y en el plano varios arbolillos y cuadros de plantas y flores, dejándose ver en acto de, volar diferentes avecillas, que saltaban de los árboles, desprendiéndose finalmente por la parte inferior cintas de color, enlazando graciosas coronitas de flores artificiales.

La vista de estos tres magníficos objetos escitaba, al paso, un delicioso murmullo de aprobación, atrayendo todas las miradas que se fijaban en ellos con asombrosa admiración. La cruz parroquial de San Salvador y San Valero llevaban también un sencillo adorno, que mereció las más justas alabanzas, obteniendo el premio de accesit.

Seguían al clero los veintiséis ciriales, llevados por los veintiséis personajes, con túnicas blancas y corona dorada, que representan los del Apocalipsis, e interpolados con ellos los doce apóstoles. En seguida venían los dignísimos alcaldes de barrio, numerosos convidados, tanto militares, como paisanos, los individuos de la gran Asociación de fiestas, las corporaciones y altos funcionarios, el clero catedral, con sus soberbias andas de plata, el ilustrísimo cabildo, interpolado con los caballeros del Real cuerpo de maestranza, oficiales generales y grandes de España, y toda aquella magestuosa comitiva, ricamente vestida, cubiertos unos de bandas y cruces, y mostrando otros las altas dignidades de la patria, precedía a la hermosa imagen de plata, que representaba el pobre y humilde hijo de un escribano, al penitente religioso; tributando a la pobreza y a la humildad una ovación de más elevado carácter, que las del pueblo romano delante del carro de batalla de sus

cónsules y emperadores. Doce niños de San Vicente alumbraban al Santo; y aquellas luces, aquella grandeza, la armonía de las músicas y el aplauso y los vítores de la multitud, que se prosternaba por gratitud y por veneración, arrancaron más de una lágrima de los ojos del hombre pensador. Detrás de la imagen marchaba de preste el Excmo. e Ilmo. Sr. arzobispo, quien a pesar de su edad avanzada y de la larga carrera, no descansó un sólo momento. Acompañábale también el Ilmo. señor obispo de Segorbe; cerraba la procesión la comisión de la asociación de fiestas, el Excmo. ayuntamiento y diputación provincial, el Excmo. Sr. capitán general y el señor gobernador civil de la provincia. Finalmente, bandas de música y una escogida y numerosa escolta terminaba esta solemne procesión.

Cerca de tres horas duró el desfile de esta religiosa comitiva, que, a pesar de emplear casi todas las de la tarde, era ya de noche cuando pasaba por la calle de la Sangre, y en el momento en que se pudo disfrutar de la magnífica iluminación de los cuarteles de caballería e infantería y de la torre, del telégrafo. Los balcones se veían iluminados todos; y solemne fue el paso, ya de noche, por la plaza de las Comedias, de la Congregación y calle del Mar, entre numerosas músicas, y la admirable iluminación de la iglesia de la Congregación, fuente de la misma plaza, altar del Santo y calle de su nacimiento. La iglesia de San Esteban estaba radiante de esplendor, como lo estaba la capilla de la casa natalicia; pero fue más sorprendente la entrada en la Catedral. Figuraos la estensa nave del gran templo inundada por tres mil quinientas luces; el altar mayor alumbrado por los veintiséis ciriales de la procesión, y los centenares de luces de los convidados y del clero; el vuelo de las campanas de la gigantesca torre; las músicas que resonaban en la parte exterior; el grande órgano, y las músicas del país llenando de armonías y de estruendo la parte interior; el canto de los sacerdotes, el humo del incienso, la presencia de tanta grandeza, el murmullo de tanto pueblo, y en todos los semblantes la satisfacción y la alegría y tendréis una idea incompleta del aparato con que fue recibido el Santo, para terminar en el templo esta grande ovación secular. La bendición del anciano prelado dio por concluida la función: Valencia quedó orgullosa con su fe, su religión y su genio: hizo lo que pudo. ¡Ojalá la posteridad pueda mucho mas!

La procesión siguió las calles siguientes: plaza de la Constitución, calle de Caballeros, Tròs-alt, Bolsería, Mercado, Flasers, Porchets, San Vicente, Sangre, plaza de San Francisco, calle y plaza de las Barcas, calle de la Universidad, plaza de las Comedias, calle de la Cullereta, del Mar, estación en la casa natalicia, plaza de Santo Domingo, arco del Cid, calle del Almirante, San Esteban, donde hizo estación, calle de San Esteban, Palau, Trinquete de Caballeros, plaza de la Congregación, calle del Mar, plaza de Sta. Catalina, calle de Zaragoza, a la Catedral.

Al pasar la imagen del Santo por la plaza del Cementerio de San Esteban, sorprendió agradablemente la armonía de numerosos pianos de la fábrica del Sr. Gómez, que tocaron la marcha Real, formando un conjunto de sonidos tan agradable, como nuevo.

Eran cerca de las diez de la noche cuando terminaba esta imponente función religiosa, de la que conservará la generación actual una memoria tan dulce, como imperecedera.

Capítulo XV.

Actos de caridad y beneficencia.- Monumentos de estas fiestas seculares. -Lápida. - Medallas de la Asociación y de San Esteban.-Lámina de San Vicente.

La base de todas estas fiestas fue la caridad. Este gran pensamiento dirigió desde un principio las operaciones de la Asociación, y no lo perdió de vista hasta el fin. Esto sólo constituye el más cumplido elogio de aquellos honrados y beneméritos patricios, que estuvieron siempre unánimes en este proyecto, digno de la época, cualesquiera que sean, por otra parte, sus errores políticos. Todas las opiniones se adunaron en estos días de entrañable fraternidad: la caridad y la religión fueron el móvil de todos. Hemos dado un ejemplo a la posteridad.

Resuelta, pues, la Asociación, a derramar el consuelo en el seno de algunas familias, dispensándola el principio para su futuro bienestar, y evitar la parcialidad que los compromisos privados de cada uno de sus individuos pudieran ocasionar, nombró a los Sres. D. Manuel Benedito, D. Ramón Díaz y al cronista para que formularan el modo de distribuir las cantidades que se señalaban para dotes; y esta comisión presentó su dictamen en 26 de Mayo, mereciendo que fueran aceptadas las bases y se publicaran para conocimiento de los que aspirasen a esta gracia. Las bases eran las siguientes:

1.a Se distribuirán por suerte diez y siete dotes de 750 rs. vn. entre los aspirantes de cada una de las catorce parroquias y de los tres cuarteles, llamados de Benimaclet, Campanar y Patraix, que reúnan las condiciones que se prevendrán. A aquellas parroquias que presenten un número comparativamente excesivo de aspirantes, se señalarán además, dotes extraordinarios de 450 rs.

2.a Pueden aspirar a las dotes las jóvenes solteras de 12 a 25 años, de edad, huérfanas de padre y madre, que sean naturales precisamente de alguna de las parroquias o cuarteles, pobres y que hayan observado hasta el día buena conducta.

3.a La edad, naturaleza y calidad de huérfanas solteras se harán, constar por certificado de los respectivos párrocos: la buena conducta y pobreza por otro de los mismos párrocos, alcaldes de barrio y fabriqueros; todo se acompaña a con un memorial en papel común, en que se espresen el oficio o medios de subsistencia, la habitación y persona a quien sirvan, o de quien dependan.

4.a Para evitar los efectos de toda involuntaria equivocación, la Asociación, por medio de una comisión de su seno, recibirá los informes que estime oportunos, siendo el visto bueno de la misma, requisito indispensable para la admisión. El nombre de los admitidos, así como en su día el de los agraciados, se publicará en los periódicos.

5.a El sorteo se verificará públicamente en el día y sitio que se designen con anticipación, introduciendo en un globo los nombres de los aspirantes, y en otro los números: las bolas las sacarán precisamente las niñas huérfanas de San Vicente Ferrer. Obtendrá el premio el número 1.º y si hubiese dote extraordinario el núm. 2.º; los demás

números se considerarán suplentes para los efectos que se dirán: el sorteo empezará por los cuarteles, y seguirá el de las parroquias en orden inverso al de antigüedad.

6.^a La cantidad de cada dote se colocará en el monte de piedad: las libretas las custodiará el Sr. director de la Sociedad de Amigos del País, y éste las entregará a las agraciadas, cuando contraigan matrimonio, profesen en religión, o cumplan 25 años de edad.

7.^a Si alguna falleciese, o desmereciera su conducta, a juicio de una comisión de la Sociedad Económica, cuyo informe debe precederá la entrega, se hará ésta a la suplente más inmediata a quien corresponda.

8.^a Además de las dotes que la caridad del Excmo. e Ilmo. Sr. arzobispo ha destinado para los establecimientos piadosos, la Asociación sorteará cuatro en el colegio imperial de San Vicente Ferrer, dos en la casa hospicio de nuestra Señora de la Misericordia, y otros dos en la casa de Beneficencia; serán de 450 rs. cada uno; tendrán opción por mitad todos los niños y niñas de cada establecimiento: el sorteo se hará en los respectivos locales.

9.^a Se presentarán las instancias a los Sres. curas y a los electos de los cuatro cuarteles hasta el 15 de Junio próximo, por término improrrogable. Valencia 26 de Mayo de 1855. Manuel Benedito. -Ramón Díaz. -Vicente Boix.

Habiéndose suscitado después en el seno de la comisión de fiestas alguna duda, acerca de si las dotes que se habían de comprender a todos, o si por el contrario se habían de distribuir sola entre aquellos que reunieran ciertas circunstancias; se resolvió que se incluyesen en el sorteo de las dotes a todos los pobres de los establecimientos citados, bien, sean o no huérfanos, tanto de dentro como de fuera la capital, con tal que no escudiesen de 90 años de edad.

Componían la comisión encargada de resolver las solicitudes presentadas y arreglar todo lo necesario para este acto, los Sres. D. Vicente Ripoll, cura de San Valero; D. Santiago García Clavero y D. Salvador Albert.

En la tarde del día 30 de Junio, pues, según estaba anunciado en el programa, se celebró el sorteo de dotes y limosnas entre solteras pobres de las parroquias de esta ciudad y los cuarteles de su vega. Al efecto salió la comisión de la casa Sociedad Económica en lujosas carretelas, dirigiéndose al altar de San Vicente levantado en la plaza de Santo Domingo, donde ya esperaba una música marcial, para amenizar los entreactos, y un inmenso concurso deseoso de presenciar el sorteo y de saber los nombres de las agraciadas y favorecidas por la suerte.

La comisión, compuesta de los señores canónigo magistral el Dr. D. Luis Montagut; el cura de San Valero de Ruzafa, Dr. D. Vicente Ripoll; D. Francisco de Llano; Don Franco de Sena Chocomeli, D. Ramón Dorda; D. Salvador Albert, y D. Baltasar Settier, bajo la presidencia del señor alcalde primero D. José Escribá, subió al estrado que se había dispuesto al pie del altar, y leídos los nombres de todas las aspirantes que habían justificado tener las cualidades exigidas. Se procedió al sorteo, resultando agraciadas en la forma siguiente:

DOTES. Rs. vn.

San Pedro el núm 1.º 750
id. 1.º 750
San Martín id. 2.º 450
id. 3.º 450
San Andrés id. 1.º 750
Sta. Catalina. id. 1.º 750
id. 1.º 750
Stos. Juanes. id. 2.º 450
id. 3.º 450
Sto. Tomás id. 1.º 750
San Esteban id. 4.º 750
San Nicolás id. 1.º 750
El Salvador id. 1.º 750
San Lorenzo. id. 4.º 750
San Bartolomé id. 4.º 750
id. 4.º 750
Sta. Cruz id. 2.º 450
id. 3.º 450
id. 1.º 750
id. 2.º 450
San Valero id. 3.º 450
id. 4.º 450
San Miguel id. 1.º 750
Cuartel de Patraix. id. 1.º 750
Id. de Campanar.. id. 1.º 750
id. 1.º 750
Id. de Benimaclet id. 1º 450

NOTA. Para la adjudicación de las dotes, se atendió al número de huérfanas que presentó cada parroquia

Números que han cabido a las huérfanas de las parroquias de esta ciudad y cuarteles de Campanar, Benimaclet y Patraix en el sorteo de las dotes, acordadas por la comisión de fiestas del centenario de San Vicente Ferrer en el día 30 de Junio de 1855.

Parroquia de San Pedro.

1.º Luisa Rodríguez y Gomis. -2.º María Ample y Giner.-3.º María Martí y Ferriz.

Parroquia de San Martín

1.º Vicenta Martí y Gorrita. -2.º Josefa Bonet y Sigüenza. -3.º María del Carmen Martí y Gorrita. -4.º Lucía Agues y Jordan. -5.º Esperanza Martí y Rey. -6.º Vicenta Coma y Ortiz. -7.º María Cristina Martí y Gorrita. -8.º Josefa Baya y Álvarez. -9.º Ángela Masino y Codina. -10. Josefa Zardiu y Aznar. -11. Peregrina Pérez y Badía. -12. Francisca Gil y Olaso. -13. Manuela Coma y Ortíz. -14. Rosa Cases y Orellano. -15. María Cubells y Peralta. -16. Catalina Asensi y Santonja. -17. Ramona Martínez y Zorraquino. -18. Carmen Amargós y Constantí. -19. Juana Ibáñez y García.

Parroquia de San Andrés.

1.º Josefa Jigal y Sacrian. -2.º Salvadora Juan y. Culla. -3.º Tomasa Olmos y Bayarri. - Carmen Olmos y Bayarri. -5.º Carlota Sabater y Aleixandre. -6.º Rosa Arce y Soler. -7.º Ana María Guzmán y Marzal.-8º Amalia López y Calabuig. -9.º Elena Martí y Omiste. -10. Catalina Martí y Boix.

Parroquia de Santa Catalina.

1.º Peregrina Juan y Culla.-2.º María del Rosario Girona y Ferrer. -3.º Vicenta Gay y Villasegura.-4.º Carmen Martí y Carrasco. -5.º Antonia Grancho y Cardó. -6.º Vicenta María y Ferrando. -7.º María Rubio y Gimeno. -8.º Isabel Bonet y Alas. -9.º Josefa Talamantes y Muñoz. -10. Vicenta Roda y Ors.

Parroquia de los Santos Juanes.

1.º Josefa Borrego y Moremon. -2.º Carmela Ruiz ySebac.- 3.º Josefa Peiró y López. -4.º Carmen Hernández y Molina. -5.º Antonia Gascó y Castells. -6.º Josefa López y Coscollá. -7.º Salvadora López y Coscollá. -8.º Juana Novella y Roca. -9.º Josefa Pitaluga y Badía. -10. Dolores Andreu y Medieza. -11. Dolores Amorós y García. -12. Antonia Carpi y Marí.-13. Josefa Navarro y Silvestre. -14. Vicenta Benlloch y Palanca. -15. Josefa Bea y Monleon. -16. Salvadora Novella y Roca. -17. Teesa Vida y Cervera. -18. Francisca Quilis y Peris. -19. Teresa Barberá y Beta. -20- Vicenta Novella y Moreno. -21. Rosa Planells y Casañ. -22. Josefa Ortiz y Forcadá. -23. Gregoria Virte y Caudet.- 24. Inés Borrego y Moremon.-25. Mariana Belenguer y Gozalvo.

Parroquia de Santo Tomás.

1.º Salvadora Chaume y Peris. -2.º Catalina Martínez y Genovés. -3.º Concepción Chaume y Peris. -4. Ramona Belenguer y Cubells. -5.º Vicenta Mazota y Guas. -6.º María de los Desamparados Ipa y López. -7. Ramona Chaume y Peris. -8.ºAgustina Cabanes y Calpe.

Parroquia de San Esteban.

1.º María Dolores Prima y Galán. -2.º Salvadora Grafiada y Bernet. -3.º Dolores Ibáñez y Noguera. -4.º Joaquina Prima y Galán. -5.º Isabel Bastida y Prats. -6.º Josefa Tomasa López y Senach. -7.º Ramona Marí y Ferrando. -8.º María Esperanza Matíes y Balaguer. -9.º Concepción Llovera y Nebot. -10. Carmen Mingues y Malo. -11. Juana Boluda y

Puchol. -12. Francisca Matés y Balaguer. -13. Pascuala Sancho y Valls. -14. Manuela Fabra y Garcés. -15. Florentina Talamantes y Muñoz.

Parroquia de San Nicolás.

1.º Ramona Machancoses y Santafé. -2.º Juliana de San Ramón.

Parroquia del Salvador.

1.º Teresa Fuertes y Chontalt. -2.º María Pórtoles y Falomir. -3.º María Bonell y Ten. -4.º María Sanchís y Martí.

Parroquia de San Lorenzo.

1.º Magdalena Pavía y Roig.

Parroquia de San Bartolomé.

1.º Concepción Fuertes y Montalt. -2.º Ramona Alberich y Alvarez. -3.º Constantina Hurtado y Ballester. -4.º María Carmen Martí y Flores.

Parroquia de Santa Cruz.

1.º Concepción Meliá y Cifuentes. -2.º Salvadora Corrales y Mozo. -3.º Vicenta Ferrer y Abad. -4.º Francisca Guillem y Conesa. -5.º Vicenta Monrabal y Monrabal. -6.º Francisca García y Aliaga. -7.º Dolores Ferrer y Abad. -8.º Clara Asensi y Navarro. -9.º Mariana Alonso y Pons. -10. Josefa María Planelles y Ferrando. -11. Filomena Roig y Alcodoni. -12. Rosa Sancho y Tallada. -13. Josefa Monrabal y Siurana. -14. Salvadora Guillem y Conesa. -15. Desamparados Corrales y Mozo. -16. Enriqueta Sancho y Tallada. -17. Josefa Rubio y Gardó. -18. Salvadora Rubio y Gardó. -19. Dolores Lliso y Serra. -20. María Peris y Sales. -21. Vicenta Bau y Querol. -22. Josefa Lliso y Serra. -23. Dolores Furió y Tamarit. -24. Francisca Giner y Moret. -25. Pascuala Alós y Montesinos.

Parroquia de San Valero.

1.º Agustina Roig y Suay. -2.º Vicenta Nácher y Pardo. -3.º Vicenta Belenguer y Mocholí. -4.º Josefa Ripoll y Juliá. -5.º Rosa Soler y Quilis. -6.º María Soler y Quilis. -7.º Vicenta Soler y Planells. -8.º María Perez y Olmos. -9.º María Isabel Soler y Genovés. -10. Pascuala Gimeno y Tadeo. -11. Angela Fuster y Brocal. -12. Josefa Soler y Romance. -13. Antonia Pérez y Plaza. -14. Vicenta Roig y Suay. -15. María Gimeno y Ballester. -16. Carmela Salcedo y Aznar. -17. Salvadora María y Mocholí. -18. Vicenta Aznar y Esteve. -19. María Micó y Cases. -20. Vicenta Pérez y Arnal. -21. Juana Bautista Rubio y Carbonell. -22. Ramona Martí y Ramón. -23. Josefa Gisbert y Minguet. -24. María Gimeno y Cosme. -25. María Nácher e Ibáñez. -26. María Sancho y Picó. -27. Francisca Soler y Quilis. -28. Dolores Jorge y Ramón. -29. Ventura Martí y Vilata. -30. Carmela Navarro y Quilis. -31. María Francisca Pascual y López. -32. Felipa Palau, y Molina. -33. Bernarda Peris y Arnal. -34. Josefa Monrabal y Tatay. -35. Juana Roig y Palau. -36. Bibiano María y Mocholí. -37.

Gregoria Ginery Hernández., -38. Manuela Tatay y Olmos. -39. Mariana Vivó y Alapont. -40. Josefa Chirivella y Bocal. -41. Carmela Segarra y Pastor. -42. Encarnación Lluch y Nácher. -43. Trinitaria Bonell y Llop. -44. Vicenta Jorge y Romeu. -45. Josefa Ibañez y Roca. -46. María Dolores Gases y Ramón. -47. Ramona Lluch y Casamachor. -48. Mariana Lluch y Nácher. -49. Vicenta Lluch y Nácher. -50. María Fenollosa y Chornet. -51. Manuela Romett y Segarra. -52. María Perez y Sanchis. -53. Andrea Chornet y Aznar. -54. Vicenta Pérez y Olmos. -55. Tomasa David y Vila. -56. Micaela Romett y Segura. -57. Vicenta Quilis de las Marías. -58. Josefa Sabater y Antequera.

Parroquia de San Miguel.

1.º Elena Martí y Gil. -2.º Dolores Fuertes y Gitarte. -3.º Mariana Ferrando y Gascon. -4.º Carmen Martí y Gil. -5.º Vicenta Villasalero y Novella. -6.º Tomasa Serbat y González. -7.º Regina Pirós y Lemos. -8.º Rita Tomeu y Pons. -9.º María Encarnación Benlloch y Montero.

Cuartel de Benimaclet.

1.º Antonia Roig y Alacot. -2.º María Dolores Ases y Olivor. -3.º Dolores Gimeno y Lluch. -4.º Francisca Ases y Oliver. -5.º María Moreno y Grafiada. -6.º Vicenta Sanchís y Noguera. -7.º Vicenta Almenar y Senent. -8.º Pascuala Gimeno y Lluch. -9.º Salvadora Laguarda y Carles. -10. Teresa Almenar y Catalá. -11. Josefa Almenar y Catalá. -12. Rosa Viquer y Moya. -13. Joaquina Villalba y Paná. -14. Manuela Jabada y Orts. -15. Josefa Rives y Alviac. -16. Vicenta Moreno y Grafiada. -17. María Gimeno y Lluch. -18. Rosa Laguarda y Carles. -19. Ignacia Gimeno y Lluch. -20. Vicenta Carsí y DoIz. -21. Francisca Giner y Gallart. -22. María Antonia Sanchis y Noguera. -23. Josefa Buch y Jole. -24. Catalina Martorell y Molina. -25. Carmela Pastor y Martínez. -26. Micaela Rodrigo y Roig. -27. María Rosa Moreno y Grafiada. -28. Josefa Llops y Flores. -29. Josefa Villalbá y Paná -30. Juana Grande y Aguilar.

Cuartel de Patraix.

1.º María Rosa Burguet y Diego. -2.º Manuela Aragonés y Biot- 3.º Ramona David y Vila. -4.º Francisca Aragonés y Biot. -5.º María Rosa Aragonés y Biot. -6.º Manuela Figuerola y Casamayor. -7.º María Mocholí y Romeu.

Cuartel de Campanar.

1.º María Martínez y Segura. -2.º Teresa Lopez y Verdeguer. -5.º Manuela Mollá y Pons. -4.º Manuela Pons y Lleida. -5.º Rosa Soriano y Llongo. -6.º María Martínez y Burguet. -7.º Vicenta Pórtoles y Falomir. -8.º Rosa Pascual y Guillot. -9.º Matilde Marín y Casañ.

Dotes concedidas a las casas de caridad.

Colegio Imperial de niños huérfanos de san Vicente Ferrer.

En el sorteo celebrado en 25 de Junio de 1855 ante los Sres. D. Juan Castillo y D. Tomás Rubio y Almenar, comisionados por la Asociación y una comisión de la junta de administración y gobierno de dicho colegio, resultaron premiados

Niños. Mariano Martí y Salvador. -Vicente Signes y García.

Niñas. Rafaela Boluda y Puchol -Rosa Andrés y Valero.

Casa-hospicio de Nuestra Señora de la Misericordia.

En el sorteo celebrado en 26 de Junio de 1855, ante los Sres. conde de Almodóvar, D. Matías Martínez, antes Llopis, y D. Ramón Dorda, comisionados por la Asociación, y a presencia de la junta directiva del referido establecimiento de caridad, resultaron agraciados con dote de 450 rs. Juan Blat y Bordes, niño pobre, de 10 años, y Josefa Bayarri y Feliu, joven soltera, de 19 años, pobre, residente en el espresado hospicio.

Casa de beneficencia.

El día 26 de Junio de 1855, bajo la presidencia del Excmo. Sr. barón de Sta. Bárbara, se celebró el sorteo para adjudicar dos premios de 450 rs. cada uno; fueron agraciados los siguientes:

Niño. Miguel Mazota y Cerezo.

Niña. María Sanz y Crecini.

Limosnas.

San Pedro. Catalina Gómez, viuda.

San Martín. María Ibáñez, soltera.

San Andrés. Rosa Riera, viuda. -Manuela Villanova, viuda.

Sta. Catalina. Dolores Labastida, soltera.

San Juan. María Solves, huérfana. -Josefa Pallardó, viuda.

Sto. Tomás. Juana Bautista Boira, viuda.

San Esteban. María Antonia Ripoll, viuda.

San Nicolás. Francisca Martínez, huérfana.

El Salvador. Teresa Bartual, soltera.

San Lorenzo. Leocadia Lopez y Biguer, soltera.

San Bartolomé. Mariana Alós, viuda.

Sta. Cruz. Salvadora Guillem, soltera.

San Valero. Mariana Puchades y Benache, soltera. -Josefa Quilis y Pastor, soltera.

San Miguel. Francisca Ramos, viuda.

Cuartel de Patraix. Dolores David y Llavata, viuda.

Cuartel de Campanar. Vicenta Montesinos, viuda.

Cuartel de Benimaclet. Isidora Llibrer, soltera.

Las cuentas que, insertamos en su lugar, espresan la distribución de las demás dotes y limosnas que hizo la filantrópica y benemérita Asociación.

Dando insigne ejemplo de caridad pastoral el Excmo. e Ilmo. Sr. arzobispo, al recibir la invitación que se le dirigió en 30 de Abril, espresó de la manera siguiente sus religiosos sentimientos. -Correspondiendo a la invitación que me dirigió en 30 de Abril último el Excmo. Sr. presidente de esa digna y patriótica Asociación, para que contribuyese a solemnizar el cuarto siglo de la canonización de San Vicente Ferrer, debo manifestarla: que animado de los más vivos deseos secundaría los de la Asociación hasta donde en mejores tiempos lo hicieron en igual ocasión los prelados de Valencia; pero habiéndome de atener a mis cortas facultades y recursos, me he propuesto destinar desde luego al objeto veinticuatro mil trescientos reales vellón en la forma siguiente: 8,800 rs. para ocho dotes de huérfanos, a saber: cuatro para dos niños y dos niñas de la casa-colegio de San Vicente Ferrer, a razón de 1,100 rs. cada dote; 2,200 rs. para otras dos dotes a un joven y una joven de la casa de Beneficencia, a otros 1,100 rs. cada una; y otros 2,200 rs. en igual forma de dotes para otro joven y una joven de la casa de Misericordia, aplicándose dichas dotes, previos informes, y propuesta de las juntas respectivas a los que lo merezcan más por sus circunstancias, y resolviendo la suerte entre los que se consideren con iguales merecimientos. Daré también 2,000 rs. para los niños espósitos; 4,200 rs. con destino al socorro de los pobres de las catorce parroquias de la ciudad, a razón de 300 rs. cada una; 9,000 rs. para las diez y ocho comunidades de religiosas de la ciudad y sus arrabales, a razón de 500 rs. para cada una, y 300 rs. a la de arrepentidas de San Gregorio. Todas estas cantidades, que forman la dicha suma de 24,300 rs., serán entregados en la manera, día y forma que acordare el Excmo. Sr. presidente de esa Asociación, y como más conduzca a la solemnidad de la fiesta. -Dios nuestro Señor bendiga los religiosos esfuerzos de todos los Sres. de, la Asociación, para que todo redunde en gloria suya y en devoción a San Vicente Ferrer. -Valencia 11 de Mayo de 1855. -Pablo, arzobispo de Valencia.

He aquí un rasgo notable de caridad, espresado en términos sencillos, pero que descubren una alta elevación de sentimientos pastorales, y cuya conclusión es tan tierna, como digna del venerable pontífice de esta iglesia.

El Excmo. Sr. obispo de Barcelona, invitado también, decía lo siguiente: «He tenido el honor de recibir la muy atenta y respetable comunicación de V.S. del 3 del corriente, y deseando contribuir al grandioso objeto que la motiva, doy orden para que se pongan a disposición de V.S. 1,000 rs. vn. Después de felicitar a esa muy ilustre Asociación por un pensamiento tan religioso, a par que patriótico, me atrevo a rogarle se sirva invertir en los mismos piadosos objetos mi corta ofrenda, que la de mi digno hermano el Excmo. e Ilmo. Sr. arzobispo de esa diócesis. Dios guarde a V. S. muchos años. Cartagena 25 de Mayo de 1855. -José Domingo, obispo de Barcelona.»

El Ilmo. Sr. obispo dimisionario de Avila, escribía también: Excmo. Sr.: «Enterado del oficio de V.E., en que me invita, para que contribuya con lo que pueda para solemnizar los festejos que se preparan en la celebración del cuarto centenario de la canonización del patrono de esta provincia San Vicente Ferrer, acompaño 60 rs., con el sentimiento de no poderme estender a más por mi situación, y como merece el objeto a que me invita y los respetos de V.E.-Dios guarde a V.E. muchos años. Valencia y Mayo 4 de 1855. -Excmo. Sr. Manuel, obispo dimisionario de Avila.» -Uno y otro escrito espresan verdaderamente la situación especial de cada uno de estos dos preladados, y los dos se presentan humildes, sencillos y benévolos.

Dignos y elevados estuvieron igualmente en sus contestaciones, al ofrecer sus donativos, D. Francisco de Paula Vaquer, regente de la audiencia de Madrid; D. Domingo Mascarós, D. Manuel Centurión, diputados a cortes por esta provincia; la academia de medicina y cirugía de esta capital; D. Vicente Bertran de Lis, el Excmo. Sr. duque de Villahermosa, el Excmo. Sr. duque de Híjar, marqués de Orani, y la Excma. diputación provincial, que, atendiendo a tantas obras públicas a la vez, derramando la protección y la vida, y conquistándose una alta y merecida estimación de todo el país, hizo un donativo de 4,000 rs. vn.

El colegio de escribanos costeó un rancho abundante a los pobres de las cárceles: dio 300 rs. a cada uno de los establecimientos piadosos, Hospital, Beneficencia, Misericordia y niños huérfanos de San Vicente Ferrer: limosnas proporcionadas a las viudas y huérfanos enteramente pobres del colegio: 1,500 rs. vn. en dote a la hija huérfana de padre, fallecido siendo escribano, y que fuese pobre, y mayor de 14 años, y menor de 30; de modo, que sus actos de caridad se distribuyeron en la forma siguiente: en rancho 750 rs.: en limosnas 1,200: en viudas y huérfanas 4,000, y en dote 1,500.

El colegio de abogados distribuyó 4,000 rs. entre los huérfanos y viudas pobres de la respetable clase de los letrados.

La asociación de San Vicente Ferrer de la calle del Mar, concedió doscientas raciones en especie a los pobres de los barrios inmediatos a la misma calle.

El Real cuerpo de maestrantes dotó cuatro niños y cuatro niñas del colegio de San Vicente Ferrer con 1,000 reales cada uno.

El instituto médico valenciano puso 500 rs. a disposición de la Asociación, para objetos de beneficencia.

La academia de medicina y cirugía socorrió, del peculio particular de sus individuos, a las viudas y familias pobres de su benemérita clase.

El colegio del arte mayor de la seda entregó 300 rs. para la escuela de Párvulos; doscientas limosnas de 90 rs. cada una, en esta forma: ciento a maestros y oficiales colegiados, mayores de 60 años; y ciento a huérfanas de padre, hijas de maestros u oficiales, colegiada: y 500, en oro, a la madre del niño que bautizaron con la referida solemnidad, y además el título de maestro.

El gremio de sastres depositó 1,000 rs. en la caja de socorros mutuos de la corporación, y concedió tres magisterios, dados por suerte, de ellos dos para hijos de maestros, con cinco limosnas de 90 rs. cada una a los maestros pobres.

El de torneros y silleros dio un abundante rancho a los pobres del gremio.

El de carpinteros limosnas a sus pobres, a quienes socorre ya mensualmente.

El de zapateros vistió doce pobres del gremio, y dotó tres doncellas huérfanas con 240 rs. cada una, siendo hijas del gremio.

El de plateros dio una cantidad a los pobres de su colegio.

El de cereros y confiteros 2,000 rs. al asilo de Párvulos, así que esté abierta la escuela.

Finalmente, la parroquia de San Esteban, llevando adelante el mismo pensamiento caritativo, publicó el anuncio siguiente, para conceder las dotes que tenía asignadas en el presupuesto de sus fiestas:

Esta parroquia del proto-mártir San Esteban, para solemnizar el cuarto siglo de la canonización de San Vicente Ferrer, ha dispuesto hacer una función de iglesia, y dar dotes, limosnas y raciones en especie, a pobres de la misma; pero por no estar terminada la recaudación ni hechos todos los ajustes, ignora la cantidad que podrá destinar a dichos objetos, y no puede por lo mismo marcar el número de cada una de las limosnas indicadas. Es sin embargo urgente dar noticia a los parroquianos de las circunstancias que han de concurrir en los que las pretendan, y señalar término para la presentación de las solicitudes, porque debiéndose luego practicar las comprobaciones y hacer otras diligencias, viene el tiempo muy justo para lo más preciso.

En su virtud, pues, ha acordado la comisión, que los que con arreglo a las bases que a continuación se espresarán se reconozcan con derecho a dotes, limosnas o raciones, presenten las notas de sus nombres y demás, en el patio de la casa de la Sociedad de Amigos del País, plazuela de la Comunión de San Esteban, en donde habrá una comisión que las reciba, los días 8, 9, 10 y 11 del mes de Junio próximo, de nueve a doce de la mañana, cuyo término será improrrogable.

Condiciones para ser declarado con derecho a los citados actos de beneficencia.

De las dotes. -Se darán dos o más dotes de 750 rs. cada una y se adjudicarán por suerte a otras tantas solteras que reúnan las circunstancias siguientes:

1.^a Ser pobres y de buena moralidad, a juicio del Sr. vicario, o del Sr. alcalde de barrio respectivo, o del Sr. celador de vigilancia.

2.^a Ser bautizadas en esta parroquia, y además vecinas de la misma, sin que les obste el haber vivido en otra, siempre que resulte que habitan en ésta, al menos desde 1.º de Enero del corriente año. Se advierte, que se entienden feligresas de esta parroquia, en su parte estramuros, las familias que vienen a la misma a cumplir con el precepto pascual.

3.^a Ser de edad de 15 años cumplidos y menores de 30, sirviendo para computar estas edades el día 29 de Junio del presente año.

4.^a Ser huérfanas de padre, bastando que éste haya fallecido antes de espirar el término concedido para la presentación de las solicitudes.

5.^a Ser solteras el día en que presenten la solicitud. A fin de que las que pretendan entrar en suerte, para el obtento de dichas dotes, no esperimenten los gastos que sea posible evitar, presentarán en papel simple una nota de su nombre y dos apellidos, del día en que fueron bautizadas en esta parroquia, de la calle, número de la casa y del cuarto o piso en donde viven; del nombre de su padre y de su madre, y del día en que el padre haya fallecido, si fue enterrado en esta parroquia. Si el padre hubiese fallecido en otra, o fuera de la ciudad, tendrán necesariamente que acompañar la fe de defunción, legalmente autorizada.

Metidos en una urna todos los nombres de las solteras que hayan resultado con derecho a obtener dotes, se procederá al sorteo en público con las formalidades necesarias, y se entenderán agraciadas las primeras que salgan en suerte. Pero si, como podría suceder, saliesen agraciadas dos o más hermanas, se entenderá sólo agraciada la primera en suerte, y sin efecto la de la otra ti otras, reemplazándose la vacante con nueva suerte.

Las dotes se depositarán en la caja-banco, abriéndose a cada interesada una hoja, y dándole una libreta de los 750 rs., los cuales, con los intereses que hubiesen devengado, se le entregarán, cuando acredite a los señores cura y fabriquero de la parroquia haber contraído matrimonio y cumplido con las velaciones.

Y por último, como es posible suceda que una o más de las agraciadas fallezca antes de ser casada y velada, y por consiguiente sin recibir la dote, en este caso el señor cura de la parroquia invertirá la mitad en beneficio del alma de aquella, y el señor fabriquero distribuirá la otra mitad entre los pobres de la misma.

De las limosnas. -Se darán algunas limosnas de a 80 reales cada una a las personas que designe la suerte, entre las que, habitando en esta parroquia, al menos desde 1.º de Enero del año, corriente, y siendo de buena moralidad, reúnan las cualidades que se detallan en alguno de los tres artículos que siguen:

1.º Ser viudas pobres, que mantengan a uno o más hijos.

2.º Ser simples jornaleros, y tener en su compañía cuatro o más hijos solteros, cuyo jornal, si lo ganan, sea insignificante. No se entenderán para este caso por jornaleros los criados de las casas, bien coman con sus amos, bien se mantengan con el salario que éstos les den.

Y 3.º Ser jefe de familia pobre, y hallarse con enfermedad habitual, o imposibilitado por su edad para el trabajo. Bastará, para llenar la circunstancia de familia, el tener muger; y en el caso de ser viudo o viuda, el tener a su cuidado algún hijo soltero, que no pueda cubrir las atenciones de la casa.

Los que deseen entrar en suerte para estas limosnas, presentarán en papel común, una nota, espresando su nombre, dos apellidos, la calle, número de la casa y piso en donde viven., y todas las demás circunstancias que, con arreglo a alguno de los artículos anteriores, les den derecho para aspirar a ellas.

De las raciones. -Se darán algunas raciones en especie, las cuales, a juicio de la junta, se distribuirán entre las personas que soliciten dotes o limosnas, (si al hacer estas solicitudes manifiestan querer ración) y entre los demás pobres de la parroquia que lo pidan, si viven en ella al menos desde 1.º de Enero del año corriente.

Los que deseen ración, y no hayan podido optar a dote o limosna, pedirán la ración por medio de una nota en papel común, espresando su nombre, dos apellidos, calle, casa y piso donde viven, numero de familia que tengan en su compañía, la edad del mayor de sus hijos, y desde cuando están en la parroquia.

Disposiciones generales. -Los datos o antecedentes de todas las solicitudes se comprobarán de oficio por la comisión nombrada por la junta, la cual, a propuesta de aquella, declarará las personas que se hallen con derecho a entrar en suerte para las dotes y las limosnas, y designará a quiénes se haya de dar ración. Los que solicitando dotes o limosnas no llenen las circunstancias prescritas, serán escludidos del sorteo. A los que se conceda ración se dará una papeleta.

La parroquia de San Martín, al solemnizar la fiesta secular de la dedicación de su templo, repartió una limosna extraordinaria a los 412 necesitados que están inscritos, por mano de los padres de la misma parroquia; y sorteó doce dotes de 500 rs. cada una; y cien limosnas de 20 rs. cada una para igual número de pobres vergonzantes, vecinos del mismo distrito parroquial. La del Salvador dio un día de comida a los presos de San Narciso y una dote de treinta libras a la pobre y virtuosa hija de, labrador, nacida y bautizada en la misma parroquia.

Las asociaciones de los altares del Tròs-Alt y del Mercado, repartieron también raciones.

Es inútil que prodiguemos a todos estos actos referidos los elogios que se merecen: el pobre se consoló y rogó por sus bienhechores; Dios concederá el premio a que son acreedores: el pobre cronista lo cuenta, para que los venideros sean justos con nosotros.

Para perpetuar la memoria de esta cuarta festividad secular se hubiera querido levantar un monumento de gigantescas proporciones artísticas; pero el tiempo o la mano del hombre los hubiera destruido. El mayor monumento ha sido la memoria, que los pobres conservarán y transmitirán a sus hijos. Sin embargo, se ha dejado un recuerdo en una lápida de mármol negro, colocada en la pared exterior de la antigua y célebre capilla de los Reyes del convento que fue de Sto. Domingo. Se ha creído que los hombres, cualesquiera que sean sus opiniones futuras, respetarían la existencia de esta veneranda capilla, y por eso se ha colocado allí la lápida. ¡Peor para ellos si destruyen esta obra colosal! No envidiaríamos su gloria, si la apoyasen en esa destrucción.

La lápida está trabajada por el maestro cantero D. Vicente Rodríguez, y la inscripción redactada por el Sr. Don Manuel Benedito. La inscripción dice así:

El pueblo de valencia consagra esta memoria su gran santo y gran patricio Vicente Ferrer: sea testimonio de religiosidad y patriotismo a los siglos futuros: en el IV de su canonización año MDCCCLV.

La Sociedad Económica de Amigos del País hizo acuñar una medalla especial, destinada a los espositores: en el anverso representa una matrona gallarda y esbelta, con una corona en la cabeza y otra en la mano derecha: su izquierda se apoya en el escudo de la misma Sociedad: al rededor se lee esta inscripción: *Amica Valentie societas regnicolarum operun expositionen D. O. C. En el reverso las alas, la trompeta y el lirio, atributos del Santo, con una llama encima, coronada con el tema: Timete Deum: y al rededor esta leyenda: Valentie amicorum exemplo S. Vincentio Ferrario in IV suo sæculari festo an. MDCCCLV.*

La parroquia de San Esteban acuñó otra medalla, cuyo anverso representa, de medio cuerpo, a San Vicente Ferrer en el acto de predicar, con esta leyenda: En el cuarto siglo de la canonización de San Vicente Ferrer, año 1855; y en el reverso el libro, la palma y la bandera del proto-mártir San Esteban, con una corona encima., circundada de rayos.,y alrededor: La parroquia de San Esteban a su ilustre Hijo.

Como una prueba de los progresos de la litografía actual en Valencia, estampó D. Antonio Pascual y Abad, en su acreditado establecimiento, una magnífica lámina que representa a San Vicente, dibujada sobre la piedra por Don Fortunato Bonich, obra superior a cuantas hemos visto de esta clase en nuestra capital, donde hasta ahora el señor Pascual y Abad es el que le ha dado una verdadera importancia.

Capítulo XVI.

Exposición pública. -Fuegos artificiales. -Castillo en la Alameda, en el Mercado, en la plaza de Santa Catalina, en la de Villarrasa, en el Tròs-Alt, en la torre de San Martín. -Cuerda en

la calle de Ruzafa. -Toros. -Baile de Torrente. -Función secular de la parroquia de San Martín.

Celosa e infatigable la Sociedad de Amigos del País, celebró durante los ocho días de las fiestas una exposición solemne de objetos de industria, artes, agricultura e instrucción, en el local que fue del convento de Ntra. Sra. del Carmen, hoy dignísima academia de San Carlos.

Figuraban en ella las más esquisitas labores de las escuelas y colegios de niñas, que tantos adelantos han introducido en la instrucción del bello sexo de nuestra capital.

Veinte ricas colecciones de varias especies de aceite de oliva, o común, de alazor, cacahuete, anís, almendras, avellanas, orujo, linaza y de nueces: un soberbio toro cebado, cuyo peso se calculó en quinientas libras de treinta y seis onzas cada una: diferentes clases de vino cosechado: excelentes muestras de cáñamo rastrillado y por rastrillar: aguardiente extraído de algarobas: muestras de zumo de limón y de naranja: abundante colección de frutas frescas y conservadas del año anterior: ricas grosellas de cuatro especies: diferentes plantas abonadas con el guano artificial, de la fábrica de Ruzafa: una magnífica caña brava, criada en un jardín de la huerta de Gandía: capullos de seda y gran variedad de arroz blanqueado, obtenido por una máquina importada de Bélgica. Seda hilada a seis capullos y otra de tres a ocho capullos: variada y riquísima colección de tafetanes, brocados, espolines, groses, gasés, rasos, sargas, tornés, alamas, y hermosillas de oro, seda y plata: pañuelos de crespón y lisos, cintas de seda de todas clases; chalecos, mantas, cuerdas de cáñamo con destino a la marina, cera natural y elaborada, excelentes bugías de sebo purificado, máquinas para estrujar la uva, y limpiar el trigo, elegantes canastillos y cestas de mimbre pesos y básculas, magníficas muestras de encuadernación, pieles curtidas, cueros, vaquetas y otros curtidos, piedras para litografiar, buena cal hidráulica, objetos de bronce perfectamente labrados, un modelo de buque, magníficos pianos, pastas de todas clases, cajas de guerra de mucho gusto, bellísimos abanicos, sólidas muestras de obra de carpintería y ebanistería y un precioso surtido de tabaco elaborado. El ramo de pintura al óleo, tanto en retratos, como en composiciones y flores, era brillante, y de un progreso, que no permitió dudar de que el genio de Joanes, Ribalta, López y Parra se hallaba todavía entre nosotros: la arquitectura, la escultura, el dibujo, la fotografía y daguerrotipo, la litografía, iluminación y estampación tenían allí preciosísimas muestras, según por estenso puede consultarse en la memoria publicada por la referida Sociedad Económica.

El concurso a estos salones fue siempre continuo, sin dejarlos vacíos un momento; siendo preciso que las personas más observadoras tuvieran que visitar la exposición en horas, fuera de las señaladas para el público. La Sociedad consiguió dar una verdadera y positiva importancia a nuestros ramos de industria y artes, y vio coronados sus esfuerzos de una manera, que escedió a las más lisongeras esperanzas.

La academia espuso también por su parte sus suntuosos salones de escuelas y el museo, donde existe tanto bueno, y bello y magnífico en un país, privilegiado para las artes y la poesía.

Además de estos objetos de observación para el estudio tranquilo del hombre pensador, había dispuestos otros espectáculos para la multitud bulliciosa y alegre. En la noche del 6 de Julio se disparó un vistoso castillo de fuegos artificiales, plantado en la Alameda sobre el malecón del río. La noche era apacible; el Turia, recogido en su álveo, dejaba un estenso espacio para millares de personas que, en pequeños y grandes grupos, se veían sentados en todo el ancho cauce; los puentes del Real y del Mar obstruidos; la Alameda cubierta de espectadores; el pretil del río, que está al pie de la muralla y de la ciudadela, atestado de curiosos; lo alto de la muralla y el glacis de la ciudadela lleno de convidados; la música de artillería tocando piezas escogidas, por un obsequio que sus ilustrados gefes y oficiales dispensaron a las personas que recibieron en la fortaleza. Los fuegos estuvieron dirigidos por los pirotécnicos Vicente Llorens Ponent y Joaquín Minguet. Abundantes luces de colores y fuegos de todas clases, que duraron más de una hora, tuvieron deliciosamente entretenida a la multitud, cuyas cabezas se distinguían en agradable perspectiva al brillo de las grandes luces o bombas voladoras. Gritos continuos de aplauso respondían a cada variación de fuegos, desde los ángulos más apartados de aquella estensa sábana de cuerpos humanos. El público no se fatigó y se retiró tranquilo, sin haber lamentado una sola desgracia.

Hemos indicado ya el mágico efecto producido por el castillo de fuegos artificiales, sobre la fuente monumental del Mercado, en la noche del gran concierto: y debemos por lo mismo recordar con gusto los castillos que se dispararon en la plaza de Santa Catalina, en la de Villarrasa, en el Tròs-Alt, y en lo alto de la torre de San Martín, lo mismo que la cuerda de la calle de Ruzafa. Todos estos fuegos merecieron los más justos aplausos; y todos ofrecieron variedad, gusto y abundancia de luces y de truenos. En la noche en que se disparó el de la torre de San Martín, presentaba Valencia un vistoso panorama, visto desde una altura. Lanzábanse gritos agudos y penetrantes, chillidos estraños, carcajadas estrepitosas, silbidos alegres y provocativos, desde el seno de la gran capa oscura que cubría las azoteas, miradores y tejados, mientras se veían brillar en mil puntos diferentes luces fijas, o errantes, sin distinguirse las manos que las sostenían. La cabeza de la citada torre, coronada de fuego, penetraba en la oscura atmósfera, y un poeta la habría descrito con admirable entusiasmo.

Las funciones de toros fueron dignas del gusto que tenemos para esta clase de espectáculos; la plaza estuvo extraordinariamente concurrida, los aficionados quedaron satisfechos; ganó el santo hospital, y no hubo una desgracia.

Igualmente favorecido estuvo el baile de Torrente; que el público creyó, equivocadamente, de gran novedad; pero se favoreció al establecimiento caritativo, se rió mucho y se pasó la tarde.

La iglesia parroquial de San Martín celebró en estos días la fiesta secular de la renovación de su templo, destinando los días 6, 7 y 8 a sus obsequios especiales. Además de las solemnes funciones religiosas, verificó una lujosísima y variada procesión que hizo la carrera siguiente:

Calle de San Martín, San Fernando al Mercado, Flasadors, plaza de la Merced, calle de Cristians Nous al Molino de la Rovella, calle de la Jabonería Nueva, calle de los Angeles,

calle Ancha, del Torno del Hospital, del Hospital, plaza de Pellicers, vulgo de la Escurada, calle del Fumeral a San Agustín, calle de San Vicente estramuros, otra vez a la plaza de San Agustín, calle de San Vicente intramuros, calle de la Sangre, plaza y Bajada de San Francisco, plaza de Cajeros a la parroquia.

La fachada de la casa del Sr. D. Salvador Rubert, uno de los clavarios de esta fiesta, situada en la Bajada de San Francisco, estuvo brillantemente decorada e iluminada, con música por las noches, y otra a la puerta de la misma iglesia parroquial.

Los vecinos de la calle de las Barcas terminaron la serie de estas funciones con tres tardes de toros, grandes salvas de cohetes voladores o borrachos y algazara extraordinaria.

No podemos concluir sin dejar consignada la espresión de gratitud que la Asociación depositó en manos del Ilmo. Sr. obispo de Segorbe, llevando la comisión principal de fiestas, presidida por el Sr. alcalde en carretelas descubiertas, un precioso cáliz de plata dorada, trabajado en Barcelona, en cuyo pie se leía esta inscripción: Canubio, episcopo segobricensi, oratori meritissimo in IV Divi Vincentii sæculari festo. S. P. Q. V. Ann. 1855. «El ayuntamiento y pueblo de Valencia a Canubio, obispo de Segorbe, orador distinguido, en la celebración del IV siglo de la canonización de San Vicente Ferrer año 1855.» El cabildo metropolitano le regaló un magnifico pectoral; recibiendo una y otra espresión aquel prelado con la caballerosidad y modestia que tanto le honra.

La misma comisión pasó a visitar, para darles gracias, al Sr. arzobispo, Sr. capitán general y Sr. gobernador civil, recibiendo de estos altos dignatarios las más cumplidas enhorabuenas y felicitaciones.

He contado lo que vi y lo que oí referir a los que vieron y observaron más: las actas de la comisión de fiestas de la Asociación quedan archivadas en la Sociedad Económica de Amigos del País las de la comisión principal y demás documentos, procedentes de la respetable autoridad local, en el archivo de la municipalidad. Allí se conservarán, si el hombre y el tiempo las respetan; y hasta aquí llega la misión del historiador.

Apresurémonos a concluir este trabajo, porque el soplo mortífero del cólera baña ya nuestras frentes: la epidemia estaba esperando silenciosa que se apagarán las últimas luces de las fiestas y las últimas armonías de sus músicas, para hacer sentir el estridor de sus golpes y los ayes de sus víctimas. La autoridad la hizo empero enmudecer, sofocando sus rugidos; y cubrió con un velo las ataúdes que cruzaban en altas horas la ciudad.

Concluamos las fiestas, y empecemos a llorar; el cólera y las tempestades políticas ponen sombría nuestra frente y agobian el corazón. Volvamos a ver, a sentir, a esperar. Dichoso el siglo futuro si lo encuentra todo quieto y distingue otro porvenir más risueño que el nuestro. ¡Le hemos dado ejemplo de fe y de religiosidad; y le deseamos paz y bendición!

NOTA. En el lugar que corresponde a la descripción de los cargos de triunfo y de las jóvenes que representaban las figuras históricas, debimos incluir los nombres siguientes, que han llegado a nuestra noticia concluida ya la impresión. -Concepción Falcó y Bas,

representaba a Valencia; y Leonor Salabert y Soler, y Ramona Biguer y Bartual, dos de las Ninfas. Las tres jóvenes eran de Campanar.

Capítulo XVII.

Recaudación de fondos y gastos ocurridos en esta festividad secular.

La Asociación para solemnizar el cuarto siglo de la canonización de San Vicente Ferrer, al llegar al término de sus trabajos y honroso cometido, ha creído debía hacerlo cumpliendo con un deber de la más grata y dulce satisfacción.

Nacida espontáneamente esta Asociación del entusiasmo y devoción que a su patrono e hijo preclaro San Vicente Ferrer profesaba Valencia, ha procurado corresponder a su noble objeto, haciendo los posibles esfuerzos para del modo más digno honrar a tan egregio Santo y solemnizar el plausible cumplimiento del cuarto centenario de su gloriosa canonización, con actos de beneficencia y públicos festejos.

En la dificultad de hacerlo de por sí por el crecido número de sus componentes, nombró una comisión de su seno de patricios celosos y entendidos, para que reuniera fondos, meditara y se ocupara de las fiestas, proponiendo a la junta general el programa definitivo de las que tuviesen que celebrarse.

Público y harto notorio ha sido el celo y laudable actividad con que esta comisión llenó su encargo; mereciendo singularmente el aprecio, la gratitud y el más completo asentimiento de la junta general a todos y cada uno de sus actos, realizando sus propuestos y bien meditados obsequios al Apóstol valenciano.

La Asociación no los enumerara, siendo tan sabidos y conocidos de todos. Sólo, si, se complace en observar que más de la mitad de las sumas recogidas se ha invertido en obras de beneficencia, entre las cuales por su carácter, por su importancia, descuella el nuevo Asilo de Párvulos de San Vicente Ferrer, que puesto bajo su patricinio, e inmediata protección de la ilustre Sociedad Económica de Amigos del País, ofrece las más fundadas esperanzas de su duración, siendo el mejor recuerdo y estimable monumento que este siglo pueda legar al venidero.

Cumplele, pues, a la Asociación tan sólo el significar en primer lugar su profundo reconocimiento a todas las autoridades, así eclesiásticas como civiles, por la protección y benevolencia que le han dispensado, principalmente al Excmo. ayuntamiento, en el que ha encontrado la más decidida protección, y de quien ha recibido las más distinguidas consideraciones, igualmente que a todos los buenos valencianos y demás personas, que con sus trabajos o con sus donativos han cooperado y contribuido a la solemnidad de las fiestas seculares. Y en el segundo publicar, como lo hace, las cuentas generales de todo lo recaudado e invertido, según las presentadas con la correspondiente justificación por su depositario D. Ramón Dorda, que aprobadas unánimemente por la comisión de fiestas en sesión de 16 de Julio último, lo han sido de igual modo después por la junta general de la

Asociación en sesión celebrada al efecto en 17 de los corrientes, con las modificaciones que se observan en el saldo, cuyo residuo líquido queda entregado en beneficio del nuevo Asilo de Párvulos de San Vicente Ferrer.

Cuentas generales de lo recaudado y gastado por la Asociación, para solemnizar el cuarto siglo de la canonización de San Vicente Ferrer.

Cargo

Rs. vn. Mrs.

Cuenta de la parroquia de San Pedro. 4,238 10
Id. de la de San Martín. 8,569 30
Id. de la de San Andrés. 6,43
Id. de la de Santa Catalina. 5,485
Id. de la de los Santos Juanes. 10,055 29
Id. de la de Santo Tomás. 2,8
Id. de la de San Esteban. 3,906
Id. de la de San Nicolás. 4,921
Id. de la del Salvador. 866
Id. de la de San Lorenzo. 2,011 21
Id. de la de San Bartolomé. 2,364 14
Id. de la de Santa Cruz. 2,872 8
Id. de la de San Valero. 1,332 17
Id. de la de San Miguel. 1,5
Id. del cuartel de Benimaclet. 1,518 17
Id. del de Campanar. 900
Id. del de Patraix 910 24
Donativo de la Excma. Diputación provincial. 4
Id. de un señor eclesiástico. 3
Id. de los señores empleados del gobierno civil y hacienda pública. 1,3
Id. del Excmo. e Ilmo. señor Obispo de Barcelona 4
Id. de los señores Miranda, hermanos. 1
Id. del Instituto médico valenciano. 500
Id. de la Ilustre esclavitud de Jesús Nazareno. 400
Id. del Excmo. señor duque de Villahermosa. 320
Id. de la Junta del colegio del arte mayor de la seda. 300
Id. del Excmo. señor duque de Híjar. 300
Id. de la testamentaría del señor deán Don Vicente Llopis. 260
Id. del señor conde de Alcudia. 200
Id. del Excmo. señor marqués de Miraflores. 160
Id. del señor D. Domingo Mascarós. 100
Id. del señor D. Francisco de P. Vaquer. 100
Id. de D. Leopoldo de Pedro. 80
Id. de D. Pedro Morán. 80
Id. del Ilmo. señor Obispo dimisionario de Ávila. 60
Id. de D. Manuel Centurión. 60
Id. de D. Ignacio Vilella. 40
Id. de D. Pedro El osua. 20

Id. de Juana González. 19
Id. de D. Sebastián Torrente. 19

75,000

DATA.

Pagado a los señores comisionados D. Salvador Albert y D. Baltasar Settier por todo lo gastado en los carros triunfales, danzas, alegorías, altar asirio, grupas, corridas de caballos, etc., según cuentas documentadas que presentaron.

16,048

21

Id. a D. Joaquín Minguet y D. Vicente Llorens por el valor del gran castillo de fuegos artificiales, disparado el 7 de Julio. 9,5

Id. a D. Vicente Puchades, por la iluminación interior de la Catedral a la entrada de la procesión.

3,75

Id. al señor comisionado D. Antonio Ballester, por la iluminación y banderas del Miguelete. 805

Id. a D. Salvador Estellés, por litografiar los carros triunfales. 1,15

Id. a D. José Rius, según cuenta de impresiones. 812

Id. a D. Pascual Pérez, para ayuda del coste del tablado que se levantó en el Mercado para el gran concierto de música. 500

Id. a D. Carlos Llorens, por la música en el sorteo de las dotes. 258 16

Id. a D. Rafael Vilar, por un cáliz de plata para hacer una demostración al ilustrísimo señor Obispo de Segorbe, que predicó en la función del centenario. 1,9

Id. a D. Vicente Rodríguez, por la lápida monumental. 700

Id. a D. Pedro Dorda, comisionado de la Sociedad Económica, por siete medallas de plata para otros tantos premios acordados por la comisión de fiestas. 264

Id. al alcalde de Alboraya, por el premio adjudicado al citado pueblo. 100

Id. a D. Lorenzo Gil sacristán de San Juan, por premio adjudicado al mayor adorno de la cruz parroquial. 100

Id. a D. José Devís, convocador de la junta, por sus trabajos. 200

Id. a Ricardo Palanca, escribiente auxiliar. 38

Importe de diez y siete dotes de 750 reales para una huérfana, de cada una de las catorce parroquias de la ciudad y cuarteles de Benimaclet, Campanar y Patraix. 12,75

Importe de diez dotes de 450 rs. que se sortearon entre huérfanas de las parroquias que presentaron mayor número de aspirantes. 4,5

Importe de ocho dotes de 1150 rs. que se sortearon entre los niños de San Vicente y pobres de la Misericordia y Beneficencia de ambos sexos, a saber: cuatro para los del colegio imperial y dos para cada una de las dos espresadas casas de caridad.

3,6

Importe de veinte lotes de 400 rs. cada uno, que se sortearon entre viudas y solteras pobres de las parroquias y cuarteles. 2,000

Limosna al Hospital general. 1

Id. a la Asociación de Beneficencia de nuestra Señora de los Desamparados. 1,000

Id. a la misma gran Asociación para repartir entre tres personas determinadas, que acudieron pidiendo socorro a la comisión de fiestas. 300

Id. a la casa de Misericordia. 600

Id. a la de Beneficencia. 500

Id. al colegio imperial de huérfanos de San Vicente Ferrer. 300

Id. A las monjas y hermanas del convento de San Gregorio. 300

Id. a la hermandad del santo Celo. 200

Id. al beaterio de San Francisco. 100

Cuatro limosnas de 300 rs. a cada una de las parroquias de San Martín, San Andrés, Santos Juanes y San Valero de Ruzafa para distribuir entre los pobres. 1,9

Diez limosnas de 100 rs. a cada una de las restantes parroquias para igual objeto. 2,000

Tres limosnas de 200 rs. para pobres de los cuarteles de Benimaclet, Campanar y Patraix. 600

Valor de una comida extraordinaria, para los pobres del presidio de San Agustín y de la Galera en el día del centenar. 838

Id. de otra comida para los pobres presos de las cárceles en el referido día, y chocolate para los pobres tullidos en la casa de Misericordia. 258 28

Limosna para construcción de camas, para uso de los pobres presos enfermos en San Narciso y Serranos. 800

Limosna a Vicenta Garrido, pobre, anciana centenaria. 160

Entregado a D. Francisco Pujals, tesorero del Asilo de Párvulos, para la creación de la escuela instalada en las fiestas seculares. 4,3

Saldo que queda en depositaría a disposición de la Asociación que según acuerdo de la comisión de fiestas, y satisfechos gastos posteriores, deberá pasar también al espresado señor tesorero de párvulos así que se reúna la junta general.

1,917

3

Rs. vn 75,000

Valencia 15 de Julio de 1855. -Ramón Dorda.

Es de advertir, que de los 1,917 rs. 3 mrs. que según las cuentas anteriores quedaron en depositaría, se han entregado 250 rs. a la casa de Misericordia, y otros 250 reales a la casa de Beneficencia, en virtud del laudo pronunciado por el señor alcalde primero constitucional para dirimir las diferencias suscitadas en el cumplimiento de la contrata celebrada sobre el castillo de fuegos artificiales. Asimismo que se han deducido 200 rs. por gastos de impresión y repartición de las presentes cuentas, quedando reducido el referido saldo a 1,217 rs. 3 mrs., que con arreglo a lo acordado por la comisión de fiestas y aprobado por la junta general, ha sido entregado a D. Francisco Pujals para el Asilo de Párvulos de San Vicente Ferrer, creado por esta asociación.

Lo es igualmente, que los 20,400 rs., importe de los treinta y cuatro dotes referidos, quedaron depositados en la sociedad valenciana de Fomento el 19 de Julio último y a disposición de la Económica de Amigos del País, para que esta corporación pueda reclamarlos, a medida que se vayan presentando las verdaderas agraciadas con estos premios.

Valencia 25 de Setiembre de 1855. -El vice-presidente, Francisco de Llano. -El vice-secretario, José María Llopis.

Álbum poético-religioso.

Cerramos este escrito, insertando las composiciones poéticas que, por invitación del Sr. alcalde, escribieron los bardos de nuestro tiempo. Las hay bellísimas, elevadas, sublimes, dignas de la época de Gil Polo: las hay de laudable aplicación y esfuerzo, fruto de una juventud que puede conquistar un nombre. El lector las juzgará con el cariño que se merecen estas producciones, consagradas a un objeto tan querido.

Corona poética a San Vicente Ferrer, en el cuarto siglo de su canonización al escritor Fénix del tercer siglo y a los que lo fueren en el quinto.

Aunque dirigida al Fénix del cuarto siglo, llega después de cien años a nuestras manos la ingeniosa carta de Vmd., por entre cuyas líneas bien podemos decir, que va la urbanidad con sombrero en mano, haciendo cortesías a todo el mundo. Ciertamente que al leer el libro de Vmd. hemos experimentado un sentimiento indefinible, mezcla de tristeza y de gozo. De tristeza, porque pensamos vivamente en nuestro interior con qué miserable rapidez pasan los hombres sobre la tierra... ¿Qué es del Sr. intendente de quien tanto nos habláis? ¿Y del justicia mayor y de los magníficos jurados, a quienes tanto encarecís? ¿Y de los poetas, cuyos versos trascibís? ¿Y de las hermosas, que estampaban su pie menudo en las calles enarenadas de esta ciudad? Todo fue, brilló y desapareció en breve tiempo, como la flor de un día o la sombra de una noche. Y no sólo damas y caballeros, y poetas y jurados, sino varones esclarecidos que, llenaron el mundo con su gloria, e instituciones celebradas que parecían perpetuas a los ojos de los hombres. El mundo dio un paso y entro todo, instituciones y hombres, en las regiones de la muerte y del olvido. Pero a esta tristeza, que despierta en el ánimo la lectura del libro de Vmd., se mezcla un vivo sentimiento de júbilo inefable; porque en estos días, así como en iguales del año 1755, Valencia se conmueve y se alborozaba y se engalana para celebrar, al más grande de sus hijos, a quien el mundo hubiera dado el nombre de héroe, si antes no le diera la iglesia el más hermoso de SANTO.

El mundo, es verdad, se ha transformado; pero vive aun la fe que lo ilumina, la esperanza que lo alienta, y la caridad que lo fecunda.

Ha desaparecido el convento, pero el fraile inmortal está todavía entre nosotros...

Por lo demás, singular nos pareció vuestra idea de escribir a los que habían de nacer; pero más raro parezca por ventura, que los que hoy vivimos contestemos a un muerto. Lo hemos hecho, al menos para que sepa el mundo, que escuchamos con respeto y placer una voz, que, ha llegado a nosotros al través de un siglo, encareciendo las glorias de VICENTE FERRER.

Vuestro ejemplo era de imitar y de seguir; y por ello ocho valencianos, ocho amigos, hemos determinado entretejer con las flores modestas de nuestro ingenio una humilde corona, que nos atrevemos a depositar con respetuosa timidez a los pies del GRAN SANTO.

Solos la formamos, no porque desdeñemos la ayuda de otros poetas que valen más que nosotros, sino porque no nos creímos con autoridad bastante para invitarles a trabajar en nuestra compañía; fuera de que sabíamos, que los frutos preciados de su musa verían la pública luz pasados los días de las fiestas seculares, y nos aguijaba deseo vehementísimo de dar ya en el primero de ellos un solemne testimonio de amor y veneración al Apóstol del siglo catorce. Sobre esto (ingenuamente lo confesamos) nos halagó el pensamiento de consagrar en cierta manera una amistad íntima y probada, reuniendo nuestros versos bajo la protección de tan esclarecido Patrono; y aun esperamos, no por el valor de ellos, que el ingenio es escaso, sino por la grandeza de aquel a quien van dirigidos, que venciendo la corriente de los arios lleguen hasta el siglo venidero, y podamos los ocho valencianos, los ocho amigos, presentarnos con las manos enlazadas a vosotros ¡oh poetas! que en 1955 veréis lucir de nuevo en el horizonte el sol de las fiestas seculares.

Como el FÉNIX del tercer siglo nos hablaba, así nosotros, poetas oscuros, deseamos hablaros también. Mas ¿qué podremos deciros? Aquel llenó su carta de agradables bagatelas: ¡bien dice por si sola la tal carta, que está escrita en los tiempos bonancibles del rey de la paz, del buen D. Fernando el VI! Pero nosotros vivimos en un mundo, que aun tiembla con la estruendosa calda de altos tronos, y en días en que la humanidad se agita al gran rumor de las tempestades que la amenazan.

Pasea hoy por las calles de París un hombre que se llama Proudhon; y se sienta otro hombre, que se llama Alejandro, en el trono de todas las Rusias. Su padre Nicolás lanzó las águilas moscovitas hacia los minaretes de Constantinopla, y ha comenzado una lucha de gigantes al pie de las murallas de Sebastopol.

La Europa de hoy no es la 1755: ¿qué será la del mismo año del siglo vigésimo? Dios lo sabe, ante quien nada está oculto, presente ni porvenir.

Nosotros, sin embargo, aunque no profesamos todas las mismas opiniones en política, nos atreveremos a deciros: que, sean cualesquiera las alteraciones que sufra la sociedad en su forma y aun en su esencia; cualesquiera los adelantamientos en las ciencias y en las artes; aunque arranquéis prodigios al vapor y milagros a la electricidad, no pongáis nunca en olvido que es triste y fugaz la existencia del hombre sobre la tierra; que todo vive un instante, excepto Dios, que es quien es, y reina sobre los siglos; que todo es miserable y raquítico, excepto los hombres que, animados por el espíritu de Dios, pasan por el mundo

haciendo bien; excepto las instituciones que, vivificadas por su soplo divino, pueden solas ofrecer paz, justicia y libertad a los hombres.

A Dios, amigos y paisanos. después de cien años llegará esta carta a vosotros; rogad por el alma de los que la escribieron. Y sabed, que viviendo en tiempos oscuros y turbados, os desean de corazón días serenos y apacibles, y ruegan a Dios que mire en su misericordia a los hombres, para que al fin vivan como hermanos en la tierra santificada por la misma fe, así como está alumbrada por el mismo sol.

Valencia 29 de Junio de 1855.

ROMANCE.

¡Gloria al Señor! Poderoso

Derramó sobre mi patria
Los encantos de su Cielo
Mas que del mundo las gracias.

Flores matizan el campo
Que enriquece mies dorada,
Y el fuego del sol radiante
Mitigan las frescas auras.

Mansión de hechiceras ninfas
Le aclamó la justa fama;
Patria del genio, que al mundo
Deslumbró con luces claras.

¡Gloria al Señor! Donde ostenta
Naturaleza sus galas
Donde templo la hermosura
Dio de la gloria a la llama,
Brilló cual ángel Vicente,
Porque dichosa mi patria
Fuera en el mundo la imagen
De la celeste morada.

No es tan puro el grato aroma,
Que esparcen las flores gayas,
Como fue pura y suave
De su virtud la fragancia.

Ni el sol tus campos,
Valencia, con luz tan vivida baña,
Como fúlgida en su mente
La inspiración brotó santa.

No con fugaz monumento
Diste recuerdo a su fama,
Que cual las pompas del mundo
También sus memorias pasan.

El que entre inmortales vive
Viva inmortal en tus aras,
Porque el tiempo no destruye

Los monumentos del alma.
Y unido su nombre escelso
Al de Dios, que nunca acaba,
Eterna será su gloria,
Y eternas tus alabanzas.

HIMNO

Salve ¡oh patria! Tu plácido canto
Hasta el trono se eleve de Dios:
Nuestros himnos ensalcen al santo,
De tus glorias la gloria mayor.

No de Marte los triunfos sangrientos
Hoy el férvido acento proclama:
No del sabio dilata la fama,
Que cual sombra ligera pasó.
Nuestro canto es el eco gozoso,
Que inmortal en los siglos resuena...
De Vicente la gloria le llena,
Y el Eterno su gloria le dio.

Salve ¡oh patria! Tu plácido canto
Hasta el trono se eleve de Dios:
Nuestros himnos ensalcen al santo,
De tus glorias la gloria mayor.

Ángel puro de nítida esencia
Le adornaron las gracias del cielo,
Y entre aromas que exhala su suelo,
Dulce patria su cuna meció.
Astro bello sin lánguida aurora,
Al nacer deslumbrando fulgente,
Dio el Señor viva luz a su mente
Y radiante la esfera inundó.

Salve ¡oh patria! Tu plácido canto
Hasta el trono se eleve de Dios:
Nuestros himnos ensalcen al santo,
De tus glorias la gloria mayor.

Si con bárbaro son la discordia
Ronco grito dio a España de guerra,
Inspirado su labio a la tierra
De alma paz la ventura tornó.
Si la nave de Pedro vacila
Al embate de viento furioso

Dobla el mundo su frente piadoso
Al que el santo de Edeta aclamó.

Salve ¡oh patria! Tu plácido canto
Hasta el trono se eleve de Dios:
Nuestros himnos ensalcen al santo,
De tus glorias la gloria mayor.

A su voz para el huérfano triste
De piedad los raudales brotaron:
A su acento las glorias brillaron
Del saber que mi patria ostentó.

Nunciador de las célicas iras,
Ángel fue de misterio profundo,
Y aún sus ecos repiten al mundo
«Ensalzad y temed al Señor.»

Salve ¡oh patria! Tu plácido canto
Hasta el trono se eleve de Dios:
Nuestros himnos ensalcen al santo,
De tus glorias la gloria mayor.

SONETO.

Hoy que el placer tu corazón serena,
Entona ¡oh pueblo! el armonioso canto...
Y de piedad el apacible llanto
Suceda al lloro de la amarga pena.

A la memoria de Vicente, llena
Se eleve el alma de entusiasmo santo;
Que al acogerte a su piadoso manto,
Hallas del bien la inagotable vena.

Fue vano afán, si por manchar tu gloria
Las torpes furias, de dolor sedientas,
En ti encendieron su iracunda saña.

Borrar no pueden de tu fe la historia...
Y al recibir su inspiración, te ostentas
El pueblo grande de la antigua España
Juan Reig y García.

SONETO.

¿Quin bullici tan gran? ¿Quina alegría
Hui remòu á Valencia tota en pés?...
¿Á quin Príncip aclama ab tal excés
Que en sí no cab de gòig en este dia?...

-¿Qué dic Príncip?... ¡Ah! nó: Valencia pia
A algú festetja que es cent vòltes més...,
És á un fill, com qui may ni ans ni después
Tan sant no n'ha tengut la Patria mia.
¡Festetja á l'seu Vicent!!! Cent anys espera
Lo dia desitjat, que torna huí...,
¡Si dignament cantar lo yo poguera!...
Mes ¡oh Vicent gloriós! ¿Qué podrá, qué
Fer de l'teu Centenar digna memòria?...
-Los Ángels sòls, que l'canten en la Glòria.
Juan Baptiste Marqués Aucher.

ODA.

Nunca de Dios la bondadosa mano
Pródiga siempre de celestes dones,
Castiga airada el proceder liviano
De un pueblo que ha escogido,
Sin que su amor con paternal dulzura
Mitigue la amargura
Del mismo pueblo en el dolor sumido
Nunca al tronar con magestad severa
Su justa indignación, cierra el oído
A la plegaria que con fe sincera
Le eleva el justo que piedad implora;
Pues retira su diestra vengadora,
Y trocando en perdón dura sentencia,
Del suelo mismo que agostó su rayo
Hace brotar con próbida clemencia
La planta bienhechora,
Bálsamo al triste que apenado llora.

¿Oís acaso en tempestad deshecha
Roncos bramar los desatados vientos
Que el mundo en sus cimientos
Parecen conmover? ¿Veis cuál se apiña,
De pardas nubes escuadrón tremendo,
Que arrojan con estruendo
El granito fatal a la campiña,
El rayo asolador que ardiente estalla,
Y el diluvio que hinchando los torrentes
Romper les hace la potente valla?
No desesperancéis: cobrad aliento:
Tras de esa nube que la muerte lanza,

Brilla tranquilo ya en el firmamento
El iris precursor de la bonanza.

¿Veis levantarse con feroz bravura
Pueblos hermanos, que el terrible acero
Revuelven contra sí, y en su locura
El noble pecho de la madre patria
Destrozan sin piedad? ¿Juzgáis acaso,
Al ver que por doquiera
Asaltan del poder los escalones
Bastardas ambiciones,
Que a través de las ruinas se abren paso,
Que no brillará el día
En que la paz levante
Con justo orgullo su pendón triunfante?
¡Oh! creed y esperad. Dios con su dedo
Señala diques a la mar bravía,
Y hoy es tranquilo lago
El que ayer con estrago
Pronto a tragar la tierra parecía.

¡Cuántas veces mi patria idolatrada,
Al borde ya de tenebroso abismo,
Alzó su faz de nuevo coronada
Radiante de poder y de heroísmo!...
Si el árabe feroz con arrogancia,
Al eco ronco del clarín de Marte,
Pasea su estandarte
De la opulenta Cádiz hasta Francia,
Pelayo con intrépida osadía
Pregonará la bélica cruzada
Que nace en Covadonga,
Y heroica siete siglos se prolonga
Para acabar en la imperial Granada.

Si Mahomad ambicioso,
Fiero el poder del África concita,
Y sus terribles hordas
A los iberos campos precipita,
Las Navas os dirán eternamente
El noble esfuerzo con que Alonso octavo,
Gefe de un pueblo generoso y bravo,
Sabe de lauros coronar su frente.

Si Aragón empeñado
En intestina y desastrosa lucha
Su robusto poder ve derribado;

Si pisadas las leyes,
Mira la patria en hórrida tristeza
Huérfano el trono de preclaros Reyes,
Y alzando la cabeza
Negra ambición en popular bullicio
Que huella la virtud y ensalza el vicio,
Volved la vista al apacible Turia,
Y admiraréis en mi Valencia bella
Al héroe insigne, al orador, al Santo,
Objeto ilustre de mi pobre canto.
Al incansable apóstol
Cuya potente voz robusta truena,
Y del vicio descubre
La repugnante faz de manchas llena:
Al varón eminente,
De caridad modelo,
Que vuela ardiendo de cristiano celo
A socorrer la humanidad doliente...,
Veréis, en fin, al inmortal VICENTE,
Astro brillante de virtud y ciencia,
Que en los altares la piedad coloca,
Al que Valencia por Patrono invoca,
Al que por siempre ennobleció a Valencia.

¿Quién no siente su pecho
Latir ufano, recordando el nombre,
Del compatriota egregio, en cuya vida
No hay acto que no admire, que no asombre...!
¿Gime apenada en mísero abandono
Desvalida niñez?... VICENTE corre:
VICENTE al niño en su orfandad socorre;
Y ese imperial Colegio, en cuyos muros
Cual tierna planta crece
Y en la virtud florece,
A los siglos futuros
Dirá por siempre el nombre venerado
Del ínclito varón que lo ha fundado.

Si débil joven con amargo lloro
Mira perdido su mejor tesoro,
Y es hoy triste ludibrio
Del seductor perjuro
Que ayer la amó con entusiasmo impuro;
Si busca inútilmente
Donde pueda tranquilo
Latir su corazón, ved a VICENTE:
Su noble caridad le abre un asilo

Bajo sagrado y respetable techo,
Do en silencio profundo
Pueda encontrar su lastimado pecho
La paz ansiada que le niega el mundo.

Tan pronto en el retiro
De celda solitaria
Eleva a Dios su férvida plegaria,
Como en plaza anchurosa
Celoso misionero,
Oye su voz la multitud ansiosa.
Hoy, de los Reyes al consejo asiste,
Mañana le ve el pobre en su cabaña,
Ya vela al lado del enfermo triste,
Ya en cátedra elocuente asombra a España.
En todas partes su incansable celo
Al poderoso su deber predica,
Al pobre presta en el dolor consuelo,
La ciencia al joven con bondad esplica:
Y doquiera querido,
Es doquiera por todos bendecido,
Más que la vuelta del risueño Mayo
Que con sus flores el pensil adorna,
Más que el favor de suspirada lluvia
Que al seco prado su verdor, retorna,
Más que el alba serena
Tras negra noche de nublados llena.

Intrépido arrostrando la fatiga,
El héroe generoso
Por sus hermanos su salud prodiga;
Que Dios le colocó sobre la tierra,
Cual bello sol que cuanto más se encumbra
Con más fulgor el universo alumbra.
Si Valencia le debe
Beneficios sin cuento,
El noble Reino de Aragón en breve,
Trocado en alegría el triste duelo,
Le deberá la paz hija del cielo.

La muerte despiadada
Invadió en triste día
El coronado alcázar, y el monarca
Baja a la huesa fría,
Sin que la voz de un hijo
Endulce su agonía.
Vacío el regio trono,

Cien bandos a la vez con fiero encono
Levantán su bandera,
Y con la espada en la irritada mano
Y el odio ciego en el altivo pecho,
Vertiendo sangre con furor insano
Que triunfe intentan su dudoso drecho.

El de Urgel orgulloso
Su injusta causa a los combates fía;
Maquina en sorda intriga cauteloso
El Duque de Gandía;
El que ya de Castilla el solio ocupa,
Con bélica arrogancia.
Crecida hueste a la frontera agrupa,
Y hasta Sicilia y la vecina Francia,
Nueva corona a su ambición buscando,
Mueven ocultas sedicioso bando.

¡Guerra! es el grito que en los aires zumba:
Y a esta voz... que estremece
El pecho de las madres, se enrojece
La devastada tierra,
Y abre anchurosa tumba
A los que llenos de entusiasmo y vida,
Ayer volaban a la lid sangrienta
Osado el pecho y la cerviz erguida.
¡Guerra! y en cada villa, en cada aldea
Por atrevida rebelión alzado,
Un enemigo pabellón ondea.
¡Guerra! y en negro duelo
Gime el hispano suelo.

¿A do van esos fuertes caballeros?...
¿Qué anhelan esos bravos ciudadanos
Que empuñan los aceros
Y vienen a las manos
Cual tigres carniceros?
¿Qué maléfico genio les impele
A redoblar con saña
Los males de la patria harto prolijos?
¿No son hermanos? ¡Ay! ¡la triste España
A todos ellos les llamaba hijos!...

¡Desgraciados! tened: ¡basta de sangre!...
No con negro delito
Queráis manchar vuestros ilustres nombres:
La patria os llama con doliente grito:

Harto fuisteis valientes; sed ya hombres.
No más venganza fiera,
Dad treguas al rencor y oid prudentes
La augusta voz de la razón severa.
¡Ah! por fin la escucháis... Ya en Caspe miro
En consejo supremo congregados
Los jueces, de tres Reinos alta gloria:
Allí nobles señores y prelados,
Allí sabios doctores,
Allí en puesto eminente
Descuella la virtud; allí VICENTE.

VICENTE, Sí; miradle; en su semblante
La paz del justo brilla;
Sus limpios ojos la bondad revelan,
Su noble aspecto la virtud sencilla.
¿Le oís?... Se abren sus labios,
y a su voz elocuente
inclínanse los sabios
Los pechos que latían.
En rencorosa sed de atroz matanza
Laten ya de emoción, no de venganza;
Y el cielo, antes oscuro,
Deja entrever tras las preñadas nubes
Su azul hermoso refulgente y puro.
Habla, y Europa absorta
Oye el solemne fallo
Que de Aragón las disensiones corta;
Habla, y el pueblo que en sangrienta lucha,
Cruel se despedaza,
Al enviado del Señor escucha,
Y el hierro suelta, y con ardor se abraza.

Habla VICENTE y la nación entera
Con entusiasmo aclama
Al ínclito FERNANDO DE ANTEQUERA.
VICENTE le proclama
Rey de tres Reinos de esplendente fama.
Su augusta sien, con la diadema adorna:
Y... al claustro luego torna
A ser de nuevo el religioso humilde
Que junto al lecho del enfermo vela,
Y al desvalido asiste,
Y el llanto enjuga y el dolor consuela.

¡Honor al noble apóstol,
Que cual ángel de Dios sobre la tierra

Trocó en grato placer hórrida angustia,
Y en blanda paz la desastrosa guerra!
¡Honor al Dios de pródiga clemencia
Que siempre grande en su bondad fecunda
Hizo nacer en mi gentil Valencia,
En días tristes de ansiedad profunda,
La rutilante estrella
Que con su luz resplandeciente y bella
Al universo de fulgor inunda.
¡Y honor también y duradera gloria
A la celosa Sociedad, que alienta
Con noble premio, en tan solemne día,
Al que en su canto enaltecer intenta
Al héroe insigne de la patria mía!...

¡Gloria, honor, alabanza
Al hijo de Valencia más querido!
Él es el protector esclarecido
En quien mi patria fía su esperanza;
Él fue en la tierra el ángel escogido
A quien debió Aragón paz y bonanza;
Él en el cielo antorcha refulgente
Del mundo guía, del cristiano encanto...,
¡Gloria por siempre al inmortal VICENTE
¡Honor al héroe! ¡Bendición al Santo!
Francisco Monforte.

CANT MONOSILÀBICH.

Tem á Deu, y lláu li dá.

Cánts de lláu al gran Sant que al Llòch del Cid
Mes brill que lo clar sòl li vá un jòrn dar,
Per lo còs fon com tots, mes per lo sprit
Fon tan gran, qu'en lo cèl sòls ne té par.
Ple de çél li dá al hòm llum en sa nit,
La náu de Crist qu'es pèrt, trau de la mar;
En sa má de grans Reis té el Sant la sòrt,
Y puix pòr no li té, venç á la mòrt.

Es Gran, per que mes gich que tots se fá,
Que no es gran l'hòm, qui ho es, si es vòl gran fer;
Tal Deu vé al mon, com gich, sens res, nu vá,
Que Deu rich y ple de òr ¿com Deu pòt ser?

Es Bò, per que al que cau, li dá la má,
Y fer lo bé es tan sòls lo seu gran plaer;
Y es Sant, per que á Deu vòl fins á tal punt,
Que viu en mi, del mon, y del mon llunt.

«¡Tem á Deu!» diu lo Sant al bò y al mal,
Que qui no el tem ni el vòl, no vá á lo cèl.
«¡Tem á Deu!» diu al Rey, ser Rey no et val,
Y fes lo bé de tots ab gran just çèl.
«¡Tem á Deu!» diu al gich, y mèl ó sal
Pren lo que'l Rey te dá, qu'el Crist beu fèl;
Puix yo, que vos ho dich de tot mon còr,
Sòch qui mes tem á Deu, qui té mes pòr.

«Lláu dá á Deu» al hòm, bò, lo Sant li diu,
Al que son blau dá al cèl, sa llum al sòl,
Al que al camp dá ses flòrs, son curs al riu
Y sab pels dits, quant hiá de pòl á pòl;
Al que á les áus lis dá son grat ¡piu! ¡piu!
Y al bò li diu «fill seu,» y tant lo vòl,
Que sent lo Rey del cèl vé á lo mon trist,
Y per lo bé de l'hòm de sa carn vist.

« ¡Tem á Deu!» diu al mal, tú no tens còr,
Y d'ell te rius, no el vòls, ni li fas cas?
¡Ay fòll de tú! puix trem,. y li tin pòr,
Que sens Deu res pòts fer, ni dar un pas.
¡Trem! que dòl vist lo cèl, y el sòl se mòr,
¡Trem! que la mar s'en ix y ho fá tot ras,
¡Trem! qu'el trò s'òu, y el Deu ans tan bò y dólç,
Hui fruny lo front... y ¡trem! qu'et vá á fer pòlç.

Y al hòm bò y al hòm mal lis diu lo Sant:
«A tots, filis meus, del fanch Deu ens há tret,
Fill seu es tot qui vé á lo vall de plant,
Pa tot nát lo bòn Deu lo cèl há fet,
Pa tot hòm naix la fònt y l'áu té cant,
Pa tots té lo camp blat com el òr net,
Pa tots cuants hiá en lo mon ix lo clar sòl,
Y plòu pals bòns y els mals, que á tots Deu vòl.»

«Y, tú, mes mal que tots, li diu al juèu,
¡Per qué no creus, com, tots, en lo vèr Crist?
En lo mon, per tos ulls al Fill de Deu,
Y á la llum de lo sòl ¿clar no l'has vist?
No l'has vist nó, que vil mòrt en la creu
Al que te feu lil has dat, y d'ell t'has rist...

No han vist, baix y ruin juèu, los teus ulls cegs
Que cuan tú li das mòrt, per tú fa pregs!...»

«La sanch del Fill de Deu en ton front cau,
¡Còlps de pit per los que has dat en la creu!
Cau als seus pèus, y puix lo llant li plau
Llarch ha de ser ton plòr, y trist lo ¡ay! teu.
Tan sòls, com dich, ab Deu pòts fer la pau,
Per qu'es bò y pòt fer mòlt lo Fill de Deu;
Y bé pòts dir ¡oh juèu! si al cèl vas dret,
Que tant com lo que pòt un sant, has fet.»

Y del Sant á la veu mil juèus se dan
Ab grans plòrs y gran fe fòrts còlps de pit,
Fins los que son mes mals, com uns folls van,
Dient que lo Crist es Deu á veu en crit.
Ya com fèls en son front la creu se fan
Ya ab la llum de la fe pa élls no hia nit,
Ya li cau al mes fósch dels ulls lo vèl,
Y veu dalt del seu cap un tròç de cèl.

Mes lo Sant, que'l còr plé de pur sant fòch
Creu que tot cuant ell fá per Deu, és res,
Ab gran çèl de lo Cid en lo bell llòch
Un dòm dá ais gichs, que de son nòm hui es,
Hon pá á tot qui fam té se dá, y no pòch...,
Molt ha fet, molt, lo Sant..., y vòl fer mes,
Y fá la dòm hon gran y gich arts lling
Y de hon ix, qui sab tant, que á lo mon rig.

Ya lo Sant, tot éll còr, de pur çèl plé,
Pèus dá al coix, oit al sort, y á lo mut veu,
Mans al que es manch, y fills á qui no n'té,
Y llum en mitj sa nit á qui no veu;
Y, lo que es mes que tot, li da la fé
Al mal, que dur de còr en Deu no creu;
Puix, tòrt ó dret, al cab y al fi, es lo cèrt
Que qui te fé va al cèl; qui nó, se pèrt.

Cuan falt de reg lo camp de set se mor,
Els ulls dú el Sant al cel; y fosch se fá...
Y plou á mars al punt; tant, que dá pòr;
Y el camp beu, fins que mes no ne vol ya.
No li cab dins lo pit al ruch lo còr...
Y plé de gòig al Sant, un bes li dá;
Mes éll li diu: -«Al cèl dú lo teu preg;
Que no soch yo, mes Deu, qui t'dá lo reg.-»

Y á sa veu se fa clar lo cèl ants fosch;
Fuig lo llamp, y á lo llunt lo trè se pèrt;
Ix lo sèl, y lo plá y el mont y el bosch
Se vist, de néu, de flèrs y de gram vèrt.
A sa veu sab, y es gran el hòm mes tosch;
A sa veu l'hòra mes seg veu clar y cèrt;
Se veu qui se sent mal de pront bò y sá;
Y qui en brau rnar se pèrt á bon pòrt vá.

¿No veus la de ulls de sòl y mans de neu,
Que ab gran gòig á un bell hòm va á dar sa má,
Com al punt, que del gran Sant òu la veu,
Fuig del que vòl son còr, y al mont s'en vá?
Ya no es l'hòm á qui vòl; es á son Deu,
Que la vòl mes que tots, y el cèl li dá...
Y al fi mòr com lo just, se dòrm en pau,
Y un cant se sent del cèl en lo seu lláu...

-Y al punt van tots hon s'òu la veu del cèl,
Y en lo mes fosch del mont se veu gran llum,
Y s'òu per dins un cant dolç com la mèl,
Y s'veu que ix, y al cèl vá com un blanch fum
Lo sprit que s'en du Deu ab un cast vèl;
Y s'òu un dolç ¡piu! ¡piu! y un grat ¡rum! ¡rum!,
Qu'en llòch de carts y pins en lo ruch mont
Naix la flòr, lo vèrt grám, el áu, la fònt.

.....
-Y ve, un jòrn en que Deu fruny lo seu front,
Y s'fa el cèl fòsch, y el sò del trè se sent,
Y á rius, á mars, se veu la sanch de pront,
Y tots van á les mans, y riny la gent.
La náu de Crist se pért en lo bráu pont,
No hiá llí, ni hiá rems pa lo fòrt vent...
¡Ay que nó hiá cap mig! á fònd se n'vá!!!
¡Oh gòig! el Sant la trau ab sa gran má.

A un gran vir, ple de cèl li dá lo Sant
Les claus de lo mes alt y mes sant llòch;
A un fill de Réis da un tròn, y vist un mant,
Y á tot l'òrb li da pau en temps molt pòch.
-«No mes sanch, tots sou tins, diu, no mes plant;
«Res, puix, tinch ya que fer, ¡oh Deu, teu sòch!-»
Y cuan veu á tots bé llat lo còr seu,
Fuig la córt, mòr pal mon, y viu pa Deu.

.....
Lláu, puix, á lo gran Sant, que pau al mon

Y, lo qu'es mes, lo cèl á molts vá dar;
Lláu li da, Llòch del Cid, que fill teu fon,
Y vá dár brill y prèu á ton nòm clar:
¡No de hon ix lo clar sòl á hon se pòn,
Hom fon, es ni ha de ser á Deu mes car!...
Lláu, puix, á tan gran Sant; mes ants que res
Lláu al Sum Ser, qu'el gran y el sant sòls es.
Benet Altet y Ruate.

PEDIMENTO.

La dos veces coronada
Leal ciudad de Valencia,
En sus penas y quebrantos
Ante vos ¡oh Santo! llega,
Diciendo, hincada de hinojos,
Y como mejor proceda:
Que su contrario el infierno
(Y lo es ya de larga fecha)
Tal proceso le ha formado
Ante la justicia eterna;
Que Dios, que es juez aunque padre,
Por corrección la condena
A sufrir estos azotes,
Entre otros mil que no cuenta.
-Una turba de pelones
Desarrapada y traviesa,
Que acaso engendró el diablo
Porque su egército fuera;
A bolsas, frutas, cristales,
Gavilán, langosta, piedra.
-Un enjambre de polluelos
Que iban ayer a la escuela,
Y hoy con el puro en la boca,
Gran lazo, lentes de rienda,
Anchos puños, cuello tieso,
Son, en calles y alamedas,
Risa de discretas-niñas,
Y encanto de tontas-viejas.
-Una plaga de elegantes
Sin corazón, con cabeza...
Pero vacía por dentro
Aunque adornada por fuera.
-Y de viejos archi-necios

Una escuálida caterva,
Que por ocultar al mundo
Canas y arrugas, emplean
Tiempo, que deben a Dios;
Dinero, que al pobre niegan.
-Una legión de aprendices;
Parnaso de nuestra era,
De la razón enemigos
Y verdugos de la lengua;
Hombres, en fin, que no sirven,
Para ministros siquiera
-En el sexo femenino
Centenares de coquetas;
Niñas tontas, no se diga;
Viejas locas, a docenas.
-Mas letrados que espedientes;
Mas médicos que dolencias;
Empleados, una nube;
Cesantes, más que poetas;
Boticas, en cada calle;
Modistas, en cada acera:
Y para colmo de males,
Con desatentada priesa,
El que tiene como quince
Quiere gastar como treinta:
Y cien bolsas se vacían
Para cuatro que se llenan...
Y es cada casa un infierno,
Y un embrollo cada cuenta.
En tanto, para mi alivio...
¡Para acabar mi paciencia!
Asusta negro el olvido,
El oidium la vid apesta...
Y si la mies da esperanzas
El poniente se las lleva.

Por lo demás, salud ¡mucha!!!
Sólo tercianas me diezman,
Y al que su fiebre perdona
Le tiene baldado el reuma;
Y coge el tiffus de firme
A quien el cólera deja.

Mas sobre el cólera y tiffus
Mayor desdicha me aqueja;
El político furor,
Que a mis hijos ensangrienta,
Cual si de todos a un tiempo
No fuese ya madre tierna...

¡Ay! no dudo, aunque el decirlo
 Cause dolor y vergüenza,
 Que por mis muchos pecados
 Merezco más ruda pena...,
 Pero ¿de qué serviría
 Tu patrocinio a Valencia,
 Si en su favor, Santo mío,
 Tu influjo no interpusieras?...
 Mi hijo fuiste, sé mi padre,
 Esta esperanza me alienta:
 Y hoy que la cuarta centuria
 De tu exaltación suprema,
 Con público regocijo
 Ricos y pobres celebran,
 SUPLÍCOTE, ¡oh gran VICENTE!

Que, compasivo a mis penas,
 Me alcances de Dios indulto
 Para tan dura sentencia.
 Gracia, que sin costas pido,
 Juro, y para ello etcétera.
 En Mí: Junio, veinte y nueve,
 Mil ochocientos cincuenta
 Y cinco.

Yo el licenciado,
 Gregorio Gisbert.

Valencia.

SONETO.

Lanza Valencia al mar la media luna;
 Feliz la rigen venerandos fueros;
 Fértil plantel de sabios y guerreros,
 Y de un Fraile inmortal ilustre cuna.
 Él humilde, y mayor que la fortuna,
 Trueca en fecunda paz disturbios fieros,
 Abre de caridad ricos veneros,
 Y erige a almo saber aula oportuna.
 Mi ardiente numen en sus glorias fijo
 Le ve sol entre hermosos luminaires,...
 Para su digno aplauso faltan nombres.
 La patria le proclama el mejor hijo;

La iglesia le coloca en sus altares;
La humanidad entre sus grandes hombres
Manuel Benedito.

CÁNT.

Ab gran supèrbia ab vanitat hunflada
Tot pòble guarda viva la memòria
De lo que es diu que fon la seua glòria,
Heroicitats en guèrra,
Poderiu y riquesa,
Llamps de cència que allumbren l'ampla tèrra.

Allí s'alça hasta els núbols atrevida
Una agulla de marbre,
Hon se veu esculpida,
Per l'hóy y per l'argull y la oradura
Una història de sanch. -La sepultura
De tia ricli, ó de un artiste, ó d'algun sabi
Es aquell monument: sota. la llòsa
Ni pols resta dehòme ni altra còsa:
Tal vegada en l'infèrn l'ànima es crema...
Y ab tot y això no hay llabi
Que no llòe el seu nòm, y no'l festetge
Ni es tròva còr que la sua sórt no envetge.

¡Misèria y vanitat!... Pa quí desitja
Eixes glòries de pols que'l vent s'empòrta,
També Valencia te la eixòrca ditja
D'haber dat la existència
A cent guerrejadors d'etèrna fama,
A cent ingènis resplandents de cència,
Y de gentil cantar que al còr inflama
A cent y cent poetas,
Que ab altres tants pintors que el art venera
Ómplin de ses llaors tota la esfera.

Glòria son de les armes valencianes,
Olfo Proxita el que prengué á Cerdenya,
Y el altre que en les tèrres italianes
En lo conquer de Nápolis afamada
Fon general de aragonesa armada.
Centelles valerós, que al rey En Jaume
El mallorquí, en batalla venç y mata:
Y Mateu Escribá que al mar llibèrta
De Jordiet d'Oria genovés pirata.
En Juan Ram, eslay de gent francesa;

Y el que prengué a Girona nunca presa
Despuig el setabense;
Boil el açanyos, Romèu, Corella,
Y aquell que en la jornada, la mes bella,
Que tingueren les armes espanyòles,
La del Golf de Lepanto,
Mes açanyes complí son bras asòles
Que cent del mes birarros de l'armada,
Parle del generós Miquèl Moncada.

Puix ¿y que no direm de l'alta glòria
Que conquerí la valenciana céncia?
Ahí están entre altres mil que diu la història
Els nòms de Dalavanya, Arnau, Morera
El que en virtuts y cències igual era;
Rabaça pare y fill, Riucech y Peres,
Y el gran Lluís Vives, sapienciosa flama
Que òmpli el mon de sa llum y de sa fama.

Alceu la vista al, cèl, mireu la tèrra:
Aquell pur y seré, rient, sens vòira;
Esta coberta de verdor y plata
Ahon lo ceny se delita en grat aroma
Que es despren de les ròses de escarlata
¿Que no li diu, al còr tanta bellea?
¿Qui no sent en lo front con fòch que abrasa
Bollir sublim idea?

Y així ¿qué nos admira
Que al sò de dolca llira
Tals primors Mossen Jòrdi, el patriarca
Dels poetes valencians, mos regalára,
Que envetjós de sa glòria lils furtára
El dolçisim Petrarcha?

¿Y es pásme que naixqueren
Jaume Febrer cantor de la conquesta;
Ausies, á qui ab llorer lo front cenyeren;
Ròig; el conde de Oliva;
Juan Ferrandis de Heredia
Baró d'Andilla; el relijos Ciurana;
Alonso Rebolledo... y altres poetes
Que illustraren la llira valenciana?

¿Y que no feu del gèni la atrivènça
En l'art de Apeles y Rafe; d'Urbino?
Sortir es veu la vida ab gran potènça
Sota el pincell de Joanes el divino;
Y els des Ribáltes, March, els Espinoses,
Camaron y Ribera,
Vergara, Esteve, Lopeç;
Tant enaltiren esta patria mia

Que ni Flandes ni Italia
Li pòden disputar la primacía.

Mes el tems vá fugint. Una per una
Tota celebritat pasa y s'oblida;
Y les que's serven de tan vil fortuna
¿Quin profit nos darán? Omplir la tèsta
De vent y furo, y hunflar el còr de avlesa,
De que ham de penedirse en aquell dia
En que a la llum de la Eternal Sabiesa
Vorem. qué fon la vida, y qué la glòria:
¡Mentira y vanitat! ¡Sombra ilusòria!
Sellavos cercarém ab ánsia fiera
Altres noms que invocar; altres açanyes
Que après del mon encara resplandixquen
Y tims de glòria vera mos ofrixquen.
No valdrá allí l'esprit, ni el còr sereno,
Ni el brar, de fèrro, ni la ma certera;
Y sòls en la virtut santa y austera
Podrá el hòme contar. Sòls podrá acorrer
Als altres hòmens en el gran judici
Aquell que en esta vida
Fon fèl del Alt Senyor en el servici:
El que en segret recó de fosca cella,
Rosts los lligams del mon, vixqué en la glòria:
Y, la tènbra poncella
Que, fugínt l'affalach de pasió orada,
Una vida ofrí a Deu jamai sullada:
El que vixqué ab mesura y feu almóyna,
Y tremé y no agrentjá á Deu en sa vida,
Y el que'l fust de la creu pòsa en son muscle,
Y al anap de amarguesa no avellida
No fuxqué el llab, y ab alegría santa
Al coltell dels impius dá la garganta.
¡Eixos sí que dan glòria y benveranja
Al ditjós pòble hon á la llum naixqueren!
¡Eixos òmplin l'argull y la esperança
Dels que'ls honren, addòren y veneren!

Per çò, Valencia mehua, tú no envetjes
A pòble algú en la tèrra; tú que contes
Entres tons fills gloriosos
A Llorèns y Bernat y Basilisa
Y Anastasia, tots ells martres dijosos;
Y á Just y Justiniano y á Nebridi
Germans els tres, y mònjos, y els tres bisbes
Y á sent Pere Pascual, que en lo presidi
Dels móros pergué el cap en abciach día;
Y á sent Lluís Beltran; y al de Gandía

Sent Francesch Borgia; y a Isabel la santa
Filla de Pere térc el soberano,
Y espósa de Donis, rey lucitano...

Y ¿per qui de estos sants tota Valencia
Huí es rebull afanada,
Y de nòves presees ataviada
Sembla á gentil senyora.
Que entra en la esglesia vèrge,
Y surt casada ab l'hòm que la enamora?
Per tot s'ou el roido de la festa;
Per tot es veu el gòig y l'alegría;
El dia s'habill d'ór, d'argent y seda,
La nit pareix mes clara que el clar día:
No ya semblant mafit ni front severo,
Ni es diu paraula avlesa ni acetosa,
Y tot un pòble inmens huí la memòria
Celebra d'un hòem gran y un jorn de glòria.

Vos diré qui fon l'hòm. En póbra casa
De Valencia, un infant naixqué. En sa cuna,
Si el encaix y la seda fon escasa,
Fon abundant la celestial fortuna,
Puix Deu derramá en ella
De santa gracia un mar. Depositari
De tal tresor se sent, y en humil cella
S'aplica á grangetjar matjor riqueça,
Y ab cobdicia divina,
Fa del cabdal. inagotable mina.

Yá a Valencia y son regne
Del gran Vicént Ferrer la fama omplia;
Ya sa virtut y cència
Tants fruits pera la glòria recullia,
Que Llucifer brotjaba
Y ab sons adulaments l'infèrn tremaba,
Mes ni el amor á Deu que el còr li abrasa
Ni el amor al proïsme que li'l òmpli
Ab çò es da per content. No en una plaça
Es llimitat el camp de ses conquestes;
Y qui reb de lo altisme la envetjada
Misió de mesatger y de bóna nóva
Te la tèrra per terme senyalada.
Armat Vicént Ferrer de un Crucifici,
Sens bácul ni barjòla,
Del deixebles de Crist pren lo alt ofici,
Y per tota la tèrra
Guerreja contra el diable bòna guèrra.
¿Qué l'importa la neu, ni la brusenta
Calor del sòl de Agost? ¿Ni qué l'impòrta

Que en desfeta tormenta
Ròde el trò per los nubols espantable,
Y brame el huracá y el mon s'esqueixe
Que par que Deu de la sua má lo deixe?
Impasible lo sant, lo front sens ruga
Y sense glay lo còr, seguix sa via;
Y á pesar del infèrn veu tota Europa
La llum que s'encengé en la pátria mia.

Llum que encengué el Senyor, y ab sa gran destra
Posá en lo candelero de la vida
Pa que sa claritat fos esparcida
Per tot lo mon. Y com torrent de gracia
Pòbles y pòbles sa paraula inunda;
Y á fèls y á impius admiren ses miracles
Y sa humiltat profunda.
Y grans y gichs veneren la sabiesa
Del servent del Senyor; y no yá empresa
Ni en viles ó ciutats, regnes ó impèris,
Ni en la mateixa Esglesia,
Que del sant no's someta á lo judici,
Ó ell no li fasa senyalat servici.

Mireulo en Casp y en Llèrida. Ell asòles,
¡Ell! ¡Oh pásme! Un humil y pòbre frare
Que á peu corre lo mon y viu d'almòyna,
Parla: y cuant ya sortia de sa mare
El riu, amenaçant a mitja Espanya;
Cuant venenosa sanya
Ya, rebosani del còr, la ma guanyaba,
Y ab gòig de lo diable que ho movia,
Ya la ma el brant cercaba;
Tot en calma ho cambia:
Y en un sòl punt l'aracionesa tèrrra
Mira sortir la pau d'enmitj la guèrra
Torna á parlar, y la insolent avlesa
Del de Urgel, cobdicios de la corona,
Tomba als seus pèus despesa,
Y alli jafa ab son pèu l'ardenta brasa
Que encendre el fòch de sedició menaça.

Planyas l'orb cristiá, y ab grant tristicia
Miraba com la barca de Sent Pere
Anaba de través, per la cobdicia
De tres que á un temps per lo Papat ansiaben:
¿Qui mos traurá á bòn port la nau preada
Ab la prenda sagrada
Que dú en sa cambra. Els cardenals, els bisbes,
Els reis y emperadors de vaes remen;
La navixella sens naucher se llança

D'así en allá, y tots tremen
Mirant lo cèl tan negre,
Y oint l'adulament dels vents furiosos,
Y de la hunflada mar los brams rabiosos
Mes una estèla per l'Oriat asoma.
Y per fácil camí la barca guía;
Y una valenta ma l'afèrra en Roma.
Eixa estèla, eixa ma que Deu envia
Es el nòstre Vicènt, el de Valencia;
Jòya de santitat, anap de cència.
¡Sia la glòria a Deu! ¡Sóls á Deu sia,
Que á Deu sòls li perteny! Mes, sinse aviesa,
Alegremse en l'honor que á tots alcança,
De haber naixcut en la ciutat hermosa,
A quí li fon doná la benverança
De ser de Sent Vicènt patria ditjosa
Y en aqueste jòrn Valencia s'enadona
Y mes singularment al Sant festetja,
Y ab mística corona
De amor y devoció son front rodetja,
Perque huí es el gran dia
De la quarta centuria
En que, per glòria de les ribs del Turia,
El vicari del Crist, et térç Calisto,
Oint del cèl veu clara,
Que es Vicènt Ferrer Sant en Deu declara.
¡Si patria meua! La rahó te sòbra
Pera oblidar per huí tanta desditja
Com t'acongoija. Ton esprit recòbra
Maguer que per huí sia:
Vistas tot hòm de gala,
Y tot còr d'alegria;
Y el segle quart, al quint, y als que han de vindre,
Dígalos que Valencia
May fon pòbra, ni trista, ni abatuda
Pera honrar del seu Sant l'alta memòria,
Y en éll al que es Ú y Trino,
Y a qui es degut l'honor, lo llau, la glòria.
Juan Antòni Almela.

ODA.

Mirad tras largo siglo cuál despunta
El sol hermoso que mi patria espera.

¡Ya resplandece el suspirado día!
Mirad cómo palpita de alegría
La hija noble del Cid, y se engalana
Cual virgen que a los brazos del esposo
Ya inocente y ufana.
De rosa y de laurel y luz ceñida
Su mirada de amor levanta al cielo;
Ese sol que lo inflama refulgente,
Vuela a decir al estendido mundo
El claro nombre de su gran VICENTE.

Por eso en la región del vago viento
El címbalo sonoro
Lanza su grande voz; hierve en las plazas
Clamorosas el pueblo; álzanse altares;
Y al festivo ondear de blanco lino,
En prez insigne del VARÓN divino
Resuenan por doquier ledos cantares.
Cantemos: lo que el mundo llama gloria,
Relámpago veloz relumbra y ciega,
O rayo abrasador trueno y devora.
Brilló, tronó, desapareció..., ¿dó es ido
Su esplendor o poder? Fue, y ha pasado:
Pero bella en su trono immaculado,
Hija del cielo la virtud divina,
Aunque reina ultrajada de la tierra,
Eterna la fecunda y la ilumina.
¡Oh gran VICENTE! ¡oh patria! ¡oh venturosa
Entre todos los pueblos que el sol mira,
Y con sus largos brazos el mar cierra!
Tú halagada del cielo y la fortuna,
Tú del mundo encantado paraíso,
Tú de un FRAILE inmortal egregia cuna.

Mas ¡ay! ¿por qué improviso
Me tiembla el corazón, la lira estalla,
Y se agolpa a mis ojos lloro ardiente?
¿Será ilusión de la agitada mente?
¿Ilusión? ¡ah! no, no, que Dios me inspira.
Callad los que reináis sobre la lira:
No digáis que ese sol luce hoy más puro,
Que más suave el céfiro suspira,
Que en medio de vergel de gayas flores
Con su gracia gentil se alza riendo
Valencia entre apacibles resplandores...
¡Ay tristes! que la luz se va estinguendo,
Y llegan ya la noche y sus horrores,
Y en arenal. que moribundo alumbra
El rayo de una luna macilenta,

Mi infeliz patria en dolorosa angustia
A mis pasmados ojos se presenta.
Aun en la sien ostenta
Su corona de flores, más ¡ya mustia!
Aun el manto que el oro ha recamado
Ciñe... pero ¡miradlo! está rasgado,
Y tinto en fango vil... ¡oh patria mía!
¡Ay! ¿por qué en temblorosa
Agonía te agitas cual esposa,
Que esposo inesperado, en su alegría
Adúltera sorprende; y desolada
Lanzas grande alarido, cual si atroces
Vinieran sobre ti peste y espada?
Vienen... tiembla... El bramido,
¿No escuchas ya de tempestad vecina,
Que al mundo anuncia funeral estrago?
De Jaime de Aragón cruza indignada
La adusta sombra por el aire vago:
Grita que se ha encendido
La cólera de Dios... a inmensa altura
Me eleva el númen, y a mis pies la tierra
Miro, y rasgado el velo
Contempla el porvenir un ojo humano.
¡Guay de ti, juay de ti, del océano
Reina altiva y cruel, Tiro avarienta,
En quien hasta el honor es mercancía!
¡Guay de ti, guay de ti, Babel impía,
Que ser la hija de tu, Dios te afrenta,
Y sueñas en ser Dios, de un hombre esclava!
¡Ay de ti, España, que el Señor te amaba,
Y ora estás sumergida
En letargo profundo
Gloria del mundo ayer, risa hoy del mundo!
¡Ay Europa de ti!... desde su trono
Fulgurante en la cúspide del cielo,
Dios inclinó su frente
Y retembló la inmensidad... Al punto
Un ángel, que fue hombre, los espacios
Cruza como relámpago, de gloria
Dejándolos y de su lumbre llenos.
Él habla, y siete truenos
Hablan con él: «Temed a Dios potente,
Temed y honrad a Dios» ¿qué dice el mundo?
¡Ay!.. ¿qué ha dicho? el infierno se ha alegrado,
Satán a concitado a sus gigantes,
La noche por la tierra se derrama,
¡Horror y confusión! a hierro y llama

Se alzan luchando gentes contra gentes,
Cual dos mares furentes
Que se arrojasen a chocar, sus olas
Rompiéndose, y revueltas, y bramando,
Aquí el fuego devora, centellando
La espada hiere allá..., ¡Cielos! ¿qué veo?
¿Quién es, quién ese monstruo
Gigantesco y feroz, inmundo y feo?
Desnudo va; en su frente una corona;
Sangre y lujuria su mirada empañan,
Hacha que blande, su furor pregona,
Hambre y peste sus pasos acompañan.
Ya a hacer trizas los tronos de la tierra,
Ya a asolar los altares del Eterno,
Y en perpetua discordia y cruda guerra
Va a dar al mundo el caos y el infierno.
A la tierra inclinados desde el cielo
Los ángeles de Dios la miran tristes,
Y sobre ella asolada
Y sangrienta y convulsa en su agonía,
Resuena de Satán la carcajada...
Dios santo, que este mundo tan hermoso
Con agua, planta, y flor enriqueciste,
Y con fulgente sol iluminaste;
Tú que al hombre a tu imagen bueno hiciste;
Tú que rey de la tierra le llamaste;
Tú que por darle el cielo, a tu hijo diste,
¡Salva al mundo y al hombre a quien criaste!
¡Ángeles, que al sonar de liras de oro
Cantáis su nombre santo
En día eterno, en incesable coro,
Por nosotros rogad! Los que en el mundo
De sus pompas humildes triunfadores
Amasteis y sufristeis, y en el cielo
Ya de luz que no muere, estáis ceñidos,
¡Volved los ojos al oscuro suelo,
Somos vuestros hermanos! Y tú, PADRE,
De tu dulce Valencia ya olvidado,
¿Nos has desamparado?
¿Pues no naciste aquí? ¿Pues no vivías
Entre nosotros, y en virtud y en gracia
Ante los hombres y ante Dios crecías?
El aire que respiro, respirabas;
La tierra que yo piso, tú pisabas;
Esta es Valencia ¿ves? hoy sus dolores
Por festejarte la infeliz esconde,
Y orna si, frente pálida de flores...

Y te llama, y su Hijo no responde;
Le llama en su agonía,
Y el se está allá en el cielo... ¡ay! ¡el ingrato!...
Mas ¿qué dije? ¡gran Dios! ¡perdón! perdona;
Pero ven: salva a España, salva al mundo.
Tú pasaste por él, y lo alumbraste;
Diste a los pueblos paz, a un rey corona;
En nombre del Señor al mundo hablaste,
Y el oprimido levantó su frente,
E hincaron su rodilla los tiranos,
Y todos ante un Dios justo y clemente
Se sintieron felices, siendo hermanos.
Ven, pues, y no te tardes que el siniestro
Día de horror y luto se avecina;
Mira que ante tu Dios, ante el Dios nuestro,
Por siempre reprobada.
España no ha de Ser..., y ¿dó su rayo
Lanzaría de Dios la diestra airada
En esta hermosa tierra, que amó el cielo,
Tierra de Recaredo y de Pelayo,
Toda en sangre de mártires bañada?
¡Ah! no será: tras tempestad sombría
El iris lucirá de la alianza,
Que Dios, si es justo juez, es padre bueno.
¿No visteis estallando
Ronca tormenta en desgarrado trueno?
Rudo granizo arroja y rayo ardiente
Y mares de agua, y brama el suelo tiembla,
Y estremécese pálida la gente.
Mas sobre el nubarrón, que envuelve horrible
Con su medrosa oscuridad el suelo,
Un cielo hay claro, y bello, y apacible,
Y un espléndido sol en ese cielo.
Y Dios da la señal, y en prestas alas
Los céfiros sonando
Lanzan la oscura nube... y centellea
Reapareciendo el sol, y canta el ave,
Y se anima la tierra y se hermosea
A su dulce calor y luz suave.
Así será; tras tempestad sombría
El iris lucirá de la alianza;
Ya la tierna piedad tras la ira impía,
Y al dolor acompaña la esperanza.
A la justicia de su Dios atento,
Mi fatídico númen
Miró del mundo el funeral estrago:
Olvidé que era padre; ¡es nuestro padre

El que es rey de los siglos!... Mas ¿me engaña
 Sueño feliz de burlador deseo?
 Venid presto, corred, cercadme todos,
 Decidme, si es que veis lo que yo veo.
 Veo un ángel hermoso
 En la radiante esfera
 Con grandes alas de oro aparecido;
 Y es triste, pero tierna su mirada,
 Y está sobre Valencia suspendido,
 Y leo en torno de su noble frente
 Que ciñen rayos de esplendor sereno:
 Temed y honrad a Dios que es grande y bueno.
 ¡Ah-padre! ¡oh gloria nuestra! ¡oh gran VICENTE!
 ¡Cuánto has tardado, padre! Al fin te vemos...,
 Aún nos amas... tus hijos
 Te aman también... enjuga, pues, su llanto
 Y a sus males prolijos
 Pon ya fin; ¡nuestro héroe! ¡nuestro SANTO!
 Habla... tu voz nos mande;
 Habla ¿qué quieres, di?... ¿lo habéis oído?
 Temed y honrad a Dios que es bueno y grande.
 ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

NOTA. Al terminar esta Corona poética debemos dejar consignado, que impresa en un folleto suelto la colección de estas composiciones, destinaron los autores su producto en venta al establecimiento del Asilo de Párvulos.

OB FESTA DIVI VICENTE FERRARI VALENTINORUM LAETITIA PUBLICA.

¿Cur modo lætitiâ, felix mea patria, gestis
 Et pariter sanctus pectore crescit amor?
 ¿Cur modo splendidiùs nobis subjecta videntur
 Ornantur pulchris et nova templa rosis?
 Et bene: nam rediit memorandæ lucis imago
 Quam retulit festis urbs veneranda sacris.
 Ipsa duo geminat felici sæcula cursu
 Lucidior semper lucidiorque nitens.
 Undique concurrunt cives; atque auxilia turua
 Principis ante sui mox simulacra venit.
 Gratia magna subit, Ferrari maxime, votis
 Gratia nunc populo perpetuanda tuo.
 Pallida nec dudum tabes invaserat urbem
 Jamque timor lethi signa daturus erat;
 Cum lacrymans populus stragi mortique paratus.
 Addidit ad mæstos talia verba sonos:
 Inspice, Vincenti, morituros protege cives:
 Indiget auxilio nunc tua terra tuo.

Dixerat: et subito (dictu mirabile) morbum
Jugiter è puteo dissipat unda fluens.
O quàm te celebrem, Custos, si inmensa possim
Tot tua præclaris annumerare sonis.
Deficerent vires: canturo verba deesent
Nisibus ac tantis nec foret apta lyra.
Scripta patent Cœlo sanctorum gesta virorum,
Dum tantâ merito laude superbit humus.
Sol, abes et nitidam declinans comprime lucem,
Nam Regio soles non capit una duos.
Sol es: sed non solus eris: Vincentius alter;
Tu terris: animis clariùs iste micat.
Francisco Genovés y Burguet,

alumno de esta Universidad Literaria.

DIVUS VINCENTIUS

valentino populo rebus in asperis perfugium præsens et solatium.

ODE.

¿In nos quid ullus, si ruat, impetus
Possit? ¿Quid austri turbine fervidos
Tollente per pontum tumultus,
Unda furens, minitansque lethum?
Flagrans supernis gaudet amoribus
Infracta virtus: dulce sonantibus,
Te in vota, Vincenti, vocantes,
Concinimus tua facta chordis.
Nam tu levamen, tu medicamina,
Tu fers salutem pronus ab æthere;
Tu nos domaturum tyrannum
Fulminibus metuendus urges.
¡Ah! Civitatis non eris immemor,
Si nutet orbis: dum quatitur tremens
Urbs funditus, Montesiana
Fracta ruunt, resonantqua tecta.
Et pacis auctor seditionibus
Abducis urbes effera cordium
Lenire pernix, ne nitentes
Cæde tetra maculentur agri.
¡Ut stragis insons, alma Valentia,
Hæres gemiscens, cum foditur truci
Telo Sacerdos, ac dolentem
¡Heu! ¡animam genebundus halat!

Quæ prima tellus te tulit accolam,
Hanc, Dive, vultu visis amabili:
Huic peste languenti, medelæ
Ipse sciens, prece tactus, adstas.

Plangit tenellum, squalida filium
Mater; parentem filius ingemit;
Flet sponsa sponsum: morbus urget:
Hic gemitus resonant et illic.

Omnesque ad aras planctibus infremunt;
Omnesque ad aras crimina condolent:
Mors clade gestit, donec alta
E puteo salit unda pleno.

Qui, Dive, tandem nunc tibi munera
Edeta possit justa rependere?
¿Qui possit effusis decora
Carminibus memorare facta?

Cum lævus olim civibus intulit
Gallus pavorem, pectora patrio
¿Igni quis ussit? dormientem
¿Quis vocitans acuit leonem?

Tu, tu per atrum nubilus aëra
Clamare visus: rumpite, rumpite
Quæ vincla vos stringunt, amici...
Fulgur ades, crepitantque nubes.

Mox lauro ovantes tempora cingimur,
Et pax renidet: blanda sed asperis
Truduntur. ¡Eheu! ¡quarn fugaci
Præterunt bona nostra passu!

Fæcunda duris sæcula casibus
Ægre subimus... Fac, Pater, ut levi
(Cum voce, cum fletu rogamus)
Sæcla fluant meliora lapsu.

Victorio Giner,

de las Escuelas Pías

IN LAUDEM SANCT. VINCENT.
ODE.

Hunc diem læti celebremus omnes
Parvuli, claudi, juvenumque, turmæ,
Virgines sanctæ, genitrixque chara
Mente fideli.
Ille quàm magnus fuit hac in Urbe

Ipsa non fedit, neque mundus omnis
Facta, Vincenti, tua computare
 Crederet usquam.
Cæcus et claudus patiensque morbi
Jure celestem medicum vocabant
Qui tabem pellis, populo et salutem,
 Reddere gaudes.
Te Valentinæ decus Urbis almæ
Arbitrum regum populus ferebat;
Tu satis præbes, populoque donas
 Armipotentem.
Nostra sed primum schola confitetur
Te domum certam posuisse nobis
Unde doctrinam biberet sacratam
 Ipsa juvenus.
Lucidum sidus, rutilans, coruscans,
Lustra fulget per duodena terris
Intùs inflamans animosque pectus
 Corda virorum.
Impiger terras obiens remotas,
Hauxit et postquàm rigidos labores
Ad polum tandem niveus petivit,
 Carpere palmam.
Hinc quater centum numerantur anni,
Jam. tui cives iterant libenter
Hunc diem festum, geminatque plausus
 Accipe laudes.
Pedro Romero.

TRADUCCIÓN.

¡Dóciles niños! ¡jóvenes doncellas!
Día tan fausto celebrad alegres;
Lleguen al cielo vuestros sacros himnos,
 ¡Vírgenes puras!
No a ti, Valencia, referir es dado
Cuán fiel Patrono por el cielo electo
Tienes, ni el orbe numerar pudiera
 Tantos portentos.
¿Quién, que privado de la luz se aflige?
¿Quién, que lamenta males, que padece,
No halla el remedio, que su mano otorga

Pródiga siempre?
Honra del suelo, que fecunda el Turia,
Arbitro fuiste de los grandes reyes;
Tal te ostentaste, cuando al pueblo diste
 Íncrito gefe.
Tú la primera piedra colocaste
Del que franquea, monumento vasto,
A la estudiosa juventud su puerta,
 Bajo tu auspicio.
Tú, cual el astro refulgente, claro,
Rayos de ciencia derramaste, sienten
Hoy tus patricios de tu númen santo
 Vívida llama.
Tú la semilla de virtud austera
Siembras en pueblos entre sí distantes;
Subes al trono del Excelso, y premia
 Méritos tantos.
Llega con paso silencioso el cuarto
Siglo, y el pueblo por la fe movido
Himnos entona de alabanza, y canta
 Gloria a Vicente.
Jacinto Asenjo.

PLEGARIA.

Y yo pregaba asòles; y el ànchel dels poetes
Del vuit l'immens abisme solcant ab ales d'òr,
A mi's digná s'abatre, dientme: «no t'inquietes,»
Y ab dit diví una còrda me feu vibrar del còr.
«Canta, digué; que al hùmil inspirasió no falta:
Cuant noble lira pulsa, no es trémola la ma;
Y el fòc que als querúbs crema, quant tiñ de ròch sa galta,
Li anunsia que el que inspira, sa llum revèla ya.»
Y yo al alsar de tèrra ma lira empolsegada,
Del selestial orácul acate el manament,
Y entre l'estòl magnífic de choventut dorada,
Com ànet entre els sisnes, m'arrastre lentament.
Y al vore tanta glória, doblegue al sòl la cara,
Y em bat el còr, morintme de pòr y pasme chunt.
Y m'alse, y de mon èstre desconfiant encara,
Pera oferir mon òbol, els vach seguint de llunt.
Tinlo, Visènt: acull-lo, ya que es per una vòlta,
Un acte de profunda, cordial adorasió;
Y siga ma osadia per ta clemència absòlta;

Pues si per tú sòls cante, soc digne de perdó.
¿Cóm puche hasta eixa altura, aon yaus en trò d'estrèles,
Aon tens la llum per manto,, y el sèl per pedestal?
¿Cóm sòlta a ma badada, petita nau les vèles,
Entre ones achitades d'impetuòs gregal?
Si de ta noble història les páchines grandioses
Revólc en má profana, fent térbol son splendor,
Si en la ovasió sublime de tes virtuts glorioses,
Te tire per alfombra flòr mustia sinse olor;
En una blanca ròba fas caure taca llecha,
En un espill purísim estampe impur halé;
Y unintme al entusiasme del pòble que't festecha,
Ab agres armonies la festa torbaré.
No falta qui en ton ara creme holocauste digne,
Envolicat puchant-tel en núbols de perfum;
No falta qui en el sèrcol de ta corona insigne
Engaste margarites, que llansen rachs y llum
Mira sino, eixa tropa de chóvens inspirada,
Que entona el epinisi triunfal del vensedor;
Seguint de ta apoteusis la ròca venerada,
Y fent d'Edeta l'eco vibrar en ta llaor.
Yo, sòls un eco d'eixes tan dolces armoníes,
Que els trobadors deprenen dels serafins del sèl,
Fas còr als que te, canten el himne d'estos dies,
Visènt, estimulants sa gratitut y sèl.
Això vól dir el cuadro tan plé de fòrsa y vida,
Que l'Anchel de Valensia escampa dins son sí;
Això la hermosa série d'emblernes, que nos crida,
A fer de tú memòria, a venerarte huí.
¿Qué impòrta que encarnida per el resient estrago,
Y de segones víctimes la mòrt darrere anant,
De sa guadaña pèrfida redoble el fier amago.
Ab ulls sagnants y torvos les víctimes triant?
Baix ta èchida gloriosa, covat ton pòble canta,
A ta ombra beneída guardat ton pòble riu;
Y al Paladió abrasantse d'eixa ta imáche santa,
Salut te diu, y es salva; vida te aclama, y viu.
Que no han pasat de vaes per eixe viu milacre
Cheneracions sens conte, caure deixant al pas
Plucha de flòrs novelles al pèu del simulacre,
Aon protechintnos sempre, Sant bienhechor, estás.
Y aquells, a qui per dicha del sèl predestinada
Fasa brotar en este bell sòl el tems futur,
Durán també sa pedra a l'obra comensada,
Y a ta immortal guirnalda sa flòr d'aroma pur.
Pues tú els serás, com eres pera nosatros ara,
Com fores als que aixina pregaben atre tems,

Ministre de la exélsa Divinitat, que ampara
A ta volguda Patria, y al mon hasta els estremes.
Per tú quietut té l'aire, per tú la mar bonansa,
L'atribulat alivio, consuelo l'aflichit:
Per tú en ses amargures l'agrunsa la esperansa,
Com mare al fill agrunsa, acaronantlo al pit.
Y a mí, que afechir ose ma pedra chicoteta
Del secular sertámen en el inmens tesòr,
Gran Sant, no la rebuches per pòbra, pues la he treta,
Sinse quedármen atra, del fondo del meu còr.
Pascual Pérez y Rodríguez.

ODA.

Desde eixe tròn de glòria,
Aou sinse núbols se contempla a Deu;
Desde eixe mar de llum que mai s'apaga
Aon veus triufant al que morí en la creu,
En mig de la armonía
Dels àngels purs que canten al Señor,
Ómpli, Visènt, de fòc ma fantasía,
Pera que cante lo que sent el còr:
Y méntres que sa veu per tú al vent sòlta,
Del Turia plé de góig el cant escolta.

¿No veus cóm, bull la gent,
Cóm estret es ya el mur, cóm riu Valencia,
Cóm coronat de flòrs el riu de plata
Alsa son cap omplit de complasènsia?
La rica chòya d'or,
Que encara el fill de Agar, con dòl la plòra,
Que coroná a Don Jaume, al esplendor
De sa espasa fujin la rasa mòra;
Eixe sòl canta per major fortuna
Tindre la dicha de agrunsar ta cuna.

El sér que el mon adóra,
De qui naixen els mons sóls a la veu,
Que el chentil crida y que el salvache implòra,
Ma que el mon guia y que ningú la veu,
En mig la cruda guèrra
Que fa a la creu el hòme que l'olvida,
Pera estendre sa glória per la tèrra
Deijá lluir l'aurora de ta vida;

Y entre lesombres del error derrama
De un nòu Apòstol de la llum, la flama.

No hagué virtut ninguna
Que no mostrares desde els anys primers:
¡Qué fóren pera tú la pompa humana!
¡Qué de amor y de glòria els vans plaers!
La gran sabiduría
No te envanix jamai, donant la palma
De tot a Deu, beneinlo nit y dia
Del monastèri en la dichosa calma.
Portabes sempre imprés en la memòria,
Tindre temor a Deu, donarli glòria.

Allí la ma divina
Com als primers apòstols de la tèrra,
El dó de llengües sobre tú derrama
Pera que a la impietat fases la guèrra:
Y com llaujera nau
Surca la mar moguda per lo vent,
El evarigèli de dolsor y pau,
De Europa sembres per lo sòl Vicènt.
¡Oh si entonces vixquera ya Colon,
Tú en éll anares a buscar un mon!

¿Quí de Pere de Lluna,
De còr de fèrro, al ánima aplegara?
¿Quí sino tú un moment ductar li fera
Del orb cristiá en retindre la tiára?
Tú en mij de tant d'horror
Del sisma y guèrra sin descans treballes,
Y entre els bandos servint de mediador
Sosegues el fragor de les batalles;
Tú dones rumbo a la perduda náu,
Per tú apareix la aurora de la páu.

Te ou el cèl; Benedicto
Entre escarpades rocas se encastella:
¡Pronte Constansa ostentará un consili...
Donará un Rey al Aragón Castella!...
Del Ebro pròp la vòra,
En tant que dèlma al adalit la mòrt,
Nòu hòmes, alluntats del camp de guèrra,
Del Reine van a decidir la sòrt;
Y allí Caspe te veu entre élls, que veles
Lluin com lluna en mij de les estrèles.

Posant la ma en ton pit,
Y alsant els ulls y el ànima hásia el cèl,
Proclames tú, Vicènt, al de Antequera
Millor dret que a Gandía y al de Urgel;
El consell ho sentènsia
Son carro ensanguinat deté Belona,
Y palpitant de orgull per tú, Valensia,
El veu en pau señirse la corona,
Y òu de ta boca el mon que está escoltant:
«Deu eixir un gran Rey de un bòn infant.»

El que com clara estrèla
Te feu brillar en la mateixa cuna;
Deu, que te dona que a tes plantes veches
Humillada la altiva micha lluna;
Deu que t'omplí de grasia; Deu
Que te fa pòrt del trist, Apòstol, sant;
Ya que el plorares mort damún la créu,
Te el deixa vore dins del cèl triufant,
Y mentres Frànsia ton sepulcre adòra,
Valensia envecha ta ventura y plòra.

Si hasta dins del sepulcre
Te deixá fer milacres el Señor,
Si el mon te adòra ya, com l'aureòla,
¡De santitat te negará el Pastor!...
Huí quatre sigles fá
Que Calisto Terser així ho sentènsia,
Y quatre sigles que velant está
Per ta felisitat, noble Valensia;
Quí te doná ya en vida entre bens mil,
Temple a les lletres, de òrfes un asil.

Ton rat penat obrixca
De gòig les negres ales, bulla el riu;
Donanli cants, perfums, teixinli flòrs,
Contemple el sòl un pòble de arjen viu:
Y si de gòig y orgull
El sigle quince feu loors al Sant,
Pues valensiana sanc encara bull,
Que ningú en sèl y amor nos pase avant;
Y puguen dir els sigles veniders,
Que en donar honra al cèl som els primers.

SONETO.

¿No repareu que el sèl mes blau esclata,
Y mes lluent el sòl es este dia;
Que la espresió del gòch y la alegría
En tots el valensians huí se retrata?
¿Que de content el còr mes se dilata,
Y el chèni inspirasió mes dolça envía,
Y així brota deis llabis la armonía,
Com de la plena fònt, chorro de plata?
¿Qué causa este plaer o qué bé augura?
¿Quins tesòrs ham lograt, o qué victòria?
-No inspiren eixos bens tanta ternura!
Se solemnisa de Visènt la glòria;
Y pròba este content, que sempre dura
De la virtut y siència la memòria.
María Orberá.

CANT CHUVENIL.

Anchel puríssim, beneit de Deu;
Tú que al chuí final,
Ser el plaso cumplit a tot mortal,
Anunsiarás en poderosa veu;
No desdixques el tosc y dèbil cant
Que, en delisiós instant,
Vullc atrevirme a dirichir, Sant meu:
Inspiram un moment; y si al versar,
Sombres oscures vénenme a rodar,
Erros causant en el paper la ment,
No me vullgues en tal tropell deixar,
Tin llástima de mí per un moment.
Si en el quart sentenar,
Festes te han fet en ton pais natiu,
En mich de gòch y de venerasió,
Rics altars elevant a son Patró,
Res se deu estrañar, que el chéni viu,
Ensés al mateix temps en Relichó,
Regolfa en nòstre pit, y com un riu
Ahon corren alentats
Els caballs de Neptuno desbocas,
Ni fòrsa humana, ni ninguna siència
Mos fan tindre pasiència:
Erguim el cap, alsem els ulls al sèl,
Les fòrses apurem per obsequiar-te,
Y, en paraules de mèl,

Creem desde este mon poder parlarte,
Uns y atres chunts en fraternal unió,
Animats de bòn sèl; y en tal rahó,
Rompent la pena que oprimix el còr,
Tots esclamém entre alegría y plòr
 Y en entusiasme ardent:
Sant milagrós, Apòstol edetá,
Empòri de virtut y de talent,
No olvides que este pòble valensíá
Te admira pura y relichosament;
Envía de eixos ulls una mirá;
No el abandones, no, Sant prepotent;
Achúdal, ya que en mich de resplandors,
Rodat te veus de tants adoradors.
Chusèp Manuel Blat y Soto.

AL SEÑOR D. JOSÉ ESCRIVÁ,
Presidente del Excmo. Ayuntamiento de Valencia.
PALINODIA.

 ¿Diga usted D. José? ¿qué significa
Ese vago rumor que el aire llena?
¿Esos carros triunfales
Que Valencia solicita fabrica,
Ese gozo que al público enagena,
Los suspiros que exhala generales,
Esos lienzos que animan los Apeles,
Esas piedras informes
Que algún Lisipo labra,
Qué nos dan a entender? Vaya, decidme,
Pues por mi parte aseguraros puedo
Que de tan grande enredo
No comprendo siquiera una palabra.
-¿De veras, Rafael? -Como lo digo.
-¡Pues es una ignorancia delincuente!
¿No sabe usted amigo,
Que esa turba gozosa y delirante
Que se rebulle y grita
y a millones se agita,
Se dispone a millares
Veloz y diligente
A celebrar las fiestas seculares
De nuestro gran patrono San Vicente?
-¡Pues tiene usted razón, he sido un necio!

Y de marca mayor, de gran calibre.
¿Usted es hijo del Cid? -De tal me precio.
-¿Sabe usted que es un cargo de conciencia
Que un hijo de Valencia
Al tratar de su joya más brillante
En su pecho no sienta el entusiasmo?
- Ciertamente que sí. -¡Pues sí es pasmo
Indiferencia tal! -Pero no obstante,
Para borrar tan censurable olvido,
Para extinguirlo de cualquiera modo
Exija usted de mí, me allano a todo.
Una palabra sola y por encanto
Verá usted honrar y enaltecer al Santo.
Poco valgo, señor, nada merezco,
Mas cuanto valgo y cuanto soy ofrezco
-No esperaba yo menos; y pues justo
Ese júbilo encuentra,
Yo me atrevo a esperar que por su parte
Sabrá contribuir. -Con mucho gusto.
¿Hay que avisar que pongan luminarias,
Repartir por las calles papeluchos,
Gacetas espende extraordinarias?
Hable usted, hable usted, pues lo prevengo
Que como soy poeta... vamos tengo
Dineros pocos, más deseos muchos.
-No se trata de gastos, ni quería
Su servicio aceptará tanta costa.
No señor; más quisiera
Que para el día veinte me escribiera
Alguna cosa en verso. -Por la posta.
¡vaya pues, si es la cosa más sencilla!
Le escribiré un poema a San Vicente
Y la historia también... precisamente
Ha mencionado usted mi comidilla.
¡Allí es nada mi musa! En poco tiempo
He escrito dos tragedias,
Un drama aterrador, patibulario,
Veinticinco sonetos, seis comedias
Muy graciosas, muy bellas, muy bonitas,
Un romance a las ánimas benditas,
Un sainete feroz y un calendario,
Sin contar una serie de entremeses
Originales todos muy extraños.
Más coplitas he escrito en cinco meses
Que usted podrá leer en muchos años.
-¿Hombre tan fácil es? ¡No es alabarme,
Pero tengo talento.

Dígnese usted escucharme.
Hubo un tiempo feliz en que mi estrella
A rango me elevó de oficinista;
Para mi mente ociosa
Pudiera jamás hacer mejor cosa.
Yo que había adquirido la conciencia
De que no necesitaba
Más luces mi brillante inteligencia,
La gaceta leía,
Sendos puros fumaba
Sin despachar jamás un espediente
Ni poner un estrado; pero un día
Porque no trabajaba
Me dijeron, señor, que no servía.
¡Despotismo mayor! Y en un instante,
Firmo un ministro y me dejó cesante.
¡Ya ve usted qué conducta más estraña!
Cuando el no trabajar ha sido siempre
Una acción meritoria aquí en España.

Después de este preludio
No pudiendo ya ser oficinista
Consagréme al estudio,
De sanguijuela me elevé a jurista.

Y me hablaron de códigos, de leyes,
De ventas, de retractos,
De dotes, gananciales, patrimonios,
De dominios, de pactos,
Y hasta ¡libreme Dios! de matrimonios.

Es verdad que al tratado de consorcios
Siguió inmediatamente el de divorcios.

Pero cá, ni por esas; me aburría
Un estudio tan árido, ya entonces,
La luz del genio en mi cabeza ardía.

El claustro de Valencia a quien venero,
La paciencia que tengo me probaba
Con «estudie usted a Heinecio, lea usted a Cayo,
Útil ciencia adquirir podrá en Febrero»
Pero yo no estudiaba ni aun en Mayo.
Porque vamos a cuentas, ¿qué le pasa
Al que examina con afán las leyes
De Najera, de Toro y de Montalbo?
¿Qué llega a conseguir? quedarse calvo.

Y la ausencia del pelo
Será una desazón, será una pena
Digo será, porque benigno el cielo
La lección me enseñó en cabeza agena.

Cansado y aburrido

De una ciencia tan árida y penosa
También la descuidé, que no ha nacido
Mi talento, señor, para la prosa.

A impulso de una llama que secreta
En mi mente vivísima brillaba,
De este mundo partí, me hice poeta
Y en alas de mi ardiente fantasía
Raudo crucé por la región vacía.
Del cerro de Helicon hallé atrevido
La inaccesible escarpa,
Y alumno de Minerva protegido,
En un año a lo más he recorrido
El Parnaso español tocando el arpa.

Esta mi historia es: digo y completa.
¿Cree usted que me falta alguna cosa
Para aspirar al nombre de poeta?
Ni las artes jamás he saludado,
Ni un compendio de ciencias he leído,
De todo el que estudiaba me he burlado,
De todo el que aprendía me he reído.

Ya ve usted que esto sólo,
Me parece que basta y aún que sobra
Para ser buen discípulo de Apolo.

Y esto no tiene duda, una gran parte
De los que egercen tan difícil arte
En este siglo, y pasan por muy buenos,
Han hecho lo que yo, ni más ni menos.
¡Con que versos a mí! Los que usted quiera
Aunque debo advertirle que yo sólo,
Abastecer podré a Valencia entera.
-Pues cuento con usted -Como me asista
El coro de las nueve... Hasta otro rato.
-Que usted lo pase bien, hasta la vista.

Después de este diálogo,
Marché con rapidez hacia mi casa,
Escribí en un papel algunas notas,
Pero al coger para pulsar la lira,
La hallé sin cuerdas, las clavijas rotas.

En este compromiso,
Me pareció preciso
Recurrir al favor del Numen Santo
Que nuestra mente inspira,
Y con fecha del día diez y siete
Le pedí inspiración en un billete.

El día veinte y uno se apagaba,
El veinte y dos nacía,
Siete hacia lo menos que esperaba,

Y aunque la urgencia aquella me apuraba
El billete de Apolo no venía.

Parecióme el silencio un mal augurio,
Y sin más dilaciones
Le escribí cuatro letras a Mercurio,
Con quien tengo bastantes relaciones.

Llegó por fin el día veinte y cinco,
Ya el sol por el ocaso
Iba en busca del día venidero
Cuando la aldaba agitan de mi puerta.

-¿Quién?-Abra usted, soy el cartero,
-¿De Aragón? ¿De Castilla? -Del Parnaso.
Antes de concluir ya estaba abierta.

Sentí en el alma lo que siente el náufrago
Al divisar el suspirado puerto:

Pagué una carta que decía urgente,
Y jamás ¡ay de mí! la hubiera abierto;
El tenor de la carta era el siguiente:

«La tuya he recibido por desgracia,
Y te hablo con franqueza, no creía.

Que cupiera en tu mente tal audacia,
¿Con que tienes valor para llamarte
Alumno de la bella poesía?

Vete con esa música a otra parte.

¿Imaginas acaso

Que no hay más que escribir cuatro coplitas,
Para tomar asiento en el Parnaso?

Si no estudiaste, ni aprendiste nada

¿Por qué, osado te atreves

A emprender tan temprano esta jornada?

Si no alumbran los rayos de mi frente

Tu fría inteligencia;

Si oscureció tu mente

Al mirar la alborada de la ciencia

Nacer brillante en el rosado Oriente;

¿Por qué tu audaz razón, necia imagina

Que ha de sentir mi inspiración divina?

Pensamiento tan necio,

Merece mi favor... no, mi desprecio.

Ambiciosa manada de ignorantes

Que de sano juicio estáis a oscuras,

Miserables vencejos

Que vais en pos de tropos y figuras

Como quien anda a caza de conejos.

Pedantes que ni amparo,

Ni protejo, ni inspiro,

Venales, envidiosos,

Que con tanto descaro
Escribís esos versos tenebrosos
Con tanta interjección, tanto suspiro.

Que no sabéis salir del diccionario
Por los malos poetas exprimido,
De auras fugaces, perfumadas flores,
Brisas, matices, arroyuelos mansos,
Follages verdes y profundos piélagos,
No os llaméis cisnes porque sois muy gansos,
Ni alegres ruiseñores, sois murciélagos.

Ni poetas seréis, ni lo habéis sido,
Ni hay uno ¡vive Dios! que lo sospeche;
No vengáis por laurel, de lo contrario
De uno mustio que tengo recogido
He de hacer con vosotros escabeche.

Dejadme en paz y delirad felices,
Y sabed que si alguno se propasa
A venir a las puertas de mi casa,
Le daré con la puerta en las narices.

Y tú, más que los otros fastidioso,
(Esto que viene ahora va conmigo)
Coplero parlanchín y revoltoso,
Que mi cólera enciendes
De todo hablando, aunque de nada entiendes,
Que así me ultrajas,
Que con toda tu ardiente fantasía,
Ni aun debes escribir para esas cajas
De Pascasio, Lizarbe y Compañía;
Que para no estudiar una palabra
Te pusiste a escribir, no eres poeta.

En tu audacia notoria
Pensarás acercarte hacia mi gloria,
Pero no pasarás de la Glorieta:
Rompe, pues, esa lira desacorde,
Apártala de ti, cese tu canto;
¡No es digno su chirrido impertinente
Del ilustre Vicente,
Lumbrera de la fe y Apóstol Santo:

Ingenios tiene Edeta peregrinos,
Que con la ayuda mía
Cantarán sus virtudes,
Lanzando de sus célicos laúdes
Raudales de armonía.

Hombres hay eminentes,
Talentos que yo inspiro, colosales;
Mis manos celestiales
Sabrán ceñir sus inspiradas frentes

De rosas inmortales;
Y si acaso la tuya
Aspira a merecer honra tan alta,
El camino hallará en la huella suya.
Fatiga con estudios tu memoria,
Ilustra tu apagada inteligencia,
Porque, sólo las llaves de la ciencia
Facilitan las, puertas de la glorieta:
Esto Apolo me ha dicho, yo quisiera
Escribir; mas no puedo:
Crea usted que lo haría si pudiera;
Como soy de ese Dios muy buen vasallo,
Ato mi lengua, y enmudezco y callo:
Mi vista aparto del celeste templo,
Y a sus deidades plegue
Que muchos sigan mi laudable ejemplo.
Rafael María Liern.

Ven a mi mente, espíritu divino,
Dame tu luz y tu celeste encanto,
Para espresar lo que mi pecho siente,
Y alzar mi voz, con religioso canto.
Quiero cantar las glorias de Vicente,
Honrar a San Vicente anhelo sólo:
¡Ojalá los acentos de mi lira
Pudieran resonar de polo a polo!
Mas es débil mi voz, no puede tanto;
Sólo sabré decir, Valencia, en este día,
Que al admirar tu luz y hermoso suelo,
Te llama con placer la patria mía.
¡Feliz Valencia! en cuyo rico seno,
Gracias derrama Dios omnipotente,
Y en ellas arrullaste al ángel bello
Que es hoy tu defensor, al gran Vicente.
¿Qué temas con su apoyo, pueblo mío?
¿No es él siempre el consuelo de tus males?,
¿No ves su brazo sosteniendo siempre,
El rigor de las iras celestiales?...
Tú lo recuerdas bien, Valencia amada,
Citando al rodar la colera del cielo,
Las naciones enteras devastando,
Triste cayó también en nuestro suelo.
Por doquiera que va, la tierra ofrece

Muerte y horror, desolación y espanto,
Donde imprime su huella aterradora,
No deja al hombre más que luto y llanto.

Nada se opone a su furor violento,
Las familias enteras arrebatada,
Hiere lo mismo al niño, que al anciano,
Cuanto toca su mano, tanto mata.

Valencia llora azote tan terrible,
Su cielo puro le oscurece un velo,
Huyen las gentes a remotos climas,
Y hasta las aves se alejan de su suelo.

Agostadas las flores por la tierra,
Sus brillantes colores no lucieron,
Que el maléfico ambiente emponzoñado,
Su cáliz y corola destruyeron.

¡Bella ciudad! ¿qué fue de tu alegría?
¿Quién al verte diría tu belleza?
La ha convertido la cólera divina
En vasto osario, mansión de la tristeza.

Cual espectros sus hijos por las calles
Miran al cielo, y a Vicente aclaman,
¡Cuánto aviva la fe su dulce nombre!
¡Cuánto consuelo da a los que le llaman!!!

Llora el enfermo padre, al ver sus hijos
Que ya a dejar en la orfandad postrados.
¿Quién guiará sus corazones tiernos?
¿Quién velará por esos desgraciados?

Vicente sólo es su feliz consuelo,
Pues recuerda el asilo
Que el Santo acogió con fe tan grande,
A éstos que fueron prendas de su amor.

Llora la viuda, al par de joven madre,
En cuyo seno el hijo sonreía,
De él le arranca la muerte inexorable
Y cubre tanto amor la losa fría.

Otro hijo de nuevo le amenaza
Arrebatando la parca en su inclemencia,
Acude al arte, apura sus recursos,
Y vencida se ve la pobre ciencia.

¿Quién consuelo dará a esta desgraciada?
¿Qué socorro dará a su hijo amado?
Acude al manantial de San Vicente,
Y por la fe, su hijo ve salvado.

¡Eterna gratitud a San Vicente!
¡Eterna gratitud a sus favores!
Corramos a sus plantas, valencianos,
Llevando de la paz las ricas flores.

¡Oh! si correr pudiéramos el velo,
Que impide ver a Dios omnipotente,
Junto al escelso trono soberano,
Radiando gloria veriáis a Vicente.
Él comprende muy bien los corazones,
Y en ellos vierte su cariño tierno,
Y vela desde allí sobre nosotros,
Y ofrece nuestras preces al Eterno.
¡Honor al sacro Apóstol valenciano!
Oiga el orbe su nombre en este día,
Y gentes y naciones venideras
Lo repitan con júbilo a porfía
En su amor, nos mecieron nuestros padres;
En él nuestra esperanza conocemos,
Y a nuestros caros hijos por herencia
Esa piedad y fe les legaremos.
Vicenta Palavicino de Correa.

LA GLORIA DEL TURIA.

Un tiempo fue que el corazón doliente
En la aflicción bogaba,
Porque el genio del mal con furia ardiente
El ámbito del suelo paseaba.
El obcecado y mísero agareno
La cruz escarnecía,
Y el hijo del desierto su veneno
Del Tajo al Ebro con horror vertía.
La patria de los Cides miró hollados
Sus creencias y fueros,
Sus campos sin verdura, y entregados
Cual presa vil en manos de extranjeros.
Angustias y dolor con pena insana
El suelo padecía,
En que puso su planta soberana
Aquella ilustre y sin igual María.
El Dios que mora en la azulada altura
Y entre sus manos cierra
Santa felicidad, paz y ventura,
Compadecido al fin miró la tierra.
Cesó el negro dolor, omnipotente
Vertió de mal la copa,
Y el ángel de la paz nos dio en Vicente,
Gloria de su Hacedor y sol de Europa.

Numen de bendición, fiel mensajero
Del que en Siná tonante
Su santa ley nos dio y abrió un sendero
Al pueblo libre por su bien errante.

Estrella de ventura que halló vida
Por dicha de la España
En la ciudad La Lealtad vestida.
Que el Turia ameno con sus aguas baña.

Luz del divino fuego, que ostentaba
En su tranquila frente
El piadoso Moisés, cuando bajaba
Por la ladera del Siná candente.

Águila de Jeliovah, cuya bandera
Ostenta el fiel motete
Que hace temblar a la creación entera,
Cuando divisa el inmortal Timete.

Antorcha de la fe, que va alumbrando
Al universo entero
Y a los tristes mortales señalando
De la paz y virtud el buen sendero.

Ése tu hijo es noble Valencia,
En cuya frente pura
Siempre el brillo ostentó de la inocencia
Y arrancó de tu centro la amargura.

Ése llenó de bendición tu suelo,
Y cual arcángel fuerte,
Con su voz nada más, con su pañuelo
Puso en derrota a la implacable muerte.

Luchó y venció con poderoso brío
Al ángel del espanto,
Y el corazón del agareno impío
La fe llenó para empujar su llanto.

Ése es tu paladión, leal Edeta;
¿Quién como tú ha contado
En un hijo, un Apóstol, un profeta
Y un amigo de Dios el más amado?

Aunque en la cumbre del Empíreo mora
También está contigo;
Él tu custodia es, tus campos dora,
Y vela por tu bien cual fiel amigo.

Cuando le llamas de pesar henchido,
Acude diligente,
Encuentras en su casa agua de vida
Y el fin de tus angustias en Vicente.

¡Alzad, hijos del Turia! llegó el día
De recitar cantares
En loor del querub, que paz envía

Para arrancar del corazón pesares.
¡Ea, invicta ciudad! la hora llega
Que alegre y bulliciosa.
Rinda a Vicente tu abundosa vega
El suave lirio, la fragante rosa.
Sombra gigante del divino Polo,
Levanta de la huesa,
Hijos ilustres del benigno Apolo,
Todos venid a celebrar la empresa.
Honrad al que honra a Dios; ceñid sin cuento
Guirnaldas a porfía
En la frente del justo, que al talento
Un templo sacrosanto erigió un día.
Verted flores, verted; el Dios potente
Dio a vuestra vega amena
Esa feracidad, porque Vicente
Hoy fuese coronado de azucena.
Tú prez de la virtud, ángel que envía
El sólo Soberano
Para calmar la desazón impía
Del pueblo que te llama hijo y hermano,
No sin tu apoyo por su mal le dejes,
Benéfico y propicio
No te separes de él, jamás te alejes
Hasta el momento del final juicio.
Y la invicta, piadosa y leal Valencia
Guiada por tu mano
Pregonará en los siglos la inocencia
Y la virtud del Ángel valenciano.
José Zapater y Ugeda

SONETO.

Por grande le aclamó la Europa entera,
Cual astro de virtud y de la ciencia,
Y honran pueblos y reyes su presencia
Rindiendo culto a su triunfal carrera.
La fe en la religión fue su bandera,
Un poema del bien fue su existencia,
Y al difundir de Dios la pura esencia
Fue de la humanidad digna lumbrera.
No borrarán los tiempos su memoria,
La página inmortal quedó ya escrita;
Su nombre, es el compendio de su gloria,

Cual obra de los siglos infinita.
Cuna le dio un vergel con noble anhelo,
Y goza ya su eternidad, el cielo.
Francisco de P. Gras.

SONETO.

.....nessun maggior dolore,

Che ricordarsi del tempo felice

Nella miseria.....

(DANTE.)

De España un día el religioso celo
Hizo un noble país; país fecundo,
Que desde el seno de su amor profundo
Cuidaba Dios con fervoroso anhelo.
Brotar se vian de su rico suelo,
Fértil en maravillas sin segundo,
Héroes que llenan con su gloria el mundo,
Santos que ve con entusiasmo el cielo:
Mas ¡ay! cuando la prócera figura
De la pasada edad, alta la frente,
Con justo orgullo su grandeza ostente,
Débil, pequeña, miserable, oscura,
¿No será escarnio de la edad futura
La triste España de la edad presente?
Juan Ortiz Maiquez.

Ángel de fuego, que con raudo vuelo
Cruzas el firmamento y lo embelleces;
Musa de la virtud, que allá en el cielo
Entre los rayos de tu luz te meces.
Tú, que inspiras su canto a los Querubes,
Cuando en concento illágico y sonoro
Pulsan vagando sobre blancas nubes
Las arpas de marfil con cuerdas de oro.
Tú, que tendiendo un día el ala inquieta

Sobre el alta Sión, plácida oías
Cuál las glorias de Dios el Rey poeta
Cantaba entre sublimes armonías.

Tú, cuyo soplo enardeció la mente
Del ciego de Albión que de improviso
Sintió nacer en su abrasada frente
La imagen de un perdido Paraíso.

Tú, más bella que el sol; más que él brillante
Dulce como la brisa que murmura,
Préstale a mi laúd por un instante
Místicos sonos de eternal ventura.

Ha cinco siglos que admirara Europa,
Entre el horror de la perpétua guerra,
Del fraile humilde con la pobre ropa
Nuevo apóstol de paz sobre la tierra.

Era Vicente; la florida orilla
Del Turia le prestó cuna de flores,
Donde soñara en su piedad sencilla
Para el mundo infeliz días mejores.

Dios le creó para adalid del cielo.
Llenó su corazón de fe sincera,
De caridad, de celestial anhelo,
Por que invencible en los combates fuera.

Dióle inmensa virtud; miróle luego
Y perfecto le halló; sobre su frente
La inspiración de Dios radió su fuego
Con que alumbrara al mundo eternamente.

Al contemplarle el proceloso averno
Furioso rebramó, y ardiente reta
A lucha inmensa y a combate eterno
Del alto cielo al poderoso atleta.

Y él se apresta a luchar; la fe es su escudo,
La fe mantiene el corazón tranquilo
Égida santa que romper no pudo
Nunca del vicio el penetrante filo.

Es su espada su voz; Dios la ha dotado
De fuego tal que el corazón inflama,
En el pueblo que escucha entusiasmado
El germen puro de virtud derrama.

Cruza Aragón, los pueblos de Castilla
Le ven pasar errante peregrino;
Dejando cual fructífera semilla
La palabra de Dios por su camino.

Todo obedece ante él, todo se inclina
Ante el poder que su palabra mueve,
Los elementos con su voz domina,
Los corazones con su voz conmueve.

Pueblos y Reyes le apellidan Santo;
Bríndale el mundo su mentida gloria:
Danle los Yates su halagüeño canto:
Sus hechos guarda con afán la historia.

Y él lo, desprecia. En su constante lucha
Crea de la virtud nuevos atletas,
El pueblo de Israel cuando le escucha
Reconoce la voz de sus profetas.

El árabe feroz que mundanales
Dichas soñó a su muerte, le oye, y luego
Ambiciona otras glorias celestiales
Y del cristiano amor le abrasa el fuego.

Pero no es sólo aquí donde te admira
Mi entusiasmado corazón: si el cielo
En ti su gloria y esperanza mira,
También la grata paz te debe el suelo.

Dígalo Caspe; allí de una corona
Dispuso tu elocuencia, y áurea brilla
Cuando tu mano augusta la eslabona
En la sien de Fernando de Castilla.

Diga tu amor la sin igual Valencia
Al fundar ese eterno monumento,
Templo elevado para honrar la ciencia
Do el premio digno encontrará el talento.

Díganos tu bondad el grato asilo
Que como muestra de tu amor profunda
Abriste a la orfandad; puerto tranquilo
Do nunca llegue el estertor del mundo.

Mas ¡ay! al fin llenáse su destino
Por fin se cumple su constante anhelo,
Viagero en la tierra, su camino
Ha concluido y le recibe el cielo.

Francia le vio tranquilo en su agonía,
Cual sonriera al recibir la muerte,
Vio la célica luz con que ceñía
Auréola inmortal su cuerpo inerte.

Tú, patria de mil héroes y mil Santos,
Trasunto del Edén, célica Edeta,
Plácida acoge los fervientes cantos
Con que sus glorias ensalzó el poeta.

Eternamente entre tus hijos viva
De Vicente inmortal la hermosa historia,
Que si la Francia le posee altiva,
Tuya es tan sólo su perpétua gloria.

Vicente W. Queról.

Cien años y otros cien sobre su gloria
El tiempo prodigó... su nombre puro
Brilla al través de nuestra patria historia
Como faro de Dios, siempre seguro;
Cuatro siglos consagran su memoria
Y otra edad la reclama en lo futuro,
Por ser honra de un pueblo reverente
A su Santo, a su hermano, al gran Vicente.
¡Vicente; sí! aquel que Edeta un día
Vio nacer en su seno deleitoso
Para ser en el suelo eterna guía
Del que busca en el cielo su reposo.
El hijo de Ferrer, el que sentía
En su niñez el fuego prodigioso
Asombro de Luzbel, don sin segundo,
Fuente de bendición, pasmo del mundo.
«Temed y honrad a Dios» dijo y su alma
En sagrado fervor creciendo inmensa
Por dar la paz de Dios perdió su calma,
Otras almas ganando en recompensa;
Apóstol del Señor buscó la palma
Que crece entre el peligro y la defensa,
Siendo grande en amor, en fe modelo,
En mansedumbre Isac, Ángel en vuelo.
Vedle en alas del celo sobrehumano
Que agita su piedad nunca agotada,
Cual cruza de Pirene al Océano
Sembrando una verdad siempre olvidada,
Ora al Juicio de Dios cita al tirano,
Que erige hasta en verdugo su mirada,
Ya convierte al infiel, calma al adusto,
Protege la orfandad, o ampara al justo.
Hay una edad en la mundana vida
Cual puerta al porvenir, ornada en flores,
Edén sin tentación que nadie olvida,
Aunque nadie recuerde sus colores,
Edad feliz del alma adormecida
Al casto murmurar de los amores,
Aurora de ese día de los años
Que anublan con dolor mil desengaños.
¡Cuán triste es despertar al rudo embate
Del vendabal que el mundo llama suerte,
Y no hallar junto al pecho que nos late
Mas que miseria, desamparo y muerte!....,

¡Pobres niños!... mas no, nunca se abate
El alma que hizo Dios para ser fuerte,
Pues su Padre Vicente les da ejemplo,
Asilo, educación, virtud y templo.

Valencia en su recinto le vio un día
La oliva de la ciencia alzar gloriosa
Cual lábaro inmortal que el alma guía
Al arcano saber... su sombra honrosa
Del genio protegiendo la osadía
Al través de otra edad menos dichosa,
Dio a la Iglesia lumbreras que aún aclama
A la Europa esplendor y al Turia fama.

Mas ¿qué miro?... ¿quién sois, altos varones,
Cuya voz escuchó muda la tierra?
¿Donde llegasteis los escelsos dones
Que vuestra Junta veneranda encierra?
¿Cómo al rugir de tantas ambiciones
Pusisteis a la paz frente a la guerra,
Y en sus lindes pesando antiguas leyes
Alcanzasteis a hacer justicia y reyes?

Hay uno entre los Jueces cuyo acento
Jamás a la lisonja dio tributo,
Un fraile que de sabios es portento
Mientras él ni presume este atributo;
Su voz leal desnuda al torpe intento,
Rechaza en vano ardid, y ofrece en fruto,
El modelo de Caspe a un siglo infando
Y el trono de Aragón al Rey Fernando

¡Valencia, ésa es tu gloria! si elocuente
Allí un Santo se alzó por ley y fuero,
Tu hijo, tu enviado, era Vicente
De los nueve varones el primero:
Nunca el polvo de olvido irreverente
Manche de vuestra unión el timbre austero,
Sean siempre a los pechos valencianos
Recuerdos de Aragón, glorias de hermanos.

Tesoro de humildad nunca descrito
El que ayer repartió cetro y riquezas,
Sordo de la ambición al torpe grito
Hoy desprecia capelos y grandezas;
«Vanidad es el mundo, así está escrito,
Vanidades sus triunfos y larguezas,
Y todo es vanidad... sólo es seguro
El Juicio del Señor en lo futuro.»

Así clama Vicente, y del averno
Ronco bramando el funeral rugido
Vomita su furor contra el Eterno,

Que a Valencia da el Santo más querido;
Mas en vano será... contra el infierno
Su nombre vivirá libre de olvido
Y cada siglo al recordar su gloria
Grabará más profunda su memoria.
¡Pueblo del Cid, aún vive en nuestro seno
El hijo de Ferrer! ved su morada,
Allí está su Jordan, aquí cual bueno
A la palabra de Dios legó inspirada;
De ventura y unión astro sereno
A su vista Valencia alborozada
Con una sola voz clame ferviente
«¡Honra al Santo, al patricio, al gran Vicente!»
C. Pascual y Cenís.

Si pueblos mil ensalzan tu memoria,
Si es el triunfo mayor tu sólo nombre,
En vano quiero celebrar tu gloria
Con el language misero del hombre.
Yo el tiempo evocaré: mi voz potente
Salvará la distancia,
Responderá a mi voz el occidente,
Y España, Italia, la Inglaterra y Francia,
Cuantos pueblos tu marcha recorriera
Ensalzarán tu egemplo...
Que si anhelara tu grandeza un templo,
Templo habría de ser la Europa entera.
Miradle en su niñez... ¡tierna existencia
Por el Arcángel del Señor velada...!
¡Encanto de Valencia...
Modelo de candor, luz de inocencia
Con divinos portentos señalada.
Vedle avanzar... con marcha de gigante
Apóstol de verdad remonta el vuelo,
Confunde el vicio con su luz brillante,
De Cristo es precursor, ángel del cielo,
Preclaro nuncio que el Eterno envía
Para mostrar al hombre,
Ese día sin limitéis, sin nombre,
Que del mundo será el último día.
«Temed, temed a Dios, con fuerte acento
El Apóstol esclama,
La gloria al Redentor... ¡ay del momento

En que el mundo sin luz, roto en su quicio,
Escuchará la voz de un Dios airado
Que ha de llamar al hombre ante su juicio!»

Tal la justicia del Señor pregona
El nuncio angelical, brilla en su mente
Inmenso fuego del amor divino.
Torna a su patria... la inmortal corona
Con nuevos triunfos ceñirá en la frente,
Pues donde quiera que su marcha avanza
Surge la caridad, brota esperanza!

Contempla al niño huérfano que implora
Consuelo y protección, tiende su manto,
Y al infeliz que llora
Enjuga con amor su triste llanto;
Y si perdido, en soledad marchaba,
Creándole un asilo
Ventura inmensa al huérfano creaba.

Anhelando a su patria más grandeza,
Legando al porvenir triunfos mayores
Forma ese templo donde el genio empieza,
Cuna de sabios mil, de cien doctores
Que el noble alcázar del saber le llaman
Y su alta gloria sin cesar proclaman.

Avanza más y más... dicta sus leyes
De justicia y verdad, grande en la ciencia
Llega a marcar la suerte de los Reyes:
Cuando a la Iglesia abisma
Terrible desunión corre en su ayuda,
Su divinal presencia
Vuelve la ansiada paz, confunde el cisma;
Y humilde en la victoria
Dedicando al Señor todo su anhelo
Renuncia vana pompa
Rechaza honores, mitras y capelo.

¿Mas qué importa? los tiempos que siguieron
Sus virtudes. angélicas miraron,
Siglos mil su grandeza comprendieron,
Cuatro siglos por Santo le adoraron.

Arcángel del Señor, cuando este día
Valencia entera su clamor levanta,
Cuando en tierna alegría
Puede hallar su consuelo a vuestra planta...
Guardad su fe, salvadla en sus errores,
Sed ángel de la paz, su ángel querido...
¡Ella adornó vuestra niñez con flores...
Vuestra cuna infantil ella ha mecido...!
Miradle con amor, gracia os implora

Tendedle vuestra mano...
Y cuando llegue al fin su última hora
Delante el juicio eterno y soberano
Sea vuestro poder toda su egida,
Vuestro inefable amor su eterna vida.
José de Castells y de Bassols.

CÁNTICO.

Ídolos falsos que entre sueños de oro
Mira el vate en las cumbres de Helicon,
De bellas musas fabuloso coro
Que a Píndaro tejiste la corona:
Yo os invocaba cuando el arpa mía
Buscó entre los abrojos de la tierra.
El amor, el encanto y la armonía:
Cuando canté a los campos y a la guerra,
Y buscando un laurel para mis sienes
Corría ciego tras de falsos bienes.
Hoy que a mayor altura
Ya de mi lira a remontarse el santo,
He de buscar inspiración más pura
Que abraze el númen en el fuego santo.
Ven, ángel misterioso,
Que David contemplaba
Cuando Israel gozoso
Los ecos de su cítara escuchaba.
Tú, que nobles cantares
Inspiraste a Moisés y ardiente arrojó
Para cruzar las ondas del mar Rojo;
Tú que a Judith y a Dévora armonías
Diste para elevar su canto al ciclo:
Tú que prestaste voz a Jeremías
Con que lloraba de su pueblo el duelo;
Ven a inflamar mi mente,
Ven, ángel de Sión, y el canto mío
Pueda ensalzar las glorias de Vicente
Del claro Turia junto al manso río.
Jardín rico de flores, fresca vega,
Que más bella no baña
Ni el sol dorado, ni la blanca luna,
Florida Edeta que orgullece a España,
Tú meciste feliz su noble cuna.
Tú le viste inocente

Crecer, el dulce encanto de la infancia,
El consuelo del mísero indigente.
Sediento de saber, de la ignorancia
Disipando las nieblas, y a raudales
Su clara inteligencia,
En la edad más temprana,
De luz antorcha derramar la ciencia.
Le viste huyendo de la pompa vana
Del mundo, y afanoso
Buscar sediento el claustro silencioso.
En vano el mundo le ofreció sus flores;
Y en copa de oro su mentido aroma
En vano le brindaron los amores.
¡Qué vale la hermosura
De una débil muger, ante los ojos
Del mortal que en el Gólgota sangriento
Tiene fijo su ardiente pensamiento!
Los bienes todos que acumula el mundo
Los precia en poco el inmortal Vicente,
Y halla pompa mayor, mayor riqueza
Del monasterio en la feliz pobreza.
Pero ¿cómo ocultar del sol la llama,
Cómo en cadenas encerrar el viento,
Ni el ímpetu cortar del mar que brama
Ni del trueno apagar el ronco acento?
¡Cómo el estrecho muro
Del claustro encerraría
Al que tan sabio como justo y puro
Llenar el mundo de su voz debía!
No: el águila levanta raudo el vuelo
Y en la región del viento se pasea;
Rey del bosque el león se enseñoa.
Así inspirado por el alto cielo
Tiende sus ojos sobre el ancho globo,
Y contempla al judío,
Al turco, al agareno,
Que en las tinieblas del error sombrío
Morirán sin la luz del Nazareno,
Y en el recinto de su celda ansía
Que tras su noche resplandezca el día.
Ya al nuevo apóstol le parece estrecho
El recinto en que mora,
Donde orando feliz en duro lecho
Le encuentra siempre la temprana aurora.
«Hay un mundo gentil» «dice» un impío,
«Hay un esclavo del falaz Mahoma»
«Que han menester oír el labio mío.»

Deja el capelo que le ofrece Roma:
Y pobre, rico con el gran tesoro
De saber y virtud que su alma encierra,
Apóstol parte a difundir la lumbre
Del evangelio santo, por la tierra.
Cruza España y la asombra: Francia admira
Su milagroso tránsito Provenza
Su penitencia y sus prodigios mira.
Deslumbra el Piamonte,
La Italia le venera;
De su virtud y su elocuencia santa
Llenan los rayos la Alemania entera.
¿Qué pecho empedernido
Al escuchar tu acento
No desecha el error en que ha vivido?
¿Qué pecador, con triste sentimiento
De dolor abrasado
A tus plantas no llora su pecado?
El errante judío
Ve ya al Mesías en la cruz clavado,
El turco un impostor en su profeta,
El ateo ve un Dios, la raza mora
El árbol santo de la cruz adora.
Y a par de que ilumina a los infieles
Y que alcanza en las almas la victoria.
¡Qué valen de Alejandro los laureles
Comprada con los crímenes la gloria!
¡Peregrino feliz del triste suelo
Que humilde siempre entre el incienso humano
La vida arrastras para honrar al cielo!
¡Cuántas veces en noche silenciosa,
Al argentado rayo de la luna
Tu patria contemplando,
Demandabas al cielo su fortuna
¡Oh cuántas veces llora
Tu pecho atribulado
El cisma que devora
A su suelo por Dios abandonado!
La altiva media luna
Desafía a la cruz y dentro el muro,
De la bella Granada, el viento ondea
La bandera oriental, el ronco grito
De guerra santa, inflama a la pelea,
Y blandiendo la bárbara cuchilla,
El moro audaz se lanza
A ensangrentar los campos de Castilla.
Mas ¡oh loca esperanza!

¡Que tu arrogancia fiera
Ha de domar la espada vencedora
Del ínclito Fernando de Antequera!,
En tanto dentro de la alhambra mora
Llevabas tu cristiano pensamiento
Y allá en alas del numen penetrando
En la edad venidera
Mirabas sobre el muro la cruz santa
Que alzó el arroyo de Isabel primera.
La furibunda parca
Dejaba de Aragón huérfano el trono
Igualando al vasallo su monarca.
Y esa falaz diadema
De duro hierro y aparente brillo
Que engalana la sien; pero la quema
El mentido esplendor de esa corona
Que en cárcel de oro a quien encumbra, encierra,
Pendía de los triunfos de Belona,
Le disputaba con sangrienta guerra.
Tú doblando, Vicente, la rodilla
Sobre la tumba de Martín, tendiste
Una mirada de águila a Castilla
Y una mirada de consejo al cielo.
Y de un noble infante, refulgente
De Aragón la corona,
Te dejó ver en, su gloriosa frente.
Sacude la discordia
Su ennegrecida tea:
¡Arden los bandos, empapada en sangre
De su digno pastor la tierra humea!...
En medio el luto que estremece el suelo,
Nueve dignos varones
En Caspe iluminaba el santo cielo.
El cetro de Aragón está en su mano:
Y a su voz prepotente
Ceñirá la corona un soberano.
Allí tú como el sol, claro Vicente,
En nombre de Valencia,
Arrastrando al consejo tu elocuencia,
Sobre las sienes la diadema brilla
Del infante Fernando de Castilla.
Por ti pisa el dosel... por ti sonrío
La dulce paz y por doquier derramas
La calma, el bien... los reyes y los sabios
Oyen tu voz y manantial de dones
De maravillas fuente
Das la salud y vida

Como el divino Salvador, Vicente,
¡Oh cuán rápido avanza
Del término mortal la hora postrera
Que ya brilló el concilio de Constanza
Para que el Santo más tranquilo muera!
¡Vannes feliz! tú llena de amargura
Viste tranquila su hora postrimera.
¡Momento grande, agosto
En que tembló el abismo y de los cielos
Se abrió el Eden para premiar al justo!
No envidies de la Francia la fortuna,
Valencia esclarecida, de varones
Sabios y santos, venturosa cuna:
En tu recinto el perfumado viento
Cogió felice su primer suspiro
Y Vannes recogió su último aliento.
El Barón de Andilla.

Cuando con furia insana,
Cual hórrido huracán impetuoso
Al miserable humano
Aflige despiadado y tormentoso
El destino cruel y doloroso;
Y en su insaciable saña
Le arrebató la prenda más querida,
Cebando su guadaña
La inexorable muerte fementida,
En quien menos debió ser perseguida;
Confundida la mente
Con tanta pesadumbre y triste duelo,
No puede dignamente,
En acordado son y altivo vuelo,
Cantar las glorias del mundano suelo.
Vosotros, trovadores,
Que del risueño Turia en la ribera,
Exentos de dolores,
Lográis tan sin cesar la lisonjera
Felice dicha que gozar quisiera;
Templad el arpón de oro,
Y en torrentes de férvida alegría,
E inspirado tesoro,
Cantad arrebatados, de este día,
El placer, entusiasmo y alegría:

Cantad, sí, de esta tierra,
Al Hijo predilecto, y al más fuerte
Patricio, que hoy encierra
La historia provechosa, que convierte
En vivos los despojos de la muerte:
Cantad al más grandioso
Portento que admiraron las edades;
Al genio prodigioso
Que el cielo, protector en sus bondades,
Para alivio nos dio de adversidades:
Cantad, sí, la grandeza
De quien preció en más que el oro;
Y de tan gran riqueza,
A la Ciudad que el Cid arrancó al moro,
Pródigo la donó rico tesoro:
A quien un templo augusto
Fundóla contra el vicio y la ignorancia;
Alcázar del buen gusto,
Do las ciencias exhalan su fragancia
Y del crimen afrontan la arrogancia.
Y en tanto que a mi duelo,
En solitario paso estraviado,
Procuró algún consuelo,
Gozo y placer sin fin, entusiasmado
Respire este gran pueblo enagenado.
Tú solo, oh mi Dios, eres
De dicha perenal fuente fecunda;
En nítidos placeres
A quien vive en tu amor y en él abunda,
Tu escelsa diestra sin cesar inunda.
Cantemos, pues, tu gloria,
Y tu amor y tu inmensa omnipotencia,
Y tu bondad notoria
Al darnos por Patrono de Valencia,
Faro que así brilló en virtud y ciencia.
José V. Fillol.

ODA.

¿Qué resta de los bellos monumentos
De la griega nación? ¿Dó están ahora
Del arte los magníficos portentos,
Ufana muestra del poder del hombre,
Que esfuerzos sobre esfuerzos atesora

Para dejar al porvenir su nombre?
¿Qué fue de tanta gloria
Que el humano saber comprende apenas?
¿Dó están los héroes de la invicta Esparta?
¿Dónde los sabios de la ilustre Atenas?
Y ¿qué fue del inmenso poderío
Del pueblo-rey, cuyo pujante brío
A las naciones todas asombraba,
Y a infame esclavitud las arrastraba?
¿Qué fue de su renombre soberano?
¿Qué fue de su poder y su riqueza,
Audaz compendio del esfuerzo humano,
Alarde del orgullo y la grandeza?
¿Qué quedan de esos pueblos, cuya gloria
El universo entero estremecía?
¿Qué queda? Una memoria;
El polvo nada más que se elevaba
Del tiempo destructor bajo la rueda,
Que pesada crugía
Cuando todas sus glorias aplastaba.
Pasaron las edades, y con ellas
Nuevas generaciones
Llenan del ancho mundo las regiones;
Y siempre el mismo afán y la porfía,
La insensata demencia
De salvar ese límite que opone
Al humano saber la Providencia.
¿Qué importa que la ciencia
Aumente cada día sus portentos,
Y el arte multiplique sus inventos?
¿Qué importa que orgullosa
La audaz generación de nuestro siglo
Se juzgue omnipotente
Y ose mirar al cielo frente a frente?
¿Qué importa? Vendrá un día
Que alumbrará del mundo la agonía:
Y el humano saber será perdido,
Y en el altar de la mundana ciencia,
Que el hombre osado en su ambición levanta,
Asentará su destructora planta
El ángel de la santa Providencia:
Y en medio del silencio pavoroso
Y de la eterna noche en que lanzado
Se verá lo creado;
Desde el empíreo cielo
Pasará el Eterno su mirada
Sobre los restos del mundano suelo,

Que tornarán al polvo y a la nada.
Decid: ¿qué será entonces
Del necio orgullo que el averno inspira,
Que en mármoles y en bronces
Con vano empeño a eternizarse aspira?
La impiedad, la mentira,
¿Cómo huirán la justicia soberana?
¿Dó irá a esconderse la ambición humana?...
En tanto... de los labios
Del Supremo Hacedor, con dulce acento,
La inmensa voz resonará en el viento:
«Venid, dirá, los que en la humana vida
Las virtudes amasteis,
Que a la fe os acogisteis,
Y en mi potente amparo confiasteis.»
¡Venturosos aquellos
Que podrán escuchar la voz divina!
La gracia del Señor será con ellos.

¿Y será que al empuje poderoso
Del brazo omnipotente y soberano
Habrá deperecer todo lo humano?
De en medio de aquel caos,
¿No se alzarán las gigantescas sombras
De los que la virtud y la fe amaron,
Y por ellas su sangre derramaron?...
¡Sí! vivirá por siempre la memoria
De aquellos cuyos nombres se inscribieron
Por la mano del Dios omnipotente
En la sagrada, veneranda historia,
Cuya sublime página primera,
Del Gólgota la lumbre reverbera.
Será eterna la gloria
De los que un tiempo su cerviz doblaron
Sobre el ara inhumana,
Que preparó del paganismo el yugo
Para la grey cristiana,
Y que al morir, al cielo demandaron
Magnánimo perdón para el verdugo.
Y vivirá por siglos infinitos
La eterna fama del esfuerzo santo
De los que, siendo del Señor benditos,
Enjugaron del hombre el triste llanto,
Y amenguaron su mísero quebranto;
De aquellos que sintieron
El fuego en sí de inspiración divina,
Y en las tinieblas del error hicieron

Brotar esplendorosa
La luz de la evangélica doctrina,
Y esperanza al cristiano predicaron,
Y en el nombre de Dios le consolaron.
Y entre la gloria eterna de sus nombres,
Mas allá de los siglos y del tiempo,
Alzaráse esplendente
La del divino apóstol San Vicente.

¡Salve, nombre querido!
Reverberante antorcha, cuya llama
No ha de apagar el viento del olvido.
Tu luz radiante y pura
De cuatro siglos alumbró la historia;
Hoy, como entonces, sus destellos lanza,
Y alumbrará también la edad futura.
Celestial mensajero, en tu palabra
La triste humanidad halló consuelo,
Y cumpliendo de Dios las santas leyes,
Dio tu piadoso celo
Paz a los pueblos, cetros a los reyes.
Al eco santo de tu voz potente,
En el oscuro abismo
El monstruo del error hundió la frente;
A la virtud divina, eterno alcázar,
De tus virtudes erigió el ejemplo,
Y al humano saber alzaste un templo.
Y tu gloria creció, cual crecer puede
Lo que de Dios la inmensidad respira,
Y al escuchar tu sacrosanto nombre,
Para la humanidad su incierta planta,
Y prosternada admira
Tan escelsa grandeza y gloria tanta.
¡Salve, nombre inmortal! ¡augusta sombra!
¡Feliz generación la que del cielo
Mereció la ventura
De escuchar de tu labio
La inspiración sublime del Profeta
Y las verdades del Apóstol sabio!
Menos dichosos ya los que al presente
Sentimos de la mísera existencia
Los duelos azarosos y prolijos,
Y del Edén hermoso de Valencia
La grata dicha de llamarnos hijos;
Nunca podremos tu recuerdo santo
De la mente borrar, y a tu memoria
Rendiremos en tanto

Justo tributo de respeto y gloria.
J. Iranzo Presencia.

Docus atque gloria
Urbis Valentinae.

Alme Vicenti
Orbis oraculum.
(MARONA.)

Los tesoros y bienes temporales, no son

los que hacen al hombre verdaderamente
rico, sino las virtudes, méritos y vida santa.

(SAN VICENTE FERRER.)

¿Qué fuera del mortal en su impotencia

Sin la luz creadora de su mente?

¿Qué, sin ese raudal, puro, esplendente

Del genio soberano, de la ciencia?

¡Miseria nada más! sueño mentido

Es la vida que corre presurosa,

A sepultarnos so la fría losa

En el reino profundo del olvido.

Sólo el genio, esa luz del pensamiento,

Que del que rige el Universo emana

El ser con el no ser junta y hermana

En la inmortalidad tiene su asiento.

¡El hombre casi un Dios...! sí, puede el hombre

Si es la vida tan breve, y transitoria

Vivir eterno en la preclara historia,

Y a los siglos legar puro su nombre.

Y que sea en el tiempo venidero

Causa de admiración, de regocijo,

Y que diga su patria «fue mi hijo

Envíeme mi honra el mundo entero.»

Y su gloria, cual esos resplandores,

Que nos envía el Sol, todo lo llena

Las almas ennoblece, y enagena

Ella inspira a sublimes trovadores.

Sí, sí, el pecho entusiasmado late
Al contemplar lo grande de este día,
Y raudales de amena poesía
Brotan del arpa de inspirado vate.
.....

Bella es mi patria sí, con ese cielo
Que no empañan ni leves arreboles
Bellas sus hijas como claros soles,
Bellas las flores de su fértil suelo.

Y en el ansiado templo de la gloria
Brilla Edeta cual límpido lucero,
¡Toda en mi patria es grande, y hechicero!...
Su nombre, sus vergeles y su historia.

Pero más grande es hoy, hoy que pregona
En su alegría, y entusiasmo ardiente
El nombre de su hijo... ¡de Vicente!
Hoy el laurel mejor de su corona.

Porque el clamor que los espacios llena,
No es un grito que lleva al manso viento
Es premio a la virtud, premio al talento,
Que hasta en el corazón hondo resuena.

Ésa es la voz de un pueblo generoso
Que el pecho noble en su alegría lanza
Dulce germen a muchos de esperanza
Nuncio de un porvenir grande, y dichoso.

Porvenir que esa voz claro retrata
De civilización rayo esplendente,
Voz, que el triunfo proclama de la mente,
Que el genio eleva, y la virtud acata.

Y ese noble recuerdo que Valencia
Le tributa a Ferrer en este día,
Ese gozo inefable, esa alegría
Son ¡gloria a la virtud.! ¡gloria a la ciencia!

Es la expansión de Madre cariñosa,
Que de dicha y placer todo lo inunda.
Es pueblo que su honor todo lo funda,
En ser del gran Ferrer cuna dichosa.

¡Gloria! gloria a FERRER a quien el suelo
Ya cuatro siglos sin cesar aclama,
Sí, cuanto el mundo, vivirá tu fama;
¡Tu gloria será eterna como el cielo!

Y si tu patria hoy te eleva altares,
Y es eco de su voz el ancho mundo;
Si al contemplarte en éxtasis profundo
Inspiras al poeta sus cantares;

No es sola tu virtud la que le inspira,
No el divino saber, no tu talento
Hacen que lleve el vagoroso viento
El dulce son de su vibrante lira.

No se lanza su mente hasta ese cielo
De plata, y de zafir que es tu morada
Tras de la inspiración tan deseada
No tanto ha menester alzar su vuelo;

Que dejaste en la tierra las señales
De tu genio inmortal, y sin segundo,
¡No olvidó tu piedad al triste mundo
En medio de los goces celestiales!

Y aquí en tu bella patria, en tu Valencia
Un momento elévase esplendente,
Sublime santuario de la mente
Templo digno al saber, templo a la ciencia.

Tú le erigiste tú, por eso ansiosa
Debajo de su altísima techumbre,
Se agita la agolpada muchedumbre
Que al honrar a Ferrer corre afanosa.

¡Gloria! gloria a Ferrer a quien el suelo
Ya cuatro siglos sin cesar aclama,
Sí, cuanto el mundo, vivirá tu fama;
¡Tu gloria será eterna como el cielo!
Miguel Vicente Roca.

Eminente varón de altas virtudes,

De indescriptible ciencia,
Cuyo preclaro nombre
Enriqueció a Valencia
Con prez eterna y sin igual renombre;
¿Cómo podrá mi lengua
Mi humilde lengua, enaltecer la gloria
De tu sublime historia,
Cuyo recuerdo sólo
Con júbilo el más santo
Inunda el pecho de divino encanto?
¿Desataré mi acento
Que en vano el labio contener procura,
Y henchida de contento
Y plácida ternura
Mi dulce lira sonará en el viento?
¡Oh, sí, que es imposible!
Contener mi entusiasmo en este día.
Quiero unir la voz mía
A vuestra dulce voz, o trovadores,
Vates ilustres de la patria mía.

Hubo un tiempo infeliz que el triste suelo
Sueño de muerte por doquier cercaba,
Y entre las nubes que apiñaba el cielo
Del justo Dios la tempestad tronaba;
Pero te alzaste tú, como la estrella
Que en negra noche nos recuerda el día;
Y tu palabra fue como la lluvia
Que riega. el suelo y la frescura envía,
Fecundizando el aterido campo
Do la Santa virtud se anida y crece.
Al oír tus palabras respetadas,
Huyó por siempre estremecido el vicio,
Y fueron las costumbres
Divina y sabiamente mejoradas:
Al sólo aspecto de tu noble ejemplo
Llegaron muchas almas
De la sacra virtud al alto templo,
Consiguiendo de Dios eternas palmas.

.....
Ilustre y gran Vicente! si a mi lengua,
Hoy no le es dado enaltecer la gloria,
De tu sublime historia,
Si al desatar mi acento
Que en vano el labio contener procura,
No logró dar al viento
Himnos dignos de ti; con fiel ternura

Un suspiro de amor dulce te ofrezco,
De mi cariño la expresión más pura.
Ojalá llegue hasta el augusto cielo
Do logras de la dicha el cierto encanto!
Ojalá que te muestre con anhelo,
Mi fe sincera, mi entusiasmo santo!
Isabel Soriano y Pallazár.

ODA.

¿A dónde va esa alegre muchedumbre
Que se agita en revueltas oleadas,
Rugiendo como mar embravecido
Por tempestad horrisona batido?
Decid ¿de dónde nace la alegría
Que a la augusta presencia
De tan solemne día
Estremece a los hijos de Valencia?
Vedlos llenar de su ciudad querida
Las calles y las plazas confundida
Eterogénea multitud; por ellas
Bulliciosa y contenta se derrama;
Los ancianos, los niños, las doncellas,
Unidos por un mismo regocijo
Lanzan un grito inmenso de alegría
Como una sola voz, la voz de un pueblo
Que victorea un señalado día.
A su naciente sol, dulce armonía
Se escapa de cien músicas sonoras,
Y la armónica voz de sus hossanas
Va a confundir su acento
Con el agudo son de las campanas,
Que estremecen los ámbitos del viento.
Hoy la algazara tumultuosa impera,
Convirtiendo en risueño laberinto
La patria de Gil Polo y de Ribera.

¡Salve, día feliz! ¡día de júbilo!
De remembranza secular, que brillas
Sólo una vez a los mortales ojos;
Cuando otra vez Edeta te celebre,
Seremos de la muerte ya despojos

Todos los que hoy cantamos,
Los que hoy de vida y juventud gozamos!

¡Salve, día feliz! Tú que recuerdas
A la frágil memoria,
De un hijo de mi patria
La rebrillante y sin igual historia;
Del mundo asombro, de Valencia gloria
De un hijo esclarecido, cuya mente
Brilló de Dios inspiración divina;
Cuya voz elocuente
Al nacer de su labio,
Tras sí arrastraba al orgulloso sabio;
Que a las huestes de Cristo
Los enemigos de, la fe atraía.
¡Caudillo sin segundo:
Tú, paseaste un día
De la divina religión cristiana
El lábaro triunfante por el mundo!

En tu cara Valencia
Abriste un templo de beber la ciencia,
Y tus hijos ansiosos,
A sus gloriosas puertas
Por ti recién abiertas,
En tropel acudieron;
Filósofos y sabios
Del santuario del saber salieron,
¡Y a ti su gloria y porvenir debieron!

Tú que del mundo huías
Esquivando su gloria pobre y vana,
A más sublime pedestal subías,
Que el pedestal de la miseria humana.
¡Venciendo tus pasiones
Con una fortaleza sobrehumana,
Tus pies pisaban la aridez del suelo,
Mas tu alma huía a la región del cielo!
¡Este no era tu mundo;
Diamante magnífico arrojado
En la cloaca infecta de la tierra,
Cuya brillante luz nunca ha empañado
Ese vapor inmundo
De las pasiones que respira el mundo!

La España entera en tanto,
Tu escelsitud sublime conociendo;

A voz en grito, proclamóte «Santo;»
Y al elevarte a tan augusto solio
El grato acento de la voz de España
El eco retumbó en el capitolio;
Europa el eco absorbe,
Y «Santo» «Santo» resonó en el orbe.

¡Salve, día feliz! tú que recuerdas
A la frágil memoria,
De un hijo de mi patria
La rebrillante y sin igual historia;
Del mundo asombro, de Valencia gloria!
Jacinto Labaila.

ODA.

La luz pura y radiante,
Que en el Oriente los profetas vieron,
Resplandece en el Gólgota triunfante.
Ya no hay tinieblas; levantado el velo
De la humana razón tiembla el abismo,
Las puertas abre en su bondad el cielo
Y el hombre ante la cruz a Dios eleva
La súplica ferviente
Y hunde en el polvo la orgullosa frente.

Pero ruedan los siglos,
Y la sublime fe con que al tormento
Los mártires volaban,
Sintiendo el alma celestial contento,
Tendiendo al cielo las dolientes manos
Y humillando el furor de los tiranos,
Se agosta y muero, y miserable el hombre
Corre en pos de un delirio, enloquecido
Por el mentido resplandor de un nombre.
Al oro y al poder ciego levanta
Sacrílegos altares,
Donde a perderse en el espacio sube
De torpe incienso abominable nube,
Y con impura planta
Turba la augusta paz del santuario,
Borrada ya la sangre del Calvario.

El ángel de las sombras

Las alas tiende en la región del viento,
Fatídica mirada
Del mundo por el ámbito pasea,
Y arde en el mundo la incendiaria tea.
Y entro el confuso, universal gemido
Se oye la voz de la oración perdida,
Desierto el templo, profanada el ara,
De redención la enseña, escarnecida,
Vendida la tiara,
La púrpura de Pedro, envilecida;
Y es que el ángel del mal, encadenado
Por la mano de Dios, bárbara guerra
Al hombre declaró, rugió el averno
Y estremecida retembló la tierra.

Mas ¿quién es aquel genio
Que entre la absorta muchedumbre avanza?
¿Dónde va? ¿qué pretende?
Por el espacio la mirada tiende,
Resplandece en sus ojos la esperanza,
Su ardiente luz fascina,
Brillan en su frente inspiración divina.

Es un rayo del cielo
Destinado, la indómita cabeza
De nuevo a quebrantar de la serpiente,
Un invicto adalid que frente a frente
Del enemigo Colosal, desea
Volar a la pelea;
Un ángel que humillando
De Dios y el hombre el enemigo eterno,
Ya a encadenar la furia del infierno.

Impávido se lanza,
La lucha ansiando, por el ancho mundo,
Y armado sólo con la cruz divina
Doquier que lucha la victoria alcanza.
Resuena el eco de su voz profundo
Dentro del alma abandonada y fría
Y brota en ella manantial fecundo
De amor y fe de que vivió vacía.
Llena el espacio su inspirado acento
Y a su elocuencia, el orgulloso labio
Sella a pesar de su altivez el sabio.

La luz del evangelio
Muestra al infiel, y al celestial aroma

De la verdad eterna se derrumban
Los inmundos altares de Mahoma
Ya el anciano rabino
De Moisés sobre el libro no dormita,
Ya no busca en los astros el destino,
Ya no canta el muezín en la mezquita
Las bóvedas del templo
Recogen la oración, que ya el profeta,
De Dios heraldo, anuncia que en las nubes
Suenan terrible la final trompeta.

Maléfica la mano
De insensata ambición, agita el solio,
Del sucesor de Pedro y se estremece
En su eternal cimiento el Vaticano.
Impura arde la llama
Que la codicia terrenal inflama
Donde con gloria se ostentó algún día
La antorcha santa de la fe, esplendente;
Y sólo, en su agonía
Vaga el rebaño sin pastor, perdido,
Cruzando del valle del dolor sin guía.
Pero el nuncio de Dios los aires hiende,
Muere a su soplo la infernal hoguera,
La luz divina de la fe se extiende
Y de nuevo en el mundo reverbera;
Que el ángel vino a mitigar el duelo
Del confundido, atribulado suelo,
Y a la grey del Señor volvió, afligida,
La gloria y bienandanza
Cuando su acento resonó en Constanza.

Pero ¿quién así triunfa
De las sombras del caos? ¿Quién detiene
La flamígera espada
Del irritado cielo vengadora,
Cuando llega la hora
De reducir los orbes a la nada?
¿Quién es ese adalid que cierra, sólo,
Las puertas del abismo, y cuyo nombre
Retumba sin cesar de polo a polo!
¿Quién ese genio es que el pensamiento
Recóndito adivina,
Que rasga en el oscuro entendimiento
De las tinieblas el horrible velo,
Y que con santo anhelo
Y arrebatado de entusiasmo ardiente

Conduce al hombre hasta su Dios? Vicente.

Vicente, sí, Vicente, cuya gloria
Será siempre, Valencia,
La página más rica de tu historia.
Bajo tu cielo azul por tu fortuna
Rodó entre flores su bendita cuna,
Y fuiste la primera
Que escuchaste en tu inmenso regocijo
La angélica armonía
Del balbuciente labio de tu hijo.

Dichosa tú, Valencia,
Ciudad ilustre que eligiera el cielo,
Para que a hallar viniera la existencia
Rico un tesoro a tu precioso suelo.
No ostentes tus blasones,
Que aunque inmortales sean
Pedazos de tu gloria tus pendones,
Nada valen tus timbres, tu hermosura,
Tu gloria, ni tu honor resplandeciente,
Teniendo la ventura
De ser madre feliz de San Vicente.
Tomás Solanich.

ESTRANGERO. Tú, que muestras del júbilo la llama
Alegre ardiendo en la serena frente;
Di, ¿qué placer tu corazón inflama?
¿Qué destello de luz dora tu mente?

VALENCIANO. Hijo del Norte y sus heladas nieblas,
No comprendes Mi férvida alegría:
El ave que se place en las tinieblas,
Hermoso no halla el resplandor del día.

¿En mi cielo no ves olas de oro
Mecerse en el azul puro y brillante?
Mi pecho de esa luz tiene un tesoro,
Que en rayos de placer brota al semblante.

Hoy mi patria, la patria de las flores,
Ostenta más purpúreas sus rosas,

Y hoy es más puro el sonreír de amores
De sus hijas, hermosas entre hermosas.

Y más lento y sonoro se desliza
Mi Turia, el del armónico murmullo;
Y el aura que en su plata perlas riza,
Más dulce exhala el amoroso arrullo:

Y la armonía y el placer aumenta
El ronco son que a los altares llama;
Sublime cual la voz de la tormenta,
Alegre cual compás que el baile inflama.

Crece con el estruendo el alborozo,
Placer se aspira al espirar la brisa,
Cual vibración eléctrica de gozo,
Cual de ese limpio cielo una sonrisa.

ESTRANGERO. ¡Ah! ¡feliz vosotros! Yo he sentido
Ese placer al ver entre la bruma
El muro de mi patria ennegrecido
Manchar el pardo Occéano de espuma.

Tu júbilo no turbe este recuerdo...
Oh huésped, tu Valencia, si algún día
Del desterrado la esperanza pierdo,
Será mi patria ¡es bella cual la mía!

Es bella, sí; sus áureos palacios
Duermen en paz sobre tapiz de flores,
Cual de roto collar sueltos topacios
Sobre alfombra oriental de mil colores.

Mas ¿por qué en rico laberinto enreda
Esos palacios mágica guirnalda,
Y cubren con real manto de seda
Las antiguas basílicas su espalda?

¿Dó arrastran orgullosos los corceles
El carro de marfil, en donde brilla
No agudas lanzas, férreos broqueles,
La pura vírgen tímida y sencilla?

¿Alzaron a guerreros paladines
Esos arcos de triunfo aduladores
Las sílfides quizá de los jardines?
¡Son sus trofeos de armas cintas, flores!

¡Feliz quien oye en su loor los cantos
De ese, de ancianos, venerable coro!
Parecen reyes con sus blancos mantos
Guarnecidos de púrpura y de oro.

¿Por qué en su anhelo y ansiedad más bellas,
Inquietas tienden ávidas miradas
Las ruborosas, cándidas doncellas
De un pueblo entre las gruesas oleadas?

¡Ah! mirad: cortan débiles ancianos
De tanta muchedumbre el mar inmenso;
Al cielo alzadas donde quier las manos,
Y vuela en anchas nubes el incienso.

¿Es un héroe...

VALENCIANO. Los héroes del mundo
Jamás verán doblar nuestra rodilla,
Sólo el esclavo en su dolor profundo
Contempla sus cadenas y se humilla.

ESTRANGERO. ¡Bien, español! Tu indignación alabo.
¡Vuestro libre valor sea bendito!
¡Ay! aun gime en la tierra tanto esclavo!
Perdónale esta lágrima al proscrito.

VALENCIANO. Tras larga lucha de dolor la tierra
Llorando en triste noche de agonía,
Oyó una voz que la discordia aterra,
Y cual humo voló la niebla umbría.

Era la voz del Genio a quien ufano,
Padre ese pueblo en su delirio aclama;
Era hijo suyo y siempre fue su hermano,
Y un pueblo sabe amar a quien le ama.

Dio luz a la apagada inteligencia
Y su manto de púrpura a los reyes;
Elevó santuarios a la ciencia,
Y en el templo del pueblo dictó leyes.

ESTRANGERO. ¡Bendita sea la razón del hombre!
¡Hasta el solio de Dios levante el vuelo,
Y en osadía al universo asombre
Los velos al rasgar del alto cielo!

VALENCIANO. No; al cielo ese inmortal no alzó impotente
Su pensamiento férvido y fecundo:
Tuvo esperanza y levantó la frente,
Y creyó y adoró, y le adora el mundo.

Con su venda la fe cubrió sus ojos,
Mas el cielo le dio un rayo divino,
Y a su fulgor entre ásperos abrojos,
La humanidad dio un paso en su camino.

ESTRANGERO. ¿Y por qué no bañáis con vuestro llanto
Lo que tan sólo resta de él, la tumba?
Si habéis perdido a quien amabais tanto,
¿Por qué do quiera el júbilo retumba?

VALENCIANO. Ha cuatro siglos que tendió su vuelo
A su patria inmortal, pero en su ausencia
No podemos llorar, vive en el cielo,
Su amante corazón está en Valencia.

Él goza de los ángeles la calma,
Calma de paz y amor, mas arde pura
En nuestras almas míseras su alma,
Y astro de luz en nuestro Edén fulgura.

Al postrarse ante el trono del Eterno
En nosotros sus ojos están fijos,
Sonríe con amor el Padre tierno,
Y él reparte ese amor entro sus hijos.

ESTRANGERO. ¡Ah! ¡qué felices sois! ¡si así pudiera
Hallar un ángel mi dolor profundo!...

VALENCIANO. Estrangero, ten fe, ruega y espera;
La patria del amor es todo el mundo.
Teodoro Llorente.

SONETO.

Roto en pedazos de la España el manto
Por la guerra cruel miróse un día;
Hollada la virtud que al sabio guía,
Y de la ciencia escaso el dulce encanto:
Dijo el Señor: «Que cese ya el quebranto,

Vicente sea;» y señaló la vía
Que debiera cruzar con alegría,
El fuerte, el justo, el eminente Santo.
A su influjo debió ver este suelo
La fuente del saber por vez primera,
A la discordia huir, y por consuelo
Descender la virtud del alta esfera:
¡Feliz el orbe si pluguiera al cielo
Que en cada pueblo su Vicente hubiera!
Dolores Balaciart y Tormo.

Cristiana inspiración, luz de los cielos,
Eco de otras regiones y otra vida,
Don supremo de Dios, fuente sagrada
A los impuros labios escondida,
Y a cánticos divinos reservada.
Baja hoy, baja a mi mente,
Y arrebatada de entusiasmo ardiente,
Cante mi boca la sublime historia
De un hijo escelso de la patria mía;
Flores de amor dedique a su memoria,
Y brote mi exaltada fantasía
Cantos de admiración, himnos de gloria!

Espíritu de Dios, tú que existías
Antes que el sol con su dorada hoguera
Dividiera las noches de los días;
Tú el único increado, a cuyo acento
Surgieron de la nada
Mundos y seres, vida y movimiento;
Tú que llenas los ámbitos del viento,
Montes y llanos, selvas y pensiles,
Y los astros del mar y el firmamento:
Ven, desciende hasta mí; presta a mi aliento
Tu aliento soberano,
Ven y abre a mi entusiasmo ancho camino,
Para cantar con el lenguaje humano
Las altas glorias del amor divino.

Potentados y reyes de la tierra,
Pobres héroes del mundo que juguetes
De encontradas y locas ambiciones,
Derrocáis tronos, destruíis naciones.

Filósofos y sabios,
Que siempre presa del mundano orgullo,
Con insensato anhelo,
Del misterioso libro de la ciencia
Pretendéis arrancar el denso velo.
Los que cruzáis el mal de la existencia
En pos de alto renombre,
Viles gusanos que la muerte pisa
Sin dejar una huella de su nombre,
Doblad la altiva frente;
¿Que es vuestra pobre gloria comparada
Con la gloria inmortal del gran Vicente?

Prosternáos ante él, y allí a sus plantas
Confesad vuestro loco desvarío.
Vedle: luz celestial su frente baña,
Brotan Sus labios manantial fecundo
De paz y amor, de dicha y de consuelo.
¡Salve, hijo de Valencia, honor de España,
Sol de la Europa, admiración del mundo,
Apóstol de la fe, gloria del cielo!

Salve, salve mil veces tú que fuiste
Amparo del dolor, gozo del triste.
Meteoro refulgente
Que iluminó la tierra,
Pura, tranquila, bienhechora frente.
Que derramó en el suelo
El germen puro de la fe cristiana,
Garza real que remontó a las nubes
Su vigoroso vuelo,
Planta preciosa que brotó en el mundo
Para aromar con su fragancia el cielo.

Tu voz, tu voz potente
Resonaba de un polo al otro polo
Veraz, profunda, irresistible, ardiente.
Al escucharla el justo te adoraba,
Sacudía el culpado
La carga del pecado.
Dejaba el israelita en el olvido
Sus antiguas costumbres y sus leyes,
Doblábanse ante ti pueblos y reyes,
Sabios y humildes, siervos y señores,
Callaban los rencores,
Dormían los agravios...

Y culpados y justos.
Pueblos, reyes, pontífices y sabios,
Todos en tu presencia
Bendecían de Dios la omnipotencia.

A tu paso los pueblos acudían,
Las ciudades sus frentes doblegaban;
Virtud en tus virtudes aprendían,
Les hablabas del vicio y te temían,
Les hablabas de Dios y te adoraban.
Tu paternal cariño dio a Valencia
Este sagrado templo
De Edeta orgullo, de la España egemplo.
Archivo venerando de la ciencia,
Recinto de la gloria,
Cuna de tantos nombres
Que hoy recoge en sus páginas la historia,
Que reverencian hoy mudos los hombres.
En él la juventud se lanza inquieta
De noble emulación el alma henchida,
En aras del saber sacrificando
Los más hermosos años de su vida.
En él sabios varones
Escriben en los tiernos corazones
De esa generación que hoy se levanta,
Las máximas sagradas, los secretos,
Que arranca cada día la experiencia
Al recóndito arcano de la ciencia.

Salve, salve mil veces, varón justo,
Valencia por mis labios te saluda
Valencia, la ciudad de la alegría,
Como madre y cristiana
En tan supremo día,
Hirviendo de entusiasmo y regocijo
Mil y mil voces hoy une a la mía,
Mil y mil cantos hoy une a mi canto,
Madre amorosa, victorea al hijo,
Ciudad cristiana, reverencia al Santo.
Joaquín Serrano y Cañete.

¡Salve, patria inmortal, mansión hermosa,
Edén continuo cuyo aroma hechiza!

¿Por qué te agitas hoy tan bulliciosa
Cual mar alegre que sus ondas riza?

¿Por qué tus ninfas cuando el alba asoma
En lechos del zafir y de esmeralda,
Tejen en rosas de fragante aroma
De lauros y jazmín rica guirnalda?

¿Por qué tus aves con melifluo acento
Saludan al Señor en este día
Con nuevos himnos, que conduce el viento
Dando muestras también de su alegría?

¿Qué significa el murmurar festivo
Del bello Turia que jugando salta
Cual pájaro canoro, fugitivo,
Que el prado ameno con su pluma esmalta?

¿Por qué se levantaron tus pendones,
Que al cefiro besando van ligeros
Sobre tus bravas cívicas legiones
Y allá en los minaretes altaneros?

¿O será el entusiasmo que me inspira
Loco decir, que fascinó mi mente?
No... que es realidad, es que se admira
Valencia al recordar a su Vicente.

Ese Vicente que la dio su gloria
Colmándola de gracias y favores,
Que con su timbre enriqueció la historia
Do tanto veis brillar sus resplandores

El mismo que del hambre a Barcelona
Rico en virtudes libertó algún día,
Y el mismo que allá en Caspe una corona
Sobre la sien de un rey sabio ponía.

Ese es Vicente, el que mi patria aclama,
El político, el sabio, el virtuoso,
El que de caridad ardiendo en llama
Al huérfano también busca reposo.

Ese es el genio que al mirar la cumbre,
Do en ondas de oro nuestro Dios reparte
De la ciencia la mágica vislumbre,
Pide también para su patria parte.

Que es bello ver en vuestro grato suelo
Entre las auras de aromosa esencia
Un noble templo del saber consuelo
Que Vicente erigió para Valencia.

Sagrado asilo que en saber profundo
Merece diamantinos mauseolos,
Do salieran aún cantando al mundo
Las sombras de Febreres y los Polos.

Do pulsaran también sus liras bellas
Los genios de los Jorges y Aguilones,
De Pinedas, Valdauras y Centellas,
De los Pérez, Siuranas y Girones.

¡Oh! todo es bello en ti, sin par Valencia,
Pues que envía el cielo nobles hijos,
Que de Dios a la gran magnificencia
Tienen en ti sus pensamientos fijos.

Si pides gracia en súplica ferviente
El aura la conduce por las nubes,
Y en su demanda al abogar Vicente,
Dios la concede y te la dan querubes...

.....

El Turia, pues, y la floresta umbría,
El mar, el aura y aves sonoras,
Te rinden hoy encantos a porfía
En medio de las selvas olorosas.

Bellas ninfas también entre cantares
Hoy te ofrecen sus cándidos amores,
Y al rielar el sol en anchos mares
Tejen guirnaldas y te brindan flores.

Y tú que desde el cielo en gloria tanta
A la luz de los diáfanos raudales
Ves, Vicente, rodar bajo tu planta
A tus hijos envueltos entre males;

Bendice desde allí tu patria hermosa,
Y al joven bardo que al pulsar la lira,
Apagada su voz y temblorosa
Duda apenas cantar... porque te admira.
Filiberto Abelardo Díaz

Dadme, dadme la lira
Que otro tiempo pulsé, y el canto mío,
Hijo del entusiasmo y de la gloria,
Alegre al resonar por el vacío,
De nuestra patria historia
Celebrará la página brillante
Que a través de los siglos,
Valencia, de emociones palpitante,
Religiosa y sincera,
Con festejos sin límite hoy venera.

Canten otros el duro
Y bárbaro luchar de las naciones
Las huestes al asalto, preparadas,
La carga de lígeros escuadrones,
Las cortantes espadas,
El eco del cañon que lleva el viento,
Cien muertes anunciando,
Y el de venganza maldecido acento
Que, respirando saña,
El diáfano cristal del cielo empaña.

Lejos de mí ese canto
Qué prensa el corazón y le endurece;
Más pura es en verdad la hermosa idea
Que en mi mente nacida, hermosa crece:
El labio se recrea
Risueño al recordar el grato día
En que el Tercer Calixto,
En nombre de la Iglesia santa y pía,
Por todo el Continente,
Con júbilo aclamó Santo a Vicente.

Al hombre bondadoso,
Cuya cuna los ángeles mecieron,
En la hermosa Ciudad que el Turia baña,
Y cuyos hechos portentosos fueron
La admiración de España;
Cuyo profundo genio celebrado,
Tanto fue por doquiera,
Que Apóstol de la Europa fue llamado,
Doblando la rodilla

Pueblos y Reyes, a su voz sencilla.

Indecible, grandiosa
En la elección del Rey fue su prudencia;
Y Aragón y Castilla, antes rivales,
Depusieron, al ver tanta elocuencia,
Sus contiendas fatales;
Y ante su misma voz, la Iglesia misma,
La paz vio cimentarse
Que perturbaba de Aviñón el cisma;
Y su tacto profundo
Paz a la Iglesia dio, dio paz al mundo.

De fatiga postrado,
De penitencia tanta consumido,
En Vannes exhaló su último aliento,
Y en Vannes sepultóle conmovido,
Con pompa y lucimiento:
Siete lustros despues la Iglesia alzaba
A los cielos sus ojos,
Y a Vicente Ferrer canonizaba;
Y el pueblo valenciano,
Con gozo en el altar vio a su paisano.

Bien puedes, por lo mismo,
Al placer entregarte, patria mía,
Y con tus joyas mil engalanarte;
Y en raudales de plácida armonía
Bien pueden celebrarte
Los inspirados vates de tu suelo;
Pues tu inefable gozo
Penetra en los alcázares del Cielo,
Y en argentadas nubes
A contemplarte bajan los Querubes.

Desplega entusiasmada
Toda la magestad y la hermosura
Que Dios te prodigó; gratos cantares
Crucen por el espacio, y con ternura
Endulza los pesares
Del que yace en el lecho desvalido,
Y de Dios en el nombre,
Tu pueblo religioso y conmovido
Con indecible gloria,
De este día sin par trace la historia.
Carlos Mestre Marsal.

Pulsad, pulsad la lira sonora,
Vates de Edeta, en tan glorioso día;
Cánticos mil se entonen de alegría
En este suelo de renombre y prez.
Yo también alzaré mi acento débil
Y a los vuestros unido, de mi lira
Al ronco son, el gozo que me inspira,
Aunque en humildes versos cantaré.

Mirad, mirad a la preciosa Edeta
Cómo sonrío de placer henchida;
Su hermosa frente levantar mecida
Por auras llenas de perfumes mil.
Su hermoso manto que gentil se estiende
Cubierto todo de odorantes flores,
Que ostentan más brillantes sus colores,
En este día plácido y feliz.

Y su rico dosel de azul tan puro,
Cual la blancura del precioso armiño,
Corno la frente del hermoso niño
Halagada por brisa matinal.
Y a los pies de Valencia, la graciosa,
Cual ancha faja de bruñida plata,
El murmurante Turia se dilata,
Ostentando sus aguas de cristal.

Besando humilde la orla del brillante
Manto que ostenta la matrona linda,
Parece ser que cual esclavo, rinda
Fiel homenaje a su preciosa hurí.
¡Ah! ¿No es verdad que todo es hoy más bello?
El río, el firmamento, el sol, las flores,
Los trinos de los pardos ruiseñores,
Las perfumadas auras del pensil.

Doquier resuena un nombre venerado
Que entusiasmado el pueblo lo repite;
No hay pecho que de gozo no palpite
Al pronunciarlo el labio con placer.
Ese es el nombre de un varón insigne,
Que ha más de cuatro siglos ostentara
Las preciosas virtudes que abrigara

Su pecho lleno de ardorosa fe.

De un sabio ilustre a quien Valencia toda
Mil veces admiró; y a quien España
Y la grande nación que el Sena baña,
Y Europa entera absorta contempló.
De un Santo, en fin: hoy hace cuatro siglos
El Pontífice sumo declarólo;
El mundo llenar de placer oyólo;
Valencia con afán lo celebró.

En su entusiasmo inesplicable, inmenso
Viosela alzar altares a porfía,
Y ante ellos entonar con alegría
Himnos de gratitud y de placer.
Tan fausto día al recordar Edeta
Otra vez nace en ella el regocijo,
Y obsequios mil a su querido hijo,
Rinde la patria que le vio nacer.

Regocijate, sí, ciudad. ilustre,
Por tanta dicha y tan inmensa gloria;
Escrito se halla en tu brillante historia
Con letras de oro el nombre sin igual
De Vicente Ferrer tu amado hijo;
Y ni del tiempo la pesada mano,
Mientras exista un sólo valenciano,
Podrá de tus anales arrancar.
Antonio Ruiz y Orberá

Timete Deum.

¡Cien años cumplen hoy! A tu memoria
De nuevo su ovación entusiasmado
Tributa en este día
Un pueblo, cuya es la mayor gloria
Donde la viste tú, Vicente amado,
Haber visto la luz que el cielo envía.
¡Cien años!... Si la historia
Les da un sitio en sus páginas constante;
No ocupan en el seno ilimitado,
En el abismo vasto del pasado,
Más espacio cien años que un instante.

Tú has visto, alma elegida, en el discurso
De un siglo y otro siglo
Alzarse reyes, héroes y magnates
Sobre el nivel del mundanal concurso;
Y un día, confundidos
Magnates opulentos,
Mendigos harapientos,
Invictos y vencidos
Sumir su orgullo, su ambición, su gloria,
Su dicha aguda y su dolor intenso,
En lo que no ha de ser en el inmenso
Espacio que no tiene color ni ruido,
Llamado por los hombres el olvido.

Tú has visto en la campiña, en la enramada,
Ocultas en la sombra regalada,
Crecer las aves y ensayar sus píos,
Brotar las hojas y nacer las flores,
Surgir las fuentes y correr los ríos,
Murmurando entre orillas de colores,
Con fragor resonante las cascadas,
Sin rumor los arroyos bullidores,
Y de una estación bella el vasto suelo,
Al influjo feliz tornarse un cielo.
Y tú has visto después en la corriente
Del tiempo arrebatado,
Huir encanto tal, tan esplendente;
Yermo el valle, y el bosque árido y seco,
Dar paso al huracán que impetuoso
Con ronco son desapacible brama,
Cuántas ornó feliz la primavera,
Furioso al desgajar rama por rama.

Y así ardiente un estío,
Seguido de un invierno,
¡Cuántos años pasaron a tus ojos
De la mano impelidos del Eterno!
Las hojas de los árboles brotaron,
Las hojas de los árboles cayeron;
Y a su ejemplo continas, sucesivas
¡Cuántas generaciones ¡ay! se alzaron!
¡Cuántas generaciones ¡ay! se hundieron!
Que si pudo Josué tener un punto
La carrera perenne con que gira
La tierra oscura sobre la ignea fuente,
Sobre la inmensa pira,
Que es destello no más de un Dios potente,
No hay mano poderosa,

No hay voz autorizada
En el mezquino suelo
Que la marcha inmortal parar intente
Del tiempo, que al pasar de cien naciones,
De mil generaciones,
Disipa el polvo al agitar su vuelo.

.....
.....

¿Qué es el hombre? decid; tan sólo un átomo
Perdido en la infinita
Inmensidad del tiempo y del espacio.
¡Ay infeliz del que en su ser medita!

Y almas abyectas, degradados seres
Aún no temen a Dios! ¡Viles gusanos!
La planta ofenden con procacia impura
Del Sumo Protector, de cuyas manos
Brotó un día su ser, salió su hechura.

¡Sólo criaturas míseras,
De vanidad henchidas!
Al ver sobre sus frentes suspendidas
Las iras divinales, a él acuden,
Sólo entonces le ven, con fe le llaman,
Su enojo temen, su poder aclaman.

Yo le temo a ese Dios que tiene un trono
En la cumbre, Señor de las edades;
Yo le adoro a ese Dios, cuyas bondades
Me señala tu amor, Santo Patrono;
Yo le temo y le adoro; yo no aliento
Sino por él, que con su fe reviste
Mi pobre corazón; sí, su voz sola
Pudo hacer cuanto fue; su sólo intento
Puede hacer que no sea cuanto existe.

Debilitada nave es mi existencia,
Vela a su casco mi febril anhelo,
Tormentas mis azares,
Bajíos mis pesares,
Aguas quietas un tiempo mi inocencia,
El punto salvador que busco, el cielo.

Tú, que lo ves desde el seguro puerto,
Pide a Dios que me marque un rumbo cierto;
Mi nave impelan brisas de bonanza,
Y no cubran las nubes ni las nieblas
El faro bienhechor de mi esperanza.

Tú, que admiraste a un mundo con la ciencia
De tu divina fe, con ojos píos
Mira a los pobres hijos de Valencia,

Y acoge grato los acentos míos.
P. Yago.

Entre la inmensa y santa muchedumbre
Que está a los pies del Dios Omnipotente,
Recibiendo su grata y dulce lumbre,
Lleno de bienandanza por la cumbre
Sobresale el sin par, el fiel Vicente.

Grande como su fe, piadoso y tierno
El hijo predilecto de Valencia,
El amigo mejor del Dios Eterno,
El que llenó de espanto al hondo infierno
Y sólo respiró pura inocencia.

Sobre su frente de pureza llena
Fulgidísimo luce el amor pío
Y ostentando en su diestra la azucena
Su voz angelical dice serena:
El que no teme a Dios es un impío.

Desde el sublime y eternal asiento
Donde el Ángel de Europa vive y mora,
Benigno acalla el lúgubre lamento
Y procura la paz, dicha y sustento
Del huérfano infeliz que gime y llora.
Nunca a sus puertas se acercara en vano
El que sumido en el dolor le llama;
A todos tiende su benigna mano
El Apóstol escelso valenciano
Que adalid de su pueblo se proclama.

Santo, profeta, serafín, lucero,
Antorcha de la fe Vicente ha sido;
Del supremo Hacedor fiel mensajero,
Y su amigo mejor y más sincero...
¡Alégrate, Valencia, en ti ha nacido!

Venid, niños, venid, derramad flores
En torno de su altar al más clemente
Querube del Señor, cantad loores,
Gracias humildes dad por los favores
Que benigno os dispensa el gran Vicente.
Él calma vuestras penas y afanoso
A sus hijos protege con empeño,
Siempre le veis aquí dulce, piadoso,
Y en las oscuras horas del reposo
Tranquilo os mece y os concilia el sueño.

Entrad en ese templo construido
Por la piedad del pueblo valenciano
Y a nuestro protector sólo debido,
Y con acento de piedad henchido
Dadle las gracias y besad su mano.
Benedicid al Señor en su persona
Y tú, leal ciudad, fiel patria mía,
Cuya piedad y religión te abona,
Ciñe a Vicente la inmortal corona
Por las bondades que a tu seno envía.
Reine hoy en ti el placer, reine hoy el gozo
Que el hijo predilecto con su mano
Te hace encontrar la vida allá en su pozo,
Y entusiastas decid con alborozo:
¡Gloria inmortal al Santo Valenciano!

IMPROVISASIÓ

(Timete Deum, et date ille honorem...)

Tingau temor a Deu, y honreulo sempre,
Perque tan sòls de Deu ve tot lo bé.
Santes paraules, que allà, mos predicaba,
El sacre apòstol Sen Visènt Ferrer.
Y eixa es la veritat: es la fònt pura
Del esperit cristiá, la llum y guia.
Deu, tan sòls pòt desde el seu asiento,
Enviarnos lo mal, o la alegría..
Per això, Sen Visènt, en sa fe santa,
Les ordens del Señor, fiel aceptá,
Y cumplint, com lo còr prengué el mandato,
Com Apòstol, la fe, va predicar.
Y en Valensia, en lo reïne, y tota España,
Y allà, hasta en els dominis estranchers,
Trasmitia la llum del Evanchèli,
Hasta el fondo del còr dels increyens.
Y aixina fon, que per ahon éll pasaba,
Anaba la alegría derramant,
Perque duya per guia la sehua ánima,
La fe en la relichó, sempre constant.
«Tingau temor a Deu» éll, sempre dia,
¡Tingau temor, que vos declare guèrra!
Per que éste será un dia de estermi
Pera tots els que habiten en la tèrra.
Deu tan sòls pòt en sa potènsia suma,
Alimentar lo mon, donarli vida,
Y vosatros, mundanes criatures,

Debeu deixar, sa voluntat cumplida.
Ell, es el Deu, que ampara en la desgrasia
Al infelis cristiá, y el alimenta;
Ell es el Deu, que per el chust procura,
Que el crida al seu costat, y allí la asenta.
Y tots debem honrarlo así en la tèrra,
Perque de Deu tenim figura y forma,
Perque en el seu, poder, os dona aliento,
Eixe Deu, que la mar y els aires doma.
Ell, es el Deu del sèl, y en éll habita,
Desde allí fa les lleys, y les ordena,
Desde allí mira al chust, y per éll cuida,
Desde allí mira al mal, y allí el condena.
Doneuli honor a Deu, yo, vos predique,
Perque en lo mon, sinse éll, ya no ya res,
Ell es el Deu de Abraham y de Jacób,
El que en forma de fòc parlá a Moisés,
El que formá la mar, y el sèl y tèrra,
Tan sòls a la influència de sa veu,
El que formá eixe sòl, que al dia dòra,
Cuya llum, es la sombra de eixe Deu.
El que formá la llum, y les estrèles,
El que enfurix y aquieta els elemens,
El que posá en los abres fruts sabrosos,
Que servixen de pasto y alimens;
El que doná armonía als rosiñòls,
Que als mòrts resusitá, curá als baldats.
Y eixe Deu, es aquell, que allá en lo Gólgota,
Morí per redimir nòstres pecats.

Esta era la veu, la misió pura,
Del Apòstol del reine Valensiá,
Y posehit de esta fe sòlida y santa,
En totes parts del mon la predicá.
Els pòbres, potentats, els ducs, els condes,
Els grans hòmens, els principis y hasta els reis,
Per mes que en rebeldía els encontrára,
Adoraben al punt les sehues lleis.
Ell parlaba per Deu, per Deu vivia,
Y a Deu, son espirit lí. consagrá,
Y tot lo mon, quant Sènt Visènt parlaba
Abrasaben la fe del Valensiá.
Chamay parlá atra llengua, ni atre idioma,
El nòstre Apòstol, Sen Visènt Ferrer,

Y tots quant éll parlaba, el comprenien,
El valenciá, españòl, y el estrancher,
Ell, en el seu idioma y sa fe santa,
Aquietá les discòrdies de Aragó,
Cuant reunits en Calpe tots los nobles,
Disputaben els drets de susesió,
Y el vòt, tan sòls, de Sen Visènt, entonses,
Les paus formá entre el hú y el atre bando,
Fentlos vore palpable que aquell trono,
Era en lley y chustisia de Fernando
Perque sempre que el Sant obria els llabis,
Brotaba la rahó en lo seu parlar,
Manantial de la fònt inagotable
Que Deu, en lo seu còr, li vá posar.
Ell, per poder de Deu, a una parida,
Ausili li doná, dient, a les greys,
«Ahon sen entre este llens, que al aire sòlte,
Doneuli a qui eu reclame, sants remeis.
Ell feu brotar el aigua, en mich les peñes,
Als tollits, y a les loques els curá,
Resucitava als mòrts, y en Barcelona,
En el añ de la fam, els doná pá.
¡Eixe era el teu poder! pura creència
De una fe santa, confiada en Deu,
De un espirít alimentat tan sòls
Del Evanchèli sant, que el Señor feu.
Y per això Valensia, en alta glòria
Te adòra, com a sant en el altar,
Y arrebatá de gòix y de entusiasme,
Canta cristiana, lo nostre sentenar.
Federico Blasco y Martínez.

Poesías que se tiraron de los carros de triunfo de la Asociación.
CARRO 1.º -VALENCIA.

1.ª

No de bélicos triunfos la alta fama
Canta Valencia en tan solemne día;
No de las lides el ardor la inflama,
Que hoy es todo placer, todo alegría:
Al gran Vicente en su entusiasmo aclama,
Al gran Vicente su patrono y guía,

Que con prodigios de eternal memoria
Dio a mi patria feliz días de gloria.

2.^a

Bello es el Turia que fecundo riega
Los verdes campos, de Valencia gala;
Bellas las flores de su fértil vega,
Bella mi patria a quien ninguna iguala;
En ella el cielo su poder despliega,
En ella el tiempo sin pesar resbala.
Y hoy que a Vicente su homenaje ofrece,
Su gracia aumenta, su hermosura crece.

3.^a

¡Honor al gran Vicente! ¡Honor al hombre
De la ciudad del Cid joya preciada!
Dios a la tierra le envió en su nombre,
Y la tierra su voz oyó asombrada:
Por él Valencia conquistó renombre,
Por él mi patria bella es envidiada,
Y hoy más que nunca al erigirle un Trono,
Le llama con placer Hijo y Patrono.

4.^a

¿Por qué Valencia, como nunca hermosa,
Con nuevas galas su belleza ostenta?
¿A dónde va la multitud ansiosa
Siempre de gozo y de placer sedienta?
¡A presentar su ofrenda cariñosa
Al Hijo ilustre que su gloria aumenta!
¡A saludar con entusiasmo ardiente
Al sabio, al noble, al Santo, al gran Vicente!

CARRO 2.º

1.^a LA RELIGIÓN.

Podrá sufrir el prolongado embate,
Con que el infierno sus cimientos mina;
Mas no en la lucha su valor se abate,
Que hija es de Dios y como Dios divina:
Más poderosa cuanto más combate,
Al mundo con sus rayos ilumina;
Y tarde o pronto, aunque el error lo estorbe,
Quedará sin rival reina del Orbe.

2.^a LA FE.

Cual luz radiante que al seguro puerto
Guía en el mar la frágil navecilla,
Que del viento batida, en rumbo incierto
Busca afanosa la apartada orilla,
Así la Fe en el rudo desconcierto
Del agitado mundo, pura brilla,

Y al hombre muestra con fulgor divino
La patria celestial, que es su destino.

3.^a LA ESPERANZA.

Al niño tiende bondadosa mano
Santa Esperanza al comenzar la vida:
Al joven presta aliento soberano
Que infunde fuerzas a su fe abatida:
Sostiene al hombre; y al caduco anciano
En la postrera edad desfallecida,
Trueca en grato placer duros enojos,
Y cierra en paz sus fatigados ojos.

4.^a LA CARIDAD.

Bella es la Fe, sublime la Esperanza,
Ambas hermanas son, hijas del cielo,
Pero entre todas la corona alcanza
La Caridad, del infeliz consuelo.
La Religión en ella se afianza,
La sociedad la invoca con anhelo:
Ella al dolor es bálsamo suave;
Del alcázar de Dios ella la llave.

CARRO 3.º -SAN VICENTE.

1.^a

¡Otro siglo pasó! Valencia ansiosa
Cien años esperaba el fausto día,
Que esparce ya su luz esplendorosa
Derramando doquier grata alegría!
¡Día feliz que aclamará gozosa
Con vítores sin fin la patria mía,
Guardando eternamente la memoria
Del Hijo ilustre que aumentó su gloria!

2.^a

Bello cual nunca en su carroza de oro
Brilla hoy el sol con magestad serena;
En altas torres el metal sonoro
Con vibrante clamor el aire atruena;
A Vicente proclama en grato coro
La muchedumbre de entusiasmo llena,
Y este nombre que invoca con anhelo,
Cruza el espacio y lo repite el cielo.

3.^a

Valencia le debió blasón eterno,
El reino de Aragón la paz perdida,
Seguro asilo y pan el niño tierno,
Consuelos la aflicción, los muertos vida.
A su potente voz sintió el averno
Menguar su fuerza por doquier vencida,

Mientras se alzaba pura y deslumbrante
En solio augusto la virtud triunfante.

4.^a

Si el gran Vicente en su piadoso celo
Fundó un asilo a la orfandad desnuda,
Hoy que Valencia con ferviente anhelo
Le canta y pide protección y ayuda,
Para imitar tan celestial modelo
A la niñez bajo su amparo escuda
Con noble ardor, la Sociedad celosa
Constante amiga de mi patria hermosa.

CARRO 4.º -LAS CORTES DE CASPE.

1.^a

En negro duelo y triste desamparo
Huérfano el reino de Aragón gemía;
Guerra cruel, de la esperanza el faro
Con sanguinosa sombra oscurecía,
Cuando a lo lejos apacible y claro
Un astro asoma iluminando el día...
Era Vicente al que enviaba el cielo
Para ventura del hispano suelo.

2.^a

Presa infeliz de división sañuda
Un pueblo noble que de audaz blasona,
En arduos choques y en pelea ruda
Disputa sin piedad regia corona.
¿Quién pudiera atajar guerra tan cruda
Que mil acerbos males eslabona,
Si no se alzara mágica y potente
La augusta voz del inmortal Vicente?...

3.^a

Como en la mar revuelta, que rugiendo
Sus espumosas olas precipita,
Blanda lluvia de súbito cayendo
Calma la furia que su seno irrita,
Así entre el ronco y belicoso estruendo
En que sin treguas Aragón se agita,
La voz del gran Vicente venerada
Devuelve al reino la quietud ansiada.

4.^a

Mientras lanzada en su fatal carrera
Cruel discordia las campiñas tala,
Y el pueblo aragonés, en lucha fiera
Al de los tigres su furor iguala;
Alza Vicente en Caspe la bandera
Que a tantos males término señala,

Y da, calmando el general encono,
La paz al reino, al de Antequera el Trono.
Francisco Monforte.

Poesías del gremio de Torneros y Silleros, arrojadas desde su carro de triunfo.

Si acá huí sense voler
Te pegue una poalá,
O quisá una tinterá,
Com, fácil poguera ser,
Ve pòts perdonar, chermá,
Tot es per Vicènt Ferrer.

Entre traques y cuets,
Còrdes, castells, procesons,
Moixiganga, bòus, masclets,
Serenates... y apretons,
Quedarein molt satisfets,
Y... cascats com a melons.

En este quart centenar
Del gran San Vicènt Ferrer,
Volém els Torners donar
Esta mòstra de plaer.

Valencians, aneu alèrta
No estigau tan embobats;
Que es còsa segura y cèrta
Que els descuits busquen els gats.

¡Valencians! ¿no es veritat
Que en tindre vosatros festa
No penseu... en si hau menchat,
Ni menchs en dormir la siesta?

SONETO.

¡Salve, salve, Vicente esclarecido!
Vicente escelso y de virtud preclaro,
Infame veces mil el que tu amparo
Con impiedad desprecia fementido:
El mundo todo fiel y compungido,
Nadando en llanto y con acento claro,
Te invoca y ama cual brillante faro
En este suelo que tu patria ha sido.

Fecunda fue en virtudes tu morada
En esta vida triste y pasagera
Remediando al mendigo en sus clamores:
Rica joya por todos adorada...!
Escucha nuestra voz que por doquiera
Resuena prodigándote loores.

Van regalant venturètes
Els Torners per la carrera;
No en plegueu, chent forastera,
Que còsten raoltes pesetes
Ventures de esta manera.

¡Valencians! ¿qué se diria
Si no anarem els Torners,
En unió dels Cadirers,
Repartint en este día
Trompes, cadires, tinters?

En este carro triunfal
Tocant música, els Torners
Asociats als Cadirers,
Van pasechant els carrers;
Tirant cadires, tinters,
Trompes y mans de morters.

Els Torners, que es ben sabut
Que som cristians per esència,
Esta festa en reverència
Celebren com. es degut.

El chènere mes buscat
Huí en día, son les poltrones;
Per si en tens y no men dones
Tot lo mon está enredrat:
Pera hú que ya asentat
Ya dos mil manifesers;
Dónes, pues, als Cadirers
De fer poltrones llicència,
Y no haurá tanta Ex..., ichència
Y mes Ilustre en els tallers.

Ya que huí van els forners
Tirant rollets y pataques,
Y els sastres bònes casaques;
Nosotros, com a Torners,
Tirem poals y tinters,

Pues si no euferem així,
Donariem motiu huí
Als que agrada criticar,
Pera tindre que parlar
Demá per tot lo matí.

Aneu alerta, chiquillos,
No siga que huí vosatros
Per ferse en los morenillos
Que anem regalant nosatros
Vos netechen els bolsillos.

Com els Torners ham sabut
Que no tens en lo bolsillo
Diners pera un morenillo,
Al grèmi li ha paregut
Tirarte cuans ha pogut,
Pera que de esta manera
La tehua chocolatera
Sempre estiga a fer dispòsta
El chocolate a la pòsta
O com be te pareguera.

¡Qué alegría ya en la chent!
Huí no pareix ningú pòbre,
Encara que a molts els sòbre
Pera tindre el cap calent;
Tot lo mon esta content;
Y no se deu estrañar,
Que es día del Sentenar,
Y el valensiá en haber festa
Pèrt en gust hasta la siesta,
Y no pensa ni en menchar.

Desde antich els Cadirers
Y els Torners en la ciutat,
A Vicènt han obsequiat
Y no han segut els darrers.

Rodant per eixos carrers
Aumentant la algarabía
Va engalanat este dia
El carro dels Cadirers.
Els Torners en societat
Va en ells en la procesó,
Y chermans en la ocasió
Fan la solemnitat.

¡Cuánta bulla! ¡qué apretons!
¿Qué es lo que donen ahí
Que mòuen tan gran motí,
Y van tots a trompicons?
¡Si foren napoleons!...
Entonses, vamos, tal cual.
-¡Hòme! ¿li pareix tan mal
No traure ni una peseta,
Y tindre una cadireta,
Un morteret o un pual?...

Si vòls chocolateretes,
Que no pòden ser millors,
Culleres y tenedors,
Pualets o ferradetes,
Es menester que t'apretes
Y que te còste suar,
Y en tot y en, això no es car,
Sinse gastarse dinés,
Poder amostrar despues
Memòries del Sentenar.

Ell podrá ser chicotet,
Pero hiá pera la cuina,
De fusta ben blanca y fina,
Un apartament complet.
Tot es barato, y ben fet,
Pues de res farán pagar;
Que els Torners vòlen donar,
Mes que els còste un sacrifici,
De tot lo que es fá en l'ofisi,
En obsequi al Sentenar.

Es tanta la devoció
Que a San Vicènt li tenim,
Que per éll tan sòls eixim.
En aquesta procesó.

¿Atre carro? ¿Y per qué nó?
Els Torners y Cadirers
No han de quedar els darrers
En tan solemne funsió.
Tindriem poca rahó
Si pensárem quedar mal,
Y pites tots en cheneral
A Sent Vicènt obsequiem,

També nosatros traém
El nostre carro triunfal.

Els dos que en lo carro van
De antic espanyòl vestits,
Be poden ser aplaudits
Per tots cuants els mirarán:
Els Pares son del mes gran
Tesor que Valensia té,
Del que huí nos entreté,
Del que es nóstra maravella.
¡Oh qué dichosa parella,
Que per fill tal Sant tingué!

-No cal armar alboròt,
Que tot lo mon ne tindrà;
Pero si algú fica má,
De fiijo, s'endú un calbòt.
¿Qué voleu? -¡Yo un culleròt!
-¡Yo un pualet! -¡A eixe no!
-¡A mí!-¡A mí!-¡Primer yo!
-¡Yo ya vach darrere un rato!
-¡Yo també! - Pues... ¡a rebato!
Y avant va la prosesó.

¡Quin chentío tan espés!
¡Quin rum, rum! ¡Qué algarabía!
¿Qui remòu en en este dia
A Valensia tota en pes?
Mes no pregunten vostés,
Que ben pronte els ho dirá
La chent que cridant está
Plena de gòig y plaér,
¡Viva Sent Vicèt Ferrer!
¡Honor al gran valensiá!

Ahí vá un atre grapat
De trompes y venturètes
Pa els que no n'hau agafat.

Dansetes, carros, masclets,
Músiques, llumenasió,
Chagants, nanos, prosesó,
Donsaines y tabalets,
Castells, còrdes de cohets,
Y sent campanes al vòl;

De forasters un estòl
Movent bulla y algasara:
¿Voleu mes ruidu encara?
Aneu a Sebastopòl.

Desde este carro els Torners,
De Sen Vicènt en loor,
En molta gracia y priniòr
Van tirant huí pels carrers
Trompellòts y cullerers,
Trompes, fusos, venturetes,
Puals, boixos y... copletes,
En obchécte sòlament
De que se encante la chent,
Y se... gaste les pesetes.

Llauradors y lechuginos,
No se poseu tan confusos
A agarrar trompes y fusos,
Que es quedareu sense... pinos.

En mich de tant de apiñó
Y de tant de foraster,
No perturbeu la funsió,
Si os peguen un bofetó
Per lograr un cullerer.

Si algú en la vòlta os apreta,
De éll no feu cas, forasters,
Y arrarreu la ventureta
Que van tirant els Torners.

¿Hau vist eixa llauradora
Que dú al bras un moñicòt?
Pues tan sóls vé a esta festa
Per lograr un trompellòt.

Poesías que se circularon en nombre de los profesores músicos de la capital.
SONETO.

Tú, a quien Edeta sonrió en la cuna
Por querubes mecida al dulce canto,
Y a cuyo nombre omnipotente y santo
Doblaron su cerviz y su fortuna
Las bélicas naciones una a una;
Tú, cuya gloria, magestad y encanto
En alas de la fama voló tanto

Cual del averno a la nevada luna:
 Símbolo de la fe, que el bien derramas
Sobre tu patria venturosa y pía;
Astro brillante a cuya luz la duda
Del alma huye y en tu amor la inflamas;
 Iris de paz, y de tu pueblo guía...
De la música el arte, te saluda.

 Puro es y ardiente el amoroso fuego
Que el pecho de los músicos inflama,
Pura es también la rutilante llama
Con que alegres veneran a Ferrer.
Miradles cuál se agrupan reverentes,
Ante la imagen de su gran paisano:
Miradles del Apóstol Valenciano
Las glorias pregonando por doquier.

 Al dulce son de las acordes liras
Hoy cantan los poetas tu alta gloria;
Y vive en el pincel tu noble historia
Que a los futuros siglos pasmará.
En mármoles y bronces los cinceles
Graban la magestad de tus portentos;
Y nosotros con suaves instrumentos,
También cantamos tus virtudes ya.

 Ya que ilustras con oro y diamante
De mi historia las páginas bellas,
Ostentar quiero al mundo con ellas
De tu gloria el divino esplendor.
Y adorarte yo quiero humillada,
Y esculpir en el bronce tus hechos,
Y trocar de mis hijos los pechos
En altares eternos de amor.

 Hoy Valencia con mágica pompa
Del impulso divino llevada,
A los pies de Vicente humillada
Cariñosa le ofrece su amor.
Y a la par que gloriosa renueva
Tan sagrado y tan fausto suceso,
A los pueblos de puro embeleso
Ha colmado, y de santo candor.

 Cuant tóquen les flautes, repica el tambor,
Cuant canten els baixos, respòn el tenor
Y els músics alegres se presten a honrar

Del gran nòstre Apòstol el quart sentenar.

Seguixquen els músics, seguixquen cantant,
Y el bombo y les flautes seguixquen tocant:
Mes yo encara pense que huí els platillets
Es van a fer pronte en sincuanta trosets.

Mientras adora a Vicente
Cada músico en su faz,
De su espíritu la paz
Hoy demuestra claramente,
Y en su noble y clara frente
Brilla el mágico fulgor
De la llama del amor:
Ese amor por escelencia
Que rindió siempre Valencia
A Ferrer, su prez y honor.

Dulce es siempre y armonioso
De la música el sonido
Donde quiera que al oído
Su eco preste delicioso;
Pero ¿cuándo tan sabroso
Y tan lleno de placer
Se mostró como al nacer
Este día de ventura,
Y al cantar con su dulzura
Al angélico Ferrer?

Cual saluda el universo
Al nacer la bella aurora,
La beldad encantadora
Y del sol la magestad:
Tal la música saluda
Con su cántico ferviente
Al sacro Apóstol Vicente
So1 brillante de bondad.

¡Gloria a Ferrer! hoy esclama
De la música el sonido,
Y este grito es repetido
Por el eco tronador:
¡Gloría a Ferrer! hoy repite
Todo el pueblo reverente
De la imagen de Vicente
Agrupado en derredor.

¡Qué acentos ordenan
Tan dulces y amenos
Los músicos llenos
De gloria y placer!
¡Qué voz! ¡qué dulzura!
¡Qué acento tan blando!
Miradles clamando:
«¡Llor a Ferrer!»

Baixos, tenors, infantillos,
Clarinetes y redoblant,
Campanarets y platillos
Huí tots ixen repicant.

Hoy los músicos rodean
La imagen de su Patrón,
Y doquier le victorean
Con sonora aclamación.

Al oír música tanta
S'emboba tot valenciá,
La chent rústica s'encanta
Y s'admira la ilustrá.

Enchamay, en ma opinió,
Voreu ya tan bònnes festes,
Pues els músics en orquestes
Honren tots al seu Patró.

Hoy la música venera
Con aplauso universal
A Vicente, y lisonjera
Suenan voz angelical.

¿Oyes, pueblo valenciano,
De voces la multitud?
Muestran, pues, a tu paisano
La debida gratitud.

Ya m'agrà com va la còsa;
Toquen donsaines, tabals,
Pasechen carros triunfals,
Pero fan la festa gròsa
Les tocatès musicals.

Entre els crits dels contraals,
Y grans veus dels cabiscòls,

Tens mes música que en vòls,
Mes rumor que a vòra mar.

Versos arraigados al pueblo desde su carro de triunfo por el gremio de Sastres de Valencia.
SONETOS.

Fuiste un día del moro patria amada,
Que el desierto dejó por tu hermosura,
Fuiste su edén de gloria y de ventura,
Mansión entre sus sueños suspirada.
Fuiste del Cid y Jaime perla ansiada
Que esclava al verte de la raza impura
Te libertaron de opresión tan dura
Viéndote al fin con gloria conquistada,
Bajo tu cielo azul cien trovadores
Dieron al viento sus acordes cantos
Y al reflejo ideal de tus encantos
La inspiración bebieron tus pintores,
Mas no aprecias, Valencia, gloria alguna
Cual la de ser de San Vicente cuna.

A buena cuenta. Vicente dio a Valencia
A la pura verdad acatamiento,
A la fea mentira abatimiento,
A la recta razón clara evidencia,
A la bella virtud suma excelencia,
A la negra heregía gran tormento,
A la santa doctrina lucimiento,
A la Iglesia de Dios magnificencia,
A mudos dio la lengua, a ciegos ojos,
A posesos sanó, dio fuerza a flojos,
A tristes desvalidos dio consuelo,
A muertos dio la vida, pies a cojos.....
A tal cuenta tal paga. Alcance el cielo.

Si la gloria del hombre está fundada
Sobre el estéril cieno de la tierra,
Cuando el cadáver el sepulcro cierra,
Comienza y al momento es olvidada.
En el abismo inmenso de la nada
Toda la pompa mundanal se encierra,
Feroz el tiempo en ese abismo entierra
La gloria vanamente cimentada.
Pero existe una gloria que no muere,
Gloria imperecedera, pero sola,
Que del feliz mortal que la tuviere
Cubre la frente con fulgente aureola;

Tal es la santidad ¡Gloria a Vicente!
Vivirá su memoria eternamente.

Sagrado Apóstol valenciano,
Que adocrinando la gente
Haces milagrosamente
Feliz al pueblo cristiano;
Bendiga tu santa mano
Esta ciudad de Valencia:
Sienta tu benevolencia
Este gremio generoso,
Que te obsequia cariñoso
Con la mayor complacencia.

Si Valencia de Vicente
Fue santa y bendita cuna
Debe su grata fortuna
Publicar de gente en gente.
No estrañéis, pues, que hoy ostente
Tal augusta esplendidez,
Tal fausto y tal brillantez
Cuando tan grande función
Tan sólo tiene ocasión
En cien años una vez.

No es asò còsa de chansa
Ni asunt de torna demá,
Y en confirmasió allá va
Un frac de color de pansa:
Huí tot ròda, tot va a dansa,
Ningú es dòrm en les palletes
¡Allá van dos chaquetes,
Prengau si no un chopeti,
O un pantaló de cutí
Que val lo meñs nòu pesetes!

Pues señor si asò durara
El morirse era pecat,
Qui no mire la siutat
No tindrà ulls en la cara,
Así de broma no es pára
Ningú treballa y tots menchen,
Rics y pòbres tots pasechen,
¡Hasta sen Visènt Ferrer
Está mes chove y guapet,
Y content perque el festechen.

¿Pera que tans de apretons
Sinse ninguna sustancia?
Cuidado en alguna chansa
De eixes que pòrten... rahons:
Donaria dos capons
Al valencià pur y net
Que mire la funsió quiet;
Pero ¡Qué! es imposible,
Cuansevòl còsa es creible
Menos eixa Visantet.

Hara es hòra fadrinetes
De aclamarse al Sant bendit,
Pa que vos done un marit
Guapo, templat y en pesetes:
Deixeuse les vergoñetes
Que a buen hambre no hay pan duro;
Pues ixieu del- apuro
En tal de casarse luego,
Be siga tòrt, tonto o sego,
Coixo, lelo, manco o curro.

Te diré en molt de secret,
(Y sense que ho sapia ningú)
Notisies que pera tú
N'entren pòques en quinset:
Sabrás com el Micalet,
Hòme vell, pero templat,
Está sego, enamorat
De la chaganta espanyòla,
Y la moma anant a escòla
Al chagant li gua contat.

¿Qué pareix de este fandango
Que se baila en tan gran dia?
¿Tenia rahó el que dia
Que asò portaba molt rango?
Tot son festes y bullanga
Prosesons, músiques, crits,
Tortaes, sucre, bescuits,
Chafaes, riñes, sopapos,
Hòmens y dònnes ¡¡Tan guapos!!
Y tòbes chiques y chics.

Valencia la bella ostenta hoy ufana
Sus ricas alhajas de gloria y amor,
Sus flores y rosas nos brinda galana

Mostrando en sus ojos alegre placer;
Las artes y gremios su frente coronan
De rica aureola, delicia de Edén
El genio reluce y a voces pregonan
La patria del Santo, Vicente Ferrer.

Ciudad feliz a quien el alto cielo
Cual galardón eterno concediera
Que en tu florido y amoroso suelo
El primer paso de su vida diera
El ángel que nació para consuelo
Y para gloria de la España entera,
Honrando de Vicente la memoria
Te muestras digna de tan alta gloria.

¿Quién predicó la religión cristiana
Por toda la extensión del Occidente?
¿Quién con una constancia sobrehumana
Al judío tenaz hizo creyente?
¿Quién a la santidad juntó la humana
Palanca del poder? ¿Quién? San Vicente;
¡Gloria a su santidad, gloria a su ciencia!
Honra a tu hijo y te honrarás, Valencia.

Primer el sèl de dia estará oscur,
Y clar de nit será sens nubolarse,
Y el mar secar se pòt, y anar segur
Per éll el caminant sense bañarse,
Y el còr que vòl podrá mostrarse dur,
Y els fòrts mármols y bronses ablanarse;
Que no tribute Valensia cult sinser
Al seu sant y patró Visènt Ferrer.

Júbilo, dicha y placer
Y regocijo sin par,
Valencia debe tener
En el cuarto centenar
De San Vicente Ferrer.

Se donarán mil pollastres,
Y cuatresentes gallines,
A aquell que presente als Sastres,
Cuatre mil chiques fadrines
Nugaes en quince rastres.

Con fervoroso placer,
De sastres la cofradía,

Festeja en aqueste día
A San Vicente Ferrer.

Llauradors de Chirivella,
De Patraix y Borbotó,
De Patèrna y de Godella,
De Silla y Benifayó.

Vingausen tots capa así
Y ni un punt vos detingau,
Perque es molt chust que vechau
Lo que ya en Valensia huí.

Voreu festes a muntó
Y entusiasme y alegría
Que Valensia en este dia
Li dedica al seu Patró.

Dugau pares y chermanes,
Dugau chiquets y mullers;
Deixeuse tots els quefers,
Que nos quede ningú en ganes.

Penseu que funcions com estes
May se dehuen despresiar
Y que a l'atre sentenar
Ya no estaren pera festes.

Mes que en digueren formal
Fesli un frac al Micalet,
No agafaba huí el didal,
Ni la ahulla, ni el rodet.

¡Cuánt de lujo, cuánt de flòcs,
Qué vestits de a duro el pam!
Tot es farsa, dinés pòcs;
Tot es fum y molta fam.

Mes me estime estes funcions
Que a sen Visènt huí se fan,
Que cosir sent pantalons,
Frac, levites y gabans

Per ser huí tan presiós dia,
Tire la ahulla y didal,
Y men vachs ple de alegría
A tocar bombo y tabal.

Aquell que huí fasa tats,
O en algo la funció empastre,
Estiguen ben descansats

Que no será ningún sastre.

Vinga donsaina y tabal,
Broma, risa y alegrías,
Perque huí son de aquells dies
Que nentren pòcs en quintal.

Poesías del gremio de zapateros arrojadas desde su carro de triunfo.

ROMANS.

Els desendents de Crespí

Volgueren (y asò no es broma,)
Tíndre tot el òr que es trau
De la rica California
Per obsequiar dignament
Al gran Apòstol de Europa;
Mes ya que honrarlo no pòden
En festa molt ostentosa,
A la prosesó assistixen
Que tant la fama pregona,
Duent son carro triunfant
Sirials, música sonora,
Doten donselles y visten
A la pobrea achaquiósas,
La caritat eixersint,
Que es de VISENT la corona;
Y com a ofrenda millor
Mes noble y mes chenerosa,
Huí cada u de per sí,
Molt alegre el còr li dona.

ANACREÓNTICA.

Al gran Vicente Fabricadores,
Valencia noble, Llenos de gratas
Hoy le dedica Satisfacciones
Dignas funciones; Desde este carro
Los gremios todos Derraman flores
También acordes Y zapatitos
Toman su parte Y versos, conque
Cual corresponde: Al Santo obsequian
Los de obra prima Sus corazones.

ECO.

Esos gritos de Victoria

GLORIA

Pura dicen y esplendente

A VICENTE,

Vuele su fama doquier

FERRER.

Pronuncia con gran placer

Del valenciano el acento,

Y el eco repite atento,

« ¡GLORIA A VICENTE FERRER! »

Tens Valensia un sèl de plata,

Tens a les flòrs per alfombra,

Y en un riu la tehua sombra

Graciosament se retrata;

Al teu costat se dilata

El chardí mes plasenter,

En tot brindes al plaer

Y eres dichosa de veres...

Pero mes dichosa eres

Per ser patria de Ferrer.

Pera al gran Visent honrar,

El grèmi de sabaters

No sap quines còses fer

En el present sentenar

Per mes al Sant obsequiar,

Carro triunfal li dedica,

Part dels seus fondos aplica

A socórrer la desgrasia,

Y a dolse pòbres fa grasia

De vestir en este dia.

Chust es que huí la alegría

Manifeste el sabater,

Pues mereixqué de Ferrer

Preferència y simpatía,

En pròba que així seria

La historia que del Sant trata

En lo que diu y relata

Asegura, y així es creu,

Que el primer milacre seu,

El feu en una sabata.

¿Qué es asó, Señor, que huí
En Valensia está pasant?
Tots corrent, acaminant,
Tots anant allá y así,
¿Es que han perdut el chuí
Y el busquen per lo carrer?
No pòt, no, deixar de ser
Cuant els prenen tal sofocos...
Ó els valensians están locos,
Ó es que obsèquien a Ferrer.

Molt mes pòbre que'ls pasats,
Els temps de ara dihuen que es,
Y els grèmis, qui meñs qui mes,
Tots s'en contren apurats;
Pero es trata de obsequiar
Al gran Apòstol Ferrer
Y fan tot cuant poden fer
En este quart sentenar.

Ya se ve, de correr tant,
El calser se sòl desfer;
Per això huí el sábat
Molt chenerós y arrogant
Les sabates va tirant,
Que en les festes de Ferrer
No vòl que per el calser
Deixen de obsequiar al Sant.

Com a chic Ferrer li deu
El crèdit a una sabata;
Ya que de Ferrer se trata,
Vachen sabates arreu.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).